



*Contare
a Cuba*

una historia diferente

Ciro Bianchi Ross

Diseño de cubierta: Eugenio Sagués Díaz

Diseño interior: Zoe Cesar Cardoso

Maquetación digital: Zoe Cesar Cardoso

© Ciro Bianchi Ross, 2013

© Sobre la presente edición: Editorial Capitán San Luis, 2013

ISBN: 978-959-211-418-0

Editorial Capitán San Luis.

Calle 38 No. 4717 entre 40 y 47, Reparto Kholý, Playa.

La Habana, Cuba.

direccion@ecsanluis.rem.cu

Sin la autorización previa de esta Editorial, queda terminantemente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, o su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio.

Este libro es para Mayra

Índice

I/ 6

UNA AYUDA OLVIDADA/ 6

DOSCIENTOS AÑOS DE PLÁCIDO/ 13

MARTÍ VISTO POR UNA PERIODISTA ESPAÑOLA/ 22

LA BODA DEL GENERAL JOSÉ / 29

MANUEL GARCÍA/ 34

CÓMO MURIÓ JOSÉ MARTÍ / 40

II/ 62

BROCHAZOS ELECTORALES / 62

PRESIDENTES/ 69

PRESIDENTES FUERA DEL PODER / 76

CUBA QUISO SALVAR A MADERO / 100

REVOLUCIÓN DE LA CHAMBELONA/ 115

HURACÁN DE SANGRE/ 120

CÓMO HUYÓ ORESTES FERRARA/ 127

EL GOLPE DE 1933 / 134

COMBATE EN EL NACIONAL/ 140

ATARÉS/ 157

HISTORIAS DEL CAPITOLIO/ 174

ALCALDES Y CONSEJALES/ 181

LA CONSPIRACIÓN DEL CEPILLO DE DIENTES/ 188

EL MULO MUERTO/ 195

LA CAPA NEGRA/ 202

LA MASACRE DE ORFILA/ 210

EL BRILLANTE DEL CAPITOLIO/ 215

GENOVEVO/ 222

¡SE ACABARON LAS PISTOLAS!/ 229

VIDA, PRISIÓN Y MUERTE DE POLICARPO SOLER/ 237

OTRA VEZ EL GOLPE/ 248

LOS PUROS / 269

LAS ARMAS SECRETAS/ 297

ÚLTIMA NOCHE DE BATISTA/ 306

FUGA/ 315

FIDEL EN LA HABANA/ 321

EL AUTOR/ 340

I

UNA AYUDA OLVIDADA

CUBA TUVO IMPORTANCIA decisiva en la independencia de las Trece Colonias norteamericanas. George Washington pudo enfrentar y vencer a los ingleses en Yorktown, en la costa de Virginia, gracias al dinero que recibió desde la Isla y al concurso que le prestaron tropas habaneras y haitianas. Es una ayuda de la que apenas se habla. En dicho sitio no hay siquiera una tarja que la recuerde y nada se dice acerca de ella en una voluminosa *Reseña de la historia de los Estados Unidos* preparada por el Departamento de Estado de Washington y que obsequian con largueza embajadas y consulados norteamericanos en el mundo. Gracias al esfuerzo de los cubanos, Inglaterra fue desplazada, al mismo tiempo, de muchos de los enclaves determinantes que hasta entonces ocupó en el Caribe, con lo que quedó lavada la afrenta de 1762 cuando tropas británicas se apoderaron de La Habana. Fue la primera vez que los naturales de Cuba salieron de su tierra para pelear por la independencia de otro país. Un papel

protagónico tuvo en esa hazaña el venezolano Francisco de Miranda, precursor de la independencia latinoamericana.

El ron de la guerra

“Yo no sé por qué nosotros debemos sonrojarnos cuando confesamos que la melaza fue un ingrediente esencial en la independencia de los Estados Unidos”, decía John Adams, uno de los primates de la independencia norteamericana y segundo presidente de esa nación.

Escribe al respecto el sabio historiador cubano Eduardo Torres-Cuevas:

“El desarrollo de un complejo sistema de relaciones comerciales entre La Habana y las Trece Colonias había creado un nexo bilateral, al margen de los intereses de sus respectivas metrópolis. En la década del 1760-1770 las mieles cubanas encontraban en Rhode Island treinta destilerías que anualmente producían, solo para exportar al África, mil cuatrocientos bocoyes del ya famoso ‘ron antillano’. A su vez, los traficantes entre las tres regiones traían a Cuba importantes cargamentos de esclavos adquiridos, no pocas veces, con el ron fabricado en Norteamérica con la melaza de los ingenios cubanos.

”Pero justamente cuando más crecía este comercio, en 1764, Inglaterra pone en vigor la Sugar Duties Act, una de cuyas consecuencias era cortar el comercio de mieles con las Antillas hispanas y francesas. De inmediato se inició el conflicto

entre los productores norteamericanos de ron y el gobierno de Londres”.

En 1776 los norteamericanos proclamaron su separación de la Gran Bretaña e iniciaron relaciones con autoridades españolas en Cuba. Por aquello de que el enemigo de mi enemigo es mi amigo, el rey español Carlos III los vio con simpatía y se dispuso a ayudarlos en secreto. Armas y municiones se despachaban desde España para La Habana; salían de aquí con destino a Nueva Orleans y de manera clandestina llegaban a manos de los insurgentes. Fue un intercambio recíproco porque desde las colonias en conflicto llegaban a la Península tabaco y otros productos, mientras que España se preparaba para la guerra con Gran Bretaña. En la primavera de 1779, Carlos III decidió iniciar la lucha y envió a Londres un ultimátum: Exigía la devolución de Gibraltar y Menorca; la readquisición de la Florida hasta sus límites con Luisiana; la expulsión de los ingleses de Honduras y su salida de Bahamas, Jamaica y demás posesiones británicas y la revocación del privilegio de extraer palo de tinte en Campeche. Seguidamente el monarca firmaba con Francia, en guerra ya contra Inglaterra y que contribuía también con la causa de las Trece Colonias, un pacto secreto en el que se comprometía a sumarse a la contienda si no se satisfacían sus exigencias. Londres no se plegó a los dictados de Madrid y las hostilidades se declararon el 23 de junio de 1779. La noticia demoró casi un mes en llegar a Cuba y el 22 de julio se pregonaba por las calles de La Habana. España estaba en guerra contra Inglaterra.

La Habana se convirtió en fuente de abastecimiento de los independentistas norteamericanos. Pertrechos de guerra que llegaban a la Isla desde México y la Coruña se reembarcaban en La Habana con destino a los rebeldes y crecía el comercio entre la capital de Cuba y Filadelfia. Dos hombres de negocios se hallaban detrás de ambas operaciones: del lado de allá, Robert Morris, traficante negrero; “el cerebro financiero de la guerra de independencia de los Estados Unidos”, como se le llamó. Por el lado de acá, el habanero Juan Miralles, primer representante de España ante los rebeldes. Miralles murió en la residencia de George Washington. Dijo este al ocurrir el deceso: “En este país se le quería universalmente y del mismo modo se lamentará su muerte”. La ayuda coordinada por Morris y Miralles incluyó la reparación y abastecimiento de la escuadrilla del comodoro insurrecto Alexander Gulon en el astillero y arsenal de La Habana.

El 27 de agosto, dos meses después de la declaración de guerra, el general español Bernardo Gálvez avanza sobre la Florida. Va al frente de un ejército que conforman criollos de Cuba y suma victoria tras victoria: rinde al enemigo en Manchac, Panmure y Baton Rouge entre el 7 de septiembre y el 21 del mismo mes. Refuerzan sus tropas elementos del Regimiento de Fijos y de los batallones de Pardos y Morenos de La Habana y con el respaldo de esas nuevas fuerzas ataca y toma Mobila, el 12 de febrero del año siguiente. Un año más tarde, Gálvez pone sitio a Pensacola y de nuevo acuden en su ayuda tropas habaneras. Las manda esa vez un natural de la Isla, el general Juan Manuel Cajigal, que es el primero en entrar a esa ciudad. Aseguran ambos

militares el cauce del río Mississippi, con lo que garantizan el abastecimiento a los rebeldes y arruinan los planes ingleses de cercar por el oeste a los ejércitos independentistas. “Otros aspectos estratégicos tenían las victorias alcanzadas: lograron alimentar el enfrentamiento de las tribus indias contra los ingleses; se les desvertebró la ruta del canal de las Bahamas; desaparecieron sus posiciones en la costa antillana de Norteamérica y del Golfo de México y, al obligarles a emplear importantes fuerzas en estos enfrentamientos, se logró disminuir la capacidad operacional de sus fuerzas”, escribe el doctor Torres-Cuevas.

Por méritos de guerra, Cajigal resultó premiado con la Capitanía General de Cuba, en 1781. Es el primer cubano en ocupar tan alto cargo. Organizó una expedición contra las Bahamas y, sin dificultad, se apoderó de esas islas, en tanto que el victorioso Gálvez recibía la misión, con la ocupación de Jamaica, de dar el tiro de gracias al imperio británico en el Caribe. No logró su propósito. Para ello, España y Francia pensaban reunir en Cabo Francés (hoy Cabo Haitiano) cincuenta y cinco buques de guerra y veinte mil hombres. La escuadra británica, al mando del almirante Rodney, recibió órdenes terminantes de impedir a toda costa dicha concentración, fatal para el destino de Jamaica y para la escuadra británica misma. Dio alcance a los franceses y los arrastró a librar, el 12 de abril de 1782, la batalla naval de Los Santos. Fue el desastre. Paralizó el ataque a Jamaica y reafirmó el dominio británico sobre el Mar Caribe. Meses después, en agosto, Rodney apareció frente a La Habana. Advirtió que sus numerosas defensas

hacían inexpugnable la ciudad y se marchó por donde vino sin decidirse a atacarla.

Miranda

Al lado de Cajigal estaba el venezolano Francisco de Miranda. Ostentaba el grado de teniente coronel del ejército español y se desempeñaba como ayudante de campo del capitán general.

Miranda (1750-1816) es el primer hispanoamericano de dimensión histórica mundial. Hombre de estudios y cultura es un viajero incansable. Domina varios idiomas. Tiene una doble virtud: conocer todo lo que merezca ser conocido y no pasar en ninguna parte como extranjero. Salió de Caracas con veintitrés años de edad y su curiosidad lo llevará a Moscú, Praga, Sajonia, Estocolmo... Lucha contra los moros en Marruecos y se enfrenta a piratas en Argelia; general en los ejércitos de la Revolución Francesa. Es el precursor de la independencia de América Latina y terminaría pudriéndose en una cárcel española. Tiene una presencia física impresionante y el amor es para él apenas un desfogue que jamás turba sus planes más ambiciosos. Sus amantes, entre ellas, la zarina Catalina La Grande, de Rusia, se cuentan por decenas y de todas conserva un mechón de vellos púbicos, que guarda debidamente identificados. Colección que en las primeras décadas del siglo xx llegó a la sede de la Academia Venezolana de la Historia y que el Arzobispo de Caracas obligó a incinerar.

Se tratan con afecto Cajigal y Miranda. Pero la simpatía apenas encubre el predominio que el joven criollo ejerce sobre el fogueado veterano. Cajigal será su abogado aún cuando su ex edecán comienza a convertirse en conspirador. Como militar, Miranda se destaca en el sitio de Pensacola, pero es también un hábil negociador y diplomático que actúa en los convenios que incorporan las islas Bahamas a la Corona española. Más que eso: es el artífice de la recaudación del dinero que George Washington necesitaba para proseguir las hostilidades contra los ingleses.

Solo en Cuba era posible allegar ese dinero. Enterado del asunto, Cajigal envió a Miranda a entrevistarse con Washington para conocer la situación y ultimar los detalles que harían posible la ayuda. Escribe Torres-Cuevas: “De regreso, el venezolano se dedicó a reunir los recursos que hacían falta. Se sacaron cantidades de los fondos de la Isla y se inició una recaudación pública en la cual las damas habaneras entregaron parte de sus joyas para contribuir a la causa independentista norteamericana. En total se reunió la cifra de un millón ochocientos mil pesos de ocho reales. Esa suma le fue entregada en La Habana al joven oficial francés Claudio Enrique de Saint-Simon –el posterior célebre escritor y socialista utópico... Pagadas las tropas [francesas], cubierto los gastos y con el refuerzo de tropas habaneras y haitianas, inició Washington el avance contra las fuerzas del general británico Cornwallis en la región virginiana de Yorktown. Después de varios días de combate los británicos se rindieron”. No fue el final de la guerra, pero aquella victoria, decisiva, dejó expedito el camino de la independencia.

Había rivalidad entre Gálvez y Cajigal y los éxitos de ambos generales motivaban celos en la Corte. No tardaría Cajigal en verse envuelto en una patraña. Se dijo que Miranda, al regresar de Jamaica, donde había espiado bajo el disfraz de comerciante cubano, introdujo por el Surgidero de Batabanó una carga de contrabando, algo, por otra parte, muy normal en la época, pero que nunca se ha podido probar. ¿Fue una conspiración para sacarlos del camino? Miranda y su protector quedaron detenidos. Cajigal, que defendió a su subordinado, fue enviado prisionero a España; Miranda logró escapar. Largo sería el juicio; concluyó en 1799, con sentencia absolutoria, cuando ya Francisco de Miranda era un personaje internacional y un enemigo irreconciliable de España.

24 de enero de 2010

DOSCIENTOS AÑOS DE PLÁCIDO

Si El Cucalambé es el único poeta cubano que logra una verdadera transustanciación con el pueblo, al quedar abolida toda frontera entre lo que escribió y lo que se le atribuye, Plácido es, junto con Heredia, el primero que llega a ser gustado por cultos y no cultos pues unía, decía Lezama Lima, la espontaneidad a un refinamiento cuya esencia es constante aunque desconocida. Precisaba Lezama: “Fue la alegría de la casa, de la fiesta, de la guitarra y de la noche melancólica. Tenía la llave que abría la puerta de lo fiestero y aéreo”.

Las ediciones de sus versos superaron en número a las de Heredia y fue el poeta cubano más divulgado en el siglo xix. Cultivó, por encargo, la poesía de ocasión y sus improvisaciones conforman en lo esencial el grueso de su obra. No era raro que en fiestas y saraos, en los que su presencia era solicitada, le dieran una frase para que a partir de ella improvisara el poema, que le salía con facilidad pasmosa. Cintio Vitier lo define como un juglar. Fue también un cronista. Hay naturalidad y limpidez en muchos de sus versos, incluso los más ocasionales. Primor y agradable espontaneidad en sus letrillas. Sus sonetos eróticos, sobre todo el titulado “A una ingrata”, revelan una rara calidad. Compuso odas de pura resonancia. Sus romances denotan su cubanía...

El crítico español Marcelino Menéndez Pelayo, que pasa por alto o no puede apreciar la travesura genuinamente criolla de Plácido, no es remiso, sin embargo, al elogio. Expresó:

“Quien escribió el magistral y primoroso romance ‘Jicotencal’, que Góngora no desdeñaría entre los suyos, el bello soneto descriptivo ‘La muerte de Gessler’, la graciosa letrilla ‘La flor de la caña’ y la inspirada plegaria que iba recitando camino del patíbulo, no necesita ser mulato ni haber sido fusilado para que la posteridad lo recuerde...” Es cierto, pero como dice Cintio Vitier, nosotros también lo recordamos como el mulato fusilado por la estupidez del colonialismo español y el racismo de todos los tiempos.

Plácido llegó a ser un hombre muy conocido y apreciado en la sociedad matancera. Gente de todas las clases sociales le pedían

que animara sus festejos y diversiones. Esa popularidad fue la causa de su desgracia. Las autoridades españolas lo consideraron capaz de encabezar una de las reales o supuestas conspiraciones de negros y mulatos que conmovían la Isla hacia 1840. Lo incluyeron en una de ellas. La llamada conspiración de la Escalera. Fue puesto en prisión y, aunque las acusaciones no se probaron, lo condenaron a muerte. Murió fusilado en la ciudad de Matanzas, en 1844.

Una biografía

Plácido nació en La Habana, en una casa de la calle Bernaza, frente a lo que es hoy La Moderna Poesía, el 18 de marzo de 1809. Hijo de la bailarina española, natural de Burgos, Concepción Vázquez, y del peluquero mulato Diego Ferrer Matoso. Se habían conocido en el Teatro Principal, donde ambos trabajaban. Quiso la madre que el nacimiento del niño pasara en secreto y no demoró en deshacerse de él al abandonarlo en la Casa Cuna de la calle Muralla esquina a Oficios. Tuvo, sin embargo, el gesto de darle su nombre pues en una nota que acompañaba al tierno infante y en la que se consignaba su fecha de nacimiento, se decía que se llamaba Gabriel de la Concepción. Lo bautizaron el mismo día de su ingreso en la Casa Cuna y por decisión oculta o declarada del padre, lo registraron como Diego Gabriel de la Concepción y se le dio el apellido Valdés, obligatorio para los niños expósitos. Su padrino sería el farmacéutico Plácido Fuentes y

de él tomaría el poeta el seudónimo que lo hizo célebre, aunque otros afirman que lo tomó de la novela *Plácido y Blanca*, de la condesa de Genlis.

Poco se sabe acerca de los amores entre el peluquero y la bailarina. Ella hizo dinero con el baile, y aunque mantuvo relaciones con el hijo, obligado a tratarla de “señora”, reprimió siempre cualquier manifestación de amor maternal y lo vio marchar al paredón de fusilamiento sin que un gesto de desesperación borrara el pasado indiferente. Expresa Plácido en su soneto “Fatalidad”: “Entre el materno tálamo y la cuna/ El férreo muro del honor pusiste...” Leopoldo Horrego Estuch, en su libro *Plácido, el poeta infortunado*, dice que aparte del problema social que para una blanca entrañaba en la época tener un hijo, fruto del amor libre, por demás, con un pardo, Concepción, quien llegó a escribir poemas y publicarlos, quería todo el tiempo para dedicarlo a su arte. El peluquero, en cambio, sintió remordimiento ante el destino del muchacho y terminó sacándolo de la Casa Cuna a fin de ponerlo bajo el cuidado de su madre y hermanas.

Los recursos de la familia Ferrer Matoso eran escasos y Diego, que podía ganar hoy un quitrín en una apuesta de juego y perderlo en otra al día siguiente, era irresponsable y poco previsor. Quería al hijo, pero olvidaba a menudo los deberes que tenía para con el pequeño. Así, entre la falta de recursos familiares y la indiferencia paterna, el futuro poeta no podría ir a la escuela hasta los diez años de edad, precisamente cuando el peluquero salió de Cuba para establecerse en México. Estudió Plácido en varias escuelas, entre ellas el Colegio de Belén, que, en su sección

de pobres, admitía a niños negros y mulatos, y sorprendía a los maestros por su vivacidad y clara inteligencia, mientras que su simpatía le ganaba el afecto de todos, si bien su disciplina dejaba mucho que desear. Llegó a ser un nadador hábil y atrevido.

Solo pudo asistir a la escuela durante dos años. A los doce, cuando ya improvisaba décimas y cuartetos con facilidad, comenzó a trabajar en una carpintería. Pasó después, como aprendiz, al taller del célebre pintor retratista Vicente Escobar, y, más tarde, a la imprenta de José Severino Boloña, donde encontró ambiente propicio para su poesía y se adiestró en el oficio de tipógrafo. Como en la imprenta no ganaba lo suficiente, decidió Plácido hacerse peinetero, empleo productivo entonces ya que en Cuba, al igual que en Andalucía, la peineta era un adorno imprescindible en la mujer. A la vuelta de pocos meses, en la platería de Misa, en la calle Dragones, se convierte en un artífice del Carey que entre sus manos se transforma en bastones de severa elegancia, peinetas de alados arabescos, delicadas pulseras.

El poeta

El peinetero es ya Plácido el poeta. En su mesa de la platería, al lado de sus herramientas, tiene siempre un libro y un pedazo de papel, donde queda anotado lo que improvisa. Desde sus días en la imprenta de Boloña no solo despierta la admiración de los que lo escuchan improvisar, sino que, a petición de amigos y

compañeros, escribe sonetos y cuartetas que luego se copian con profusión y pasan de mano en mano.

En 1836 se traslada a Matanzas, donde trabaja como redactor del periódico *La Aurora*. Le encargan la sección poética, muy importante en aquellos años, y tiene la obligación de publicar un poema en cada número del periódico. Le pagan veinticinco pesos mensuales, pero Plácido redondea sus entradas con los versos de ocasión que escribe con temas de bodas, cumpleaños y bautizos y que vende a los interesados. Se dice que llegó a cobrar varias onzas de oro por algunas de sus poesías elogiosas. Las presentaba impresas en seda, enmarcadas en dorado y con filigranas y viñetas muy del gusto de la época. Y no era raro que algún sujeto enamorado le pidiera, y pagara, un poema que luego hacía pasar como suyo a los ojos de la amada.

Muchos criticaron a Plácido que comercializara sus composiciones, y durante años se afirmó que José Jacinto Milanés se inspiró en él para escribir “El poeta envilecido”, un sujeto que después de haber deleitado con sus improvisaciones a los asistentes a una fiesta recibía la recompensa de compartir las sobras del banquete con el perro de la casa. No es cierto. Milanés siempre se refirió a Plácido con respeto y admiración y el poema en cuestión, abstracto o alegórico, se escribió sin pensar en una persona determinada. Así lo afirmó, por escrito, en 1880, Federico Milanés, hermano de José Jacinto. Casi noventa años después Cintio Vitier se alegraba de poder rectificar error tan difundido porque “Plácido, desde Del Monte hasta Sanguily, fue maltratado por la

crítica, y porque de ese modo se salva de la tacha de injusto a Milanés”, tan alabado por Plácido por otra parte.

En 1836 publica su primer libro, *Poesías*. Cuatro años después da a conocer *El veguero*, cuaderno que agrupa letrillas y epigramas. En 1834 había colaborado, con su poema “La siempreviva”, en la *Aureola poética* que se dedicó al poeta español Francisco Martínez de la Rosa. Este que es además ministro de la Corona, de acuerdo con otro poeta, Juan Nicasio Gallego, invitan al cubano a trasladarse a España. Plácido se niega. Necesita de su propio paisaje.

Acerca de su poesía, escribió Lezama Lima: “Plácido incorpora a nuestra poesía la gracia juglaresca. Nuestra poesía salía de la pesantez del neoclasicismo para entrar en los excesos del romanticismo, entonces fue cuando llegó la gracia sonriente y el aire amable de Plácido. Es innegable que en su verbo poético se expresan muchas de las condiciones de nuestra naturaleza, transparencia, juego de agua, enlaces finos y sutiles. Raro será el poema, aun en los más ocasionales, en que no se encuentre un giro gracioso, una metáfora airada y como la misteriosa penetración de los cuatro elementos de nuestra raíz... Forma parte de nuestra naturaleza, es fino, sensual, medido. Tiene algo de los finos valles de las provincias occidentales...”

Fusilado

En Matanzas, contrae matrimonio el poeta con María Gila Morales. Había tenido una novia, Fela, que murió en 1833, durante la

epidemia de cólera en La Habana. Radicado ya en tierras yumurinas, hace escasas visitas a la capital de la Isla, donde se aloja siempre en casa de su madre. En busca de mejores posibilidades de trabajo, se traslada, en compañía de su esposa, a Santa Clara. Está en Trinidad en 1843. Allí, el 1 de abril, mediante un anónimo lleno de faltas de ortografía y dirigido al Gobernador Político de Las Villas, documento que Horrego Estuch reprodujo en su libro citado, se le implica en una conspiración de pardos y morenos, que, al decir de quien lo escribe, estallaría muy pronto en varias de las localidades del territorio. Ofrece el remitente del anónimo los nombres de los supuestos conspiradores y advierte que Plácido llegó a Santa Clara para hacer contacto con los rebeldes locales y organizarlos. Parece estar bien informado el soplón. Menciona al cabecilla del complot y dice que esconde en su casa catorce arrobas de balas, pólvora, mechas y fusiles. No solo revela el informante nombres y detalles, sino que hace indicaciones al Gobernador acerca de cómo debe reprimirse a los involucrados y le pide que con los negros y mulatos de la zona, aunque no estén en la conspiración, se muestre también inflexible y haga que se cumpla la disposición que les prohíbe reunirse y andar por la calle a ciertas horas.

Ese anónimo costó a Plácido seis meses de encierro en Trinidad. Un documento suscrito en esa ciudad el 15 de noviembre de 1843, hace constar que se había depurado la inocencia del poeta y que había sido absuelto en el proceso que se le siguió en el tribunal de la Comisión Militar. No obstante, advierte el informe, “sería conveniente que la autoridad territorial donde fuese a

residir dicho individuo estuviera al tanto de su comportamiento y le exigiera que en el término de quince días se ocupara útilmente...” Es desfavorable la opinión que tienen sobre él las autoridades trinitarias: “... Su conducta durante el tiempo que aquí ha permanecido en libertad... es bastante mala: no se le ha conocido ocupación alguna; es hombre sospechoso y... perjudicial su permanencia en la Isla”.

Ese informe selló su suerte. Meses después fue acusado de formar parte de la llamada Conspiración de la Escalera. No escapó esta vez. Junto a diez acusados más lo fusilaron en el amanecer del 28 de junio de 1844.

Poco antes hizo su testamento. Era tan pobre que dejó solo “memoria” para la gente que quería y los poetas que admiraba. Escribió también, durante sus últimas horas, algunos poemas, entre ellos, “Adiós a mi lira”, “Plegaria a Dios” y uno que dedicó a su madre. Esos manuscritos los pudo el propio poeta entregar a su esposa.

Unas veinte mil personas contemplaron el espectáculo horrendo de aquel fusilamiento. Los esclavos de los lugares cercanos fueron llevados para que les sirviera de escarmiento, pero muchos acudieron movidos por la curiosidad morbosa de ver ejecutar al poeta. Plácido, que no se cansó de proclamar su inocencia en los interrogatorios, recitaba con voz clara su “Plegaria...” mientras avanzaba hacia la muerte. Un redoble de tambores ahogó su palabra vibrante y ante los condenados se formó un pelotón de cuarenta y cuatro soldados con sus jefes. Cuatro soldados para cada uno de los sentenciados. Dos les dispararían a la cabeza y

dos, al pecho. Y un sacerdote para cada supliciado. Rezaron el Credo los curas y los reos y aun tuvo Plácido fuerza suficiente para gritar que emplazaba ante el juicio de Dios a sus verdugos y fiscales, y los mencionó por sus nombres. Se dio la orden de fuego. “Adiós, patria querida...” exclamó. Pero la primera descarga, al alcanzarlo solo en el hombro, lo dejó con vida. A una nueva orden se aprestaron cuatro soldados. Una nueva descarga y voló despedazada su cabeza.

1 de marzo de 2009

MARTÍ VISTO POR UNA PERIODISTA ESPAÑOLA

Vivió en Cuba durante la Guerra de Independencia (1895-1898) y dio rienda suelta a su integrista extremo. Fue aquí secretaria de la Cruz Roja y como reportera visitó el teatro de operaciones en la zona de Júcaro a Morón para escribir, en colaboración con otros periodistas, *El álbum de la Trocha*, que apareció en 1897 dedicado a Valeriano Weyler. No fue remisa a ensalzar en sus artículos a ese sanguinario militar y combatió con dureza a los patriotas cubanos. La derrota española en Cuba la sufrió como un desastre personal. Salió entonces de La Habana y nunca le avergonzó recordar que “llorando casi sin solución de continuidad” había hecho todo el viaje de regreso a España.

Pero la periodista, narradora y dramaturga Eva Canel vuelve a Cuba en 1914 invitada por amigos españoles. Quiere escribir sobre

la antigua colonia y con ese fin recorre el país. Un propósito la obsesiona. Anhela visitar la tumba de José Martí. Pregunta en La Habana dónde fue inhumado y no saben contestarle; tampoco en Matanzas. En Camagüey, acaso, le dice alguien. Pero ya en Santiago de Cuba, en el cementerio de Santa Ifigenia, después de rezar, en nombre de las madres españolas, por los soldados muertos en El Caney y en San Juan, vuelve con su pregunta insistente.

—Allí está Martí —responde el guardián de la necrópolis y ella se acerca a la tumba que le indican. Llora y reza el padrenuestro.

Una fugaz, pero estrecha amistad unió, en Nueva York en 1891, al Apóstol de la Independencia de Cuba y a la que devendría vocera imbatible de la causa española. Martí la ayudó con su inglés y abrió a la periodista puertas en la gran ciudad. La consoló porque dejaba ella a su hijo, de quien se separaba por primera vez, interno en un colegio, y él comprendía ese dolor porque vivía separado del suyo. Un día, en que saldrían juntos, le escribió para comunicarle el lugar donde la aguardaría del otro lado del río y deslizó en la breve esquela este miramiento irresistible: “Diré a las flores del camino que se pongan de gala para recibirla...”

Cuando se despidieron al fin, Martí acudió a la cita con una preciosa caja de bombones.

—No me escriba. Yo no le escribiré tampoco.

—¿Cómo, Martí? ¿Por qué?

—Porque no escribo a quienes bien quiero. Podría comprometerles. Tampoco escribo a mi madre: la equiparo a usted con ella.

Escribiría Eva Canel: “Entonces no comprendí todo el generoso alcance de aquella solución: lo comprendí más tarde. Yo volvía para Cuba; él preparaba la revolución con aquella paciencia de benedictino que perduraba en su voluntad por encima de todos los sinsabores y de todos los desengaños”.

Lo que vi en Cuba

Entonces la asturiana Eva Canel era una mujer de treinta y cuatro años de edad, cuatro más joven que Martí, y viuda desde los veintisiete. Se llamaba realmente Agar Eva Infanzón Canel y con quince años había contraído matrimonio, en Madrid, con el escritor Eloy Perillán Buxó. Sus ideas políticas valieron a Perillán una condena de destierro y en Bolivia, primero, y luego en Perú y Argentina se sumerge el matrimonio en una intensa vida periodística. Perillán es republicano; Eva también lo es en apariencia. Evolucionaba hacia el conservadurismo hasta que, tras la muerte del esposo, se inclina definitivamente hacia una derecha nacionalista y monárquica.

En 1891 está en La Habana. Colabora en el *Diario de la Marina* y otras publicaciones, y está dispuesta a labrarse un camino dentro de la narrativa y la dramaturgia. Salta a Estados Unidos con la intención de ocuparse de varias corresponsalías en la Exposición Universal de Chicago y a su regreso se le acusa de publicar bajo su nombre novelas que Perillán había dejado inéditas. Funda una revista, *La Cotorra*, de la que dice que como “no sabe tirar el

sable... no se bate más que a picotazos”. La publicación desaparece en 1893, el mismo año en que la escritora estrena su obra de teatro *La mulata*, pieza que, al igual que *El indiano*, que da a conocer al año siguiente, le vale aplausos y una sólida reputación.

Estalla la Guerra de Independencia. Su reportaje en la trocha de Júcaro a Morón es una exaltación de la valentía y sentido del deber del soldado español destacado en esa línea fortificada. La invasión del occidente de la Isla por parte del Ejército Libertador generó duras críticas a la eficacia de la trocha, construida precisamente para detener el empuje mambí, y puso en crisis al alto mando militar español en Cuba. En consecuencia, el capitán general Martínez Campos fue sustituido por Weyler que, dispuesto a acabar con la insurrección y también con la población civil, dictó el Bando de la Reconcentración, que obligó a los campesinos a concentrarse y morir de hambre y enfermedad en las ciudades a fin de privar a los mambises de toda ayuda. La Canel intentará demostrar en su reportaje que la trocha era casi el paraíso y que las tropas, aunque diezmadas, estaban felices de poder servir a España. En 1898 dirige el periódico *El Correo*, visceralmente anticubano, y colabora en diarios del sector autonomista.

Dice el investigador Jorge Domingo que la escritora se vio involucrada en la explosión del acorazado norteamericano *Maine* en el puerto de La Habana, pero que no pudieron concretarse cargos contra ella. De todas formas, a esa altura, sus días en Cuba estaban ya contados.

Luego de una estancia en España, vuelve la Canel a América y se establece en Buenos Aires, donde es propietaria de una

imprensa y funda revistas como *Kosmos* (1904) y *Vida Española* (1907). Colabora en importantes publicaciones del continente e imparte conferencias, sin descuidar sus aristas como novelista y dramaturga.

Otra vez en Cuba, emprende un largo viaje por la Isla. Sale de La Habana en un barco de cabotaje que la lleva a Santiago de Cuba, con breves paradas en algunos puertos de la costa norte. Desde Santiago prosigue su periplo en tren hasta Guantánamo, y desde allí retrocede, siempre en tren, hacia occidente hasta regresar a La Habana. Había visitado ya Pinar del Río.

El resultado de tan largo recorrido lo plasma en su libro *Lo que vi en Cuba*, un volumen de más de cuatrocientas páginas publicado originalmente en La Habana, en 1916, y que ahora volvió a aparecer con el sello de la Editorial Oriente, en una edición que recoge solamente aquellos capítulos de la obra dedicados a la zona oriental del país, unas ciento cincuenta páginas a lo sumo, y que se enriquece con la introducción y las notas de José Abreu Cardet y Elia Sintés Gómez.

Combatió duramente la Canel a los cubanos durante la Guerra de Independencia, pero en 1914 no se siente nada mal entre nosotros. No hay aquí resquemores ni resentimientos contra el español, pese a la guerra y a las salvajadas de los voluntarios, y como norma no se advierte una reacción de rechazo contra los miles de peninsulares que se establecen en Cuba después de la independencia. No hay en sus páginas lamentos por la colonia perdida, pese a que esta no es una isla más en el Caribe, sino su Isla. Sí una dura crítica a la hegemonía norteamericana en la

economía de la nación. Martí, en sus encuentros en Nueva York, se lo anticipó. Así lo dice Eva Canel en *Lo que vi en Cuba*, donde incluye la crónica sobre Martí que, a pedido de su director, dio a conocer en el periódico *El Cubano Libre*, de Santiago.

América para la humanidad

Aunque conversaron mucho sobre España –letras, hombres, hechos– Martí, dice Eva Canel, no le habló jamás acerca de la política española ni tampoco sobre la política de España en Cuba y Puerto Rico. “Rehuía la conversación política él, y yo, en aquel tiempo, no estaba facultada por la experiencia para abordarla ni rozarla siquiera”. Su principal y cariñoso objeto era hacerle conocer a la española lo bueno y lo malo de Estados Unidos.

Lo bueno, aprovechémoslo, le dijo un día; lo malo no permitamos que nos lo impongan. Y a reglón seguido, precisó: “Si de ellos dependiese la vida independiente de mi patria, no la querría, porque estoy convencido de que no sería tal independencia ni tal vida”. Inmediatamente volvió sobre sí para preguntar a su interlocutora con gesto alegre y tono insinuante:

—¿Conoce usted el cuento del fraile y el clavo?

Como la Canel lo conocía, Martí comentó: Pues el fraile serían estos señores para Cuba, y el clavo, la protección directa que nos prestasen. Y recordaba ella el clavo al que aludía Martí al visitar las bahías de la costa norte de la Isla, “en donde el clavo del fraile es la United, clavado también en Centro América y en Santa

Marta, Colombia, y en Bocas del Toro, Panamá y en todos los países en que se cosechan plátanos, piñas, café, cacao y la planta sacarina”. Por eso considera que es importantísimo el legado intelectual de Martí para la perpetuación de la raza y el carácter hispánicos y la lengua española.

Hace una aclaración sustancial. La frase de “América para la Humanidad”, dicha gallardamente por Sáenz Peña, delegado argentino en la I Conferencia Panamericana, en contraposición a la de “América para los americanos”, de Monroe, no es suya, sino de Martí. “Yo se la oí al Apóstol (y nunca mejor nombre pudieron aplicarle) mucho tiempo antes de la Conferencia”. Martí era el cónsul de Argentina en Nueva York. Sáenz Peña, todavía joven, todavía romántico, era un hispanófilo decidido. Este carácter, que conservó hasta que ocupó la presidencia de su país, resultaba más apropiado para que se entendiese con Martí. Y Martí lo sugestionó y le inculcó su dialéctica, documentándolo acerca de lo que *mister* Blaine pretendía con aquella conferencia. Por eso Sáenz Peña puso piedras en el camino que el secretario de Estado norteamericano pensó recorrer sin tropiezos.

¿Cómo era Martí en el remanso de la amistad? A ello alude también Eva Canel en su crónica. Puntualiza: “Nada supe del carácter de Martí, ni de su condición, ni de su talento, ni de su alma, porque él me lo haya revelado con palabras; todo lo aprendí observándole en sus elocuentísimos silencios: ¡Los silencios de Pepe Martí!

“¿Sufría? ¿Gozaba? ¿Dudaba? ¿Creía? Cabía todo amalgamado en su cerebro, pero no definía nada en expresión absoluta: tenía

el don poderoso de hacer que lo juzgasen sin poner tampoco nada de su parte, al parecer, por conseguirlo. Se le analizaba porque surgía el análisis; se le quería entonces porque se le admiraba, y entre el cariño y la admiración, nacía la sorpresa de verse frente a un místico reconcentrado en sí mismo: no un san Juan de la Cruz extraviado de otros tiempos, de otras civilizaciones, y encontrado en la edad presente por trashumancia milagrosa a través de los siglos. Era un Pablo ermitaño en su envoltura carnal, que vivía sobre el Tabor de ansias infinitas, ansias de un ideal que ni con la independencia de su patria habría podido saciarse”.

Jamás se fue de Cuba Eva Canel tras la publicación de aquel libro y de aquella crónica. Murió en La Habana, en 1932.

27 de enero de 2008

LA BODA DEL GENERAL JOSÉ

La anécdota la cuenta el general Enrique Loynaz del Castillo en sus Memorias de la guerra. Estaba a punto de comenzar en Cuba la Guerra de Independencia, y el general Antonio Maceo insistía para que, antes de que se iniciara la contienda, su hermano José contrajese matrimonio con Elena Núñez, la muchacha con la que llevaba relaciones.

Loynaz llegó a Costa Rica y se ganó enseguida el corazón de los Maceo. Apunta al respecto en su libro: “Todos los hermanos Maceo, gloriosos paladines de mi patria, condecorados con las cicatrices de las jornadas libertadoras, compensaron con pronto

afecto mi admiración a sus virtudes ejemplares... Pero José, más que todos, me favoreció con su predilección. Solía decir Antonio que José miraba por mis ojos”.

Fue por esa predilección que el general Antonio encomendó a Loynaz la misión de convencer a José de que se casara. Loynaz, que tenía entonces veintitrés años de edad, no perdió tiempo en acometer la delicada tarea que el Titán confió a sus condiciones “diplomáticas” y un mediodía, tras el almuerzo en la casa de la familia de Elena, abordó al León en un aparte.

—José, ¿por qué no te casas con esta muchacha de tantos merecimientos, y le das esa felicidad antes de ir a la guerra? preguntó Loynaz.

—¡Ah! A ti te ha mandado Antonio...

—Nada de eso. Es que me parece un deber que te será gratísimo cumplir. Y Elena así podría encargarse de tu finca y, con todo el derecho, velar por sus intereses aquí en Costa Rica, además del tesoro que para un hombre de bien representa tener una buena esposa.

Ante la andanada de Loynaz el general José Maceo guardó silencio durante largos minutos. Parecían haberlo convencido las razones que enarbolaba su interlocutor, pero no tardó en manifestar su escasa simpatía por los sacerdotes españoles, como el que oficiaba en Nicoya, donde su hermano Antonio, al frente de un grupo de oficiales cubanos, se empeñaba en llevar adelante una colonia agrícola en tierras cedidas por el gobierno costarricense.

Tampoco le gustaban, añadió José, las complicaciones de confesión y comunión que el matrimonio traería consigo. Las consideraba, simplemente, como “guanajadas”. Cedió, sin embargo,

ante los argumentos de Loynaz y este para no conceder a José la oportunidad de arrepentirse lo condujo de inmediato a presencia del cura a fin de que ultimara los preparativos de la boda.

Al fin y al cabo la cosa no sería tan complicada como José suponía, pero aún así el sacerdote quiso hacerle dos o tres preguntas como mera fórmula de compromiso. Inquirió primero sobre la fe cristiana del novio y ante la respuesta afirmativa de José el sacerdote deslizó su interrogatorio hacia el espinoso campo de los mandamientos. La conversación avanzó sin tropiezos hasta el quinto precepto. Preguntó el cura entonces:

—¿Por supuesto, hijo mío, que nunca habrás cometido el pecado de matar? Y ahí mismo José perdió la compostura.

—Mire, padre, se necesita ser un guanajo para preguntarle eso a un hombre que ha estado diez años en la guerra matando españoles. Y hasta un cura me cayó una vez entre las manos.

—¡Matar al enviado de Dios! Eso es un pecado mortal que yo no puedo absolver. ¡Hay que ir por dispensa a Roma!

—¡A Roma se va usted ahora mismo por la ventana! —dijo José Maceo, y asegura Enrique Loynaz del Castillo en sus Memorias de la guerra que solo por la ventana se libró el sacerdote de la ira del general cubano.

El León de Oriente

Ya para esa fecha José Maceo no solo conocía la guerra, sino también la cárcel.

Se había incorporado a la Guerra de los Diez Años dos días después del Grito de Yara y ascendió progresivamente desde soldado a coronel, grado que se le otorgó tras la Protesta de Baraguá. En la Guerra Chiquita se mantuvo durante diez meses en campaña y ascendió a general de brigada. Cuando se vio obligado a deponer las armas pensó que el gobierno español le garantizaría la salida del país. Abandonó la Isla, en efecto, pero fue apresado en alta mar y conducido a Puerto Rico. De ahí lo remitieron a Chafarinas y dos años después, en 1882, se dispuso su traslado a Ceuta.

Logró fugarse entonces y en Tánger, Marruecos, obtuvo permiso del cónsul norteamericano para ingresar en los Estados Unidos. Pero en Gibraltar, donde hizo escala en su viaje hacia ese país, fue detenido y puesto a disposición de las autoridades españolas. Lo condujeron a Algeciras, de ahí a Ceuta y posteriormente a las cárceles de Pamplona y La Estrella.

En 1884 logró fugarse de nuevo, esta vez de la cárcel de La Mola, en Mahón, y buscó refugio en Argelia. Pasó por Francia, Estados Unidos y Jamaica antes de reunirse con Antonio en Panamá, en diciembre de 1886. Se establecería en Costa Rica. En ese país, en 1891, su hermano había recibido del gobierno una concesión de tierras que harían producir veteranos de la independencia de Cuba.

En Nicoya, frente al océano Pacífico pensaba el general Antonio en congregar a toda su familia, afirma su biógrafo Raúl Aparicio. José no tardó en reunírsele, y el Titán esperó contar con un mínimo de condiciones para asegurar la estancia de su esposa María. Soñaba también con traer a su madre, dice Aparicio, pero

Mariana, muy apegada a Jamaica, donde vivía con su hijo Marcos, no se sintió atraída, a sus ochenta años, con la perspectiva de un viaje hasta el Pacífico.

Desde Costa Rica vienen Antonio y José Maceo a pelear por Cuba libre. El 28 de abril de 1895 José asciende a mayor general, y en octubre, cuando era jefe ya del Primer Cuerpo de Ejército, Antonio le entrega el mando de la provincia oriental, cargo en que, con carácter interino, lo ratifica Máximo Gómez. En abril del año siguiente debe deponer ese mando ante el mayor general Mayía Rodríguez, y aunque lo renuncia se niega a hacerlo sin una orden expresa del general en jefe. Lo entregará en definitiva a Calixto García y quedará como jefe del Primer Cuerpo. El 5 de julio de 1896, en Loma del Gato, un balazo que recibió en el centro del pecho lo derriba del caballo. Morirá cuatro horas más tarde en la finca Soledad, en Ti Arriba.

Por su impetuosidad en las cargas contra el enemigo y su valor, a José Maceo le llamaban El León de Oriente.

El padrino

Guanajo es, se dice, voz aborigen. En todo caso es un vocablo cubano que identificaba al pavo y, por extensión, se dice así al tonto o al simple, en tanto que guanajada, voz cubana, equivale a necedad o sandez. No resulta extraño entonces que el cura de Nicoya desconociera qué había querido decirle José Maceo cuando lo llamó guanajo, y por más que Loynaz se esforzaba no

conseguía hacerle creer que la palabreja era en Cuba un elogio exquisito y delicado. Al sacerdote no le sintonizaba el audio con el video pues no comprendía que tal exquisitez se hubiera acompañado con gestos tan airados.

Con paciencia y mucho tacto Loynaz logró limar las asperezas entre el enviado de Dios y el guerrero. El cura se tranzó con los veinticinco pesos que le prometieron y que le evitarían el penoso viaje a Roma en busca de dispensa para el pecado mortal del cubano.

Pudo así anunciarse la boda y la colonia, con el general Antonio a la cabeza, se dio cita en casa de la novia en la fecha convenida. Llegó el sacerdote y en un susurro preguntó a Loynaz quién era el padrino de “la fiera”. Como lo sería el propio Loynaz, le pidió que se colocara al lado del novio, lo mismo hizo la madrina con la novia y comenzó la ceremonia; una ceremonia que transcurrió de prisa y concluyó en un decir amén. A Loynaz del Castillo le pareció demasiado corta la boda y se lo hizo saber al cura.

¿Y qué más quiere por veinticinco pesos? –preguntó el sacerdote que en ese momento recibió su dinero y se marchó por donde mismo había venido sin esperar la champaña que la familia de Elena ofrecía a los convidados.

27 de junio de 2004

MANUEL GARCÍA

José Martí rechazó los ocho mil pesos que le ofreció para la guerra porque eran fruto de un secuestro, pero no le negó el derecho a

combatir por la independencia de Cuba. Dirá a Máximo Gómez: “Manuel García, en carta triste y sumisa, espera órdenes”. Y el propio Gómez escribe a Francisco Carrillo, jefe de la Revolución en Las Villas: “Cuenta con Manuel García”.

Pero Manuel García murió el 24 de febrero de 1895, el mismo día en que se iniciaba la Guerra de Independencia. Lo asesinaron cuando se disponía a ponerse al frente del grupo de Juan Gualberto Gómez y Antonio López Coloma alzado en Ibarra. Se dice que se incorporaba con grados de capitán, pero parece ser cierto que clubes de la emigración cubana en Cayo Hueso le confirieron con anterioridad la estrella de comandante. Y se dice que antes de comenzar la contienda Juan Gualberto había hecho coronel a aquel hombre que a su modo y en solitario animaba la subversión en la Isla y que, equivocado o no en sus métodos, engrosaba las arcas de la insurrección.

Pocas figuras cubanas son tan desconocidas y tan ligeramente tratadas como la de El Rey de los campos de Cuba. Ninguna tal vez más controvertida y polémica. Todavía hoy no pasa de ser, para algunos, un simple bandolero, aunque otros, por aquello que repartía entre los pobres lo que quitaba a los ricos, envuelven su personalidad en una aureola romántica y sentimental, imagen esa que alimentó la literatura, el cine, la décima, la plástica y el cómic. Cada vez son más, sin embargo, los que no vacilan en considerarlo como un patriota.

En 1886, desde Cayo Hueso, escribe García a Máximo Gómez: “Mi general: Hallándome dispuesto a volver a los campos de Cuba... me pongo a las órdenes de Ud. como soldado de la causa

de la independencia de mi patria”. Y en 1891, en un manifiesto que suscribe en la localidad habanera de Melena del Sur y que dirige a las repúblicas americanas, expresa: “Ahora, muy respetuosos, pedimos a los gobiernos extranjeros que mantengan su neutralidad en nuestra guerra civil y si las razones que tenemos para luchar son bastantes a despertar su simpatía, vengan y ayúdenos”. En ese documento García enumera los motivos que impulsan a Cuba a luchar por su libertad y anuncia que el país declaró la guerra a la monarquía española. Lo firma como “General del Departamento Occidental”, título que se adjudica él mismo, al igual que el de “El Rey de los campos y casi que de toda la Isla de Cuba” con el que rubrica la carta que en la misma época dirige al periódico *La Lucha*.

Enemigo público

¿Quién es ese hombre? Lamentablemente, casi todo lo que se conoce acerca de su vida lo escribieron sus enemigos. Por su partida de bautismo se sabe que nació en Alacranes, Matanzas, el 1ro de febrero de 1851. Sus padres eran oriundos de las Islas Canarias y el niño no tuvo muchas oportunidades de ir a la escuela. Era serio y decidido. Pronto comenzaron sus problemas con las autoridades españolas. Lo encarcelaron cuando amenazó de muerte a un alcalde que había vejado a su esposa, Charito Vázquez, y con posterioridad hirió a machetazos al padrastro cuando lo sorprendió en el momento en que

propinaba una golpiza a su madre. El temor de que lo encarcelaran de nuevo lo hizo buscar amparo en el monte. Escribió al respecto Charles Aguirre, coronel del Ejército Libertador: “El daño que pudiera haber hecho tuvo para mí siempre una excusa. Le hallo justificación. No conozco un hecho del Rey de los campos de Cuba que no la tenga. ¿Se quiere mayor, acaso, que el que lo obligó a refugiarse en el monte y que hizo torcer el rumbo a su destino?”

Parece que entonces se sumó a la partida del bandolero Lengue Romero y se convierte en enemigo público. Cuando el gobernador Luis Prendergart, con tal de acabar con el bandidismo, ofrece a los cabecillas el indulto, facilidades para viajar al exterior y una gruesa suma de dinero si deponían su actitud, Manuel García se traslada a Cayo Hueso. El hombre que supuestamente había robado miles de pesos no guardaba nada para sí y para vivir debió buscar empleo en la tabaquería de Eduardo Hidalgo Gato, el amigo de Martí. Eso resultó decisivo para el ex bandolero, aseguran historiadores, pues su relación con José Dolores Poyo y el brigadier Fernández Ruz, entre otros emigrados revolucionarios, hizo que su rebeldía derivara hacia la independencia. Pronto será uno de los cuatro integrantes de la expedición del balandro *Dolphin* que desembarca en septiembre de 1887 por Puerto Escondido, al este de La Habana. El jefe del grupo muere en combate casi enseguida y García asume el mando del pequeño destacamento que pretende crear las condiciones para la guerra libertadora.

Búsqueda y captura

A partir de entonces apenas conocerá el reposo. En noviembre de 1890 el capitán general ofrece diez mil pesos de recompensa por su captura y entrega, y otros cinco mil por cada uno de los miembros de su banda. En vano, nadie lo denuncia; nadie siquiera intenta atraparlo. Numerosa tropa le sigue los pasos y lo cerca una red de espionaje que pretende vigilar sus movimientos. Pero García no es enemigo de poca monta. Sobresale por su inteligencia natural e intuitiva y lo ayudan sus dotes de organizador y el conocimiento absoluto que tiene del terreno en que se mueve. Su más encarnizado adversario, el teniente coronel Tejada, jefe del grupo paramilitar Escuadras de Guantánamo, tendría que reconocer ante sus superiores que García ha sabido equipar a sus hombres con un armamento moderno, uniformarlos y disciplinarlos. Además suprimió la “prima” o el tanto especial que recibían los jefes de bandas y reparte con los suyos lo que consigue a partes iguales, lo que le valió el respeto y la consideración de sus hombres.

Operó en lo esencial en zonas de La Habana y Matanzas, llegó a Las Villas y solía replegarse en Pinar del Río. Realizaba asaltos y secuestros y pedía rescate por ellos. Los españoles sabían bien de las ideas y propósitos que lo movían. Informaba a Madrid el capitán general: “Manuel García no ha querido perder nunca la significación de separatista, y así se ve que sostiene correspondencia con los revolucionarios de aquí y del Cayo, que casi todas las víctimas de sus secuestros han sido personas que no profesan

tales ideas, que el dinero que obtiene por los rescates se emplea exclusivamente en adquirir armas y municiones y en socorrer a los campesinos”.

Exigió dinero –quince mil pesos– a la empresa de los ferrocarriles. No lo recibió y tiroteó trenes y destruyó estaciones ferroviarias. Subió la exigencia a veinte mil pesos. Tampoco los obtuvo y descarriló el tren que corría entre Empalme y Matanzas y elevó el pedido a treinta mil pesos. Se ignora cómo paró el asunto. Parece que la empresa llegó a algún acuerdo secreto con García porque un alto oficial español declaró que se había comprometido a salir de Cuba. Pero no lo hizo. Solo se mantuvo sin dar señales de vida durante tres meses y luego volvió a las andadas.

Muerte oscura

Gregorio Ramírez, uno de los últimos sobrevivientes del alzamiento de Ibarra, contó en 1939 que como “mozo de confianza” de López Coloma tuvo que encontrarse dos veces con Manuel García, y que este, antes del levantamiento, concurrió en dos ocasiones al paradero de Ibarra para conferenciar con Coloma. Añadió que en la noche del 23 al 24 de febrero de 1895 esperó, por órdenes de su jefe, la llegada de García al campamento que debía producirse por el camino de Ceiba Mocha. García no llegó y horas después se enteraron por un periódico de que no llegaría nunca. Eso provocó contrariedad en Juan Gualberto y en Coloma.

Manuel García, en efecto, se dirigía a Ibarra en la tarde del día 24. Al salir de la tienda El Seborucal, en Ceiba Mocha, donde se pertrechó, se adelantó a su tropa con dos acompañantes. Minutos después sus hombres vieron a uno de ellos en el camino, al lado del jefe que se desangraba. Jamás se precisaron los detalles. Muerte oscura y misteriosa la de El Rey de los campos de Cuba.

3 de octubre de 2004

CÓMO MURIÓ JOSÉ MARTÍ

El primer monumento que se erigió a la memoria de José Martí fue iniciativa de Máximo Gómez en plena guerra por la independencia. Era el 9 de agosto de 1896 y el general en jefe del Ejército Libertador, al frente de más de trescientos mambises, entre los que figuraban el mayor general Calixto García y otros altos oficiales insurrectos, volvió por segunda vez al lugar donde quince meses antes había ocurrido la muerte del Apóstol y dejó el vestigio de la visita.

El sitio estaba perfectamente identificado. El campesino José Rosalía Pacheco, vecino de la finca Dos Ríos y que había compartido con Martí poco antes de su muerte, buscó, en compañía de su hijo Antonio en el campo de batalla, el pedazo de terreno donde quedó tendido el cuerpo del Héroe y al encontrarlo, por la sangre coagulada sobre la tierra, lo marcó con un palo de corazón.

Pocos meses después, exactamente el 10 de octubre de 1895, Enrique Loynaz del Castillo visitaba la zona. Llevaba una encomienda

del marqués de Santa Lucía, presidente de la República en Armas: determinar de la manera más exacta posible el lugar del suceso con el objeto de levantar allí algún día el monumento merecido. Tanto el marqués como Loynaz desconocían, al parecer, el gesto de José Rosalía y sería el propio campesino quien llevase al enviado del Gobierno al lugar identificado. “Aquí, dijo a Loynaz, aquí mismo recogí la sangre de Martí. Vea todavía la huella del cuchillo por donde arranqué a la tierra el charco de sangre coagulada para guardarla en un pomo”. El hijo de José Rosalía diría muchos años después: “Debió borbollarle mucha sangre porque había un reguero grande en la tierra”.

Loynaz, emocionado, besó aquel pedazo de suelo que el campesino le mostraba, levantó un acta que daba cuenta del cumplimiento de su misión y la introdujo en una botella. La enterraría debajo de la cruz de madera que José Rosalía preparó y clavaría en el lugar.

El Cauto y el Contraamaestre confluyen en Dos Ríos. En camino hacia ese sitio, aquel 9 de agosto de 1896, Máximo Gómez dispuso que cada uno de sus hombres, desde los soldados hasta los oficiales, recogiese una piedra del río. Enseguida la tropa se puso en marcha, en silencio. Solo Gómez hablaba. El lugar, al fin, apareció ante sus ojos cubierto por la hierba de guinea. Ordenó su limpieza y, una vez desbrozado, el generalísimo, primero y Calixto después dejaron caer en el punto de la tragedia las piedras que portaban. A continuación lo hicieron los jefes superiores, seguidos por sus subalternos hasta el último soldado.

Se levantó así una pirámide rústica, con la cruz de madera al frente, “de cara al sol”, como Máximo Gómez recordó allí oportunamente que Martí quería morir. Evocó el jefe del Ejército Libertador el combate de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, la situación comprometida, la noticia inesperada de la desaparición de Martí, la incertidumbre acerca de su muerte, la imposibilidad del rescate... Algo dejó muy claro el general en jefe: el Delegado del Partido Revolucionario Cubano fue a la muerte “con toda la energía y el valor de un hombre de voluntad y entereza indomables”. Sentó un compromiso: “Todo cubano que ame a su patria y sepa respetar la memoria de Martí, debe dejar siempre que por aquí pase una piedra en este monumento”.

Así se hizo hasta el final de la Guerra de Independencia, en 1898. “Muchos fueron los que pasaron por el lugar y dejaron allí su piedra como testimonio de homenaje y tributo...”, escriben Omar López y Aida Morales en su libro *Piedras imperecederas; La ruta funeraria de José Martí* (1999).

La meta y el camino

Especialistas militares coinciden en afirmar que la acción de Dos Ríos, si bien cobró significación por la muerte de Martí, no tuvo gran importancia desde el punto de vista estrictamente militar. Las circunstancias en que se produjo el combate han sido objeto de variadas versiones que difieren en determinados detalles, pero en general coinciden en los aspectos esenciales y, sobre todo, en la forma en que aconteció la muerte del Apóstol.

El historiador Rolando Rodríguez que, en archivos militares madrileños, descubrió y estudió con respecto a este tema documentos que “resultan tesoros para la historia de Cuba”, afirma en su libro *Dos Ríos; a caballo y con el sol en la frente* (2002) que desde los propios días del suceso “elaboradores de fantasía y ficciones de género diverso, han pretendido, contra toda evidencia histórica, retorcer hechos, aferrarse a relatos inexactos o documentos repletos de lagunas y, sin contrastación adecuada o haciéndolo de manera forzada, han presentado una versión particular y totalmente errónea de los acontecimientos”.

¿Buscó Martí la muerte de manera voluntaria en Dos Ríos? ¿Fue sorprendido por el enemigo en el momento en que marchaba hacia la costa a fin de salir de la Isla? ¿Se le hicieron insostenibles las desavenencias con los jefe militares de la guerra? ¿Fue la fogosidad de su caballo *Baconao* lo que lo hizo meterse sin querer en las líneas españolas?

El subteniente Ángel de la Guardia, que acompañaba a Martí en el momento de la tragedia, contó a su esposa una versión de aquel suceso que fue repetida por su hijo. Luego de cruzar el Contraamaestre, junto a Gómez, una hondonada desvió los caballos de Martí y el suyo y los obligó a moverse en una línea diagonal con respecto a las fuerzas que mandaba el general en jefe hasta que se encontraron con la avanzada enemiga. Pero este relato, precisa Rolando Rodríguez, tiene tales imprecisiones que no permiten asumirlo al pie de la letra.

Otra versión poco fiable coloca a Martí sumado a un destacamento mambí, con el que se encuentra accidentalmente, que

machetea a una avanzada española y persigue a los sobrevivientes hasta la casa de José Rosalía, donde buscan refugio. Allí, la esposa del campesino, escondida con sus hijos debajo de una cama, escucha al Apóstol conminar a De La Guardia a marchar adelante, solos. Fue así que tropezó con la tropa enemiga que lo aniquiló. Si tal cosa hubiera ocurrido, alguno de los componentes de ese destacamento se hubiera constituido en testificante de los hechos. Nadie lo hizo. Ninguno de los protagonistas principales de la acción de Dos Ríos aludió siquiera a ese pasaje.

Numerosos testimonios avalan la condición briosa e incontrolable del caballo. Padecía del mal de asustarse y desbocarse. Pero Martí, dice Rodríguez, si bien no era un jinete consumado tampoco era inexperto. Por cierto, en la acción, *Baconao* fue alcanzado por una bala que le penetró por el vientre y salió por una de las ancas. Sobrevivió a la herida y Gómez ordenó que lo soltaran en la finca Sabanilla con la indicación expresa, como respeto a Martí, de que nadie más lo montara.

Martí en ese momento marchaba por el centro de la provincia, lejos de la costa, de manera que no era su intención, al menos inmediata, la de salir de Cuba. Cinco días antes anotaba en su diario que meditaba sobre la conducta que debía adoptar: si permanecía en la manigua o salía al exterior, como lo querían Gómez y Maceo. Hablar de suicidio por otra parte, afirma Rodríguez, solo evidencia desconocimiento de su carácter, sin contar que de marchar al sacrificio no hubiese invitado a su joven ayudante a acompañarlo. Para un hombre de su ética hubiera sido injusto arriesgar una vida ajena en un destino que era el suyo.

“Se desconocería u olvidaría que Martí era un político depurado que sabía de litigios, ataques injustos y hasta de humillaciones, sin que lo condujeran nunca a depresiones por la sencilla razón de que no podía permitírselas, puntualiza el autor de *Dos Ríos: a caballo y con el sol en la frente*. Él estaba preparado para apurar acíbar, hiel. Cómo no recordar estas palabras suyas, todavía frescas cuando cayó: ‘No habrá dolor, humillación, mortificación, contrariedad, crueldad, que yo no acepte en servicio de mi patria’. Por el contrario, a encrespadas tormentas, borrascas temibles y cielos encapotados, siempre respondió de manera altiva, firme, valerosa. De hecho, nunca se vio flaquear a su membruda voluntad y, en todo momento, se sobrepuso al peor contratiempo. Porque fue siempre un luchador que se enfrentó, sin lirismo alguno, con temple y nervio, a la adversidad y cuando se impuso la tarea de independizar a Cuba, sabía que su ruta se repletaría más de zarzas que de flores. Para aquel hombre, la meta resultaba más importante que el camino”.

“Hágase usted atrás Martí”

El 19 de mayo de 1895, al regresar al campamento de Vuelta Grande, de donde salió el 17 para hostilizar, con unos treinta hombres, el convoy que conducía el coronel Ximénez de Sandoval, Máximo Gómez encontró que el mayor general Bartolomé Masó, al frente de una partida de trescientos hombres, acompaña a Martí. Revistan las tropas los tres generales y las arengan

Gómez y Masó. Toca después el turno a Martí. Por Cuba estoy dispuesto a dejarme clavar en la cruz, les dice y los combatientes, quizás sin comprender del todo sus palabras, lo aclaman. ¡Viva el presidente!, gritan.

Almuerzan. Los ordenanzas tienden las hamacas de los jefes para la siesta, y Martí, se dice aunque parece poco probable, trabaja en la redacción de lo que sería la Constitución de la República en Armas. De pronto un teniente, que penetra en el campamento a todo correr, da la noticia: se escuchan disparos en dirección a Dos Ríos. El general en jefe ordena montar a caballo. El Delegado no permanecerá en el campamento, como aseguran algunas versiones.

Gómez quiere entablar combate en un sitio alejado de Dos Ríos, donde se le facilite maniobrar a la caballería. No lo logra y tiene que emprender la acción en ese lugar, a unos cuatro kilómetros de Vega Grande. Vadean los insurrectos el Contramaestre y ya en la sabana una avanzada española trata de detenerlos. Los mambises la aniquilan, pero la columna de Ximénez de Sandoval, formada en cuadro, rompe el fuego contra los cubanos. El general en jefe trata de proteger al Delegado. Le ordena: “Hágase usted atrás, Martí, no es ahora este su puesto”.

Detiene Martí un tanto su caballo y Gómez lo pierde de vista, concentrada su atención en el enemigo. Es probable, dice Rodríguez, que Martí merodeara por el terreno tratando de aproximarse al escenario inmediato de la lucha hasta que en compañía de De la Guardia se lanza al galope contra las líneas españolas hasta colocarse a unos cincuenta metros a la derecha y delante

del general en jefe, donde ambos jinetes se convierten en blanco perfecto de la avanzada contraria, oculta entre la hierba. Pasan el Delegado y su acompañante entre un dagame seco y un fustete caído y las balas se ceban en el cuerpo del Apóstol, que se desploma.

¿Está todavía vivo? ¿Es cierto que un práctico cubano, El Mulato Oliva, lo remata con su tercerola?

Vuelve, tinto en sangre, Baconao

Martí es impactado por tres disparos. Una bala le penetró por el pecho, al nivel del puño del esternón, que quedó fracturado; otra, que le entró por el cuello, le destrozó, en su trayectoria de salida, el lado izquierdo del labio superior, y otra más, lo alcanzó en un muslo. Su acompañante, el subteniente Ángel de la Guardia, que queda atrapado bajo su caballo herido, pudo librarse del peso de la bestia y atrincherarse detrás del fustete caído para batirse desde esa posición con el adversario, escondido en el yerbazal, pero no consigue rescatar el cuerpo del Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Con el paso lento que le permite su caballo herido retorna De la Guardia a los suyos y casi al mismo tiempo vuelve, tinto en sangre, *Baconao*, el caballo del Apóstol. El generalísimo Máximo Gómez desesperado por la infausta noticia, se lanza, prácticamente solo, al lugar del suceso a fin de recobrar a Martí, vivo o muerto. Tanto se arriesga el jefe del Ejército Libertador que en un informe inicial sobre el combate el coronel

Ximénez de Sandoval, jefe de la columna española, reporta su nombre entre las bajas contrarias.

Diría Máximo Gómez a Tomás Estrada Palma: “Cuando me pude apercibir de su caída, lo más que podía hacer lo hice, lanzarme solo a ver si recogía su cadáver. No me fue posible, y puedo asegurar a Ud. que jamás me he visto en tanto peligro. La noticia de fuente española de que yo estaba herido, no dejaba de tener su fundamento”.

Una barrera de fuego impide a Gómez llegar hasta el cuerpo de Martí. Lo hallan los españoles y el cubano Antonio Oliva, un práctico conocido por el sobrenombre de El Mulato, alardea de haberlo rematado con su tercerola. Alardearía también de haberle hecho fuego desde el yerbazal. ¿Verdad o mera fanfarronería? Un militar español, Enrique Ubieta, calificó de fantasía el tiro casi a boca tocante de Oliva sobre Martí moribundo. Al historiador cubano Rolando Rodríguez le parece evidente que El Mulato se pavoneaba de lo que no había hecho porque buscaba que el ejército español lo premiase con una distinción pensionada. Si desde el maniguaso, como decía, disparó sobre el Apóstol, no fue el único en hacerlo pues se sabe, por el testimonio de Ángel de la Guardia, que ambos combatientes fueron objeto de una descarga cerrada. Por otra parte, colige Rolando Rodríguez, resulta imposible con una tercerola, y aun con un máuser, hacer blanco tres veces en un jinete antes de que caiga del caballo.

De todas formas, Ximénez de Sandoval anotó a Antonio Oliva entre los combatientes distinguidos en la acción de Dos Ríos y se le otorgó la Cruz del Mérito Militar de Cuba, con distintivo rojo. Pero de pensión, nada.

Identificación y despojo

En el momento de su muerte vestía Martí pantalón claro, chaqueta negra, sombrero de castor y borceguíes también negros. Su ropa debe haber llamado la atención del enemigo. Por la documentación que portaba, los españoles sospecharon de inmediato que se hallaban ante el cadáver del “pretendido” presidente de la República o de la Cámara Insurrecta; el “cabecilla” Martí, y su reloj y su pañuelo llevaban las iniciales JM. El capitán Satué, que lo conoció en Santo Domingo, corroboró la identificación, y un tal Chacón, cubano hecho prisionero horas antes, la confirmó.

Llevaba el Apóstol documentos oficiales y varios papeles de índole personal, como la carta inconclusa a su amigo Manuel Mercado, fechada el día anterior, 18 de mayo. Se sabe, por la carta de Gómez a Ximénez de Sandoval pidiéndole noticias acerca de Martí (“Si está en su poder, herido... o si muerto, dónde han quedado depositados sus restos...”, le dice en ella) que el Delegado llevaba encima asimismo más de quinientos pesos oro americano.

Años después, Ximénez de Sandoval relataría a Gonzalo de Quesada lo que Satué le dijo acerca de las pertenencias de Martí: “Respecto a la sortija de hierro que dice llevaba... debió serle quitada cuando lo despojaron del revólver, reloj, cinto, polainas, zapatos y papeles; puesto que cuando yo encontré su cadáver y lo identifiqué, le mandé a registrar sin apearne del caballo, no encontrándole más que la moneda de cinco duros americana, tres duros en plata, la escarapela, la carta de la hija de Máximo Gómez con la cinta y la carterita de bolsillo”.

Nada dice acerca de los quinientos pesos. Quizás no supiera nada acerca de ellos por haber quedado en otras manos. Tiempo después, sin embargo, expresaría que el dinero ocupado a Martí y también a Chacón se empleó en pagar el aguardiente y los tabacos que en el poblado de Remanganaguas ordenó que se comprara a la tropa.

Parte de ese botín de guerra quedó en poder del coronel español: la cinta azul remitida a Martí por Clemencia Gómez, el corptaplumas y la escarapela, que se dice había pertenecido a Carlos Manuel de Céspedes. Cartas y documentos los cedió a archivos militares, en tanto que el reloj lo obsequió a Marcelo Azcárraga, ministro de Guerra del gobierno peninsular, y el revólver al capitán general Arsenio Martínez Campos.

Las iniciales JM reiteradas en el reloj y el pañuelo, la documentación ocupada y las aseveraciones de Satué y Chacón sobre la identidad del occiso, convencen a Ximénez de Sandoval de haber asestado un golpe mortal a la revolución naciente. Decide no esperar más y da la orden de retirada. Una hora y media había demorado el combate de Dos Ríos. El Apóstol cayó en la segunda media hora de la acción, después de la una y siempre antes de la una y treinta de la tarde, que es cuando el generalísimo recibe la noticia apabullante.

Rumbo a remanganaguas

Por un momento Gómez llega a pensar que el Delegado no está herido ni muerto, sino solo perdido en el monte. Si ha sido

hecho prisionero y va herido o si ya está muerto, cree que podrá recobrarlo durante el contraataque que espera. Pero el contraataque no se produce y la exploración mambisa detecta que el adversario se mueve en retirada. Ximénez de Sandoval marcha hacia Remanganaguas y lleva el cadáver de Martí doblado y atado sobre el caballo del prisionero Chacón. Piensa Gómez interceptar la columna española. Lo pantanoso del suelo, por las lluvias, demora su avance y cuando al fin sale al camino ya los adversarios han pasado. Ordena que unos tiradores los acosen. Pero está decepcionado. Su olfato de viejo guerrero le dice que se trata de un enemigo que ya de seguro no podría derrotar.

Demora más de lo previsto Ximénez de Sandoval en llegar a su destino. Se detiene en la bodega de Modesta Oliva y más adelante, al oscurecer, la lluvia lo obliga a una nueva parada en la finca Demajagua. Hace noche la columna en el propio camino y el cadáver de Martí, zafadas las ataduras, es dejado caer junto a un jobo. A las 3:30 de la mañana los españoles se ponen otra vez en marcha. Llegan a Remanganaguas a las ocho de la mañana y desde allí el coronel envía un telegrama a sus superiores para dar cuenta del combate.

Es en esa localidad donde los restos del Apóstol son inhumados por primera vez. En la tierra viva y casi desnudo, cubierto solo con los pantalones. Encima de su cadáver colocan los restos de un soldado o sargento español muerto también en Dos Ríos. Son las tres de la tarde del 20 de mayo.

El generalísimo, aunque decepcionado, no se da por vencido. Llega a la bodega de Modesta Oliva, la mujer le dice que Martí está muerto y le entrega un papel que dejó el jefe español en el establecimiento.

Los nombres de Martí y de Ximénez de Sandoval aparecían anotados entre símbolos masónicos –ambos eran masones, en efecto– y se añadía que el Apóstol iba herido. Si se salvaba, sería devuelto a las filas cubanas; si fallecía, tendría un entierro digno. Resulta ingenuo pensar que Gómez creyese ese mensaje luego de que Modesta le aseguró haber visto a Martí muerto. No se ha dilucidado el misterio de ese papel que ciertamente existió, aunque Rolando Rodríguez descarta que procediera de Ximénez de Sandoval. Cree ese historiador que fue una estratagema para que Gómez aflojara o desistiera de la persecución. El médico de la columna española, también masón, se atribuyó después su autoría. Aseguró haber escrito que Martí estaba vivo y si intentaban rescatarlo le darían muerte. Pero Rodríguez tampoco cree que fuera eso lo que decía el papel.

Es entonces que el general en jefe del Ejército Libertador escribe al jefe enemigo la carta ya aludida en la que interesa conocer el destino del Delegado. La envía con su ayudante Ramón Garriga y advierte a Ximénez de Sandoval que si ese combatiente “no vuelve a incorporarse porque usted se lo impida, cualquiera que sea la forma que para ello está usted en libertad de emplear, así sea la muerte misma, al joven oficial le importará poco eso y a los que quedemos en pie no hará mella ninguna en el espíritu que nos anima”.

La última oportunidad

Hay júbilo en la parte española por la muerte del Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Vuelan los mensajes de un lado

a otro. “Muerto el titulado presidente José Martí”, anuncian. En Madrid, a la salida de un consejo de ministros, los titulares de Guerra y Ultramar aseguran en triunfo a los periodistas que “con la muerte del cabecilla Martí, que era el alma de la insurrección, ha de ser fácil a nuestras tropas batir y disolver las partidas, en las cuales reina ya el desaliento y la desmoralización”. El gobierno y la reina regente envían un telegrama al capitán general Martínez Campos: felicitan al ejército de operaciones en Cuba y al coronel Sandoval por el victorioso combate. Los periódicos, en sus ediciones habituales y en suplementos extraordinarios, divulgan la noticia.

Pero España quiere asegurarse de que el muerto es ciertamente el presidente de la Cámara Insurrecta. Sabe que tal noticia será muy discutida en el exterior y urge eliminar toda duda. Por eso el general Salcedo, jefe militar de la plaza de Santiago y de toda la provincia, ordena a Ximénez de Sandoval que se remita a dicha ciudad el cadáver de Martí, embalsamado, lo que ha de ser “de gran efecto moral y ha de contribuir a la resonancia del gran servicio prestado por usted y su columna”. Asegura asimismo que en Santiago, Martí sería enterrado “con el respeto que merece todo muerto”.

En su camino entre Palma Soriano y San Luis, Sandoval se topa con el médico cubano Pablo Valencia que lleva la encomienda de Salcedo de comprobar la identidad de los restos de Martí y embalsamarlos. Ya en Remanganaguas, Valencia no puede acometer su tarea de inmediato porque le exigen una autorización de Sandoval. Manda el médico a su ayudante a San Luis, obtiene

la autorización solicitada y el 23 emprende el camino de regreso con el papel oculto en un zapato. Va asustado el sujeto pese a sus precauciones, porque la bestia que monta pertenece al ejército español y, por la marca del hierro y la cola cortada, los insurrectos se percatarán de ello si lo sorprenden en el camino. Lo detiene en efecto una tropa mambisa que reconoce el caballo. Se lo cambian por un arrenquín y lo dejan seguir porque, total, no es más que el criado de un médico.

No pudo saber aquella tropa que dejaba escapar la oportunidad de rescatar los restos del Apóstol.

Le faltaba un testículo

Con el regreso de su ayudante, ya con el permiso del coronel Ximénez de Sandoval para desenterrar el cadáver, comenzó el doctor Pablo de Valencia la exhumación de los restos del Apóstol. Antes se había confiado a un carpintero de la zona la confección del ataúd –costó ocho pesos– donde se depositarían los despojos para su traslado a Santiago de Cuba. Eran las 5:30 de la tarde del 23 de mayo cuando el médico cubano comenzó su tarea. El cuerpo de Martí, que había muerto el 19 a mediodía, se hallaba en estado avanzado de descomposición, lo que impediría un embalsamamiento completo.

Procedió Valencia a la identificación del cadáver. El examen físico debía concordar con los datos suministrados por personas que lo conocieron y que afirmaban se trataba de un hombre de

unos cuarenta y ocho años de edad, de constitución y estatura regulares y que, aunque delgado, se hallaba bien conformado. Tenía el cabello, muy rizado, de color castaño oscuro, con una incipiente calvicie en la coronilla y entradas muy pronunciadas en las sienes que ponían de manifiesto una frente ancha y despejada. Lucía Martí, según la descripción suministrada al doctor Valencia, cejas del mismo color que el del pelo, bigote fino y no muy poblado, nariz aguileña, labios gruesos, orejas pequeñas y ojos claros y azulados.

Confirma Valencia en su informe muchos de esos detalles. Escribe que la dentadura del cadáver que examina “está conforme con los datos ya mencionados, así como también todos los relativos a la cabeza y cara”. Era bueno, en su opinión, el estado de la dentadura, a la que faltaba, sin embargo, el segundo incisivo de la mandíbula superior. Repite lo del bigote fino y poco poblado y dice que el cuerpo presentaba en la pierna derecha señales de haber llevado grillos pues se advertía en ella una depresión de la piel. Otro dato queda asentado en la certificación médica: al occiso le faltaba un testículo.

Llaman la atención, por lo contradictoria, algunas de las descripciones anotadas por Valencia en su informe. El dentista de Martí diría años después que al Apóstol le faltaba el incisivo central superior izquierdo y que el lateral del mismo lado se hallaba en tal estado que hubo que desvitalizarlo y trabajarle la raíz a fin de insertarle un diente artificial sobre la espiga. Pero esa inserción no llegó a practicarse. Sobrevino en esos días el desastre del Plan de Fernandina y Martí se negó a que el

especialista continuara el procedimiento. Le dijo: “Deje usted eso, qué importa un diente cuando se trata de dar la libertad a mi Cuba”. No me permitió terminar la operación haciéndole la obturación provisional de la raíz, recordaba el dentista, que precisó además que los dos laterales superiores del Apóstol eran dientes muertos.

Lo mismo sucede con lo de los ojos claros y azulados pues numerosos testimonios desmienten ese aserto. Los tenía, según unos, negros. Otros aseguran que eran de color pardo oscuro o, simplemente, pardos, en tanto que no falta quien los describiese como castaños. Despierta también duda lo del bigote “fino y poco poblado”, aunque es probable que, con la intención de eludir al espionaje español, se lo afeitase junto con la mosca, en los días inmediatos a su llegada a la Isla. En su último Diario anotaría dos visitas al barbero en el transcurso de tres días.

Siempre que en Cuba se publicó el informe de la necropsia practicada por Valencia se omitieron algunos detalles, quizás por considerarlos impúdicos o irreverentes. Fue el historiador Rolando Rodríguez, que encontró el documento original en un archivo español, el único que lo reprodujo tal cual. Martí padeció de un sarcocele, tumor sólido del testículo, a consecuencia de un golpe de la cadena del grillete. Por ese motivo fue intervenido quirúrgicamente en dos ocasiones y una tercera operación se le practicó en España, sin resultados favorables. Su calvario continuó hasta que en 1876, en México, el doctor Francisco Montes de Oca lo llevó al quirófano por cuarta vez para someterlo a un procedimiento que, diría el propio Martí, “notables médicos de España

no se decidieron a hacer, y que el doctor mexicano llevó a cabo con precisión sorprendente, tacto sumo y éxito feliz”.

Procedió Valencia al embalsamamiento. Extrajo las vísceras del cadáver y relleno las cavidades con algodón desinfectado. Aplicó inyecciones de una solución de bicloruro y luego, con una solución de alumbre y ácido salicílico preparada en agua hirviendo dio al cuerpo una especie de barniz. Pasaban de las siete de la tarde cuando el médico dio por finalizado su trabajo. Aproximadamente a la misma hora entraba en Remanganaguas una columna conformada por algo más de seiscientos hombres que garantizaría el traslado del ataúd hasta Santiago.

En su viaje hacia Remanganaguas, esa columna había sido atacada en tres ocasiones por una tropa al mando del general Quintín Bandera, y el jefe español, el teniente coronel Michelena, comprendió que los mambises persistirían en su asedio cuando, con el ataúd a cuesta, emprendiera el camino a San Luis. Así fue. Quintín trataría a toda costa de rescatar el cadáver, pero se impuso la superioridad española y la columna logró entrar en Palma Soriano, donde hizo noche, para ponerse nuevamente en marcha al amanecer. De nuevo la ataca Quintín Bandera que había salido temprano a esperarla.

Escribe Rolando Rodríguez en su libro *Dos Ríos; a caballo y con el sol en la frente*, que venimos glosando a lo largo de estas páginas: “El general Bandera y sus fuerzas ya habían acometido la columna, cuando la llegada de refuerzos enemigos por la retaguardia, hizo demasiado comprometida la situación. Después de una hora de lucha, el recio general de tres guerras tampoco

pudo cumplir el objetivo de rescatar el cuerpo... de aquel hombre al que había conocido menos de dos semanas atrás y al que su admiración inmediata hizo llamarle Apóstol”.

No hay duda alguna, es Martí

En un vagón de carga agregado al tren y bajo la protección de ochenta y un soldados españoles, fueron trasladados los restos de Martí desde San Luis a Santiago de Cuba. Los llevaron al cementerio de Santa Ifigenia y fuerzas de un batallón custodiaron la necrópolis a fin de frustrar cualquier acción insurrecta. De inmediato el general Garrich, gobernador militar de la plaza, tomó las medidas para el entierro, previsto para el día 27, a las ocho de la mañana, y dispuso que el coronel Ximénez de Sandoval se hiciera presente en la ceremonia. El capitán español Enrique Ubieta, que se decía amigo de Martí, escribió al alcalde de la ciudad para informarle que los generales Garrich y Salcedo, comandante de la Primera División del Ejército en campaña en la provincia, “procediendo con la nobleza de sentimiento característica de la hidalguía española, habían dispuesto se diese sepultura en un nicho del cementerio católico al cadáver de don José Martí, no viendo en él al insurrecto que había sucumbido peleando contra los defensores de la integridad nacional, sino los despojos de un ser cristiano, a los que debía darse cristiana sepultura”.

Añadía Ubieta que si el Ayuntamiento no estaba dispuesto a eximir de pago los derechos de ocupación del nicho por cinco

años, él y los militares mencionados abonarían el dinero requerido para hacerlo. No fue necesario pues el cabildo de la ciudad acordó concederlo gratis y por el tiempo solicitado.

Los cubanos Antonio Bravo Correoso y Joaquín Castillo Duany pidieron a oficiales españoles amigos que les facilitaran la oportunidad de identificar el cadáver. El capitán Ubieta los acompañó a Santa Ifigenia y allanó el trámite con el oficial español que mandaba el batallón que protegía la necrópolis. Dio su autorización el comandante sin inconveniente alguno y acompañó al grupo hasta el lugar donde se hallaba el ataúd. En una rústica caja de madera, precintada por tiras de lata, se encontraba depositado el cadáver del más grande de todos los cubanos. Ubieta llamó a un soldado de la custodia y le pidió que levantase la tapa. Descansaba de espaldas, con la boca abierta y el pelo peinado hacia atrás, descompuesto pese al embalsamamiento. El pantalón desabotonado dejaba al descubierto el abdomen. Castillo Duany dijo a los presentes: “No hay duda alguna, es Martí”. Otros cubanos reconocieron también los restos y un fotógrafo, Higinio Martínez, dejó constancia gráfica del cuerpo asolado por la muerte. El cadáver, en la fotografía, no parece estar dentro de un ataúd.

Llegó la hora del entierro. El coronel Ximénez de Sandoval preguntó en dos ocasiones si había entre los presentes algún amigo, pariente o conocido de Martí que quisiese despedir el duelo. Como nadie aceptó la encomienda, el militar español asumió la tarea. Fue breve. Suplicó a los presentes que no viesen en Martí al enemigo, sino el cadáver “del hombre que las luchas de la política colocaron ante los soldados españoles”.

Mucho se ha especulado sobre las palabras del militar español aquella mañana en Santa Ifigenia. Contrastan con la comunicación que después del entierro de Martí en Remanganaguas cursó al general Azcárraga en la que se felicitaba porque “gracias a la protección de Dios” sus tropas dieron muerte en Dos Ríos “al agitador y propagandista incansable don José Martí”. En opinión de Rolando Rodríguez, su condición de masón –y Martí también lo era– debe haber influido en su actitud. Muy respetuoso se mostró asimismo en la carta que en 1911 dirigió a Enrique Ubieta: “La acción de Dos Ríos es un hecho de mi historia militar, en la que halló muerte gloriosa aquel genio... Su arrojo y valentía, así como el entusiasmo de sus ideales, le colocaron frente a mis soldados y más cerca de las bayonetas de lo que su elevada jerarquía correspondiera; pues no debió nunca a exponerse a perder la vida de aquel modo, por su representación en la causa cubana, por los que de él dependían y por la significación y alto puesto que ocupaba como primer magistrado de un pueblo que luchaba por su independencia”.

Destinos

Los restos de José Martí se mantuvieron en el nicho 134 de la galería sur de la necrópolis santiaguera hasta 1907, cuando fueron trasladados a un pequeño templete de estilo jónico, erigido en el mismo lugar que ocupara el nicho. A mediados de 1951 quedó

inaugurado en el propio cementerio el mausoleo que desde entonces guarda sus restos.

Numerosas cruces y condecoraciones repartió el gobierno español entre los soldados y oficiales que participaron en la acción de Dos Ríos. Al coronel Sandoval solo le tocó la cruz de María Cristina de tercera clase. Ascendería con el tiempo a general de división y justo es decir que declinó el marquesado de Dos Ríos porque, dijo, “lo de Dos Ríos no fue una victoria; allí murió el genio más grande que ha nacido en América”. Falleció en 1924.

El general Salcedo pensó que en razón de la muerte del Apóstol merecía el ascenso a teniente general. Martínez Campos se lo negó y se salió del ejército.

Se desconocen los detalles del final de Antonio Oliva, el cubano que alardeó de haber rematado a Martí. Unos dicen que lo machetearon en un café de San Luis o en una cantina de Palmarito. Sus familiares insistieron en que salió de la Isla, con destino a España.

En cuanto al hecho mismo de la muerte de Martí quedan todavía momentos sin respuesta. Pero en opinión de Rolando Rodríguez, los lados oscuros de aquellas horas son mucho menos de lo que algunos quieren todavía hacer ver.

28 de febrero, 7 y 14 de marzo de 2010

II

BROCHAZOS ELECTORALES

LA PALABRA “BRAVA” para aludir a aquello que se impone a otro o a otros por la fuerza, es un cubanismo. Alguien le da la “brava” a otra persona cuando la obliga a hacer algo con lo que no está de acuerdo o a proceder en contra de sus criterios; cuando la presiona para que acepte aquello que no quiere.

Bien temprano apareció el término “brava” en el vocabulario electoral cubano. Daba la “brava” en las elecciones el gobierno que, sin respetar el resultado de los comicios, hacía el “cambio de votos”, otro término asociado, a favor de su candidato, y dejaba al candidato rival como a la novia de Pacheco... vestida y esperando. No valían las protestas del perdedor que, en el mejor de los casos, debía resignarse a aguardar por las elecciones siguientes.

Don Fernando Ortiz incluye la voz “brava” con la acepción de “imposición” en su *Nuevo catauro de cubanismos*. Otros autores van más lejos y precisan que dicho término comenzó a usarse

en la Isla con motivo de las elecciones generales de 1906, a cuatro años de nacida la República. Demoraría en desaparecer pues la última “brava” tuvo lugar el 3 de noviembre de 1958 cuando Carlos Márquez Sterling sufrió el “cambiao” de votos que dio la victoria al candidato batistiano Andrés Rivero Agüero. En la llamada casa de Salazar, en la Ciudad Militar de Columbia, se prepararon por orden de Batista las boletas que, vana quimera, aseguraron el triunfo del gobierno. Así se dice en *Batista; últimos días en el poder*, de José Luis Padrón y Luis Adrián Betancourt, y lo ratifica, con lujo de detalles, el ex general batistiano “Silito” Tabernilla en su reciente libro *Palabras esperadas*.

Gabinete de combate

En 1906 el Partido Liberal fue víctima de la “brava” electoral orquestada por el Partido Moderado a fin de mantener en el poder, por un período más, a Tomás Estrada Palma. Nada tenía de moderada esa organización política y el llamado Gabinete de Combate creado en su tozudez senil por don Tomás para mantenerse en el cargo, procedió de manera sangrienta y dolorosa a fin de garantizar la reelección del presidente. Hubo de todo en aquellos días con tal de lograrla, desde la detención de los dirigentes liberales y la destitución de alcaldes que no simpatizaban con el gobierno, hasta el asesinato, por el jefe de la Policía de Cienfuegos, del joven parlamentario Enrique Villuendas, uno de los valores nacionales del liberalismo.

A partir de entonces la maniobra se repitió no pocas veces en la Cuba republicana. Volverían los liberales a ser víctimas de otra “brava” en 1916, cuando el presidente Menocal y, sobre todo, sus colaboradores más cercanos se negaron a reconocer el triunfo del doctor Alfredo Zayas, y procedieron al famoso “cambiazo” de los votos que aseguró la continuidad del mandatario.

En ambas ocasiones los liberales respondieron a la “brava” con la protesta armada. Protagonizaron, en 1906, la llamada guerrita de agosto. El gobierno fue incapaz de dominarla y Estrada Palma se negó a parlamentar con los rebeldes. No cedió ante ellos y prefirió pedir, al amparo de la Enmienda Platt, la intervención militar norteamericana.

El “cambiazo” de 1916 provocaría, en febrero del año siguiente, el levantamiento de La Chambelona, encabezado por el ex presidente José Miguel Gómez. Tenía el caudillo espirituario no pocos seguidores dentro del naciente Ejército Nacional y sus correligionarios lograron controlar, sin dificultad, la provincia de Camagüey y el territorio santiaguero, mientras que José Miguel avanzaba hacia occidente. Se sabía que si lograba entrar en Las Villas, baluarte indiscutible entonces de los liberales, no habría fuerza capaz de impedir su entrada victoriosa en La Habana. Algunos jefes militares, sin embargo, actuaron con astucia y un oscuro teniente, sin haber recibido órdenes al respecto y sin encomendarse a nadie, decidió por su cuenta destruir el puente de Jatibonico y cambió el curso de la insurrección. No demoraría José Miguel en caer prisionero con toda su escolta. Guardaría prisión durante más de un año en el Castillo del Príncipe.

Ya volveremos

No todos los candidatos víctimas de “bravas y cambiazos” actuaban de esa manera. Zayas permaneció agachado, sin disparar un tiro, mientras José Miguel se batía por validar a su favor el voto electoral. Otros procedían con serenidad y cierto sentido filosófico. “Ya volveremos”, fue el escueto comentario de Ramón Grau San Martín al saberse derrotado por el fraude en las elecciones de 1940.

Sabía Grau que lo tendría todo en contra. Se enfrentaba a Batista, que desde 1933 era, desde el campamento de Columbia, el verdadero amo de la nación y que se haría elegir con los fusiles, si era necesario. Lo perjudicaba además la ley electoral que daba ventaja al candidato de una alianza de partidos. El nombre de Grau aparecía en una sola boleta, la del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) mientras que el del coronel figuraba en las de los seis partidos de la Coalición Socialista Democrática que lo postulaba, lo que le concedía la ventaja de acumular en su favor el voto emitido en beneficio de cualquiera de los candidatos provinciales de esos partidos. Por otra parte, durante la campaña electoral, los militantes auténticos eran objeto de presiones coactivas por parte del ejército, y Batista, respaldado por la maquinaria del poder, procedía a la compra de votos. Grau restó importancia a esos inconvenientes. Pensó que una Constitución que estaba por estrenarse no sería mancillada con un atentado al derecho del sufragio.

Se equivocó porque Batista, con el uso de la fuerza, recurrió al robo de urnas y a la alteración del escrutinio para agenciarse

la victoria. Enseguida, una ley remache impidió la tramitación de cualquier recurso legal contra el resultado electoral.

Volvió Grau, en efecto, a aspirar en las elecciones de 1944. La Constitución de 1940 impedía al presidente de la República volver a optar por el cargo hasta transcurridos ocho años del cese de su mandato. En virtud de ese precepto, no podía Batista reelegirse en esa fecha, a menos que se impusiera por la fuerza. El inocuo Carlos Saladrigas, postulado por la coalición gubernamental, debía garantizar la continuidad del batistato. Asumiría Saladrigas la presidencia y Batista, ya mayor general pese a su situación militar pasiva, volvería a Columbia para, como jefe del ejército, hacerse del poder real. Nada salió como se planeaba. 1944 no era 1940; las circunstancias habían cambiado, y Grau obtuvo un aplastante triunfo electoral.

Los cuatro gatos

Era habitual que un presidente impedido de reelegirse de inmediato seleccionara a un candidato de su mismo partido para que lo continuara. Grau ideó el concepto de la reelección programática y escogió para sucederlo a Carlos Prío, quien ya en el poder no demoraría en desmarcarse de su antecesor. Ocurrían, sin embargo, cosas muy curiosas en la Cuba de ayer. El liberal José Miguel Gómez, por ejemplo, no transigió con que el liberal Alfredo Zayas, su vicepresidente por añadidura, lo sucediese en lo que entonces se llamaba la silla de doña

Pilar. Los liberales, escindidos ya en zayistas y miguelistas, siguieron dividiéndose y muchos de ellos se integraron, con los conservadores, en la Conjunción Patriótica que, también con el apoyo de José Miguel, según se dice, dio el triunfo al general Menocal en 1913.

Llegaron los comicios de 1920. José Miguel volvió a aspirar a la presidencia por el Partido Liberal. Zayas, que era el eterno aspirante y que esperaba ser el candidato de esa organización política, se salió entonces del liberalismo y fundó el Partido Popular, tan raquítico en membresía que ganó el mote de partido de los cuatro gatos. No fueron esos cuatro gatos los que lo llevaron al poder, sino el sustento de los conservadores con los que se alió en una Liga Nacional y, sobre todo, con la ayuda del presidente Menocal, su antiguo enemigo, aquel que le dio la brava en 1916, que comprometió su apoyo a cambio de que Zayas lo ayudara a ganar la presidencia en 1924.

No cumplió Zayas, llegado el momento, su palabra. Menocal, convencido de la traición, acudió a visitarlo en el edificio de la calle Refugio número 1, sede del Ejecutivo de la nación.

—Usted me ha dado la “brava”—le dijo.

Y Zayas, sin aludir al “cambiao” que lo sacó del juego en 1916, respondió:

—Y cómo duele eso.

Resultaba que Zayas había decidido allanar al liberal Gerardo Machado su camino hacia el poder. Lo convencieron los cinco millones de pesos que Faya Gutiérrez, el hombre más rico de la Cuba de entonces, le ofreció si procedía de esa manera. No lo

pensó dos veces. A Zayas, por su carácter, flemático y parsimonioso, le apodaban El Chino. Le decían también El Pesetero.

Ya para entonces, Machado había ganado la asamblea postulatoria del Partido Liberal, imponiéndose sobre el coronel Carlos Mendieta, caudillo natural de los liberales, y antes de comprar al presidente, había comprado a la asamblea.

Machado dio también una “brava” a su manera cuando, con el apoyo de los tres partidos con representación congresional, logró reformar la Constitución de 1901 para permanecer seis años más en el cargo y sin vice, y presentarse como candidato único a las elecciones del 1ro de noviembre de 1928. A esa alianza de los partidos Liberal, en el gobierno, y los opositores Conservador y Popular, se le llamó cooperativismo. Su artífice fue el senador Wilfredo Fernández, aquel que en un gesto de guataquería insuperable susurraba al dictador: “Gerardo, ha comenzado tu milenio”.

Quizás Machado se lo creyera. Lo cierto es que después de su derrocamiento, el 12 de agosto de 1933, no volvió a haber en la Isla un mandatario liberal. Mendieta, que fue presidente de facto, militaba al llegar al poder en la Unión Nacionalista, y Miguel Mariano Gómez, pese a sus orígenes, arribó al poder como militante del Partido Acción Republicana, si bien con el apoyo de liberales y nacionalistas y, sobre todo, de Batista, que lo impuso y siete meses después lo sacó. Habría que esperar a 1948 para que se presentara a la presidencia un candidato de esa filiación, Ricardo Núñez Portuondo, un cirujano eminente a quien los estudiantes expulsaron de su cátedra universitaria por sus vínculos con el

machadato y que había sido médico personal del dictador. Con él, los machadistas hubieran vuelto al poder después de quince años.

Grau, en su primer gobierno, disolvió, mediante decreto-ley de 19 de septiembre de 1933, a las tres organizaciones políticas que apoyaron a Machado y prohibió su reorganización. El periodista Ramón Vasconcelos logró, con una intensa campaña de prensa, la rehabilitación del Partido Liberal. Pero la dictadura le había traído ñeque al liberalismo. Con esa mala sombra jamás volvió a ser en Cuba lo que había sido.

4 de abril de 2010

PRESIDENTES

¿Sabía usted que la antigua provincia de Las Villas, en el centro de la Isla, fue el territorio que más nombres aportó a la presidencia de la República de Cuba entre 1902 y 1959? ¿Que no hubo ningún camagüeyano que llegara a desempeñar la primera magistratura y que tres de los que lo hicieron nacieron en el exterior? ¿Que de los presidentes de Cuba seis fueron abogados y dos médicos, y que hubo incluso un graduado de Filosofía y Letras y dos ingenieros? ¿Que de los de extracción más humilde fueron los que más se amillonaron en el ejercicio del poder?

De estas y otras cosas que atañen a los mandatarios anteriores a 1959 estaré hablando en seguida.

Breves y brevísimos

Hubo aquí presidentes constitucionales y otros que no lo fueron, y hubo también quienes ocuparon con carácter provisional la jefatura de la nación. Entre los primeros, Carlos Prío no llegó a completar el mandato de cuatro años, para el que fue elegido en 1948 porque se lo impidió el golpe de Estado que en el 52 dio Batista. Tampoco pudo completarlo Miguel Mariano Gómez, juzgado y destituido por el Senado siete meses después de su toma de posesión, en 1936. Estrada Palma, García Menocal y Gerardo Machado se hicieron reelegir, y las consecuencias fueron terribles. El primero se vio obligado a renunciar; Menocal, aunque retuvo el poder hasta el final, provocó con su actuación la llamada revuelta de La Chambelona, y Machado fue derrocado por una revolución.

De los mandatarios provisionales, Carlos Manuel de Céspedes duró veintitrés días en el cargo, y Grau San Martín en su primer período (1933-34) algo más de cien. Su sustituto, Carlos Hevia, fue presidente entre el 14 y el 18 de enero del 34, y Carlos Mendieta lo fue entre ese día y el 12 de diciembre del año siguiente, cuando cedió paso a José Agripino Barnet, que ocupó el cargo hasta el 20 de mayo de 1936. Andrés Domingo y Morales del Castillo fue, al amparo de Batista, presidente entre agosto del 54 y febrero del 55. Federico Laredo Bru asumió la magistratura al ocurrir la destitución de Miguel Mariano; su mandato, por tanto, tampoco fue completo.

De esos presidentes breves, los brevísimos fueron el general Alberto Herrera y el periodista Manuel Márquez Sterling. El primero sustituyó a Machado el 11 de agosto de 1933 y no llegó a cogerle el gusto al cargo pues, siguiendo instrucciones de la embajada norteamericana, lo traspasó a Céspedes al día siguiente. Márquez Sterling duró menos. Juró la presidencia, en una habitación del Hotel Nacional de Cuba y a la luz de una vela, al filo de las seis de la mañana del 18 de enero del 34 y la soltó a las 12 meridiano del propio día. La República estaba acéfala por la renuncia de Hevia y correspondía a don Manuel como Secretario de Estado la sustitución reglamentaria hasta que Mendieta, impuesto por el entonces coronel Batista, asumiera.

Origen, procedencia

En Las Villas nacieron José Miguel Gómez y su hijo Miguel Mariano (ambos en Sancti Spíritus), Machado (Santa Clara), Herrera y Mendieta (San Antonio de las Vueltas) y Laredo Bru (Remedios). Curiosamente también eran villareños Manuel Urrutia Lleó (Remedios) y el cienfueguero Osvaldo Dorticós Torrado, ambos abogados, que no entran en este recuento porque ocuparon la presidencia a partir de 1959. Dorticós fue el último en desempeñar tal cargo, que desaparecería en 1976, cuando la Constitución que entró en vigor entonces creó el cargo de presidente del Consejo de Estado.

En Matanzas (Jagüey Grande) nació Menocal. Pinareños eran Grau (La Palma) y Prío (Bahía Honda). Hevia y Alfredo Zayas nacieron en La Habana; el último de ellos en el Cerro. En Oriente, Estrada Palma (Bayamo), Batista (Banes) y Andrés Domingo (Santiago). Nacieron en el exterior Céspedes (Nueva York), Márquez Sterling (Lima) y Barnet (Barcelona).

De esas diecisiete figuras –no se olvide que Grau y Batista ocuparon la presidencia en dos ocasiones diferentes– tenían títulos de abogados Zayas, Céspedes, Miguel Mariano, Andrés Domingo, Laredo y Prío. Menocal y Hevia eran ingenieros, graduados ambos en Estados Unidos, el primero en Cornell y el segundo en Anápolis. Estrada Palma era graduado, en La Habana, de Filosofía y Letras, y empezó a estudiar Derecho en España, pero abandonó la carrera cuando, a la muerte de su padre, regresó a Cuba, a fin de administrar el patrimonio familiar, que le confiscarían durante la Guerra de los Diez Años. Grau y Mendieta eran médicos. Grau, un excelente clínico y fisiólogo, profesor de Fisiología de la Universidad de La Habana. Cuando asumió la presidencia por segunda vez, en 1944, pidió que se le hiciera la auditoria de sus bienes y el arqueo arrojó que su capital ascendía a setenta y dos mil pesos. Antes de abandonar el cargo en 1948 solicitó otro inventario y su fortuna personal había descendido a veintidós mil. Declaró entonces que el haber estado apartado de la Medicina durante cuatro años lo había empobrecido.

José Miguel era bachiller y no continuó estudios universitarios porque se incorporó a las filas del Ejército Libertador durante la Guerra de los Diez Años; combatió en las tres guerras contra

España. Machado y Batista no superaron la enseñanza primaria. Herrera provenía de las filas del ejército. No consta en las biografías que tenemos al alcance que Barnet ni Márquez Sterling hicieran estudios superiores. El primero estuvo toda la vida en el servicio exterior de la República. El segundo ya a los quince años era periodista. Es uno de los grandes periodistas cubanos de todos los tiempos.

De esas figuras, el de mayor edad al asumir el poder fue Barnet (71 años) y el más joven, Carlos Hevia (34). Batista alcanzó su primer mandato con 39 y se cogió el segundo, con 51. Estrada Palma llegó a la presidencia con 70 años, Céspedes y Márquez Sterling, con 62, Zayas, con 60 y Mendieta y Laredo, con 61. Estaban en la quinta década de sus vidas al llegar al poder, Machado (54) y José Miguel (51). Grau tenía 51 años en su primer mandato, y 62 en el segundo. Menocal y Miguel Mariano, 47. Prío, 45, Urrutia llegó a la presidencia con 58 años, y Dorticós, con 40.

Apodos, matrimonios, etcétera

A diferencia de José Miguel, Miguel Mariano, Grau, Mendieta... que nacieron en cuna rica, Machado tuvo un origen muy humilde y en un momento de su vida fue obrero agrícola. Batista se metió a soldado, que era una carrera para los pobres, y se sabe que Prío llegó a concurrir a la universidad con los pantalones remendados... Los tres se enriquecerían a costa del Tesoro de la nación.

A Machado le apodaban El Mocho, porque perdió el índice de la mano izquierda mientras trabajaba como carnicero en su región natal. A José Miguel le apodaron Tiburón, por lo que moría, y a Menocal, El Mayoral porque fue administrador del central azucarero Chaparra, de propiedad norteamericana. A Zayas le decían El Pesetero, ya que se conformaba con poco siempre que la gota no dejara de caerle en el bolsillo. A última hora transó con Machado y se comprometió a ayudarlo a alcanzar la presidencia a cambio de cinco humildes milloncitos que recibiría, en cuotas, de la Renta de la Lotería Nacional. Por cierto, Zayas recibió en 1913 la encomienda de escribir una Historia de Cuba, y la República le pagó por esa tarea un salario de quinientos pesos mensuales hasta su muerte, en el 34. No parece que escribiera una sola línea. Volviendo a lo de los apodos, Grau fue El Viejo, en atención a su edad, y, por lo enrevesado y repetitivo de su oratoria, El Divino Galimatías; Mendieta era el Solitario de Cunagua, y a Batista, ávido de una popularidad que nunca tuvo, debía resultarle grato oírse llamar El Guajirito de Banes.

Todos estos diecisiete presidentes estaban casados, menos Grau, que era un solterón empedernido. Sus amores platónicos y epistolares con una enfermera norteamericana se extendieron desde 1932 hasta 1965. Dos de esos mandatarios contrajeron matrimonio con extranjeras; Céspedes con la italiana Laura Bertini, y Estrada Palma con Genoveva Guardiola, a la que pescó cuando fue director de Correos en la República de Honduras y Genoveva era la hija del presidente hondureño. De las Primeras Damas, la más bella fue sin duda Mary Tarrero, la mujer de Carlos Prío. América Arias, doña

América, como invariablemente se le llamaba, esposa de José Miguel y madre de Miguel Mariano, fue una gran señora respetada por todos; se curtió como mensajera del Ejército Libertador en los días de la Guerra de Independencia. Mariana Seba de Menocal compraba en París collares que no podía darse el lujo de adquirir Victoria Eugenia, la esposa de Alfonso XIII, rey de España. La más humilde fue Genoveva Guardiola, que sentada en un balcón de Palacio zurcía las medias del marido, que, por otra parte, solo tenía tres trajes. Estrada Palma fue el más tacaño de los presidentes cubanos, y Menocal el más manirroto. La prensa británica, en 1969, proclamaba a Batista el hombre más rico de España, mientras que Prío, en Miami, se declaraba pobre de solemnidad, no porque perdiera su fortuna sino porque la traspasó íntegra a su esposa. Grau, en La Habana, disfrutó durante sus últimos años de una pensión de quinientos pesos mensuales, que le otorgó el Gobierno Revolucionario.

Márquez Sterling murió en Washington, en 1934, en el desempeño de una misión diplomática, y Machado, en Miami, en 1939. En los años 40 el Congreso de la República dispuso que sus restos nunca pudieran ser traídos a Cuba. En calidad de exiliados fallecieron, también en Estados Unidos, Carlos Hevia y Carlos Prío, que se suicidó en 1977. Mendieta falleció en La Habana, en 1960, y Grau, también en esta capital, en 1969. Batista murió en España, en 1973, y Urrutia, en Estados Unidos. El resto murió en Cuba antes del triunfo de la Revolución. Tal fue la pasión de Mendieta por los gallos finos o de pelea que existe una raza de esos animales que lleva su apellido.

11 de abril de 2004

PRESIDENTES FUERA DEL PODER

Un joven profesor de la Universidad Central de Las Villas, con el que mantengo contacto desde sus días de estudiante, me pide que hable sobre los presidentes cubanos; no de su ejecutoria en el poder, sino acerca de lo que hicieron y a qué se dedicaron, esto es, cómo vivieron, después de abandonarlo. Intentaré complacerlo. Sin meterme, hasta donde pueda, en valorar sus trayectorias presidenciales y sin aludir a sus afanes por alcanzar la primera magistratura.

Hay que decir antes que, de ellos, Tomás Estrada Palma, Mario García Menocal y Gerardo Machado se mantuvieron en el cargo durante más de un período, pero solo García Menocal lo concluyó. Aunque la Constitución de 1901 facultaba al presidente a reelegirse, al continuismo de Estrada Palma se opusieron los liberales, encabezados por José Miguel Gómez, lo que dio lugar a la guerrita de agosto de 1906. Menocal, para mantenerse en el poder en 1917, dio la brava a Alfredo Zayas y desencadenó con su actitud la llamada revolución liberal de La Chambelona. A la reelección de Machado se opuso todo el pueblo, que lo derrocaría al fin en 1933.

La Constitución de 1940 suprimió el derecho a la reelección. Quedó establecido en su texto que un mandatario debía esperar por lo menos ocho años para volver a serlo. Aun así algunos lo intentaron, como Ramón Grau San Martín, que al ver frustrado su empeño comenzó a hablar de reelección programática en la

persona de otro militante del Partido Auténtico; Carlos Prío en ese caso.

El flemático Zayas, a quien, por su parsimonia, apodaban El Chino, también quiso hacerlo en 1924. Había sido un eterno aspirante. En 1908 José Miguel le ganó la postulación y debió conformarse con la vicepresidencia. Cuatro años después perdió frente a Menocal y sufriría después la brava ya aludida para llegar, ¡oh, paradojas!, con el apoyo de Menocal, a la presidencia en 1921. Hizo entonces un pacto con el ex mayoral del central Chaparra. Le entregaría la presidencia en 1925. Pero llegado el momento traicionó a Menocal y se la vendió a Machado por cinco millones de pesos.

Solo dos políticos cubanos ocuparon la primera magistratura de la nación en momentos diferentes. Grau como presidente de facto, entre 1933 y 1934, y luego, como mandatario constitucional, entre 1944 y 1948. Presidente constitucional fue Batista entre 1940 y 1944 y volvió al poder, por la vía del golpe de Estado, el 10 de marzo de 1952. No se dio entonces el título de presidente. Como Prío se fue sin renunciar, se auto tituló primer ministro. En 1954 haría elecciones. Concurrió como candidato único y se adjudicó la presidencia.

Un detalle curioso de la política cubana. El nombre de Carlos tiene ñeque. Lleva mal vaho. Da mala sombra. Ninguno con ese nombre logró concluir su período presidencial y todos salieron de Palacio como bola por tronera. Así sucedió con Carlos Manuel de Céspedes, hijo del Padre de la Patria, Carlos Hevia, Carlos Mendieta, Carlos Prío. Otros con igual nombre se quedaron con las

ganas, como Carlos M. de la Cruz, en 1936, Carlos Saladrigas, en 1944, Carlos Márquez Sterling, en 1958 y Carlos M. Piedra y Piedra, quien, ya con Batista fuera del país, se creyó presidente y firmó decretos e hizo llamados a la concordia hasta que el Tribunal Supremo de Justicia lo sacó de su quimera ambulatoria cuando le comunicó, justo al filo del mediodía del 1ro de enero de 1959, que no le tomaría juramento. Fue un mandatario que no fue.

Orgullosa y tozuda

Durante cuatro días permanece Estrada Palma en Palacio luego de renunciar a la presidencia. Quiere instalarse en Matanzas y Taft, el gobernador norteamericano interino, le ofrece uno de sus acorazados para que haga el viaje. Lo declina don Tomás. Un remolcador, que aborda con su familia en el muelle de Caballería, lo conduce a Regla, desde donde, en tren, llega a la ciudad yumurina. Allí el general Pedro Betancourt le busca alojamiento. Cuenta solo con un capital de mil pesos y se instala con modestia, pero debe representar su papel de ex presidente y los ahorros descienden día a día. Pese a su situación financiera, devuelve el reloj de oro que la casa bancaria Speyer, de Nueva York, le obsequiara al concertar el empréstito de los treinta y cinco millones de dólares para pagar al Ejército Libertador, y que no ha usado nunca.

Pasa varios meses Estrada Palma en Matanzas hasta que decide radicarse en La Punta, cerca de Bayamo, la finca que heredó

de su familia. El predio, otrora próspero, es una ruina tras cuarenta años de abandono, la mayor parte de los cuales permaneció embargado por el gobierno español, y que encuentra ocupado por varios campesinos que lo disfrutaban por lotes a título de dueños. Vive el ex presidente en una casa de paredes de tabla y techo de guano hasta que logra construir una pequeña vivienda de tejas en lo alto de una loma. Quiere poner a producir la finca, dedicarla a la ganadería, pero para ello deberá antes vender su propiedad en Central Valley, cerca de Nueva York. No invierte todo el dinero cuando lo hace. Guarda dos mil pesos para imprevistos.

La situación de Estrada Palma es angustiosa. A él, que siempre fue maestro, no le va bien de ganadero. Son difíciles los tiempos para el país y debe vender sus reses a bajo precio y en plazos cuyos pagos no siempre se cumplen. Los dos hijos lo ayudan en la atención de la finca, y las dos niñas se ocupan con la madre de las tareas domésticas. El propietario de *The New York Herald* se le ofrece para recaudar en Estados Unidos dinero en su nombre. Alguien se propone para conseguir que el gobernador Magoon le propicie un destino cómodo. Otro más quiere organizar en Cuba una colecta entre los amigos ricos del ex presidente. Es don Tomás orgulloso y tozudo y rehúsa cualquier intento de auxilio. De los funcionarios de la intervención, dice, no quiere nada. Nada, recalca. Y en cuanto a los amigos confiesa que ya no tiene amigos ricos. En realidad, no tiene amigos.

Se ha hecho un juramento. No volverse a ocupar de la cosa pública. No pronunciarse sobre ella ni permitir que se hable de política en su presencia. No oculta su desagrado, sin embargo,

cuando conoce de la decisión norteamericana de devolver el gobierno a los cubanos. Caso contradictorio el de Tomás Estrada Palma. Decir que no fue enemigo de España sería injusto. Pero nunca creyó a su pueblo con capacidad para gobernarse por sí mismo. A su juicio, solo él como gobernante era capaz de regir los destinos de la Isla. Por eso fue partidario de la dependencia política antes que de la República soberana. De la anexión o, al menos, de la ocupación indefinida del país por parte de Estados Unidos. Con ese criterio se va a la tumba.

Llega así el año de 1908. Don Tomás, que tiene setenta y tres años de edad, está muy enfermo y débil. Logran llevarlo a Manzanillo y después a Santiago de Cuba. En la residencia de Francisco Antúnez, en Segarra 17, lo instalan en la cochera. Los médicos lo sacan de la gravedad, pero son incapaces de vencer el abatimiento del ex presidente. Apenas sale de la cama y sobreviene la pulmonía. Muere el 4 de noviembre. Fue su deseo expreso que lo inhumaran en Santa Ifigenia, cerca de la tumba de Martí, que tanto lo quiso y admiró.

La silla de doña Pilar

Se dice que el mayor general José Miguel Gómez, mientras fue presidente, nunca pensó en la reelección. Su mayor acierto fue el de no haberse embriagado con el aguardiente palaciego del poder. Presidió unas elecciones y su partido las perdió. La aristocracia criolla, los altos intereses azucareros y la burguesía

nunca disimularon sus aprensiones por el ascenso de las masas, que ellos, despectivamente, llamaron la chancleta, durante la administración de José Miguel. Había que sustituir a ese guajiro espirituario de vista demasiado gorda y manga demasiado ancha por un hombre de la derecha que tenía fama de organizador y enérgico, el general Menocal.

Pero desde que salió del poder el 20 de mayo de 1913, José Miguel no hizo otra cosa que tratar de volver a Palacio. Había tomado posesión de la presidencia el 28 de enero de 1909. Fue entonces que doña Pilar Samoano, propietaria del hotel Telégrafo, donde el político instaló el cuartel general de su campaña, le regaló la silla que utilizaría durante su mandato. Fue a partir de ese obsequio que empezó a decirse que los presidentes cubanos se sentaban en la silla de doña Pilar, aun después de que el administración dejara de utilizarse.

En 1917 se alzó en armas contra Menocal y la victoria pareció sonreírle. Lograron los liberales dominar el territorio de la provincia de Camagüey, así como la ciudad de Santiago de Cuba. Se decía que si José Miguel, al frente de su tropa, lograba penetrar en Las Villas, zona decididamente liberal, nadie detendría su camino triunfal hacia La Habana. Perdió el caudillo demasiado tiempo, incluso bailó La Chambelona en el parque de Majagua, y el ejército se movió con más rapidez y eficacia que los opositores, mientras que Menocal recibía el espaldarazo de Estados Unidos: Washington no reconocería a ningún gobierno que surgiera de la insurrección. Cayó José Miguel preso en Caicaje, con su hijo Miguel Mariano y toda la escolta, y fue internado en el castillo

del Príncipe. Alegraron al ex presidente en su encierro de once meses las visitas de María Calvo Nodarse, aquella mujer que hoy todavía se recuerda por el sobrenombre de La Macorina, su amiga íntima desde épocas mejores y que continuó siéndole fiel aun en aquellos días aciagos.

Benefició una amnistía a José Miguel y a sus seguidores. Volvería a aspirar a la presidencia en 1920. Perdió frente a Zayas. Entonces, desencantado de la vida política cubana, se trasladó a Estados Unidos. Murió, víctima de una pulmonía, en el hotel Plaza, de Nueva York, el 13 de julio de 1921. Sus honras fúnebres se celebraron en la catedral de San Patricio, y el ejército norteamericano le rindió los honores inherentes a su grado de mayor general y a su condición de ex presidente.

Llegan sus restos a La Habana en un ataúd de bronce. Quieren, los que lo esperan en el muelle, cargarlo y llevarlo en andas, y Miguel Mariano tiene que imponerse a la multitud para garantizar el orden. Lo velarán en su casa de Prado esquina a Trocadero. Las ofrendas florales son tantas que deben colocarse en el paseo. Su entierro sería una de las grandes manifestaciones de duelo que recuerda La Habana.

Como un gran Rajá

Menocal salió de Palacio el 20 de mayo de 1921 y se fue directamente al puerto para embarcarse con destino a Europa. La periodista Loló de la Torriente, que lo vio por primera vez en ese

instante, recuerda que en la Capitanía había una muchedumbre inmensa que fue a decirle adiós. Escribe Loló: “De pie, en el automóvil, Menocal saludaba. No era alto ni fornido. Su órbita de atracción era su rostro algo enigmático, misterioso, de barba rala y ojos encendidos como fulgores. Después de ocho años de imposición dejaba la República exhausta y desamparada, pero él, salvando sus reductos, entregaba el poder y salía al extranjero listo para despertar en París la admiración y el entusiasmo de los franceses acostumbrados a los potentados dadivosos y espléndidos. En tal sentido el general cubano, ex presidente de una república agrícola, iba a emular las generosidades más sorprendentes de los grandes rajas”.

Regresó Menocal a Cuba y se dedicó al fomento de empresas azucareras, como el central Santa Marta, de su propiedad. No por eso se desligó de la política activa. Volvió a figurar como candidato de los conservadores en las elecciones de 1924 y fue derrotado por el general Machado. Al iniciarse los trabajos de la carretera Central, lo designaron inspector general de la obra, cargo que desempeñó hasta 1930, cuando unas declaraciones suyas lo situaron en un plano de oposición a la tiranía machadista.

Se sublevó contra Machado en agosto de 1931 y fue apresado a los pocos días. Lo recluyeron entonces en la prisión militar de la Cabaña y después en el Presidio Modelo. Al salir de la cárcel fue objeto de nuevas persecuciones que lo obligaron a exiliarse. A su regreso, a la caída de Machado, tomó otra vez parte en la política nacional. Aspiró nuevamente a la presidencia de la República y fue derrotado por Miguel Mariano Gómez, hijo de su viejo adversario.

Lideró la oposición al régimen militar del coronel Batista, pero pactó con él en la asamblea constituyente de 1940 y se dedicó enseguida a reorganizar en un solo partido las dispersas huestes conservadoras. En esa tarea lo sorprendió la muerte, el 8 de septiembre de 1941. Falleció en la casa de Línea esquina a G, donde radica la Hemeroteca de la Casa de las Américas. Sus restos fueron velados en el Capitolio.

Zayas, inteligente y astuto

¿Qué hicieron los presidentes cubanos, cómo fue su vida, luego de que abandonaron el poder? Hablamos sobre Estrada Palma, José Miguel Gómez y Mario García Menocal. Toca ahora el turno a los que los siguieron, hasta Miguel Mariano.

El licenciado Alfredo Zayas Alfonso sustituyó a Menocal en 1921. Su llegada al poder fue fruto de una larga paciencia. Su gobierno transcurrió en una crisis permanente que él supo superar con inteligencia y astucia. Debió hacer malabares para no ser arrollado por la ola cada vez más alta de la inconformidad popular. Sofocó la insurrección del Movimiento de Veteranos y Patriotas sin disparar un tiro. Le bastó la libreta de cheques que llevaba en el bolsillo cuando visitó el campo enemigo. Tuvo la precaución de hacerse erigir una estatua en vida y la develó antes de salir de Palacio.

Se retiró entonces a la vida privada. Murió en su casa del Vedado, el 11 de abril de 1934. No llegó a escribir la historia de

Cuba por la que la República le pagó quinientos pesos mensuales desde 1913. Su viuda, María Jaén, donó al Archivo Nacional la valiosa papelería que el ex presidente había ido acumulando como historiador oficial.

Ni un minuto menos

El 11 de agosto de 1933, el general Gerardo Machado solicitó licencia al Congreso de la República y al día siguiente salió del país en avión con destino a Nassau. Llevaba un extraño equipaje: ocho saquitos de lona, pesaditos. En ellos iba su platurria, en oro. La que pudo llevar consigo. Era mucho lo que había tenido que dejar en Cuba. La caja de seguridad que su esposa Elvira tenía en un banco habanero fue sellada y confiscada por orden del presidente Grau: contenía joyas y un millón de pesos en efectivo. Eso es un robo, declaró el ex presidente al conocer la noticia, y sobornando a una comisión de insobornables, a los que untó con ciento cincuenta mil pesos, pudo salvar el medio millón que, a su nombre, guardaba en otro banco. Mientras la prensa cubana hablaba sobre su fabulosa fortuna, Machado, al igual que después haría Batista, no se cansaba de proclamar su pobreza. Así recibió en una ocasión un sobre lacrado. Ordenó que lo abrieran. Contenía una nota: Como hemos sabido que está usted tan pobre, sírvase aceptarnos esta modesta ayuda. La ayuda era de un centavo.

Machado pasó poco tiempo en Nassau. A comienzos de septiembre estaba en Toronto, Canadá, y viajó después a Estados

Unidos, donde ya habían encontrado refugio muchos de sus seguidores. El gobierno cubano solicitó la extradición de todos ellos y aunque Washington en definitiva no los devolvió, pareció en un primer momento que daría una respuesta favorable al pedido y dispuso la tramitación de los expedientes de extradición de Machado y del ex general Alberto Herrera, jefe del ejército desde 1922 a 1933, que lo sustituyó en la presidencia.

Un grupo de policías apareció en la casa de Machado en Nueva York para llevarlo detenido. Pero el ex dictador después de recibirlos y asegurarles que la persona que buscaban no estaba en casa, se les escurrió delante de las narices, como un vulgar ratero. No paró hasta el puerto. Allí alquiló un barquito que lo condujo a la República Dominicana, al amparo de Trujillo.

Orestes Ferrara, que había sido su embajador en Washington y su secretario de Estado y tenía vinculaciones estrechas con grandes monopolios norteamericanos, como el de los teléfonos y el telégrafo (ITT) insistió en que Machado se presentara a juicio migratorio. En un raptó repentino de antimerperialismo, Ferrara quería aprovechar el proceso para denunciar la injerencia de Estados Unidos en los asuntos internos de Cuba. Machado no accedió. Le dijo: “Yo no hablo inglés, no sé de leyes, no soy orador ni conozco bien estos asuntos internacionales”.

Mientras estuvo en Cuba el tirano repetía que no abandonaría la presidencia hasta el 20 de mayo de 1935, a las 12, y añadía: Ni un minuto menos. Ese día casualmente lo sorprendió en París. Temprano en la mañana hizo declaraciones a la prensa. Quisieron conocer los periodistas sus opiniones sobre

la situación cubana. Rehuyó Machado las respuestas. Llevaba ya casi dos años en el exilio, pero aún no eran las 12 del día y seguía considerándose el presidente de la República de Cuba.

Murió en Miami el 29 de marzo de 1939, durante la intervención quirúrgica a la que lo sometía su médico de cabecera, el doctor Ricardo Núñez Portuondo.

Tránsito fugaz

El general Herrera, sustituto de Machado, no pudo cogerle el gusto a la presidencia. Era un producto de la mediación, pero los militares no lo quisieron. Estuvo en el cargo menos de veinticuatro horas, tiempo suficiente para nombrar a Carlos Manuel de Céspedes como secretario de Estado y por tanto su sustituto, en virtud de la reforma constitucional de 1928, que abolió el puesto de vicepresidente. Ya fuera del poder, se escondió en el Hotel Nacional y, amparado por el embajador norteamericano, logró salir en barco del país, en compañía de su familia. En Estados Unidos se sometió a juicio migratorio y ganó la pelea. Regresó a la Isla pocos años más tarde. Murió en La Habana, en 1954.

Veintitrés días estuvo en la presidencia Carlos Manuel de Céspedes. Lo derrocó el golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933 y salió de Palacio sin renunciar. A su casa de la esquina de M y 23 fue a buscarlo un emisario de los oficiales amotinados en el Hotel Nacional contra el gobierno de Grau. Le pedían que reasumiera la presidencia en ese establecimiento hotelero y emitiera

sus decretos a través de la radio. Era una jugada del oculista Horacio Ferrer para hacer ver que existían dos gobiernos en Cuba y presionar a Washington para que interviniera militarmente en la Isla. Carlos Manuel no se prestó a esos propósitos. Dijo: “Por mí no se derramará sangre cubana ni habrá intervención extranjera”.

En enero del 34, el presidente Carlos Mendieta lo nombró embajador en Madrid y en ese mismo año asumió la representación de Cuba en la Asamblea Extraordinaria de la Sociedad de Naciones, reunida en Ginebra. En 1935 regresó a La Habana a fin de preparar su candidatura a la presidencia por un raquíptico Partido Centrista. Falto de calor popular, desistió de sus propósitos y volvió a la vida diplomática. En mayo del 37 renunció a su embajada, pero, siempre con rango de embajador, se le designó asesor técnico de la Secretaría de Estado y, poco después, juez del Tribunal de Arbitraje.

Perteneció a la Academia de la Historia y dio a conocer algunos libros interesantes, como las biografías de su padre y su tío, el mayor general Manuel de Quesada. Dejó inédita una obra sobre su tránsito fugaz por la presidencia. Murió en La Habana el 27 de marzo de 1939.

Brevísimos

Debiera ahora referirme a Ramón Grau San Martín, que ocupó la presidencia, en un primer período, entre septiembre de 1933 y

enero de 1934. “Nos vamos ahora, pero ya volveremos”, dijo Grau entonces y en efecto volvió al poder en 1944. Lo dejaremos para después.

Al gobierno de Grau siguió el breve mandato del ingeniero Carlos Hevia, entre el 14 y el 18 de enero de 1934. El coronel Batista, que obligó a Grau a renunciar, tampoco quería a Hevia. El graduado de Anápolis también renunció y abandonó la mansión del ejecutivo sin esperar a su sustituto. Dejó acéfala la República. Hubo que sacar de la cama a Manuel Márquez Sterling, que a esa hora dormía a pierna suelta en el Hotel Nacional, para que, en su carácter de secretario de Estado, asumiera la primera magistratura. La Habana estaba a oscuras y en la habitación 412 del propio hotel, don Manuel, que es uno de los grandes periodistas cubanos de todos los tiempos, prestó juramento a la luz de una vela y volvió a acostarse a dormir. Es el mandatario más breve que tuvo Cuba. Solo seis horas, entre las seis de la mañana y el mediodía del 18 de enero, el tiempo necesario para traspasar el cargo a Carlos Mendieta, que gozaba del apoyo de Batista. Márquez Sterling murió de un ataque de asma, en Washington, donde era embajador, pocos meses después de su paso por la presidencia.

Hevia estuvo entre los fundadores del Partido Auténtico y la persecución policial lo obligó a salir de Cuba. En los días de la II Guerra Mundial, su antiguo persecutor, el ya presidente Batista, lo designó para que organizara y dirigiera la Oficina de Regulación de Precios y Abastecimientos. Salió de la ORPA cuando comprendió que sus honestos esfuerzos no bastaban para impedir la bolsa negra y la especulación, con los que no transigía. Volvió a la vida privada. Fue

presidente de la cervecería Modelo (Hatuey) hasta que Carlos Prío lo designó ministro de Estado en 1948. Más tarde, como presidente de la Comisión de Fomento y ministro de Obras Públicas su honestidad volvió a ponerse a prueba y salió airoso.

Hevia debió concurrir a las elecciones del 1ro de junio de 1952 como candidato a la presidencia por una coalición conformada por los auténticos, los republicanos, los liberales y los demócratas, además del Partido de la Cubanidad del ex presidente Grau.

Impidió Batista, con el golpe de Estado, la celebración de esos comicios y Hevia volvió a partir al extranjero. Regresó en 1959 y estuvo en Cuba poco tiempo. Militó en Miami en grupos contrarrevolucionarios.

El general Menocal le puso la cosa mala al coronel Mendieta. Alegó que este, como timonel del Partido Nacionalista, era notoriamente parcial a esa organización política y no garantizaría la limpieza de los comicios de los que ya se hablaba, si le tocaba presidirlos. Oyó Batista la queja de Menocal, y Mendieta renunció, o lo renunciaron, el 11 de diciembre de 1935 para entregar a su sucesor, José Agripino Barnet y Vianajeras, al día siguiente.

Líder de la oposición al gobierno de Grau, el coronel Mendieta fue empujado a la presidencia por Batista. Debió enfrentar duras contingencias durante su mandato. En junio de 1934, en el poblado de Casa Blanca, fue víctima de un atentado; salió con una herida ligera. Es en su gobierno cuando se lleva a cabo la huelga de marzo el 35 y ocurre la muerte de Antonio Guiteras.

El 4 de octubre de 1940 Batista designa a Mendieta su delegado ante el Instituto de Estabilización del Azúcar. Renuncia a

esa plaza el 15 de diciembre de 1943. Hace intentos entonces por reestructurar el partido Unión Nacionalista. No lo logra y pasa a la vida privada. Sus grandes pasiones fueron la cría y las peleas de gallo. Murió en 1959 en su casa de la calle Tercera esquina a 12, en Miramar.

Barnet fue subsecretario de Estado en el gobierno de Grau y titular en propiedad de esa cartera con Mendieta. De todos los mandatarios cubanos fue él quien alcanzó la presidencia con mayor edad: setenta y un años. Y uno de los tres que no nacieron en Cuba, al igual que Céspedes y Márquez Sterling. Diplomático de toda la vida, los seis meses que Barnet pasó en Palacio fueron una sucesión interminable de banquetes, cocteles y recepciones. Cuando cesó en el cargo, el 20 de mayo de 1936, se fue a vivir, muy modestamente, al apartamento 44 del edificio Chibás, en 25 esquina a G, en el Vedado.

El 11 de octubre del propio año, su sucesor, el presidente Miguel Mariano Gómez, lo designó asesor técnico, con rango de embajador, de la secretaría de Estado, tarea en la que se mantuvo hasta su muerte, el 19 de septiembre de 1945. Su esposa, Marcela Cleard, acometió una encomiable labor, durante sucesivos gobiernos, para imponer la etiqueta en Palacio.

Destituido

Siete meses duró Miguel Mariano en la presidencia. Salieron a flote sus diferencias con el coronel Batista y el Senado, constitui-

do en Tribunal de Justicia, lo destituyó. Viajó entonces al extranjero y regresó a la palestra en 1939 cuando obtuvo un acta como delegado a la asamblea que redactaría la Constitución de 1940. Aspiró entonces a la alcaldía de La Habana y fue derrotado por Raúl Menocal, hijo del adversario de su padre. Pronto sorprendió al país al anunciar, en plena juventud política, su retiro de la vida pública. Aceptó la presidencia de la Asociación de Ganaderos, a la que renunció por no prestarse a los manejos especuladores de algunos de sus miembros durante la II Guerra Mundial. Enfermó gravemente y viajó a Estados Unidos con intención de curarse. Fue en vano. Falleció en La Habana, en su casa de Línea y L, el 26 de octubre de 1950.

Ese mismo año el Congreso aprobó la ley que disponía la rehabilitación del mandatario depuesto. El presidente Prío convocó a Palacio a los familiares del extinto y, en ceremonia solemne, hizo entrega a Josefina Diago, viuda de Gómez, de un pergamino que reproducía la ley. Una tarja de bronce, donde se consignó la reparación del Congreso, se colocó entonces en la tumba de Miguel Mariano.

El presidente accidental

Laredo Bru fue un presidente accidental. El último de los miembros del Ejército Libertador que se avecindó en Palacio. Ganó la vicepresidencia de la República en 1936 en el *ticket* de la Alianza Tripartita que llevó a Miguel Mariano Gómez a la

primera magistratura. Por presiones del coronel Batista, jefe del ejército, la Cámara de Representantes acusó al mandatario ante el Senado de coartar el libre flujo del Poder Legislativo. Acogió el Senado la denuncia y, convertido en tribunal de justicia bajo la presidencia del titular del Tribunal Supremo, juzgó y destituyó a Miguel Mariano, el 24 de diciembre del propio año. Ocupó Laredo Bru entonces la presidencia hasta el 10 de octubre de 1940, mientras que el poder verdadero seguía radicado en el campamento militar de Columbia. Al cesar en el cargo, Laredo Bru se retiró a la vida privada, pero su sucesor, el presidente Batista, lo sacó de ella al designarlo ministro de Justicia, puesto que ocupó hasta el fin del gobierno batistiano, el 10 de octubre de 1944. Entonces su retiro sí fue definitivo. El 7 de julio de 1946 murió repentinamente en su casa de la calle I esquina a 21, en el Vedado. Con los ahorritos familiares, su viuda, Leonor Montes, construyó un edificio en la esquina de 23 y N en la época en que La Rampa empezaba a convertirse en el lugar más céntrico y codiciado de La Habana.

El invierno largo

En las elecciones del 1ro de junio de 1944 el pueblo cubano no votó solo por Grau San Martín; votó en contra de Batista en la persona de su candidato, Carlos Saladrigas, que de seguro lo habría reinstalado en la jefatura del ejército. En los comicios generales de 1940 el coronel pudo darle la mala a su adversario;

quiso hacer lo mismo esta vez, pero se aconsejó a tiempo y, llegado el momento, traspasó el poder y salió al exterior. Dijo a sus colaboradores más íntimos: “Tenemos que prepararnos para un invierno largo”.

Dio el ex presidente un vuelco a su vida personal. Se divorció de Elisa Godínez, a la que había conocido en el Wajay, donde ella era lavandera y él, custodio de la finca del presidente Zayas, y con la que tenía tres hijos, y contrajo matrimonio con Martha Fernández, con quien mantenía relaciones desde sus tiempos de casado. Cómo llegó Martha, una muchacha pobre de la barriada de Buenavista, en Marianao, a la vida del gobernante, es un tema no aclarado. Se dice que se vieron por primera vez cuando el automóvil presidencial la atropelló mientras ella iba en bicicleta. Batista asumió entonces los gastos de hospitalización de la muchacha, la visitó en la clínica y terminó enamorado. Esa es sin duda una buena historia, pero es falsa. No la recoge, ni nada dice sobre los inicios de esa relación, el hermano de Martha en su libro *Mis relaciones con el general Batista*. Se asegura asimismo que fue Andrés Domingo y Morales del Castillo, hombre de confianza y testaferrero del dictador, quien los presentó. Hay otra versión. Martha formaba parte de un grupo de muchachas que rodeaba a Mary Morandeyra, poetisa y escritora gallega que tendría una larga permanencia en La Habana. La autora de *Plenilunios* y *El hombre visto a través del corazón de una mujer* le haría conocer a algunas figuras poderosas, entre ellas a Batista, y, mucho más joven que él y muy bonita, lo engrampó. Con el divorcio Batista, de una

fortuna confesada de veintidós millones de pesos debió entregar a Elisa la mitad.

Viajó extensamente el ex presidente por América Latina y escribió (o le escribieron) el libro que recoge sus impresiones de viaje. Se estableció por breve tiempo en México y en Nueva York para instalarse luego en su propiedad de Daytona Beach, en la Florida. Lo corroía el ansia de volver al poder y de una manera o de otra estuvo detrás de todas las conspiraciones encaminadas al derrocamiento de Grau. Gracias a una coalición de liberales y demócratas fue electo en ausencia, en 1948, senador por la provincia de Las Villas, y el presidente Prío le ofreció todas las garantías para que regresara al país; le dio incluso la posibilidad de que escogiera a los militares que formarían su escolta. Con ellos comenzó a conspirar. Terminaba el invierno largo y organizó Acción Unitaria, un partido político de bolsillo con el que pensaba concurrir a las elecciones presidenciales de junio de 1952. Esos comicios no se celebraron. Semanas antes Batista se apoderó de la República.

Salió riquísimo de su segundo paso por Palacio. En 1958 era propietario o accionista de nueve centrales azucareros, un banco, tres aerolíneas, varias emisoras de radio, un canal de TV, periódicos y revistas, imprentas, un centro turístico, varias empresas constructoras y de transporte por carretera y de numerosos edificios, entre otros intereses. Nunca se ha podido calcular con exactitud cuánto logró sacar de Cuba, pero en 1969 se le consideraba el hombre más rico de España.

No es cierto, como suele repetirse, que no se inmiscuyó en la contrarrevolución.

Organizó y pagó, en una fecha tan temprana como enero de 1959, un atentado frustrado contra la vida del líder de la Revolución; el primero de una larga cadena de más de seiscientos. Vivió en la República Dominicana hasta que Washington presionó a la cancillería brasileña para que le buscara asilo en Portugal. Nadie lo quería y el gobierno de Lisboa lo confinó en las islas Madeiras hasta que, con el tiempo, le dio acceso al resto del país.

Ya en España, los integrantes de la escolta que llevó desde Cuba le pidieron aumento de sueldo. Martha se negó a la petición y presionó a Batista para que los despidiera y buscara nuevos guardaespaldas, pese a que algunos de ellos lo acompañaban desde antes del 10 de marzo y ese día habían entrado con él en Columbia. Solo quedó a su lado el coronel Hernández Volta, su ayudante de toda la vida. A veces mandaba por alguno de sus viejos cúmbilas para recordar la época ida, pero pasado un tiempo prudencial lo retornaba a Miami. Washington no le permitió nunca entrar en territorio norteamericano. Batista solicitó la visa en varias oportunidades y con ese fin llegó incluso a hacer una donación cuantiosa a la campaña presidencial de Nixon.

Publicó algunos libros, como *Respuesta*, especie de memoria de su período presidencial y de la insurrección que lo derrocó contados desde su punto de vista. Y dejó inéditas su autobiografía y por lo menos dos novelas. Murió en Marbella, España, el 6 de agosto de 1973. Está enterrado en Madrid.

Nuevos rumbos

Damos ahora un salto atrás en el tiempo. El 16 de enero de 1934, dos días después de que Batista lo obligara a renunciar, Grau salió de la Isla con destino a México. Su dimisión ponía fin al llamado gobierno de los cien días, que en verdad fueron ciento veintisiete. Más de cien mil personas lo despiden en el puerto habanero. Por primera vez en nuestra historia un gobernante había sido capaz de enfrentarse a Washington, que nunca reconoció su mandato, de respetar los dineros del pueblo y de hacer realidad justas demandas populares siempre preteridas. Con esa aureola retornaría a la presidencia.

El 8 de febrero de 1934, en la sede de la revista *Alma Mater*, sus seguidores, encabezados por Félix Lancís, organizan el Partido Auténtico. Regresa Grau a Cuba, pero no hay garantías para su vida y el partido le ordena que salga de nuevo al exterior. Otra vez en México. En Panamá imparte conferencias sobre el proceso revolucionario del 30. Se establece en Miami hasta que Batista accede a una de las principales demandas de la oposición, la de convocar a una asamblea constituyente. Grau, que gana en cinco de las seis provincias su escaño de delegado, es electo para presidir la convención que elaborará la Constitución de 1940. Renunciará a esa presidencia cuando el pacto Batista-Menocal hace que se disuelva la mayoría opositora que lo apoyaba.

Al cesar en la primera magistratura el 10 de octubre de 1948, siguió Grau en la política. No demoró en romper con su sucesor y discípulo, Carlos Prío, empeñado en una política de “nuevos

rumbos”. Abandonó el Partido Auténtico y organizó el Partido de la Cubanía. Más tarde disolvió esa organización e inscribió el Partido Auténtico como suyo. Fue la única figura que se prestó a participar, como candidato a la presidencia, en las elecciones de 1954 convocadas por Batista con la intención de legitimar el régimen del 10 de marzo. La falta de garantías, sin embargo, lo obligó al retraimiento en vísperas de la jornada comicial. Figuró asimismo como candidato a la primera magistratura en la farsa electoral del 3 de noviembre de 1958. Caída lamentable en el crepúsculo de una existencia.

Grau permaneció en Cuba tras el triunfo de la Revolución. Si bien no se involucró en actividades contra el nuevo proceso social cubano, en su casa de Quinta Avenida esquina a 14, en Miramar, se gestaron, con la participación de sus sobrinos Ramón y Leopoldina, planes contrarrevolucionarios y en particular contra la vida del Comandante en Jefe. Su residencia fue escenario de una parte significativa de la macabra Operación Peter Pan.

En marzo del 64 murió Paulina Alsina, su cuñada, y al año siguiente son detenidos y condenados sus sobrinos. No tiene otros familiares cercanos el ex mandatario. Tampoco tiene ingresos económicos. Los presidentes cubanos no tenían pensión y él, que fue un gran casateniente, no quiso presentar demanda alguna para que lo compensaran por sus propiedades tras la entrada en vigor de la ley de la reforma urbana. Le diagnostican un cáncer en la boca. Sus comidas se reducen a tres vasos de leche al día y algún que otro huevo hervido. Se depauperó. Apenas sale. Solo a la tumba de Paulina y a la cárcel de mujeres de Guanabacoa, donde está recluida

su sobrina. Se queja continuamente de la falta de dinero. Insiste en irse a pedir limosnas a Galiano y San Rafael con un sombrero en la mano. Los amigos no lo abandonan y el Gobierno Revolucionario le concede una ayuda de quinientos pesos mensuales. Sin embargo cuando, tras su muerte, su casa pasó al Ministerio de Educación se encontraron cincuenta mil dólares ocultos en la contratapa de la caja fuerte. Pierde el control de sus esfínteres. Lloro. No sale ya de su cuarto. El final se acerca. El doctor Zoilo Marinello, en el Hospital Oncológico, lo atiende con esmero, consciente de que asiste a un hombre que en dos ocasiones fue presidente de la nación y un médico y profesor de Medicina eminente. Murió en dicho hospital, a las 10:23 de la noche del 28 de julio de 1969.

El suicida

Tras su derrocamiento, Carlos Prío se fue a México. Pasó luego a Estados Unidos. Regresó a Cuba en 1956. Lo acosa la policía de Batista y el Servicio de Inteligencia Militar lo detiene tras los sucesos del cuartel Goicuría, en Matanzas. Lo dejan en libertad, pero queda retenido en La Chata, su finca de recreo en Arroyo Naranjo, donde elementos de la 14ª Estación le impiden salir y recibir visitas. Esa situación se mantiene hasta que deciden sacarlo del país. En Miami, autoridades de Inmigración lo pasean esposado por la calle.

Entre otros empeños antibatistianos, Prío colaboró con una importante cantidad de dinero para la compra del yate *Granma*.

En enero del 59 esperó, confundido en la multitud, el paso de la Caravana de la Libertad que traía a Fidel desde Oriente. No tengo aspiraciones personales, declaró entonces el ex mandatario. Apartado de todo se refugió en su finca hasta que decidió salir del país. La divisa estaba ya fuertemente controlada y se necesitaban de permisos especiales para llevar dólares al exterior. En el Palacio presidencial entregaron a Prío el dinero necesario para el viaje.

Fuera de Cuba, se inmiscuyó hasta el tuétano en la contrarrevolución. Se suicidó en Miami, el 5 de abril de 1977. En una carta que dirigió a su esposa e hijas pidió que sus restos se mantuvieran en Estados Unidos durante cinco años, pero que transcurrido ese tiempo se trajeran a Cuba a fin de que descansaran al lado de los de su madre, doña Regla Socarrás, capitana del Ejército Libertador, en la necrópolis de Colón. Sus familiares no han querido cumplir su voluntad. Hace poco se comentó que su suicidio tuvo relación con el asesinato de Kennedy. Temía Prío que la mafia tomara represalias con su familia si se llegaba a enterar de lo que él sabía sobre el magnicidio de Dallas.

12, 19 y 26 de julio de 2009

CUBA QUISO SALVAR A MADERO

En febrero de 1913, el embajador cubano en México, Manuel Márquez Sterling, trató en vano de salvar la vida del presidente Francisco I. Madero y de su segundo, el vicepresidente José Pino

Suárez, prisioneros ambos en el Palacio Nacional. La gestión noble y humanitaria, acometida por el diplomático a título personal, contó con el respaldo del presidente José Miguel Gómez y del gobierno de la Isla, que acogería en calidad de asilados a los familiares del mártir. El entonces canciller Manuel Sanguily hizo saber a Washington de la repugnancia de Cuba ante la posibilidad de que reconociera al general Victoriano Huerta, protagonista del golpe de Estado contra Madero, y La Habana, de inmediato, sentó su estrategia: no rompería relaciones con México, pero no reconocería al nuevo gobierno ni sancionaría la usurpación de los derechos del pueblo hermano, conducta que seguirían las cancillerías de Brasil, Chile y Argentina.

Los padres de Madero, refugiados en la legación japonesa en la Ciudad de México, rogaron a Márquez Sterling que, a nombre de ambos, pidiese al cuerpo diplomático acreditado que intercediera por la vida de sus hijos Francisco y Gustavo, diputado al Congreso de la Unión; súplica que extendían a favor del vicepresidente Pino Suárez. Márquez Sterling, sabiendo que ninguno de sus colegas podía influir más en el pedido que el embajador norteamericano, que era además el decano de los embajadores, ya había dirigido a este una nota privada en la que le solicitaba hiciera suya la iniciativa, y brindaba el crucero *Cuba*, surto en el puerto de Veracruz, para sacar del país al mandatario depuesto.

Por intermedio de Márquez Sterling logró la esposa de Madero que el embajador norteamericano la recibiera.

—Su marido no sabía gobernar; jamás pidió ni quiso escuchar mi consejo— le dijo. No cree que la vida del presidente corra peligro. Con

internarlo en un manicomio, recalca, será suficiente. El brusco diálogo se prolonga y no tiene el diplomático una palabra suave o de consuelo para la atribulada señora. ¿Pedir él la libertad del señor Madero? ¿Interceder por Pino Suárez? ¡Nunca! Huerta hará lo que convenga. Ripostó ella:

—Otros ministros, colegas suyos, se afanan por evitar la catástrofe. El de Chile, el de Brasil, el de Cuba...

El embajador sonrió con crueldad y amartilló cada una de sus palabras:

—Esos señores no tienen influencia.

Madero está perdido

Madero había tomado posesión de la presidencia de México quince meses antes, luego de encabezar el movimiento que puso fin a las tres décadas de dictadura del general Porfirio Díaz. Un sobrino de este, el general Félix Díaz, se rebeló a su vez contra Madero y, encerrado en la Ciudadela, bombardeaba la capital. Pero por el hambre o por la fuerza estaba llamado a ser cazado en su propia ratonera. Eso pensaba el presidente, a quien sus jefes militares aseguraban que el reducto enemigo no demoraría en caer en manos gubernamentales. Desconocía que la traición anidaba en sus predios. Huerta, jefe del ejército, negociaba con Félix Díaz, y el general Blanchet, recién llegado de Toluca al frente de dos mil soldados y que juraba lealtad al gobierno legítimo, esperaba el momento oportuno para dar el golpe. El cuerpo diplomático en su mayor parte era hostil a Madero y el embajador norteamericano se la tenía jurada. Mantenía el diplomático relaciones con Díaz y con Huerta y alentaba tanto a uno

como a otro. Estaba al tanto del papel de Blanchet en el asunto, y sabía por tanto que, en el momento de la verdad, “El loco” solo podía contar con el apoyo de la insignificante batería del general Ángeles. Amaga el embajador con la intervención militar y lanza al presidente una amenaza siniestra: “Solo la renuncia podría salvarlo”, mensaje que el representante de España tiene la triste e indigna misión de transmitir al mandatario.

Madero escribe al presidente Taft. Apela en su mensaje “a los sentimientos del gran pueblo americano” a fin de impedir una “conflagración de consecuencias inconcebiblemente más vastas de las que se trata de remediar”. En realidad, el embajador ha jugado, por su cuenta y riesgo, con el fantasma de la intervención. Taft estaba a punto de abandonar el cargo y no se metería en empresa de tanta monta. No importa. El embajador persiste en su actitud provocadora y en el artificio de sus tremendas amenazas. Tiene la embajada llena a toda hora. Se mueve entre los grupos y conversa con los visitantes en voz baja, como si tuviera para cada uno secretos y confidencias. En uno de esos recibos lo sorprende Márquez Sterling. “Pronto se restablecerá el orden”, le advierte, pero no tiene tiempo para atender al cubano personalmente. Su secretario particular le hará saber los detalles. Pasan a una habitación vecina y en ella el secretario, a quien Márquez Sterling detesta por parlanchín y antipático, deja de ser un funcionario subalterno para ascender por un momento al rango de hombre importante. Dice con aire grave: “Madero está perdido”. El embajador cubano comprende que Huerta y Félix Díaz habían llegado a un entendimiento. Escribe: “La lucha tornóse una farsa empapada

en sangre. El gato se puso de acuerdo con el ratón. Huerta reunió toda la baraja en su mano, y jugó tranquila y fríamente, sobre el tapete político, un trágico solitario de naipes”.

Jamás renunciaré

En la madrugada del 18 de febrero las ametralladoras del general Ángeles rompieron el silencio y retumbaron los cañones de la Ciudadela. El problema internacional parecía despejarse con la respuesta tranquilizadora de Taft al mensaje de Madero. Los jefes militares aseguraban que tomarían esa misma tarde el reducto enemigo. Huerta sabía que no sería así y lo hacía saber a once senadores a los que había convocado: era imposible tomar la Ciudadela por asalto y el gobierno carecía de lo indispensable para aplastar la rebelión. Apelaron los reunidos al ministro de Guerra: a fin de evitar la intervención extranjera, lo exhortaron a que convenciera a Madero de la necesidad de su renuncia o que lo obligase a ello. Los increpa duramente el ministro y allí, delante de Huerta y de Blanchet, los acusa de corruptores del ejército. Bajan el tono los senadores. Ahora solo quieren ver al presidente y el ministro les consigue la audiencia. Huerta se les anticipa. Madero le dice: “Acabo de saber que algunos senadores, enemigos míos, le invitan a que imponga mi renuncia”. “Sí, señor presidente, responde Huerta, pero no les haga usted caso porque son unos bandidos. Las tropas acaban de ocupar el edificio que es la llave de asalto a la Ciudadela”.

Llegan los senadores y uno de ellos, en nombre del grupo, le pide que renuncie, única manera de conjurar, a su entender, todos los peligros. Madero tiene una sola respuesta:

—Jamás renunciaré. El pueblo me ha elegido y moriré, si fuere preciso, en el cumplimiento de mi deber, que está aquí.

Pero su destino estaba decidido y Huerta terminaba su lento y trágico solitario de naipes al dejar prácticamente sin resguardo al mandatario. Las tropas incondicionalmente maderistas, las que lo acompañaban desde 1910, habían mermado al ser lanzadas a pecho descubierto contra la artillería gruesa de la Ciudadela, y la guarnición de Palacio ya no estaba a cargo de los que Madero llamaba “mis bravos carabineros”, sus coterráneos, sino de soldados al mando del general Blanchet.

Calma, muchachos, no tiren

Despedidos los senadores opositores, vuelve la calma a las oficinas presidenciales. Estudiaba el mandatario con sus colaboradores más cercanos los medios de proporcionar alimento a los sectores más pobres de la población en caso de que la guerra se prolongara, cuando el teniente coronel Jiménez Riveroll, un hombre de Blanchet, penetra en la estancia. Lleva, dice, un recado de Huerta. El gobernador de Oaxaca avanza sublevado contra el gobierno y el presidente debe salir de Palacio. Madero y el teniente coronel pasan a conversar a un corredor. Sabe Madero de la lealtad inquebrantable del gobernador y pone en duda las palabras de Riveroll. Dígale a Huerta que venga él mismo a darme el informe, expresa. Pero el oficial toma al mandatario de un brazo e intenta arrastrarlo. Madero, ágil y fuerte, deshace y logra

entrar en uno de los salones seguido de ministros y ayudantes. Les sigue Riveroll y con él una tropa de veinte soldados raros.

—¿A dónde va esa fuerza? –grita con energía un oficial leal al presidente y le ordena retirarse. Obedecen maquinalmente los soldados, y Riveroll, pálido, estremecido, les ordena dar media vuelta y que apresten sus armas. No concluyó de dar la voz de fuego. Lo fulmina, con su pistola, un capitán maderista. Un mayor que llega por la puerta del fondo se apresta a tomar el mando del grupo de soldados y cae también fulminado. El piquete hace entonces una descarga cerrada sobre Madero, pero uno de los presentes cubre al presidente con su cuerpo. Repiten la descarga los soldados, y Madero, con los brazos en cruz, avanza hacia ellos.

—Calma, muchachos, no tiren –les dice y el piquete se desbanda. Corren los ministros, escaleras abajo, en busca de Huerta, a quien creen ajeno a los acontecimientos, y Madero se asoma a los balcones para escuchar voces que lo vitorean desde la calle de la Acequia y la Plaza de la Constitución y que le devuelven la confianza.

Baja al patio. Los oficiales de guardia le presentan armas, conforme al reglamento. No es una ilusión. Ha recuperado su auto-ridad. Y se encamina hacia la tropa. Son soldados del batallón 27, que, Madero lo ignora, solo obedecen al general Blanchet. Les dice:

—Soldados, quieren aprehender al presidente de la República, pero ustedes sabrán defenderme porque si estoy aquí es por la voluntad del pueblo mexicano...

No pudo decir una palabra más. Blanchet le puso una pistola en el pecho y cortó el discurso.

—Señor —le dijo— es usted mi prisionero. ¡Ríndase!

Comprende Madero que a esa hora toda resistencia es inútil y se deja conducir a las oficinas de la Comandancia Militar de Palacio, donde queda detenido. Sus ministros, que bajaron antes en busca de Huerta, están ya presos, apiñados en una garita, salvo el de Hacienda, que logró fugarse. Están presos también el gobernador del distrito y el general Ángeles. Y el diputado Gustavo, hermano del presidente, apresado por órdenes de Huerta luego de haber almorzado con él, con buen apetito, en un restaurante cercano a Palacio. El caudillo golpista recuenta sus prisioneros y dispone liberar a los ministros y que se interne al vicepresidente Pino Suárez en la Intendencia de Palacio donde ya están reclusos Ángeles y el presidente. ¿Y Gustavo?, pregunta Madero con insistencia. La noche antes su hermano le había hecho llegar un escueto y profético recado donde le decía: “Pereceremos todos”.

Se sella la traición

Apenas quedó detenido el presidente Madero, el embajador norteamericano, que esperaba el acontecimiento desde tres días antes, reúne al cuerpo diplomático para darle cuenta en detalle del asunto. Muy mala opinión sobre su colega tiene Márquez Sterling, el embajador cubano. “Es de los que hablan lo que deben callar y callan lo que deben hablar; el hombre más indiscreto

concebible”. No cabe en sí de gozo el diplomático norteamericano. “Esta es la salvación de México; habrá paz, progreso y riqueza”, asegura e informa que ha impuesto de los acontecimientos a Félix Díaz, el general sedicioso de La Ciudadela, y que lo hizo antes de que Huerta, el general golpista, se lo pidiera. Comunica además los nombres de los que figurarán como ministros en el nuevo gobierno. Ya los sabe pese a que Huerta no ha tomado aún posesión de la presidencia.

Abandona Márquez Sterling la reunión, pero vuelve a la embajada norteamericana, en busca de noticias, a las diez de la noche. Allí esperan con el mismo propósito los embajadores de Chile y Brasil, interesados por la suerte del presidente depuesto. El norteamericano sale a saludarlos y les dice que pronto los hará pasar “adentro”. Porque en esos mismos momentos, en un salón contiguo, Huerta y Díaz, supuestos enemigos hasta la víspera, sellan la traición con un abrazo.

“A don Pacho lo truenan”

La noche del 18 de febrero fue triste para el embajador cubano. A la mañana siguiente, alguien lo interceptó mientras compraba tabacos en un estanquillo. Le dijo:

—Fusilarán a don Pancho; son capaces de todo. A Márquez Sterling esa posibilidad le parecía todavía inverosímil. Pero su interlocutor acabó de convencerlo cuando le dijo que ya habían fusilado al hermano del presidente luego de someterlo a terribles tormentos y vaciarle su único ojo sano con la punta de una espada. “Aquí, desgraciadamente, lo inverosímil sería lo contrario”, arguyó. Quiso responder el embajador, pero lo ahogaron las

palabras. “No hay tiempo que perder, embajador, tome usted la iniciativa”.

Volvió Márquez Sterling a su casa y redactó una nota privada para su colega norteamericano. En la legación japonesa los padres de Madero le solicitaron que en su nombre pidiera al cuerpo diplomático que interpusiera sus buenos oficios para salvar la vida de Francisco y Gustavo, a quien todavía suponían con vida. Visitó otra vez el cubano la embajada norteamericana. El embajador apenas pudo contener su cólera. Se oponía sin rodeos a que el cuerpo diplomático tomara iniciativa alguna en ese sentido. Vaya usted a Palacio y hable con Huerta. Hágalo a título personal, pero no a nombre del cuerpo diplomático, le dijo y pidió al embajador de España, dispuesto siempre a complacerlo, que lo acompañara.

Ya en Palacio, un oficial condujo a ambos diplomáticos a la sala donde el embajador de Chile charlaba con el general que detuvo a Madero. Al conocer el motivo que los traía aseguró el militar que la vida del detenido no corría peligro alguno. El presidente se negaba a renunciar y eso complicaba las cosas, pero cedió... Informó sobre las condiciones de la dimisión. Madero, su hermano Gustavo, el vicepresidente Pino Suárez y el general Ángeles, con sus respectivas familias, con la protección necesaria y la garantía de diplomáticos extranjeros, viajarían en tren, esa misma noche (19 de febrero) hacia Veracruz para embarcar al exterior. Los diplomáticos acompañantes serían depositarios de la renuncia y de una carta en la que Huerta se comprometía a cumplir lo estipulado. La renuncia no se remitiría al Congreso

hasta que Madero abandonara el territorio nacional, lo que avalaba que salía del país siendo todavía el presidente de la República. También pedía Madero que los gobernadores estatales permanecieran en sus puestos y que ninguno de sus amigos fuera molestado por razones políticas.

No pudieron los embajadores de Cuba y España ver a Huerta; estaba durmiendo. Quisieron visitar a Madero y los autorizaron. En su confinamiento de la Intendencia del Palacio Nacional, que compartía con Pino Suárez y el general Ángeles, el presidente los acogió con alegría. Nada sabía aún de la muerte de su hermano. Aceptó el ofrecimiento del crucero *Cuba* para salir del país, así como la compañía del embajador cubano hasta Veracruz y comentó que la partida sería sobre las diez de la noche, pero pidió a Márquez Sterling que acudiera antes de esa hora ya que su presencia haría más fácil subsanar cualquier inconveniente.

El ambiente era franco y nada hacía presentir la catástrofe. Solo el general Ángeles tenía la sospecha de un desenlace horrible. Dijo al embajador cubano en un aparte: “A don Pancho lo truenan”.

Mi hospitalario y fino amigo

A las ocho de la noche vuelve Márquez Sterling al Palacio Nacional. Madero conversa con su tío Ernesto y otro visitante. Repara de pronto en que no ha recibido aún el salvoconducto de Huerta. Sale el tío Ernesto en busca del documento y regresa

con una extraña noticia. El canciller de Madero se dirigía en esos momentos al Congreso a presentar la renuncia del presidente y su vice. Pide Madero a su tío que lo ataje y lo traiga a la Intendencia. Regresa con una noticia peor. La renuncia ha sido presentada. “Pues ve y dile que no dimita él, que retenga la presidencia interina hasta que salgamos del país”. Es tarde. Solo durante cuarenta y cinco minutos retuvo el canciller la presidencia interina; tiempo suficiente para renunciarla luego de haber nombrado ministro de Estado y de Gobernación al general Victoriano Huerta. Sabe Madero a esa hora que cayó en una trampa y que Huerta no cumpliría su palabra. Sin embargo, el tío Ernesto no descarta la posibilidad del viaje a Veracruz, quizás a las cinco de la mañana, la misma hora en que Huerta sacó de la Ciudad de México al derrocado dictador Porfirio Díaz.

Teme Pino Suárez un atentado si el embajador de Cuba los abandona y el general Ángeles opina que no saldrán vivos del trance. Márquez Sterling se brinda gustoso a acompañarlos. Madero se opone a que el embajador cubano pase por molestia semejante, allí donde no tiene siquiera una cama que ofrecer. Márquez Sterling insiste. Escribe al respecto: “Tomar el sombrero, tranquilamente, y despedirme, hasta la vista, abandonándolos a la bayoneta del centinela, hubiera sido impropio de mi situación, de mi nombre de cubano, de mi raza caballeresca. Amparar con la bandera de mi patria al presidente a quien, un mes antes, había presentado solemnemente mis credenciales, era cumplir con el honor de nuestro escudo, interpretar, en toda su intensidad, la misión de concordia que las circunstancias me impusieron”.

Llega un mensaje de Huerta para el embajador. Puede irse, si lo desea, a descansar a su casa, pues no habrá tren esta noche. Pregunta Márquez Sterling si el viaje será posible en horas de la mañana. Nada sabe el mensajero, que pide permiso para retirarse y se despide con una reverencia.

Madero, desde su puesto, ha escuchado el mensaje. Dice con resignación: “No habrá tren a ninguna hora”. Toma un retrato suyo de la mesa del centro y escribe: “A mi hospitalario y fino amigo Manuel Márquez Sterling, en prueba de mi estimación y agradecimiento”. Extiende el presente al embajador. Le dice: “Guárdelo en memoria de esta noche desolada”.

Ley de fuga

De tres sillas hace Madero una cama para el embajador de Cuba. A las diez de la mañana siguiente todavía está Márquez Sterling con los detenidos. Madero no concibe que Huerta quiera privarlo de la vida ni cree que Félix Díaz lo consienta, siéndolo, como es, deudor de la suya. Pero pocas horas después Madero y Pino Suárez estaban muertos. Sobre las diez de la noche fueron a buscarlos con el pretexto de que se les trasladaría a la Penitenciaría. No llegaron a entrar en ella. Huerta y Díaz, en un concierto feroz, decidieron eliminarlos. Un grupo de gendarmes esperaba en las inmediaciones del penal a los dos automóviles que conducían a los prisioneros. Al llegar a la puerta principal del edificio, el oficial encargado

de la custodia ordenó que los vehículos buscaran la entrada trasera. En eso vio a los emboscados y dispuso que los autos detuvieran la marcha. Baje usted, dijo a Madero y le disparó a la cabeza, mientras que Pino Suárez corría la misma suerte. Entonces los gendarmes tirotearon los automóviles a fin de justificar, con los cadáveres todavía palpitantes, la aplicación de la ley de fuga.

Debe la familia Madero salir de México. Márquez Sterling es llamado a La Habana, para consultas, por el presidente José Miguel Gómez. Lo embargan las dudas. ¿Estaría el gobierno cubano descontento de su actitud? ¿Se romperían las relaciones con México? ¿Se relacionaría el llamado con la salud de su anciana madre, ya muy enferma? Repasa uno a uno sus actos a favor de Madero y no cree que tenga nada de qué arrepentirse. Su gestión a favor del presidente asesinado se ha extendido más allá de los círculos diplomáticos y gubernamentales. Un día, a la salida de la embajada norteamericana, un grupo de curiosos lo vitorea, y alguien le grita: “Embajador, usted ha ganado para Cuba el corazón de los hombres honrados”.

Hay prisa por su regreso a La Habana. En la estación de ferrocarril busca ansioso Márquez Sterling a la esposa, la madre y las hermanas del presidente mártir, confiadas a la protección del embajador chileno, aunque sin documentos que amparen su salida. No las ve, pero alguien le avisa que están ya en uno de los vagones, escondidas más que encerradas en el *drawing-room*. A su arribo al crucero *Cuba*, los soldados presentan armas al embajador y se le rinden los honores correspondientes a su cargo. Le

siguen, enlutadas y llorosas, las señoras Madero, a las que aguardan a bordo del buque el padre y el tío del presidente asesinado.

En La Habana

La tragedia mexicana fue un acontecimiento mundial que alcanzó en Cuba una repercusión extraordinaria. Madero traicionado estremeció a los cubanos. Madero mártir los indignó. Se sucedían los mítines y los actos de solidaridad con el pueblo mexicano, y una multitud enorme esperó en los muelles y las calles aledañas el desembarco de la familia Madero a las diez de la noche del 1 de marzo de 1913. El canciller Sanguily, con numeroso elemento oficial, y las hijas de José Miguel la recibieron en la Capitanía del Puerto. Los automóviles en los que se trasladó a los recién llegados al hotel Telégrafo, en Prado y Neptuno, iban envueltos en un oleaje humano inmenso y fue necesario que la policía despejara los contornos del edificio para que entraran los viajeros, profunda y justamente conmovidos.

A contrapelo de la opinión pública, José Miguel se negó a romper relaciones, pero tampoco reconoció al gobierno de Huerta. Al presidente Taft le quedaban días en el cargo y su sucesor no demoró en destituir a su embajador en México, que intentó frustrar, en su raíz, la Revolución Mexicana. Simple cambio de hombres porque Washington persistió en su actitud injerencista. Bien supo Márquez Sterling, uno de nuestros grandes periodistas, dónde estaba, más allá de un embajador insensible e inca-

paz, el origen del intervencionismo, que amenazaba por igual a México y a Cuba.

*(Fuente: Los últimos días del presidente Madero,
de MANUEL MÁRQUEZ STERLING)*

12 y 18 de mayo de 2008

REVOLUCIÓN DE LA CHAMBELONA

Unas elecciones fraudulentas y la certeza de que en las complementarias habría más de lo mismo provocaron en Cuba, en febrero de 1917, la llamada revolución de La Chambelona cuando los liberales, acaudillados por José Miguel Gómez, se alzaron en armas contra el gobierno conservador de Mario García Menocal.

Aunque la reelección del presidente de la República era un derecho consagrado por la Constitución de 1901, su antecedente había sido funesto. La tozudez de Estrada Palma de prorrogarse en la presidencia durante otros cuatro años desató la guerrita de agosto de 1906 y trajo como consecuencia la segunda intervención militar norteamericana. Se dice que Menocal, que ocupaba la primera magistratura de la nación desde 1913, no se mostró en un inicio decidido a reelegirse. Pero cedió a las presiones de la camarilla áulica y la asamblea nacional de su partido lo nominó como candidato presidencial por noventa y dos votos contra setenta y uno. Con los recursos del poder a su alcance los conservadores consideraron seguro su triunfo frente a un Partido Liberal

atomizado que, sin embargo, se puso de acuerdo para postular a Alfredo Zayas.

A partir de ahí no transcurrió un día sin que la prensa no informase sobre choques más o menos violentos y a veces fatales entre liberales y conservadores, y las pugnas se agravaron cuando, luego de haberla aprobado el Senado y la Cámara, Menocal vetó la ley que determinaba que si el presidente era nominado para cualquier cargo electivo debía cesar en sus funciones setenta y cinco días antes de los comicios; ley presentada, curiosamente, por un parlamentario conservador. Aquel veto consolidó la unidad liberal en tanto que la música pegajosa y levantisca de *La Chambelona*, compuesta en Camajuaní por Rigoberto Leiva, recorría el país de extremo a extremo inflamando los ánimos de la oposición.

Llegó así la fecha de las elecciones, el 1ro de noviembre de 1916. Hubo violencia de parte y parte y en muchos colegios electorales los liberales tuvieron decidido apoyo del ejército y la Guardia Rural, cuerpos en los que José Miguel seguía contando con vivas simpatías pese a las depuraciones que efectuó en ellos el gobierno. En un colegio del término municipal de Vueltas, en Las Villas, el presidente expulsó de la mesa al delegado conservador y logró que los soldados que lo custodiaban impidiesen la entrada al lugar de militantes de ese partido. De ahí que al realizarse el escrutinio aparecieran en la urna doscientos votos liberales y uno solo de los contrarios.

¡Aé, aé, aé!

Los liberales ganaron La Habana por amplio margen y el gobierno lo reconoció de inmediato, pero aseguró que la votación del interior demostraría la victoria conservadora. Vana ilusión. Los liberales ganarían también Camagüey y Oriente, Las Villas y Pinar del Río y solo Matanzas quedaría en duda. El día 2 el secretario de Gobernación afirmaba: “Los liberales no ganaron más provincias porque no las hay”. Y hasta el propio presidente Menocal se mostró dispuesto a reconocer gallardamente su derrota.

Otra era, sin embargo, la opinión de sus consejeros. Ya el propio día 2 la Secretaría de Gobernación empezaba a suplantarse las partes telegráficas dirigidas a la Junta Central Electoral; se sustituyeron todas las boletas posibles y la maquinaria gubernamental abrió una ofensiva a gran escala para negar la victoria del adversario, reconocida por voceros oficiales. Pero ni aun así pudo el gobierno revertir su fracaso. Consiguió a lo sumo reducir el éxito opositor con la anulación de la votación en muchos colegios electorales. El escándalo alcanzó entonces tales proporciones que representantes de ambos partidos, al más alto nivel, concertaron un encuentro donde acordaron reexaminar en la Junta Electoral el resultado de los comicios, y la Junta reafirmó el triunfo liberal en tres provincias.

Apelaron los conservadores al Tribunal Supremo y aunque esa instancia judicial certificó la victoria de los contrarios en Oriente, Las Villas, Camagüey y La Habana la condicionó a la

celebración de elecciones complementarias en las dos primeras; elecciones que ratificarían de seguro la supremacía liberal. Los menocalistas armaron a los suyos, acusaron de parcialidad al Supremo y tacharon de germanófilos —eran los días de la I Guerra Mundial— a sus oponentes. Menocal, aseguraron, jamás entregará la presidencia a Zayas.

Washington a la vista

Liberales y conservadores se acercaron al embajador norteamericano en La Habana para ganar su respaldo. El 10 de febrero, cuatro días antes de la fecha prevista para los comicios, los liberales Orestes Ferrara y Raimundo Cabrera embarcaban sigilosamente hacia Washington. Pidieron al gobierno norteamericano que enviase testigos —ahora se les llama observadores— a cada uno de los colegios donde se volvería a votar. En Las Villas solo doscientos setenta y seis sufragios necesitaban los liberales para consolidar su triunfo. Pero el gobierno de Wilson, enfrascado en la declaración de la guerra a Alemania, les dio el carpetazo.

Los liberales consideraron entonces que no tendrían otra salida que la de la violencia, y José Miguel recibió la adhesión de altos jefes militares de Oriente y Camagüey. El golpe se precipitó en esa última plaza cuando los jefes del distrito militar y del regimiento de caballería se sublevaron y detuvieron a más de cien personeros locales del gobierno, incluidos el gobernador de la provincia y el alcalde de la ciudad.

Se apoderaron también los miguelistas del regimiento de Santiago de Cuba; en La Habana, Matanzas y Pinar del Río hubo alzamientos aislados y en Las Villas, baluarte fuerte del liberalismo, el brigadier Gerardo Machado encabezaría la sublevación. José Miguel se pondría al frente de la revuelta y desde el centro del país avanzaría hacia La Habana con sus tropas.

En Ciego de Ávila los sublevados de Camagüey se encontraron con José Miguel. Tomarían un tren hacia la capital. Pero se incurrió en un error de táctica inexplicable. Una tropa de caballería debía explorar el terreno por donde avanzaría el tren, que era cuatro veces más veloz que los caballos. Se perdió tiempo además en festejos callejeros, y el propio José Miguel bailó *La Chambelona* en el parque de Majagua.

El gobierno por su parte no perdía tiempo. Desde el 3 de noviembre el jefe de Dirección del Estado Mayor del Ejército había asumido la jefatura de la plaza militar de Santa Clara y empezó a actuar. Sabía que si José Miguel lograba entrar en la ciudad se le sumaría la provincia completa. Conjuró la sedición de la tropa y con aplomo y astucia consiguió neutralizar a los soldados. Un oscuro teniente, actuando por su cuenta, quemó el puente de madera sobre el río Jatibonico y paró en seco lo que hasta el momento fue un paseo triunfal para los liberales.

Fracasa la insurrección

Los sublevados tuvieron algunos éxitos militares, pero el gobierno los mayoreó. En lo político no obtuvieron el respaldo que

esperaban de Washington. El gobierno norteamericano declaró que no apoyaría ninguna insurrección ni reconocería al gobierno que pudiera salir de ella y envió cuatro barcos de guerra para garantizar a Menocal. En Santiago, una unidad de la marina norteamericana indujo a los alzados a evacuar la plaza. Ferrara y Cabrera, que habían pedido la intervención militar, fueron “invitados” a abandonar el territorio de Estados Unidos.

La insurrección languideció. Zayas fue capturado en Cambute, cerca de Guanabacoa, donde, se dice, permaneció “agachado”, y Machado se entregó en Santa Clara. A José Miguel lo apresaron en Caicaje junto a su hijo Miguel Mariano y toda la escolta. El general mambí Gustavo Caballero fue asesinado. Un telegrama del Palacio presidencial decía en una línea cifrada: “Conduzcan el cadáver de Caballero a Camagüey”.

Aquellas elecciones complementarias se celebraron. Tuvieron lugar bajo la coacción y el fraude. En los colegios de Las Villas aparecieron más electores que los registrados en el censo y en otras localidades el pucherazo fue total. El 8 de mayo de 1917 se constituía el Congreso para proclamar a Menocal como presidente de la República. Y lo hizo con la asistencia de cuarenta legisladores liberales que garantizaron el quórum requerido.

30 de enero de 2005

HURACÁN DE SANGRE

Al doctor Carlos Manuel de la Cruz lo agobiaban los malos presagios. En los últimos tiempos solo lo contrataban para que

asumiera la defensa de personas implicadas en acciones contra el gobierno de Gerardo Machado, y eso, a la larga, repercutiría en su contra. Llevaba ya el caso de la llamada “bomba sorbetera”, artefacto explosivo montado en un aparato de hacer helados y que harían detonar al paso del automóvil del dictador por determinado punto de la Quinta Avenida, cuando debió asumir también la defensa de uno de los implicados en el atentado al teniente Diez Díaz, jefe del puesto militar de Artemisa, que había muerto al abrir un paquete explosivo; un paquete similar a los que recibieron el comandante Arsenio Ortiz, el llamado Chacal de Oriente, y el coronel Federico Rasco, del castillo de la Punta, que no habían explotado.

Los acusados eran los mismos en ambos procesos que se ventilaban en sendos consejos de guerra, eran los mismos los abogados defensores pues en uno y otro caso De la Cruz compartía el estrado con Ricardo Dolz, Pedro Cué y Gonzalo Freyre de Andrade.

Crece el encono

Esto se pone feo, se decía De la Cruz temeroso del clima cada vez más enrarecido que rodeaba esos consejos. Crecía el encono de los fiscales militares contra los abogados de la defensa y en una de las vistas de las celebradas en Artemisa el acusador había tratado de agredirlo, lo que impidió el sargento Fulgencio Batista, que actuaba como taquígrafo en el juicio, al interponerse entre ambos. El propio

sargento lo había acompañado en dos ocasiones en su viaje de vuelta a La Habana para evitarle problemas con el ejército.

Precisamente desde Artemisa regresaba a su bufete Carlos Manuel de la Cruz. Antes de llegar a su oficina, situada en La Habana Vieja, hizo detener el vehículo en que viajaba y compró un periódico. La edición del día del *Heraldo de Cuba*, vocero del gobierno, daba cuenta del atentado a Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado y rector del Partido Liberal, ultimado a balazos por un comando revolucionario en el Gran Bulevar del Country Club (hoy Avenida 146) mientras se dirigía a su casa en el propio reparto.

El diario daba cuenta además de que, a manos de desconocidos, habían muerto Ricardo Dolz, el representante a la Cámara Miguel Ángel Aguiar, los hermanos Gonzalo, Guillermo y Leopoldo Freyre de Andrade y... En este punto, presa de ofuscación, el doctor Carlos Manuel de la Cruz interrumpió la lectura y volvió sobre el comienzo del párrafo. O estaba mal redactado o había algo en la escritura que él no entendía. Releyó con manos temblorosas lo escrito y se percató de golpe de lo que le vendría encima porque entre las personas muertas por manos desconocidas a las que aludía el periódico aparecía su nombre. El hecho de estar fuera de La Habana, en Artemisa, lo había salvado. Al menos por el momento.

De la Cruz entró en su bufete, en la calle O'Reilly, y sin perder tiempo se comunicó con Ricardo Dolz, que acababa de enterarse de que el periódico del gobierno lo daba por muerto. No más colgó, sonó el teléfono en el despacho del abogado. Era su esposa

para prevenirlo. Frente a la casa, hombres sospechosos y mal encarados aguardaban su llegada. El letrado decidió no esperar. Salió por el fondo del edificio y no paró hasta la embajada uruguay, en el departamento 245 de la Manzana de Gómez. Dolz haría lo mismo y hallaba refugio en la embajada de Brasil, situada entonces en 17 y A, en el Vedado.

Los avisos pasaban de teléfono a teléfono y de boca en boca. Pedro Cué llamó a la casa del comunista Juan Marinello. Estaba también en la lista. En ella figuraba Mayito García Menocal, hijo del ex presidente, que sería eliminado “para escarmentar a su padre”. A la casa de la escritora Renée Méndez Capote llegaba Joaquín Llaverías, capitán del Ejército Libertador y director del Archivo Nacional. Llevaba un recado personal del general Alberto Herrera, jefe del ejército. Le decía que tratara de sacar del país inmediatamente a su hermano Eugenio porque sería asesinado, acto que él, Herrera, no podría impedir pese a su alto cargo militar y su amistad con el general Méndez Capote, de quien fue ayudante en la Guerra de Independencia.

Mi inseparable

Vázquez Bello no era un asesino ni un ladrón. Pero estaba comprometido hasta los huesos con Machado, que le llamaba “mi inseparable”. Fue el responsable de que llegara a la presidencia de la nación cuando en 1924 logró imponerlo, gracias a su habilidad, como candidato a la primera magistratura en la asamblea

postulatoria del Partido Liberal, frente a la nominación de Carlos Mendieta, caudillo natural de los liberales, propuesta esta defendida por el no menos hábil Orestes Ferrara.

Vázquez Bello, al igual que Machado, era oriundo de Santa Clara y se dice que el dictador llegó a verlo casi como a un hijo y pensaba en él para que lo sucediera en la presidencia cuando abandonara el poder en 1935. Golpear a Vázquez Bello era como golpear a Machado. Salió ileso de un primer atentado. Pero no se libró en el segundo intento, el 27 de septiembre de 1932.

Con su muerte se llevaba a cabo solo la primera parte del drama. Un drama que a la postre quedó inconcluso. Era de esperar que Machado se hiciera presente en el sepelio de su “inseparable”, y por la jerarquía del muerto, como titular del Senado y presidente del Partido Liberal, acudirían asimismo al entierro el gobierno y el parlamento en pleno, altos oficiales del ejército y la Policía, guatacas y apapipios de toda laya. Como Vázquez Bello no disponía de panteón propio en La Habana, se supuso que lo inhumarían en el de su suegro, Regino Truffin, propietario del predio donde se emplazaría después el cabaret Tropicana. Aprovechando el sistema de desagüe de la necrópolis, dinamitaron aquella tumba y sus contornos. Más de sesenta kilogramos de dinamita explotarían cuando Machado se personara en el lugar.

Sucedió lo impredecible. La decisión de la esposa del finado de trasladar sus restos a Santa Clara, para que los inhumasen en su ciudad natal, cambió el curso de los acontecimientos. Solo al día siguiente la Policía descubrió la carga explosiva y el dictador tuvo conciencia de que se había salvado en tablitas.

Versiones

La noticia de la muerte de Vázquez Bello llegó al Palacio presidencial con la celeridad que es de suponer. Una vez confirmada, le fue notificada a Machado en su habitación. Afirma el historiador Newton Briones Montoto que poco después entraban en la mansión del ejecutivo el brigadier Antonio Ainciart, jefe de la Policía, y Octavio Zubizarreta, secretario de Gobernación (Interior) para un breve intercambio sobre el acontecimiento con el mandatario. Precisa Briones que fue Zubizarreta quien, antes de abandonar Palacio, llamó al *Heraldo de Cuba* e indicó que además de dar la noticia del atentado a Vázquez Bello, se anunciara la muerte por desconocidos de Dolz, De la Cruz, Aguiar y los hermanos Freyre de Andrade.

Orestes Ferrara, secretario de Estado de Machado, da su versión de los hechos en sus memorias. Almorzaba, como lo hacía siempre, en casa de su cuñado, cuando supo la noticia. Se trasladó al Hospital Militar de Columbia, donde Vázquez Bello era ya cadáver. Todos los allí congregados hablaban de venganza y varios de los presentes se empapaban las manos con la sangre del muerto y se las restregaban hasta que el líquido se secaba en ellas. De ahí acudió a Palacio. Encontró al dictador en la cama, deprimido y anonadado por el suceso. Conversaban cuando sonó el teléfono. Atendió un ayudante. Dijo: “Presidente, una noticia importante que quieren darle”. Machado se negó a tomar el aparato. Comentó: “Ya yo la conozco. Se trata de que unos desconocidos han asesinado a los tres hermanos Freyre y al doctor Miguel Ángel Aguiar”.

¿Por qué conducto se había enterado el dictador? ¿O es que no necesitaba enterarse porque él había dado la orden o la decisión se tomó en su presencia? Ferrara no lo aclara en su libro. Dice, con el cinismo que lo caracterizaba, que por largo tiempo tuvo sus dudas sobre quiénes fueron los autores de esa venganza criminal, pero que siempre pensó que la Policía no había sido capaz de impedir el crimen. Muchos años después, mientras escribía sus memorias, que se publicaron en 1975 con el título de Una mirada sobre tres siglos, llegó a la conclusión de que la Policía fue la responsable de aquellos asesinatos. De todas formas trata de salvar su imagen para la historia. Dice que rogó a Machado que ocupase militarmente La Habana a fin de evitar males mayores y le aconsejó que aprovechara la situación reinante para hacer un llamado a la concordia y declarar su poco interés por gobernar un país dividido por tantos odios. Machado se negó a hacerle caso. Respondió el dictador: “Yo tengo el deber de escuchar también el son de otras campanas”. Con Ainciart, fue Ferrara más tajante. Afirma haberle dicho en su cara al temido jefe de la Policía machadista: “Usted le hace más daño a Cuba que todos los revolucionarios juntos”.

El suceso

Sobre las 2:30 de la tarde de aquel 27 de septiembre sonó el timbre de la puerta de la casa número 13 de la calle B, casi esquina a Calzada, en el Vedado, residencia de los Freyre de Andrade. El criado atendió y los recién llegados preguntaron si Gonzalo es-

taba en casa. Ante la respuesta afirmativa, empujaron al sirviente y lo inutilizaron. Briones Montoto asegura que los asesinatos ocurrieron en la sala. Otras fuentes afirman que los ultimaron en el piso superior. De ellos, solo Gonzalo estaba comprometido con la oposición, pero como los asesinos no pudieron identificarlo, extremaron su celo y ultimaron a los tres hermanos.

A las tres de la tarde tocaba el turno al doctor Aguiar en su casa de 19 esquina a 10, también en el Vedado. Varios hombres llamaron desde el jardín de la vivienda y el parlamentario de tendencia menocalista, avisado por un empleado, acudió al portal. Los asesinos le hablaron. No escuchó Aguiar, que era algo sordo, lo que le decían y se inclinó hacia delante para poder oír. Lo acribillaron a balazos.

Consumado el crimen, los asesinos volvieron a abordar el auto descapotable en que viajaban y dieron varias vueltas por la manzana enmarcada por las calles 17, 19, 8 y 10. Llevaban todavía en las manos las pistolas humeantes, los sombreros echados para atrás y la sonrisa insultante en los rostros repulsivos.

Los vecinos, que se habían botado a la calle al sentir el primer disparo, los vieron pasar espantados ante tanta desfachatez.

Un huracán de sangre soplaba sobre La Habana.

18 de octubre de 2009

CÓMO HUYÓ ORESTES FERRARA

Hace muchos años, allá por los lejanos 70, un amigo me contó que había conservado durante décadas un par de corbatas que

pertenecieron al político machadista Orestes Ferrara. Era parte de un botín de guerra. El 12 de agosto de 1933, varios estudiantes, entre los que se encontraba mi ya fallecido amigo, trataron de echarle el guante en el puerto de La Habana al Secretario de Estado (ministro de Relaciones Exteriores) de la dictadura de Machado. No lo consiguieron. El astuto italiano, que alcanzó en la Guerra de Independencia el grado de coronel, que le otorgó el generalísimo Máximo Gómez, logró llegar indemne al hidroavión que, como todos los días, saldría del muelle del Arsenal a las tres de la tarde. Poco después se le juntaba su esposa. Pero esta, en la prisa por escabullirse, abandonó u olvidó el equipaje, cuyas piezas se repartirían, como trofeo, sus perseguidores.

Como yo sabía que Ferrara, el historiador Ramiro Guerra y el periodista Alberto Lamar fueron los tres últimos funcionarios que abandonaron el Palacio presidencial minutos antes de que el pueblo lo ocupara y saqueara, siempre supuse que se había dirigido directamente al puerto. Pero no. Ferrara, a pie y en coche, haría aquel día un largo periplo por La Habana.

De esa sabrosa estampa del ayer estaremos hablando enseguida.

En rebelión abierta

Ferrara regresa a Cuba el miércoles 9 de agosto de 1933, tres días antes de la caída del régimen. Una conferencia internacional, tan rimbombante como inútil, lo había retenido en Londres durante varias semanas, y ya en Washington, donde esperaba po-

der entrevistarse con el presidente Roosevelt, recibió el llamado perentorio de Machado que lo conminaba al regreso. “Embarca lo más rápido que puedas”, ordenaba el dictador en su mensaje. El país estaba en rebelión abierta y el papel de mediador entre la oposición y el gobierno asumido por Benjamín Sumner Welles, el embajador de Estados Unidos, agriaba los ánimos, mientras que la dictadura perdía sostenes y esperanzas.

Los días 10 y 11 son para Ferrara de trabajo incesante. Se entrevista con Machado, que le aseguraba que renunciaría, aunque nunca estuvo muy decidido del todo, y con el embajador Welles, a quien reprocha su gestión mediadora. Conferencia asimismo con representantes de la política tradicional que se oponen a la dictadura. Sabe muy bien que la suerte del régimen está echada. Por eso, sin concurrir al ministerio, apenas sin salir de su casa, labora, con el concurso de Ramiro Guerra, secretario de la presidencia, en los documentos que avalarán el tránsito de poderes: las dimisiones de los ministros, la solicitud de licencia que hará Machado al Congreso y que equivale a su renuncia, los decretos que darán vida al nuevo gobierno... todo un esqueleto que quiere presentar en orden al general Alberto Herrera, escogido por Machado como su sustituto.

El sábado 12 acude al Palacio presidencial. Son las ocho de la mañana y en el trayecto desde su casa, en San Miguel y Ronda, al costado de la Universidad, advierte las calles insurreccionadas, pero no agresivas. Allí, para su sorpresa, se encuentra con Machado. Conversan. Dice al dictador que, junto con su mujer, viajará rumbo a Miami en el hidroavión ordinario de las tres de

la tarde y que entonces se trasladarían a Nueva York. Machado confiesa que no sabe exactamente lo que hará, pero que quizás se traslade a Las Villas a fin de acampar en el Escambray con un centenar de leales. A otros diría esa misma mañana que acamparía en Rancho Boyeros.

Ferrara le recomienda con insistencia que se olvide del Escambray y salga al exterior, y Machado, en una especie de limbo, da vueltas por los salones de Palacio como quien no sabe si irse o quedarse hasta que decide salir, con la escolta, hacia su finca Nenita, en la carretera de Santiago de las Vegas a Managua. En el despacho privado del presidente, en el tercer piso de la mansión, junto con Guerra y el periodista Lamar, Ferrara se vuelca de nuevo sobre los documentos que deben estar listos antes de la fuga. El Palacio, tan concurrido en días anteriores, está ahora casi desierto. Lo abandonan los empleados al advertir la ausencia de la familia presidencial, y también los viejos servidores que, ajenos a la política, pasan de un presidente a otro. Solo una criada permanece en las habitaciones particulares del mandatario. Nadie se lo ha pedido, pero ella las arregla por amor al orden.

Se alquila

Una multitud comienza a darse cita en las afueras del Palacio. La documentación está lista al fin y Ferrara y sus acompañantes se disponen a salir del edificio. La puerta por la que quieren hacerlo está cerrada y ya por fuera colocaron en ella un cartelito

que dice “Se alquila”. La puerta principal está cerrada también y lo está asimismo la reja de la mayordomía. El policía que debe custodiarla y que sirve como portero desde los tiempos de Estrada Palma, da paseítos nerviosos por el edificio y jaranea con la muchedumbre. Lo localizan y retira el candado. Ferrara pide a sus compañeros que lo dejen salir primero, y afuera agita los papeles que lleva en la mano como para anunciar la renuncia del jefe del Estado. Estalla el entusiasmo y los tres funcionarios que ya dejaron de serlo llegan al coche de la Secretaría de Estado que los espera. La gente no aguarda más y penetra en el Palacio presidencial.

Guerra baja el primero y busca la Estación de Policía de la calle San Lázaro. Poco después, a la altura de Infanta, desciende Lamar del vehículo. Ferrara se dirige a la casa del general Herrera, en L entre 21 y 23, frente a un costado del hospital Mercedes, para entregar los documentos que a esa altura no interesan a nadie. Lo recibe el embajador Welles, pero no puede ver a Herrera. El general no fue aceptado por el ejército como sustituto de Machado, y el presidente es ya, por obra y gracia del embajador, Carlos Manuel de Céspedes, el hijo del Padre de la Patria.

Ferrara, solo, debe volver a pie a su casa. Ve pasar, en su automóvil, a su viejo amigo el nuevo mandatario, que vuelve la cara para no saludarlo. En el camino se le suman algunos amigos dispuestos a protegerlo. Frente a su residencia, mientras atiende al embajador de España, un tiro que era para él mata a un hombre de su confianza. Se hace nutrido el tiroteo y el diplomático insiste en que, junto con su esposa, busque refugio en su embajada.

El matrimonio se niega. Reitera el embajador su ruego, pero la respuesta es la misma. Urge hallar una salida. Ferrara pide a su esposa que se traslade a la casa de su hermana, y, antes, prepare el equipaje. Él iría a la casa de un amigo, donde ella deberá reunírsele. Almuerzan, con buen apetito, unos espaguetis napolitanos.

Sin disfraz

Hay saqueos, linchamientos, incendios, detenciones... La radio trasmite noticias inquietantes. Una amiga de la familia ha reservado dos pasajes en el hidroavión de las tres de la tarde. El asunto es llegar al muelle del Arsenal. Ferrara decide hacerlo sin disfraz alguno y en un automóvil descubierto. Como su chofer se niega a conducirlo, lo hará un sobrino y lo acompañará su cuñada. Un sobrino más se suma al grupo en calidad de guardaespaldas. Ferrara irá también armado. La esposa acudirá después, en otro vehículo, luego de realizar gestiones de última hora y recoger las dos pequeñas maletas donde llevan lo imprescindible.

El trayecto hasta el muelle es fácil. Evitan, claro, las vías más concurridas. Por G, el auto tuerce a la izquierda y gana Carlos III. Lo hace a una velocidad normal para no llamar la atención. Muchos reconocen al funcionario del gobierno depuesto; algunos lo saludan y otros lo increpan, pero nadie lo detiene. A la altura de Belascoaín, se ve jaleo dos cuadras más allá, en Reina y Escobar. Están asaltando la casa del senador Wilfredo Fernández. El

automóvil gira rápido a la derecha, luego a la izquierda y escapa por la calle Estrella.

En el Arsenal no hay público. Ferrara abona el importe de los pasajes y aunque falta tiempo para la hora del vuelo un empleado le permite pasar al hidroavión. El sobrino que sirvió de custodio se mantiene fuera, armado, a la expectativa. Llega la esposa del ex ministro y ocupa un asiento a su lado.

La tripulación está ya a bordo, y el capitán de la nave, un ruso blanco, dispone que el aparato se separe del muelle y sea atado a la boya. Ya la instalación no está desierta como lo estuvo antes. La ocupa un grupo numeroso de jóvenes estudiantes y también de marineros y soldados. Desde el hidroavión se les ve gesticular, pero no se escucha lo que dicen. Sí es audible desde el aparato la voz de las ametralladoras. Disparan contra la nave. No menos de cincuenta tiros la impactan. El camarero está muerto de miedo, a punto del ataque de nervios, y una bala atraviesa el sombrero de la esposa de Ferrara.

El motor, el motor, grita el capitán y la nave se pone en movimiento. Ya en el aire, el piloto toma una determinación inesperada. Teme que aviones del ejército cubano lo persigan y ataquen en pleno vuelo, y cambia el rumbo y solo lo rectifica cuando se convence de que no habría peligro.

En el aeropuerto de Miami un grupo de cubanos increpa al ex ministro de la dictadura. Ferrara responde a las agresiones verbales y se lanza contra uno de ellos, pero cuatro policías vestidos de paisano lo contienen y lo cargan hasta un automóvil. La pareja se hospedaría en el hotel Columbus, y de allí la sacan las autoridades de Emigración para ficharla.

Deben comprar ropa. La de Ferrara, que viste de blanco, está en un estado deplorable. Tanto que algún que otro periodista llegó a afirmar que parecía como escapado de una refriega de masas. Lo ha castigado duro el sol de agosto y, entre una cosa y otra, lleva dos días sin cambiarse. Pero no tiene con qué hacerlo porque las pocas pertenencias que recogieron para el viaje quedaron en el muelle del Arsenal, de La Habana, a merced de sus perseguidores que décadas después todavía las mostraban como trofeo y recuerdo de una época en la que el pueblo se vio obligado a tomar la justicia por su mano y que, por su complicidad con la dictadura y con Machado, hubiera pasado la cuenta a Ferrara de haberle echado el guante aquel 12 de agosto.

29 de octubre de 2006

EL GOLPE DE 1933

La cosa está de yuca y ñame. Tras la salida de Machado, el 12 de agosto de 1933, se entroniza el caos. Céspedes preside el gobierno, pero no gobierna y el embajador norteamericano se asusta con la combatividad del pueblo. Hay hambre, desempleo y huelgas. La llamarada popular quema la Isla y obreros y estudiantes están en pie de lucha. En el puerto habanero dos buques de guerra estadounidenses permanecen con los cañones desenfundados y los marines prestos al desembarco.

Crece el clima de indisciplina e insubordinación en el ejército. Los oficiales no mandan y el complot de los sargentos agrupados

en la llamada Junta de Defensa o de los Ocho gana adeptos entre los alistados de todo el país. Forman parte de esa Junta Pablo Rodríguez, que la encabeza, José Eleuterio Pedraza, Manuel López Migoya, Fulgencio Batista... Demandan beneficios para clases y soldados. Piden que no se les rebaje el sueldo y que se les aumente en la medida de lo posible, que se incremente el monto de las pensiones; quieren gorras de plato y dos botones más en la guerrera. Pero bien pronto el movimiento de los sargentos revelará su matiz político: no hay que pedir lo que ellos mismos podrán agenciarse.

Así, el golpe de Estado se planifica para el 8 de septiembre de 1933. El 4, Batista supone que ha sido descubierto y lo anticipa para esa misma noche. A las ocho tiene el poder prácticamente en las manos. A las nueve el periodista Sergio Carbó lo insta a que sume al Directorio Estudiantil Universitario a la asonada. A las diez Columbia, la fortaleza más importante de la nación, era ya un hervidero de civiles. A las dos de la mañana del día 5 todos los distritos militares se adhieren a la sedición y el gobierno de Céspedes no existe. Surge la Agrupación Revolucionaria de Cuba y el nuevo régimen asume como programa político el del Directorio.

Casi todos los sargentos complotados tenían su “caca”. Pedraza era garrotero. Batista perteneció al Servicio Secreto de Machado y Pablo Rodríguez fue el organizador de un homenaje que los soldados tributaron al dictador en 1930. Batista ni siquiera pertenecía a la Junta de Defensa hasta que lo llamaron a incorporarse porque era el único sargento que tenía automóvil y los conspira-

dores necesitaban de un vehículo para sus gestiones. Fue, sí, el más audaz de todos; se adueñó del movimiento y excluyó al resto de sus compañeros. Protagonizaría el alzamiento en el propio campamento de Columbia, mientras los otros lo hacían en regimientos del interior del país. En ausencia de Rodríguez, Batista dictó la orden en la que se autodesignaba jefe del movimiento y su vocero. Nombró a Rodríguez jefe de Columbia y a López Migoya ayudante de Rodríguez. Pero no firmó el documento. Lo hizo Migoya como ayudante de Rodríguez, que desconocía el asunto.

Se dice que en el campamento los soldados protestaron por la decisión de Batista y demandaron la jefatura para Rodríguez, pero cuando este regresó de Matanzas dejó las cosas como estaban.

Mayoría de edad

De inmediato la Agrupación Revolucionaria da a conocer su primera proclama al pueblo. Dice que pretende la reconstrucción económica del país y la celebración de una asamblea constituyente, promete un pronto retorno a la normalidad y asegura el castigo para los culpables del machadato. Protegerá la vida y las propiedades de cubanos y extranjeros y asumirá las deudas y compromisos de la República. “Por considerar que el actual gobierno (el de Céspedes) no responde a las demandas urgentes de la Revolución, la Agrupación Revolucionaria de Cuba se hace cargo de las riendas del poder”, se asevera en la proclama y la firman Ramón Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás, José M.

Irisarri, Carlos Hevia, Ramiro Valdés Daussá y Sergio Carbó entre otros. También la suscribe Fulgencio Batista como sargento-jefe de las Fuerzas Armadas.

Se impone en Columbia la idea del gobierno colegiado. Surge así la Comisión Ejecutiva o Pentarquía, y la conforman Guillermo Portela, Porfirio Franca, Irisarri, Grau y Carbó. Las decisiones se tomarán por mayoría.

De Columbia al Palacio presidencial. La Agrupación quiere comunicarle a Céspedes que ha sido depuesto. En la cochera de la mansión ejecutiva esperan sus integrantes a que Céspedes los reciba. Suben al fin los pentarcas. Los acompaña Batista con sus galones de sargento, y se les suma Prío, a quien de inicio no dejan entrar porque va en mangas de camisa, pero alguien le presta una chaqueta.

Céspedes, de pie, los aguarda en su despacho. Es de una solemnidad pontificia. Nadie habla. Batista se esconde detrás de Carbó. “¿Y bien, señores?”, inquiriere Céspedes. Grau da un paso al frente y dice: “Venimos a comunicarle que nos hemos hecho cargo del gobierno y que es un honor para nosotros recibirlo de manos de un patriota como usted...” Céspedes lo corta. Pregunta quiénes integran esa Junta Revolucionaria que lo destituye y Grau responde que el Directorio Estudiantil, la Unión Revolucionaria, el ABC Radical, Pro Ley y Justicia. Céspedes interroga de nuevo: “¿Se consideran fuertes esos grupos para destituir al gobierno legal?” “Es que la Junta la integran también todos los soldados y marinos de la nación”, responde Grau. Céspedes, al oír aquello, retrocede y señala hacia el retrato de su ilustre progenitor,

que presidía el despacho de los mandatarios cubanos. Pregunta de nuevo: “¿Ignoran ustedes la responsabilidad que contraen?” Y Grau riposta: “Hace años, señor, que cumplimos la mayoría de edad”.

Apaguemos ese volcán

Pero Carbó daría el tiro de gracia a la Pentarquía cuando el 8 de septiembre de 1933 asciende a Batista a coronel. No contó para hacerlo con el resto de los pentarcas, aunque sí consultó su propósito con integrantes del Directorio, que estuvieron de acuerdo. El ascenso fue el pretexto que esgrimieron Irisarri, Franca y Portela para plantear la crisis cuando treinta barcos de guerra norteamericanos rodeaban la Isla y Washington movilizaba una fuerza considerable de su infantería de marina y reforzaba los efectivos de la base naval en Guantánamo para intervenir en Cuba. “¡Estamos sobre un volcán!” dijo Irisarri. Y Grau: “Apaguemos ese volcán”.

Batista desconocía a la Comisión Ejecutiva y se atrevía a definir por sí solo el futuro de la República. Franca no se portaba por Palacio. Grau y el Directorio insistían en mantener la Pentarquía. Irisarri era partidario de devolver el poder a los politiqueros, y Portela lo apoyaba. El fantasma de la intervención norteamericana se había apoderado de ambos.

Para Grau, que sustentaba la línea revolucionaria del gobierno, el asunto era el de salvar la revolución. Pero la Pentarquía no podía

mantenerse porque Irisarri y Portela presentaron la renuncia irrevocable. Debía volverse a la fórmula presidencial. Fue entonces que el Directorio pidió a los pentarcas que designaran al presidente.

A las ocho de la noche del día 9 Grau, Carbó, Irisarri y Portela se dan cita en el tercer piso del Palacio presidencial. En el segundo piso se reúne, en sesión secreta, el Directorio Estudiantil. Los estudiantes se huelen que Irisarri y Carbó quieren entregar el poder a los políticos y que existe un complot para detener a Batista y reinstalar en sus mandos a la oficialidad destituida el 4 de septiembre. Se acuerda que se derogue el voto de confianza que se les dio a los pentarcas para elegir al presidente, Prío y Rubio Padilla proponen que Grau ocupe la primera magistratura.

Prío y dos de sus compañeros suben al tercer piso. Portela, luego de una violenta discusión, les pide que se retiren porque “nosotros tenemos la trascendente e histórica misión de elegir al presidente”. Rojo de ira, Prío le atajó los caballos. “No, señor Portela, esa misión trascendente, esa misión histórica les ha sido retirada. El Directorio les revocó el voto de confianza y eligió presidente al doctor Grau San Martín”. Lívidos, Irisarri y Portela quedaron sin palabras. Carbó, de pie, dijo a Grau: “A sus órdenes, señor presidente”. “Muchas gracias, Carbó”, respondió el aludido. Añadió: “Y ahora ¡adelante!”

Había comenzado el Gobierno de los Cien Días.

*(Fuentes: Crónica del año 33, de Enrique de la Osa,
y textos de José M. Irisarri, Ramón Grau San Martín
y Fulgencio Batista)*

5 de septiembre de 2004

COMBATE EN EL NACIONAL

El 2 de octubre de 1933, tras el golpe de Estado que el 4 de septiembre de ese año protagonizó un sargento llamado Batista, unos cuatrocientos oficiales del Ejército y la Marina de Guerra, concentrados en el Hotel Nacional de Cuba se rendían a sus antiguos subordinados luego de una resistencia encarnizada. Dos oficiales muertos y doce heridos fue el saldo de la refriega; cifras que se elevaron dramáticamente a once y a veintidós cuando, después de la batalla, setenta de ellos, ya desarmados, fueron tiroteados a mansalva. Como nunca se dieron a conocer los números exactos, se calcula que los vencedores tuvieron unos cien muertos y alrededor de doscientos heridos. Esta es la historia.

Quince mil bayonetas

La asonada militar que derrocó al presidente Carlos Manuel de Céspedes, hijo del Padre de la Patria, despojó a los oficiales de sus mandos, de los que se apropiaron clases y soldados, pero no los privó de sus grados. Sin embargo, muy pocos de esos oficiales reconocieron la autoridad de aquel oscuro sargento-taquígrafo, mulato por añadidura, que gracias al cuartelazo asumió la jefatura de las Fuerzas Armadas. El día 8 ese sargento era ya coronel, y en días posteriores ascendían a los grados de capitán y de primer teniente a los cabecillas principales del movimiento y otros no tan principales, en tanto que la vieja oficialidad, a criterio de los vencedores, que-

daba escindida en los grupos de los “maculados” y los “no maculados”. Los primeros responderían ante los tribunales de sus crímenes y tropelías, de su complicidad con Machado, en suma, mientras que los otros podrían mantenerse en sus respectivas unidades o reincorporarse a ellas de inmediato. Así lo demandaban el nuevo gobierno, aquella Comisión Ejecutiva o Pentarquía, y el propio Batista.

El periodista Sergio Carbó, pentarca encargado de las cartteras de Gobernación, Guerra y Marina, ofreció sucesivamente, al menos de mentiritas, la jefatura del ejército a los coroneles Perdomo y Quesada y ambos la declinaron por las condiciones humillantes en que debían ejercerla. “Mira, tienes que convencerte de que no es posible que a los oficiales los mande un sargento”, dijo a Batista un capitán en presencia de Carbó y este respondió enfático: “Todo estriba en que ustedes, los oficiales, tienen la disciplina y él tiene quince mil bayonetas que lo apoyan”. Fue en ese momento que Carbó ideó hacer general a Batista, pero el sargento no quiso ser más que coronel, y Carbó lo ascendió sin consultarlo con sus compañeros de gobierno para decretar, sin proponérselo, con el mismo decreto del ascenso, la disolución de la Pentarquía, constituida cuatro días antes, para dar paso al gobierno de Ramón Grau San Martín.

El plan Ferrer

El 6 de septiembre el general Julio Sanguily, defenestrado el día 4 de su cargo de jefe del ejército, se alojó en el Hotel Nacional.

Convalecía de una delicada intervención quirúrgica y buscaba, se dijo entonces, una tranquilidad que ya no hallaba en su casa, cercana al campamento de Columbia, pues el sargento Belisario Hernández, ayudante de Batista, hostigaba continuamente a su familia y a cuantos lo visitaban. Casi enseguida comenzaron también a alojarse en el Nacional los oficiales desplazados y que no querían someterse a la selección que de ellos harían los soldados. Reconocían a Sanguily como su único y verdadero jefe. No fue casual que buscaran refugio allí pues en el Nacional tenía su residencia oficial Benjamín Sumner Welles, embajador de Washington en La Habana, que ante el anunciado fin de su misión diplomática en la Isla había desmontado su casa en el reparto Barandilla. El hotel, por otra parte, desde los días de la caída de Machado, gozaba de un cierto carácter de extraterritorialidad: lo administraba una empresa norteamericana y la Enmienda Platt y otros tratados vigentes obligaban al gobierno cubano a garantizar su integridad, como las de todas las vidas y propiedades estadounidenses en Cuba so pena de una intervención militar. Cuando las pasiones se desbordaron el 12 de agosto muchos machadistas se refugiaron en el Nacional, donde Welles les extendió una protección extraterritorial de facto. El caso más notorio fue el del general Alberto Herrera, ex jefe del ejército: el embajador amenazó con hacer desembarcar una fuerza de *marines* para la custodia del hotel si la vida del militar se veía amenazada.

Aquellos militares y su jefe no estaban precisamente de vacaciones ni disfrutaban del esparcimiento que la fastuosa instalación podía brindarles. El 4 de septiembre no defendieron sus

posiciones siquiera con un salvazo, pero no perdían la esperanza de reconquistarlas. Para ayudar a hacerlo posible el doctor Horacio Ferrer, oculista eminente, veterano de la Independencia, coronel retirado del ejército y fugaz secretario de Guerra y Marina en el gabinete de Céspedes, se movía rápida y diligentemente. Corría de su casa, en Línea esquina a L, al hotel, del hotel a la embajada norteamericana, en el número 5 de la calle Misiones, y de la embajada al hotel. Se entrevistaba con los viejos caudillos políticos. Movía los resortes que todavía le quedaban en las instituciones armadas. Visitaba al ex presidente Céspedes en su residencia de la calle 23 esquina a M... ¿Qué pretendía? Lo dice sin sonrojo alguno en su libro *Con el rifle al hombro* (1950): como vocero de la oficialidad depuesta, aunaba voluntades para lo que Welles llamó el Plan Ferrer que no buscaba otro objetivo que la intervención norteamericana en la Isla. Con la ayuda de los *marines*, Céspedes recuperaría la presidencia, y los oficiales, repuestos en sus mandos, destituirían a la oficialidad advenediza, desarmarían a la tropa y a los civiles, y reclutarían y entrenarían un nuevo ejército.

Welles dio el espaldarazo al proyecto de Ferrer, pero se vio obligado a dejar de apoyarlo explícitamente porque no contó con la aprobación de Washington: Roosevelt estaba en la presidencia con su política del Buen Vecino y la proximidad de la VII Conferencia Internacional Americana, en Montevideo, imponía el criterio de la no intervención, aplaudido por gobiernos como los de México y Argentina. La defenestración de Grau debía ser entonces fruto de una operación que, excluyendo la intervención

militar, propiciara acciones políticas y armadas internas en su contra.

Según ese plan, Céspedes se haría presente en el Hotel Nacional y desde allí comunicaría al cuerpo diplomático acreditado que reasumía la presidencia, a la que no había renunciado el 4 de septiembre. A partir de ese momento emitiría sus decretos a través de la radio. La situación, a juicio de Ferrer, se haría insostenible porque habría entonces dos gobiernos en Cuba, lo que obligaría al de Estados Unidos, que no reconocía ni reconoció al de Grau, a decidirse. Pero Céspedes no aceptó. Dijo: “Por mí no se derramará sangre cubana ni habrá intervención extranjera”. Frase que, grabada en una tarja, se colocó en la fachada de la capilla que guarda sus restos en la necrópolis de Colón y que alguien, no hace mucho tiempo, destruyó a martillazos.

Lléveles un abrazo

Pese a todos los intentos por lograr un arreglo, los oficiales se negaron a abandonar el Hotel Nacional y mucho menos a someterse al juicio de la tropa que los clasificaría como “maculados” y “no maculados”. Mandaron otros emisarios a Welles. Le dijeron que estaban dispuestos a volver a los cuarteles si con ello se evitaba el eclipse de la soberanía. El embajador, que jugaba siempre con varias cartas a la vez, respondió que él no era quién para dar lecciones de dignidad a los oficiales, pero que nada cambiaría el curso de los acontecimientos. Es decir, su intransigencia cerraba

la puerta a una posible solución cubana, mientras continuaba con su amago de la posible intervención, en la que insistía en sus mensajes a Washington y que debía ser, decía, restringida y limitada porque los oficiales amotinados no podrían sostenerse sin la ayuda de Estados Unidos.

El doctor Ferrer, agitando el fantasma de la intervención desde el carro de la injerencia, no tenía límites, y visitó por lo menos en dos ocasiones al presidente Grau. Le pidió la restitución de Céspedes y le ofreció incluso una cartera en su gobierno. Claro que para ello Grau tendría que renunciar a su cargo. Ferrer quería llevarles la renuncia del presidente a los oficiales. ¿La renuncia? La respuesta de Grau, que todavía no era El Viejo, puso de relieve al mismo socarrón que sería en sus días de Mesías de la Cubanidad: “No, doctor Ferrer, la renuncia no puedo enviarla a sus amigos los oficiales. Pero, mire, puede llevarles algo. Lléveles un abrazo grande, muy efusivo de mi parte y no olvide de darlo”.

Ya para esa fecha, Welles, en un intento de marcar distancias, había abandonado el Hotel Nacional para instalarse en el Hotel Presidente. Por otra parte, mientras el gobierno amenazaba con cortar el agua y la luz al Nacional, sus empleados abandonaron sus puestos para no verse obligados a servir a los oficiales que empezaron a sentir en carne propia lo que sufre un ordenanza pues tuvieron que limpiar las habitaciones, lustrar sus zapatos, manejar los elevadores, fregar platos y preparar la comida mientras hubo con qué hacerla en el hotel.

No queiro, no queiro

Cuando después del 6 de septiembre de 1933 los oficiales desalojados de sus posiciones por el golpe de Estado del día 4 comenzaron a concentrarse en el *lobby* del Hotel Nacional de Cuba, la primera reacción de su gerente, Robert P. Taylor, fue la de negarles el alojamiento bajo el pretexto de que no había habitaciones disponibles. Cedería al cabo, más que por la insistencia obstinada de los militares, cuando se aseguró de que no habría problemas con el pago ya que para sufragar los gastos se acordó una ponina entre los oficiales más solventes y a la que contribuirían no pocos elementos civiles. Así, el oculista Horacio Ferrer aportó cien pesos y otros dos mil se recibieron de un tal Agapito García, que nunca se supo quién era y que las malas lenguas asociaron con Benjamín Sumner Welles, el mismísimo embajador norteamericano en La Habana. El día 12 Taylor se asustó de nuevo al constatar que le habían convertido el hotel en un puesto militar. Llamó entonces a su jefe, el presidente de la Manhattan Plaza Hotel Co., en Nueva York, que tenía al Nacional bajo contrato de administración, y le respondieron que no se preocupara porque Washington había dado cuarenta y ocho horas a Grau San Martín para que repusiera a Céspedes en la presidencia y que entonces los oficiales abandonarían la instalación.

El puesto militar contaba con un cuerpo de guardia, una oficina de información y otra de avisos al exterior. Se confeccionaba diariamente el orden del día, que se colocaba en la pizarra del *lobby* y en la que se notificaba quiénes serían los oficiales superiores de

guardia y quiénes los que se encargarían del servicio en la planta principal del hotel, las terrazas del segundo piso, las azoteas, los almacenes, las calderas, el comedor y la cocina. Una guardia especial custodiaba las reservas de agua. El Estado Mayor lo encabezaba el general Julio Sanguily y lo conformaban dos coroneles por el ejército, dos por la Marina, un capitán por la Aviación y Horacio Ferrer por Horacio Ferrer que, aunque lo negaba –*No queiro, no queiro, echádmelo en el sombreiro*– apuntaba a la presidencia de la República, que ya se le había escurrido entre las manos el 12 de agosto anterior cuando las Fuerzas Armadas rechazaron al general Herrera como sustituto de Machado y propusieron su nombre a Welles, y vio con dolor cómo el diplomático se decidía por Céspedes. Para salir del hotel, los oficiales designados para ello pasaban de noche al edificio de la agencia Ford, situada en el espacio que ocupa ahora el Ministerio del Trabajo, en la calle 23, y se movían en vehículos de esa empresa. Se estructuró además una compañía de asalto.

Veintiséis springfield

Los oficiales acudieron al hotel con sus armas cortas. Disponían además de veintiséis fusiles Springfield, con cincuenta tiros cada uno, que se destinaron a las postas de las azoteas, y de seis o siete fusiles más de otras marcas que se distribuían entre los custodios de los diferentes pisos. Con ametralladoras de mano se resguardaban el *lobby* y la entrada de servicio, a la altura de

la calle P. El teniente Adam Silva, uno de los amotinados en el Nacional, escribe en su libro *La gran mentira*, que allí encontraron alrededor de cuarenta escopetas, “más propias para matar gatos que para la función de guerra”, y otras escopetas (no dice cuántas) de caza. Se cree que las armas largas fueron introducidas por amigos y familiares de los oficiales en sus visitas cuando todavía soldados y milicianos de Pro Ley y Justicia y el Ejército Caribe, con base en la Universidad, no habían tendido un cerco estricto en torno al hotel. Otros son de la opinión de que esas armas las llevaron funcionarios de la embajada norteamericana, a los que nunca, al igual que a las mujeres, se les negó el acceso.

Los días pasaban. La intervención militar norteamericana que esperaban Ferrer y los oficiales no acababa de tener lugar, pese a que en los litorales de La Habana y Santiago esperaban la orden el acorazado *Mississippi*, los cruceros *Indianápolis* y *Richmond*, veinticuatro destructores de tonelaje diverso y cuatro cañoneros, y estaba cada vez más lejana la ayuda que esperaban del batallón 1 de Artillería, del Tercio Táctico de Matanzas y de sus cómplices en el campamento de Columbia. Seguían confiando en la colaboración que les prestaría la organización terrorista ABC mientras que la situación en el hotel por la escasez de víveres, aunque se hacía una sola comida al día, era cada vez más angustiosa.

Fue entonces que, por órdenes de Sanguily, se diseñó un plan para salir del hotel en son de guerra, marchar sobre el Palacio presidencial y hacer prisionero a Grau. Para ello grupos del ABC atacarían de manera simultánea las cinco postas de soldados y milicianos que controlaban los exteriores a fin de que los oficiales

cayeran sobre ellas, las coparan y las desarmaran. Pero ese plan no tardó en ser rechazado. Los oficiales no confiaban en la capacidad de los civiles para moverse armados por la ciudad sin ser advertidos y conseguir una acción simultánea en las cinco postas. Las esperanzas se fijaron entonces en otro propósito. El ABC les haría llegar doscientos fusiles, de los dos mil que decía tener, y doscientos tiros para cada uno de ellos. Esas armas nunca las recibieron porque el ABC tenía reservado su armamento para un proyecto propio que no tardaría en ejecutar.

La luz verde

Mientras tanto, el gobierno de Grau no cesaba en su esfuerzo por conseguir un arreglo con los oficiales. El periodista Mario Kuchilán, testigo de todos estos sucesos, asevera: “La verdad es que se hizo lo posible por negociar un acuerdo. Los oficiales fueron los intransigentes... No aceptaban nada más que la devolución de todos los mandos que habían perdido sin defenderlos ni de palabra”.

Montado en el columpio de la intriga, Welles se acercaba por separado a Grau y a Batista y a cada uno le hablaba mal del otro para indisponerlos y enfrentarlos entre sí. Un día encontraba “razonable” a Batista y otro, “conciliador en extremo” a Grau. Pero este, entre astucias y vacilaciones y su don característico de rodear o evadir los temas sobre los que no quería definirse, desconcertaba, sacaba de quicio, exasperaba al estirado diplomático. Llegó a

asegurar a Grau que nada tenía de personal su falta de confianza en él, sino que obedecía al hecho de que su presidencia era producto de un motín militar. En cambio Batista, que fue el artífice de ese motín, cada vez le parecía más aceptable porque, refería Welles en sus mensajes al Departamento de Estado, el coronel sabía bien “que ni la obstinación del Directorio Estudiantil ni la de Grau podían interferir en la solución de los problemas políticos inmediatos” y porque expresaba su “rigurosa oposición a toda propaganda y actividades comunistas”. No por ello cejaba Welles en alentar a Horacio Ferrer y a los oficiales concentrados en el Hotel Nacional en su conspiración que contaba con las simpatías de Menocal, Mendieta y Miguel Mariano y tenía en el ABC a su “aliado natural”, aunque pasivo.

“El Ejército está más unido que nunca en La Habana y la posición de Batista, por consiguiente, es más fuerte... el único apoyo que tiene Grau son los estudiantes”, escribía el embajador a Washington. Puesto a elegir entre Grau y Batista, rechazaba al primero porque no entraba por el aro y se le escurría con su palabrería hueca o afilada, según le conviniera, y escogía al segundo porque lo obedecía. Escribe Lionel Soto: “Welles ha comenzado a vislumbrar las posibilidades de Batista y lo ha calado, pero, en definitiva, este tendría que asimilarse al bloque oligárquico pues, a pesar de sus pininos traicioneros, él no es más que un advenedizo, un ex sargento, mulato, de oscuros orígenes y pretensiones absurdas. La carta de Batista no es aún la que se juega Welles, por lo que, en caso de precisiones, se le podría sacrificar a favor de la reacción dorada”. Quizás, matrero como era, ya eso lo sabía

Batista, que se apresuraba a comunicar al embajador las seguridades de que Cuba pagaría los intereses de su deuda externa, que el ejército desalojaría de los centrales azucareros a toda persona indeseable para sus administraciones y que las autoridades expulsarían de la Isla a agitadores y comunistas extranjeros.

El 1 de octubre de 1933, en una casa del reparto Kohly, volvieron a entrevistarse el embajador y el coronel. Welles lo instó a que mantuviera el orden, y Batista, ladino, repuso que no podría garantizarlo “mientras permanezca el foco de perturbación que es el Hotel Nacional con los oficiales en actitud subversiva”. Sabía muy bien, por supuesto, que aquel foco y esos oficiales estaban bajo la sombra protectora de la embajada norteamericana, pero insistió: “Ese orden que usted pide depende de que se pueda atacar con tropas el reducto de los oficiales en el Hotel Nacional”.

“Haga lo que usted estime conveniente”, aseveró el embajador y dio así la luz verde para el ataque. Batista, ni corto ni perezoso, lo ordenaría para el día siguiente.

¿No querían víveres?

Dice Horacio Ferrer en su libro *Con el rifle al hombro* que en la mañana del domingo 1 de octubre los oficiales lograron recibir un camión que burló sin contratiempos la posta de la entrada de servicio del hotel. “En el camión venían bastantes víveres, pero como nosotros éramos como cuatrocientos podrían alcanzarnos para tres días más”. No los necesitarían. El lunes 2, sobre las seis

de la tarde, se rindieron a los soldados. El general Julio Sanguily, jefe de los amotinados, repetía a sus hombres durante los veinticinco días que pasaron encerrados en el Nacional que tuvieran confianza pues sus planes tenían un setenta y cinco por ciento de posibilidades de éxito. El general, obviamente, no contaba con los cañones de setenta y cinco milímetros del coronel Batista.

El día 2, a las 5:25 de la mañana, el comandante Américo Lora vio desde la habitación 668 que en la calle 23, frente al edificio de la agencia Ford, salían de un vehículo blindado varios soldados que tomaron posiciones junto a la lavandería del hotel. Se percató enseguida de la inminencia del asalto y corrió a la habitación 620 para darle aviso al capitán Carlos Montero, ayudante de Sanguily y a la sazón jefe de la compañía de guardia. Minutos después, desde la habitación 202, varios oficiales vieron el blindado que volvía por 23 con su carga de soldados. De acuerdo con la consigna, uno de esos oficiales gritó al grupo de recién llegados que se fueran ya que nadie en el hotel quería pelear, y uno de los soldados respondió: “¿Ustedes no querían víveres? ¡Ahora tendrán víveres!” A esa altura, el oficial superior de guardia, comandante Emilio Rousseau, impuesto de la situación, ordenaba que varios grupos recorrieran las áreas exteriores del edificio. Por la cerca de los jardines que dan al Malecón asomaba ya una hilera de soldados. Los oficiales pidieron que no tiraran y una descarga cerrada de fusilería fue la respuesta. A partir de ahí los sitiadores abrieron fuego nutrido contra el hotel. Ferrer, que dormía en la habitación 735, fue despertado por la lluvia de balas que entró por su ventana.

Dice el periodista Mario Kuchilán que, durante las horas iniciales, lo del Nacional, más que un combate, fue “un tiro al blanco”. Mejor posicionados y tiradores expertos, los amotinados, entre los que se encontraban los componentes de los equipos de tiro del ejército y la Marina, se cebaban con facilidad en sus contrarios. El asalto al *lobby* fue rechazado a punta de ametralladora y desde las terrazas del segundo piso los fusileros barrían cualquier refuerzo y silenciaban las ametralladoras emplazadas a ciento cincuenta y doscientos metros del hotel. Desde 21 y N un cañón de setenta y cinco milímetros colaba sus granadas en habitaciones y pasillos, pero los tiros del cañón de treinta y siete milímetros, situado en la Escuela de Física de la Universidad, caían en el mar, y en el hotel Manhattan, en Belascoaín y San Lázaro. Hacían blanco asimismo los disparos de la batería que se montó en M y Calzada. Allí, a varias cuadras del Nacional y fuera de su campo visual, en un garaje subterráneo, asentó su puesto de mando el coronel Batista. Se hallaba, escribe Kuchilán, dentro del Lincoln blindado que fue del general Herrera; se envolvía en una capa negra napoleónica y lucía una gorra de plato enorme.

Sobre las ocho de la mañana los sitiadores amainaron el fuego en busca de posiciones más resguardadas. A esa hora Batista se comunicó por teléfono con el presidente Grau. Le dijo: “Doctor, hay que destruir el hotel para tomarlo; voy a emplazar todos los cañones disponibles”. El mandatario mostró su conformidad e instruyó al subsecretario de Estado (Relaciones Exteriores) para que el cuerpo diplomático evacuara las residencias aledañas al teatro de operaciones.

Tregua

Batista dispuso que se concentraran sobre el Nacional los cañones de todas las baterías ligeras disponibles, y también los de gran calibre de una de las baterías de la Cabaña que por su ubicación podía hacer fuego contra el hotel. Se visitó a López Ferrer, embajador de España y decano del cuerpo diplomático, que vivía en N y 13, para informarle de la inminencia del bombardeo y el hombre se ofreció para mediar entre las partes en conflicto, no sin protestar antes por la violación que se cometería del derecho internacional por no ser la instalación hotelera una plaza fortificada y hallarse en medio de la población civil, que sufriría graves riesgos. Al fin López Ferrer no medió nada. Su hija se opuso a que saliera de la casa.

A las 12:30 hubo una calma inesperada en el combate cuando los sitiadores hicieron un alto al fuego para que pudiese penetrar en el hotel una representación de la Cruz Roja. Portaba una nota de Batista a Sanguily en la que instaba a los oficiales a deponer su actitud y salir del edificio de cinco en cinco, en intervalos de diez minutos, desarmados y en calidad de detenidos. Ofrecía respetarles la vida. La tregua, aseguraba Batista, duraría una hora.

Los oficiales pidieron que se extendiera hasta las tres de la tarde, lo que se les concedió. Querían sacar a sus heridos –no tenían muertos hasta ese momento– y a las esposas de algunos de ellos, como la de Sanguily, que permanecían en el hotel. En ese plazo además someterían a votación si se rendían o seguían. En el hotel, con una estrategia para resistir, pero no para vencer, recuerda Kuchilán, había disciplina, pero no solidaridad, y desde días antes muchos oficiales

querían abandonarlo, lo que no hicieron por temor a las posibles represalias. Ya para entonces el parque de que disponían alcanzaba, aun economizándolo, para una hora a lo sumo, y lo quemarían en unos quince minutos de producirse otro asalto.

El general Sanguily asumió personalmente el conteo de los votos y Horacio Ferrer empezó a redactar la respuesta a la nota de Batista. Pidió que, bajo compromiso con el cuerpo diplomático, los oficiales, una vez rendidos, quedaran en libertad y se les respetaran sus armas cortas, pero varios de ellos reclamaron que bajo la protección de marinos norteamericanos se les condujera a un barco de bandera extranjera para salir del país. Batista no llegaría a recibir ninguna de las dos proposiciones pues a las tres se reanudó el tiroteo. Aprovechando la tregua, el ejército erizó de cañones y ametralladoras los alrededores y desde el litoral el *Patria* y el *Baire*, unidades de superficie de la Marina de Guerra, disparaban también sobre el hotel. El edificio fue llenándose de gases irrespirables y los oficiales, negados ya a combatir y con la certeza de que ninguna ayuda les llegaría del exterior, buscaron refugio en el sótano y pidieron a Sanguily, remiso a hacerlo, que ordenara de una vez la rendición. Al fin uno de sus ayudantes dispuso que se izara la bandera blanca en la azotea. Casi doce horas había durado el combate.

La matanza

Sanguily y Ferrer, ya detenidos, fueron trasladados al puesto de mando. Batista estaba en compañía de Guiteras y cuando Sanguily,

que le dio trato de “señor” y no de coronel, le pidió discutir las condiciones de la rendición, no le prestó oídos y ordenó que ambos fueran internados en La Cabaña. A esa prisión militar, así como a la del campamento de Columbia e incluso al Castillo del Príncipe fueron a parar los oficiales amotinados. No todos, porque cuando los últimos setenta, ya desarmados, que salieron del hotel esperaban en los jardines su traslado a las prisiones, se desató un tiroteo que causó varias víctimas entre ellos.

Nunca ha podido precisarse quién lo ordenó ni cómo se desencadenaron los sucesos. Algunos afirman que el responsable fue el propio Batista, que llegó al hotel por la calle O a bordo del Lincoln blindado y pidió a los custodios que dejaran solos a los detenidos. Después, asevera Adam Silva en *La gran mentira*, sonó un silbato e irrumpieron por el terreno de tenis contiguo numerosos civiles armados –estudiantes y miembros del grupo Pro Ley y Justicia o del ABC Radical– que hicieron fuego de pistolas y revólveres sobre los oficiales indefensos. Otros, que como Adam Silva estaban también en el grupo, dicen que fueron tiroteados, siempre por civiles, desde el segundo piso del hotel sin que los agresores respetaran los gritos de alto al fuego que daban los soldados y sargentos que los custodiaban y que de alguna manera intentaron protegerlos. La revista *Times*, en cambio, afirmó: “Según salían con sus brazos bajos y listos para rendirse, los soldados abrieron repentinamente fuego, dejando diez oficiales muertos en el sitio”. En realidad, fueron nueve muertos y diez heridos.

Al día siguiente, dice la revista *Bohemia* de 15 de octubre de 1933, oficiales de los barcos de guerra norteamericanos surtos en el puerto de La Habana, visitaron el Hotel Nacional de Cuba, vieron los destrozos del inmueble y se llevaron como *souvenir* lo que les dio la gana.

(Fuentes: *Textos de Lionel Soto, Horacio Ferrer y Mario Kuchilán*)
2, 9 y 16 de octubre de 2005

ATARÉS

El presidente Grau se olió una bola extraña en el ambiente cuando ordenó al ujier que buscara al ayudante de guardia y le respondieron que no estaba en el Palacio presidencial. Reclamó al sustituto, y tampoco. Pidió entonces que llamasen al comandante Pablo Rodríguez, jefe de la Casa Militar, y le dijeron que había salido. Casi al mismo tiempo, el ingeniero Gustavo Moreno, ministro de Obras Públicas, le informaba que “algo raro” sucedía en el campamento de Columbia. Era el 8 de noviembre de 1933 y el mandatario comprendió que estaba solo y sitiado en Palacio.

Ya a esa hora se escuchaban disparos en los alrededores de la mansión del ejecutivo. El día anterior, un oficial del cuerpo de aviación había comunicado a Grau que por órdenes superiores retiraría las dos ametralladoras antiaéreas emplazadas en la azotea, pero el presidente no cedió a la exigencia. Cuando Pablo Rodríguez apareció, lo impuso de la situación: la aviación se había

sublevado. Pidió Grau a Batista por teléfono que enviase tropas a fin de reforzar la guarnición palatina y Batista le dijo que no podía prestarle ayuda alguna porque los alistados no habían respondido al ordenado toque de llamada general y “esto aquí está feo, muy feo, señor presidente”.

En Palacio las cosas no estaban mejores pues la guarnición daba muestras de una indisciplina ostensible. Grau bajó al patio y se impuso a la tropa. “Soldados, son ustedes usuarios de un gran privilegio histórico... La reacción quiere sumirnos en las tinieblas de otra tiranía. ¡Ustedes me ayudarán a salvar la República...!”, les dijo y un mar de aplausos cerró sus palabras.

Enseguida dispuso la defensa. Estaba a punto de comenzar el choque urbano más sangriento que Cuba había conocido hasta entonces.

La conjura

Batista, que alardeó hasta el final de su pretendida condición de “líder natural de las Fuerzas Armadas”, nunca las tuvo todas consigo. En septiembre de 1933, cuando después del golpe de Estado que depuso al presidente Céspedes, se calzó las estrellas de coronel y asumió la jefatura del ejército, pese a que una y otra vez juraba por su mujer y por su hijita que no tenía ambiciones personales, era ya impopular entre la tropa que quería en los mandos a los antiguos oficiales “no maculados” que ella misma había elegido para jefes. Eran esos antiguos oficiales desalojados

de sus cargos, entre ellos, el comandante Ciro Leonard, en convivencia con el embajador norteamericano, los que alentaban a los descontentos.

El contragolpe se planeó para el 12 de septiembre y se pospuso para el 2 de octubre, fecha en la que tampoco se llevó a cabo porque coincidió con el aplastamiento de los oficiales amotinados en el Hotel Nacional. La nueva fecha acordada fue la del 8 de noviembre. En los primeros minutos de ese día, la aviación, donde se movían activamente los pilotos Martull, Pepe Barrientos, Agüero y Collazo, que era el jefe del grupo, bombardearían el campamento de Columbia, si ofrecía resistencia, y se sublevarían los comprometidos en esa instalación, y también los de los cuarteles de Dragones, San Ambrosio y Atarés. La Cabaña y la Marina de Guerra, se pensaba, se sumarían a los sublevados y a pesar de la reticencia de los militares, para quienes la incorporación de elementos civiles era añadir un problema al problema mismo, lo harían además numerosos elementos del ABC, dirigidos por Carlos Saladrigas, jefe del ramal A-2 de esa organización terrorista, que decidió participar a espaldas de su jefe, el A-1 Joaquín Martínez Sáenz, que prefería jugar en la oposición política.

Los conjurados del ABC establecieron su cuartel general en una casa de la calle Concordia casi esquina a Galiano, y los militares, para eludir al Servicio Secreto de Batista, cambiaban continuamente sus lugares de reunión, sin que pudieran evitar al cabo que el jefe del ejército se enterara por una delación de lo que se tramaba. La víspera del alzamiento, por la tarde, Batista ordenó la detención de todos los antiguos oficiales que no cayeron

presos cuando los sucesos del Hotel Nacional y, llamó a Collazo a la aviación para advertirle que procedería con mano dura si se intentaba algo en su contra, y, bicho como era, ofrecerle al mismo tiempo el ascenso de teniente a comandante. Collazo quiso entonces dar marcha atrás. Comunicó a sus compañeros que se desligaba del asunto y no le creyeron. De todas formas, era ya demasiado tarde para una contraorden y la aviación decidió proceder según los planes. Tres aviones corsarios, con diez bombas de veinticinco libras cada uno, y dos aviones perseguidores, con dos bombas de a cien, estaban listos para despegar.

Resistencia

Unos dos mil abecedarios llegaron a la sede del cuerpo de aviación. Muchas estaciones de policía, incluida la jefatura de ese cuerpo, situada a unos doscientos metros del Palacio presidencial, cayeron en manos de los opositores del gobierno. Caía asimismo el cuartel de Dragones, donde además de los soldados estaban destacados miembros de la llamada Guardia Republicana, de Guiteras. El comandante Leonard asumía el mando del cuartel de San Ambrosio, que almacenaba el armamento y las municiones de reserva del ejército. Aviones tripulados por Barrientos, Martull, Agüero y Collazo alzaron vuelo con la amenaza de bombardear Columbia si no se rendía. No se rindió y Barrientos, luego de varias “picadas” sobre el campamento, dejó caer una bomba de veinticinco libras cerca de la casa de Batista,

que a esa hora ya había buscado refugio en el sótano del Círculo Militar, mientras que Agüero sobrevolaba La Habana sin bombardearla, Collazo, inexperto, lanzaba sus bombas sin quitarles el seguro, y las antiaéreas del Palacio presidencial alejaban el avión de Martull. Allí, en la azotea junto a los soldados, permanecía el presidente Grau, quien ya en la mañana ordenaría que con un pequeño cañón se hiciera fuego contra la jefatura de la policía que lo intimidaba a rendirse.

Los sublevados en la aviación no supieron aprovechar el desconcierto que reinó en Columbia en los primeros momentos de la revuelta ni actuaron los que allí estaban comprometidos con ellos. Tampoco tomaron medidas para defender su posición. Llamaron a Leonard para que desde San Ambrosio acudiese con refuerzos a fin de atacar la sede del Estado Mayor. Hicieron idéntico reclamo al cuartel de Dragones, pero no tuvieron respuesta. En esa espera, el capitán Gregorio Querejeta, con una iniciativa que faltó a Batista, reorganizó a la tropa de Columbia y atacó el campo de aviación. Logró tomarlo tras tres horas de cruento combate.

Pero con esa acción, que costó unos veinte muertos, cuarenta heridos y arrojó unos cuatrocientos prisioneros, no se liquidaba la sublevación. A las diez de la mañana corrió la noticia de que Columbia permanecía leal a Batista y a Grau. Tropas del ejército, al mando de Belisario Hernández, ayudante de Batista, recuperaban las estaciones de policía, aunque en algunas, como en la del Cerro y la del puente Almendares, se le opuso resistencia, y los hombres que permanecían en la jefatura cercana a Palacio, y a los que ya se habían sumado los de Blas Hernández, el alzado

de Las Villas, decidieron abandonarla para trasladarse a San Ambrosio, junto a Leonard. Antes, y en veloz carrera, habían salido de la aviación los abecedarios, que buscaron refugio en el cercano hotel Almendares. Pese al rumbo que tomaba la situación, emisoras de radio en poder de los amotinados seguían lanzando al aire las falsas noticias de la detención de Batista y la proclamación de Leonard como jefe del ejército.

También de San Ambrosio, hostigado por el *Cuba*, unidad de superficie de la Marina de Guerra, saldrían los allí congregados. Blas Hernández aconsejó entonces que se abrieran paso por La Habana para hacerse fuertes en las lomas de Managua, y el teniente Otero, segundo de Leonard, sugirió las alturas de Jaruco. Ninguno de los dos consejos fue aceptado por el comandante Ciro Leonard, que confiado en los cinco mil hombres prometidos desde el centro de la Isla por el ex coronel Emiliano Amiel, y que nunca llegaron, se decidió por el castillo de Atarés para meterse en una ratonera de la que no saldría vivo.

Período confuso

Hoy, a la distancia de los años, los meses finales de 1933 siguen luciendo como uno de los períodos más confusos de la Cuba republicana. El gobierno de Grau, nunca reconocido por Washington, hace, con tal de lograr el reconocimiento, concesiones a la derecha y a la izquierda. El presidente quiere destituir a Guiteras, a cargo de las carteras de Gobernación, Guerra y Marina,

pero, de manera inexplicable, el coronel Batista apoya al combativo ministro en espera de situar a Sergio Carbó en el cargo, lo que rechaza el embajador norteamericano que considera demasiado radical al candidato. La oligarquía y los partidos burgueses tratan de exaltar a Mendieta, que quiere y no quiere, pero quiere, a la presidencia sin que por ello Batista y el ejército pierdan preponderancia. El plan de Fernando Ortiz de mantener a Grau en la primera magistratura con un gabinete renovado, cae en el vacío y en la Universidad los alumnos responsabilizan al Directorio Estudiantil Universitario (DEU) con los desastres del gobierno y sus oradores son abucheados por la multitud. Chibás se alza en aquella asamblea para respaldar “al único gobierno de Cuba que ha defendido los intereses cubanos contra la voracidad de las compañías norteamericanas”, lo que calma los ánimos, pero el DEU está muerto y, cumplida su misión histórica, no tarda en disolverse pues los estudiantes no quieren seguir apareciendo como los sustentadores de un presidente que vacila y cede ante los desplantes de Batista, represor del movimiento obrero.

Bolas

La prensa se hace eco de las bolas más inimaginables. El 1 de noviembre, por ejemplo, los diarios daban por sentado tanto la renuncia de Grau y el ascenso de Mendieta como la vuelta al poder del ex presidente Céspedes, la permanencia de Batista en la jefatura de las Fuerzas Armadas y el reconocimiento de Estados Unidos a

cualquier gobierno que sustituyese al vigente. En medio de ese clima de rumores, *El País Libre* desplegaba en grandes titulares que Washington había dispuesto la intervención militar en Cuba. Una mentira que pareció que se convertiría en realidad cuando, el día 3, el acorazado *Wyoming*, con mil doscientos marinos a bordo, entraba en el puerto de La Habana. Aunque el *Wyoming*, buque insignia del almirante Freeman, que mandaba la flota de treinta unidades navales que amenazaba a Cuba desde meses antes, venía a relevar al acorazado *Richmond*, la confusión fue aprovechada por el gobierno y sus partidarios para asegurar –lo que no era del todo inverosímil– que una ocupación acarrearía, entre otros males, la restitución en sus puestos de los oficiales desplazados el 4 de septiembre y la creación de un nuevo ejército.

Mientras tanto Batista disponía la reestructuración de las instituciones armadas con la supresión del grado de general y la reducción del cuadro de oficiales. El grado máximo del ejército cubano sería el de comandante, aunque un coronel –el propio Batista– ocuparía la jefatura del Estado Mayor General, donde contaría con el auxilio de varios oficiales que ostentarían el grado transitorio de teniente coronel mientras permanecieran en esos puestos. José Eleuterio Pedraza, uno de los sargentos del 4 de septiembre ascendido a comandante el 12 de octubre, desempeñaría como teniente coronel el cargo de inspector general del ejército y sería el segundo en la jerarquía militar. En la Marina de Guerra, quince alumnos de las escuelas navales eran habilitados como alférez de fragata. Se dispuso además el aumento del monto de los retiros de clases y soldados.

Combatido desde la izquierda y la derecha por tirios y troyanos –estudiantes, comunistas, pequeña burguesía, oligarquía, Washington– y por Batista desde sus propias filas, parecía que al gobierno de Grau le quedaban horas en aquel mes de noviembre de 1933. Aun así el día 7, en vísperas de la sublevación que se organizó en su contra, Grau, que ya había firmado las leyes de la jornada laboral de ocho horas y del descanso semanal retribuido, firmó la ley de la nacionalización del trabajo, que garantizaba a los cubanos el derecho al empleo al disponer que en cada centro laboral los nacionales ocuparan el cincuenta por ciento de las plantillas. Ninguno de sus ministros, ni Batista, estuvo de acuerdo con dicha ley. En la reunión del gabinete donde se discutió, Guiteras se le opuso por considerar que atentaba contra la solidaridad de la clase obrera. “Sin embargo, añadió, si el presidente la aprueba, yo la defenderé”.

La sublevación

Llegó así el 8 de noviembre cuando ex oficiales, oficiales y soldados en activo y miembros de la organización terrorista ABC se apoderaron de los cuarteles de Dragones y San Ambrosio, del castillo de Atarés y de numerosas estaciones de Policía, incluida la jefatura de ese cuerpo. Ocuparon además la jefatura de la Policía Judicial y la sede del gobierno de la provincia, así como los edificios de los ministerios de Instrucción Pública, Sanidad y Comunicaciones. También tomaron posesión de las radioemisoras.

Dominaron con facilidad el cuerpo de Aviación, de donde arrancó el motín, mientras que en el campamento de Columbia, los aforados, abúlicos y desconcertados, no supieron en los primeros momentos si decidirse a favor de Batista o sus contrarios.

Al amanecer del día 8 La Habana estaba prácticamente en poder de los sublevados. Permanecían leales al gobierno la Cabaña, la Fuerza y el Batallón 1 de Artillería, así como la Marina, cuyo jefe invitó a Grau a que se trasladara a la sede de su Estado Mayor, en el castillo de la Punta, lo que el presidente rechazó porque no estaba dispuesto a abandonar Palacio pasara lo que pasara. La propuesta de Benjamín Fernández Medina, embajador del Uruguay, de que la familia presidencial se trasladara a la misión diplomática de ese país, fue asimismo rechazada por Paulina Alsina, cuñada de Grau, cuando le respondió que la familia del mandatario correría su misma suerte.

En horas de la mañana del propio día, el capitán Gregorio Querejeta, con tropas del ejército, lograba tomar el campo de Aviación, y la guardia de Palacio, mandada por el propio Grau, ponía en fuga a entre mil quinientas y dos mil personas que desde la jefatura de Policía avanzaron sobre la mansión del ejecutivo para ocuparla y hacer prisionero al presidente. La misma guardia, a la que se sumaron elementos de la Marina y civiles orientados por Guiteras, y efectivos del ejército, mandados por el capitán Belisario Hernández, ayudante de Batista, batían después a los opositores concentrados en la jefatura mencionada, y recuperaban en el transcurso del día las estaciones de Policía.

Con respecto al frustrado intento de tomar el Palacio presidencial, escribiría años después el propio Grau: "... una multitud armada de cuantos instrumentos creyeron aptos para el asalto se dispuso a entrar en acción. Vienen a tomar Palacio, me dijeron. Ordené que las antiaéreas en la azotea se prepararan a disparar al aire, mientras los soldados apostados en las ventanas lo harían hacia delante. Quería así evitar una innecesaria efusión de sangre. Cuando la multitud se disponía ya a cruzar la calle, ordené el fuego. El estruendo fue terrible, y la reacción, la esperada: una fuga desordenada y estrepitosa en que solo quedaron sombreros, palos, rifles y trastos viejos desperdigados por toda la plazoleta frente a Palacio, como trofeos de aquella batalla que habíamos ganado..."

Estado de sitio

Tampoco resistirían durante mucho tiempo los cuarteles de Dragones (Quinto Distrito Militar, desde donde se controlaba la Guardia Rural que operaba en el interior de la provincia habanera) y San Ambrosio, sede del Departamento de Administración del ejército. Ya en la madrugada del día 9 ocupantes del cuartel de Dragones, muy mermados por las deserciones, comprendieron que allí tendrían todas las de perder y se retiraron, de manera escalonada, hacia el castillo de Atarés. Lo mismo hicieron los que ocupaban San Ambrosio, luego de que el crucero *Cuba*, desde la bahía, lo cañoneó durante tres horas y antes de que tropas

del ejército, mandadas nuevamente por el capitán Querejeta, se posesionaran de la instalación.

Fuera de la capital no pasó prácticamente nada. En apoyo a la sublevación en La Habana se alzaron con pocos resultados algunas partidas en Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente, y hubo conatos de violencia en Batabanó y Bejucal, que fueron rápidamente sofocados. La rápida respuesta que se dio en La Habana al motín paralizó a sus simpatizantes en otras regiones.

El 8 de noviembre, el gobierno declaró el estado de guerra en toda la nación e hizo saber que los sublevados, una vez capturados, serían sometidos a consejos de guerra. Al día siguiente La Habana amanecía en estado de sitio.

En la loma de soto

La construcción del castillo de Atarés, en la loma de Soto, al fondo de la bahía habanera, fue motivada por la toma de La Habana por los ingleses (1762) que evidenció la necesidad de resguardar y defender los caminos que comunicaban la ciudad con los campos vecinos. Así, luego de varias obras provisionales, se acometió la edificación de esa fortaleza, a mil quinientas varas al sur del recinto amurallado. En tiempos de Machado, la instalación estuvo bajo el mando del tristemente célebre capitán Manuel Crespo Moreno, y era la sede del Escuadrón 5 de la Guardia Rural, unidad excelentemente adiestrada que cubría con sus hombres la escolta del presidente de la República. En ese lugar,

durante la sublevación del 8-9 de noviembre de 1933 buscaron refugio entre mil y mil quinientos civiles, ex oficiales y militares en activo, opuestos todos al gobierno de Ramón Grau San Martín.

Los mandaba el comandante Ciro Leonard, un militar de academia agazapado en los cuadros del ejército tras el golpe de Estado del 4 de septiembre, pero que desde el 2 de octubre, cuando el gobierno desalojó del Hotel Nacional a los oficiales que lo ocuparon, permanecía oculto en una casa del Malecón.

Atarés fue el último reducto que quedó en la capital a los sublevados. Leonard había rechazado toda sugerencia y se mantuvo en su empeñamiento. Confiaba, en verdad, en el desembarco de los *marines* norteamericanos que lo sacaran de aquella ratonera.

La carnicería

Enseguida el ejército se emplazó en los alrededores de la fortaleza para recobrarla. Tropas de infantería, mandadas otra vez por el capitán Gregorio Querejeta, se desplegaron en sus inmediaciones y a los ocho de la mañana del día 9 comenzó el cañoneo. Un mortero de trinchera, al mando del cabo René L. Scott, tiraba sobre el castillo desde la intersección de las calles Concha y Cristina, y desde el Mercado Único de La Habana y la loma del Burro, lo hacían un cañón de treinta y siete milímetros y cuatro cañones Schneider, respectivamente. Apoyaban la artillería auxiliar y desde la bahía los cruceros *Patria* y *Cuba*, de la Marina

de Guerra, que abrían fuego con sus baterías de tres y cuatro pulgadas, en tanto que los hombres de Querejeta, con fusiles y ametralladoras treinta y cincuenta, hostigaban la posición.

Desde Atarés respondían con fuego nutrido, pero resultaban terribles para los sitiados los efectos del mortero. Sus granadas, que caían con precisión matemática en el patio del edificio, causaban estragos enormes con los doscientos sesenta perdigones de su interior y los fragmentos metálicos de la cubierta. El hacinamiento era tal en el castillo que cada granada al estallar ocasionaba numerosas víctimas. Una sola de ellas, se dice, mató a veinte soldados y causó decenas de heridos.

A las dos de la tarde, la situación de los sitiados se hacía desesperada. El teniente Gener, que había estado al mando de Atarés hasta la llegada de Leonard, yacía gravemente herido y Blas Hernández, herido y apresado el día anterior en la jefatura de Policía desde donde se le trasladó a la clínica Casuso, en Jesús del Monte, de la que se fugó, había sido herido de nuevo. Se afirma que a esa hora el comandante Leonard delegó en un oficial amigo la misión de comunicarse por teléfono con la embajada norteamericana para preguntar cuándo desembarcarían los marinos y, enterado de que no habría desembarco alguno, se privó de la vida con un balazo en la cabeza.

A esa hora, dentro del castillo, los abecedarios, sobre todo, clamaban por la rendición. A las tres, muchos de ellos salieron de la fortaleza y, con pañuelos blancos en las manos, se lanzaron ladera abajo. Fue fatal. Apresados entre el fuego de los sitiadores y el de sus compañeros, los muertos y heridos fueron numerosos.

Tras ese incidente, pidieron parlamento los sitiados. A las cuatro de la tarde el ejército recuperaba Atarés.

Fuera se repitió lo del Hotel Nacional. Civiles y militares dispararon sobre hombres ya rendidos. Mario Alfonso Hernández, un soldado que formaba parte de la Junta de los Ocho que orquestó en Columbia el golpe de Estado del 4 de septiembre y que era ya capitán y ayudante de Batista, se acercó a un grupo de prisioneros y preguntó por Blas Hernández. El aludido, herido, permanecía en el suelo y se incorporó para responder. Entonces el capitán, poniéndole la pistola en la cabeza, le dijo: “Ya tú no te vuelves a alzar” y apretó el gatillo.

Antonio Guiteras, que en ese momento se personaba en Atarés, fue impuesto enseguida de la ejecución. “Me parece que matar a Blas no fue la decisión más correcta, pero Mario Alfonso es de los pocos revolucionarios del 4 de septiembre”, comentó. Poco después Batista administraría a Mario Alfonso la misma medicina.

Sucedió cuando, en agosto del 34, el ya teniente coronel y jefe del regimiento Juan Rius Rivera, de Pinar del Río, reclamó al jefe del ejército el cumplimiento del acuerdo de la Junta de los Ocho que establecía el carácter rotatorio de la jefatura de las Fuerzas Armadas. Batista no le contestó de momento, pero quedó en darle una respuesta.

Mario Alfonso era hombre de atabales. Cuando el 4 de septiembre el sargento Batista vacilaba ante el capitán Mario Torres Menier, de la Aviación, y trataba de convencerlo de que el movimiento de clases y soldados no tenía otro propósito que el

del reclamo de ventajas materiales, le espetó en público: “Mira, Batista, no hables más m... y acaba de decir que aquí lo que queremos es un cambio de régimen”.

Ante la posibilidad de que la jefatura de las Fuerzas Armadas se le escapara de las manos en virtud de aquel acuerdo, Batista acusó a Mario Alfonso y a otros dos oficiales de borrachos y drogadictos, y los responsabilizó con la organización de un supuesto golpe de Estado, por lo que se ordenaban sus detenciones a fin de someterlos a consejo de guerra sumarísimo. La circular que así lo anunciaba y en la que se decía que el jefe del ejército quería a Mario Alfonso, no como subordinado ni como compañero, sino como a un familiar, se leyó en la diana y en la retreta de todos los cuarteles. Pero ya a esa hora Mario Alfonso estaba muerto. De madrugada tocaron a la puerta de su casa. Preguntó quién lo procuraba y al identificar al que lo hacía, abrió confiadamente. Lo ametrallaron delante de su esposa. Era la respuesta que el coronel Batista había convenido en enviarle.

Ascensos

Al igual que en el Hotel Nacional, nunca se supo cuántas víctimas ocasionó el combate de Atarés. Guiteras, luego de recorrer el lugar, habló de ciento cincuenta muertos y doscientos heridos. Se sospecha que fueron muchos más. La prensa habló de unos quinientos muertos y más de mil heridos en ambos bandos, a los que se añaden los de las otras acciones ocurridas en la capital. Los detenidos pasaron de ochocientos.

Durante los sucesos de noviembre de 1933 el embajador Welles se mantuvo en contacto con los sublevados. En sus informes al Departamento de Estado alude a los llamados del ABC a destruir propiedades norteamericanas para provocar la intervención, y, como sabe que el presidente Roosevelt no es partidario de ella, la solicita veladamente escudándose en el supuesto reclamo que en ese sentido hace la colonia extranjera en Cuba. Toca además en sus informes el tema humanitario: la vida de los miembros de la organización mencionada carecerá de garantías si la sublevación es aplastada. Se equivocó. Grau se negó a firmar las sentencias de muerte dictadas por los tribunales militares.

Tanto Batista como Grau, al igual que Guiteras, comprendieron que la sublevación, de haber triunfado, los hubiera barrido a los tres. De ahí que tras ella la posición de Batista se consolidara y el gobierno se fortaleciera. El propio día 9, después de lo de Atarés, Batista hace declaraciones a favor de Grau y este las hace a favor de Batista. Ese mismo día, mediante un decreto, el presidente acreditaba dos grados más a los oficiales muertos en el Hotel Nacional y en la recaptura del castillo de Atarés, y otros dos cargos a los sargentos y concedía a los heridos en ambas acciones los órdenes de Mérito Militar o Naval con distintivo rojo.

Esa misma noche Batista recibía al capitán Querejeta a su regreso a Columbia. Le dijo: “Dime el grado que quieres para dártelo enseguida”. Querejeta, negro, oficial de carrera sumado a los sargentos del 4 de septiembre y que llegó a general de brigada, le

respondió muy serio: “Nada más que el que me corresponde. El inmediato superior, el de comandante”.

(Fuentes: Textos de Lionel Soto, Mario Kuchilán. Hernández Bauzá, Briones Montoto y Tabares del Real.)

23 y 30 de octubre y 6 de noviembre de 2005

HISTORIAS DEL CAPITOLIO

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, presidente provisional de la República, disolvió el Congreso el 24 de agosto de 1933, doce días después de la caída de Machado, el único empleado que quedó en el Capitolio fue Manuel Parra Hernández, que desempeñaba la plaza de “guarda almacén”.

Había comenzado a trabajar en las obras del edificio en 1925, como empleado de la Purdy and Henderson, la compañía constructora. Allí se lo encontró Carlos Miguel de Céspedes (no confundir con el anterior) entonces ministro de Obras Públicas del presidente Machado, y, por razones que desconocemos, decidió mantenerlo cuando, en nombre del Ejecutivo, recibió aquel palacio de palacios de manos de los constructores para su traspaso al Estado. En efecto, el 24 de febrero de 1928, Manuel Parra Hernández quedaba asentado en la nómina del Congreso como “guarda almacén” y un salario de treinta y seis pesos mensuales.

Hasta 1933 el Capitolio se cuidó con esmero. Sus empleados, casi todos negros y provenientes en su mayoría de las viejas instalaciones parlamentarias, asumían las labores de limpieza y

mantenimiento del edificio con extremo cuidado, animados por el criterio de que debía brillar como el primer día lo que había costado dieciocho millones de pesos a la República.

La situación cambió de manera radical a partir de la disolución del Congreso cuando aquellos hombres fueron cesanteados en masa. Para empeorar las cosas, se instalaron en el Capitolio, en tiempos del presidente Grau, los tribunales de sanciones y la recién creada Secretaría (Ministerio) del Trabajo, y, ya con el presidente Mendieta, las dependencias del Consejo de Estado, además de otras oficinas públicas e incluso privadas.

Todo se desorganizó. La limpieza no fue ya la misma ni los mantenimientos. Tampoco el cuidado de los jardines. La tapicería empezó a deteriorarse. Se vieron ocho butacones en salas donde siempre hubo doce y estantes construidos a medida para determinados espacios se trasladaron a otros sitios. Desaparecieron bancos de mármol del Salón de los Pasos Perdidos, se subdividieron salones a como diera lugar, lo que les dio una apariencia de cuartería, y lujosos servicios sanitarios fueron desmantelados para convertirlos en oficinas. Lo peor fue que en el cuarto piso del edificio se permitió la habilitación de una vidriera de apuntes para los sorteos de la bolita y la charada.

Poco se ganó en organización cuando en 1936 volvió a constituirse el Congreso y el Senado y la Cámara de Representantes se instalaron de nuevo en el Palacio de las Leyes. Desaparecían máquinas de escribir y ventiladores de las oficinas, libros raros y valiosos se esfumaban de la biblioteca, y las tapas de bronce de los registros de las farolas eran segueteadas durante la noche. Se

desmontaban los reflectores exteriores del edificio para llevarlos a iluminar alguna fiesta particular. El robo hizo crisis cuando a los ladrones, que estaban todos dentro del inmueble, les dio por llevarse las bisagras de bronce de las grandes puertas interiores. El jefe de mantenimiento dispuso entonces que se deformaran a golpes las cabezas de sus tornillos a fin de que no pudieran ser sacados con un destornillador.

Mientras tanto Manuel Parra Hernández se mantenía con celo en su puesto de “guarda almacén”. Incluso en el período en que quedó excedente y se le suspendió, durante tres meses, el pago del salario, no dejó de acudir a su puesto de trabajo con el convencimiento de que nadie más que él podía custodiar aquel depósito donde se guardaban, entre otros objetos de mucho valor, la muy preciada vajilla del Capitolio. No pudo evitar, sin embargo, que en 1940, al acceder Fulgencio Batista a la primera magistratura, se llevara para el Palacio presidencial la mitad de las piezas que componían la vajilla capitolina. En 1944, Parra Hernández seguía en lo suyo. Ganaba entonces ochenta y seis pesos mensuales.

El apuntador del cuarto piso, por su parte, había puesto el grito en el cielo cuando le notificaron que debía sacar su vidriera del edificio. Colérico, preguntó entonces que quién iba a devolverle los cuatrocientos pesos que había pagado por el espacio. Le respondieron, y no es imaginación de este escritor, que fuera a preguntárselo a la Estatua de la República.

Tiempo del egregio

Machado mantuvo el Congreso en un puño. Lo controló a tal extremo que, como un director de escuela, revisaba a diario la asistencia de representantes y senadores a las sesiones parlamentarias y llevaba la cuenta de los votos congresionales a través de una oficina instalada en los bajos del Palacio presidencial. Tal era el miedo que se le tenía al dictador que se cuenta que en una ocasión un representante a la Cámara, gravemente enfermo, fue llevado al Capitolio en una camilla a fin de lograr el quórum que se necesitaba.

La mansedumbre que, bajo Machado, mostró el Congreso no tiene antecedentes en nuestra vida parlamentaria. Los conservadores que como parte de la oposición pudieron haberse alzado como fiscales de la gestión del gobierno, pactaron con los liberales bajo la fórmula del “cooperativismo” y se plegaron a todos los desmanes. Parlamentarios de todas las tendencias acudían a Palacio a rendir pleitesías al Egregio, que en el fondo los despreciaba. Cuando alguno empezaba a revirarse, Machado lo mandaba a eliminar o se iba al exilio. Así, en 1927, fue muerto a palos Bartolomé Sagaró. Y cinco años después, en plena tarde, eran asesinados en sus domicilios respectivos los también representantes Miguel Ángel Aguiar y Gonzalo Freyre de Andrade. Nadie en el Capitolio indagó sobre sus muertes, ninguno de sus compañeros de hemiciclo esbozó una protesta. El Parlamento parecía un cementerio.

Machado no recompensó adecuadamente tanta cobardía y tanto silencio. Los legisladores de su época tuvieron que conformarse con el salario, que era de alrededor de tres mil pesos mensuales y unos diez puestos que se repartían por el aparato del Estado y los gobiernos provinciales. Nada más porque el dictador no propició ningún negocio sucio a los congresistas. Sin contar que durante los últimos once meses del machadato, el gobierno no pudo pagar sus sueldos a los empleados públicos, incluidos los ministros. Senadores y representantes se vieron obligados entonces a vender sus cheques por el sesenta por ciento de su valor nominal a vulgares garroteros y prestamistas. Usureros que, a la larga, se cogieron el dedo con la puerta y se quedaron con las ganas de cobrar porque no hubo pago para ellos después de la caída de la dictadura.

Los grandes beneficiados del gobierno de Machado eran los directamente conectados con el plan de Obras Públicas o aquellos legisladores a los que el dictador tocaba con la varita mágica. Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado e íntimo del presidente, que lo vio como su sucesor, no tuvo “buscas” porque lo tachaba Carlos Miguel a causa de una enemistad que quizás fuera originada por las simpatías y el afecto que por Vázquez Bello sentía Machado.

El gran simulador

Corría el año de 1936. Miguel Mariano Gómez asumía la presidencia de la República y volvía a constituirse el Congreso. Se

abría una nueva legislatura y senadores y representantes, luego de participar de un opíparo banquete que se les sirvió en el Salón de los Pasos Perdidos, se trasladan al campamento militar de Columbia para un cambio de impresiones con el coronel Batista, jefe del ejército, que desde su cuartel mandaba más que el presidente.

Gran simulador, el militar era todo modestia y sencillez. Felicita a los nuevos parlamentarios, los elogia y se extiende sobre la imparcialidad por la que deben regir sus actos. Se abre a las confesiones y les cuenta que se prepara para lanzarse a la política y, con humildad, les pide que lo escuchen de cuando en cuando para que se enteren de sus proyectos y lo aconsejen, lo corrijan, lo iluminen...

Los legisladores quedaron encantados con las palabras del coronel. Desde luego, con gusto lo recibirían, no tendría Batista más que avisar y serían todo oído. Batista, emocionado, agradeció el gesto. Ya les avisaría con un telefonema o un telegrama, no podía precisar en ese momento, pero siempre con el respeto que debía un soldado al Poder Legislativo.

Cuando los parlamentarios comenzaron a recibir los recados de Batista, se percataron de que el coronel no podía ser más respetuoso en el trato y sospecharon hasta dónde podía llegar. Decían: “De orden del coronel Fulgencio Batista cito a usted para hoy, a las cuatro de la tarde, en su oficina del campamento militar de Columbia”.

Bien pronto se hicieron evidentes las diferencias entre Batista y Miguel Mariano. El hombre que “aconsejaba” desde Columbia

no coincidía con el que nominalmente mandaba en Palacio y la divergencia se hizo crítica cuando Miguel Mariano, en uso de sus facultades constitucionales, vetó la ley, impulsada por los batistianos en el Congreso, que establecía un impuesto de nueve centavos por cada saco de azúcar producido. Dinero que el ejército emplearía en la construcción de tres mil escuelas rurales. El presidente, atrincherado en su defensa del poder civil, pese a que debía el cargo a Batista, argumentó su veto diciendo que la instrucción de la niñez y la construcción de escuelas correspondían al Ministerio de Educación y no a las Fuerzas Armadas.

Miguel Mariano selló su destino. El 23 de diciembre de 1936, a siete meses de haber tomado posesión de la presidencia, la Cámara de Representantes lo acusaba ante el Senado de coaccionar el libre funcionamiento del Poder Legislativo, y el Senado, constituido en tribunal de justicia y presidido por el titular del Supremo, lo sometía a juicio el 24.

El senador por Las Villas Antonio Martínez Fraga, espiritano como Miguel Mariano, acusó al presidente. El doctor José Manuel Gutiérrez, senador por Matanzas, pronunció un documentado discurso en su defensa. Dijo: “La falsa acusación al Señor presidente de la República no es la determinación espontánea de la voluntad libérrima de los representantes que integran este cuerpo, sino la resultante de la apariencia de legalidad con que pretende revestirse un golpe militar fraguado en los cuarteles...” De treinta y cuatro senadores presentes, veintidós votaron en contra de Miguel Mariano y los otros, resistiendo las presiones

de oficiales y soldados apostados en los pasillos del Capitolio, salvaron su responsabilidad.

Concluida la sesión y ya destituido Miguel Mariano, dos senadores comentaban que un tercero había visitado al presidente la noche anterior en Palacio para garantizarle el voto de unos cuantos parlamentarios a cambio de cierta suma. Miguel Mariano le entregó el dinero sin que llegara a sospechar que el que se lo pedía votaría también en su contra. Un periodista, que había seguido el juicio, recordó a uno de los senadores presentes unas palabras de Wagner: “¡Qué miserable cosa es el arte sin la libertad!”, a lo que el aludido respondió veloz: “Es que cortarle lascas al jamón tiene también su arte”.

11 de octubre de 2009

ALCALDES Y CONSEJALES

En Cuba, antes de 1959, la segunda posición de la República no era la vicepresidencia, sino la alcaldía de La Habana. Mientras que el vice tenía sus oficinas en el Capitolio donde esperaba la ausencia, la enfermedad o la muerte del presidente para sentarse en Palacio y sustituirlo, el mayor capitalino, por la vía de los impuestos, contribuciones y tributos le entraba al jamón sin pedir permiso, gozaba de extraordinaria autonomía y ejercía una influencia enorme. La vida propia del municipio, como entidad local, perduraba a despecho de cuanto pudiera acontecer en el campo de la soberanía del Estado. Precepto este que si bien era

válido para todos los municipios del país, no se respetó siempre. El presidente Estrada Palma, en 1906, se empeñó en destituir a aquellos alcaldes que no apoyaban su reelección, y, en 1952, Batista sacó del juego a todos los que se negaron a jurar los Estatutos con los que quiso legalizar el golpe militar del 10 de marzo. Gerardo Machado fue más lejos: de un plumazo suprimió, en 1931, el municipio habanero y la elección, por sufragio, del alcalde. Habría a partir de ahí y hasta la caída de la dictadura en 1933, un llamado Distrito Central cuyo jefe sería designado por el propio presidente.

Claro que también sabía el municipio ponerse los pantalones. En los días de la ocupación de La Habana por los ingleses (1762-1763) dio el ayuntamiento habanero pruebas extraordinarias de vitalidad y asumió la representación genuina del pueblo, de cuyo respaldo gozaba, en defensa de sus fueros y libertades, y exigió del ocupante el respeto a las personas y sus bienes. El gobernador inglés, conde de Albemarle, no tuvo otra alternativa que la de aceptar la situación. Y es que cuando el cabildo habanero se plantaba, lo hacía de verdad y era capaz de negarse a cumplir órdenes y provisiones del mismísimo rey de España, como cuando en 1551 impugnó las estipulaciones del monarca sobre el valor de los reales, y se negó a aceptarlas hasta tanto la Corona conociera las razones y motivos que tenía para no obedecerlas.

En tiempos inmemoriales, los vecinos de La Habana se reunían en la plaza pública cada 1 de enero para elegir a su alcalde y los regidores –concejales–, sistema que sufriría muchísimas variaciones durante la Colonia. En realidad, cada año se

elegían dos alcaldes, que ejercían el cargo de manera paralela y con idénticos poderes. No puede precisarse quién fue el primer alcalde habanero pues las actas del cabildo anteriores a 1550 que pudieron dar cuenta del día a día de la villa desde su fundación, se destruyeron. Es por eso que Juan Rojas y Pero (Pedro) Blasco, elegidos en el año arriba mencionado, son los nombres de los alcaldes más antiguos que llegan a nosotros. El último alcalde electo o designado bajo la soberanía española fue el marqués de Esteban, que tomó posesión el 19 de junio de 1898 y se mantuvo en el puesto hasta el primer día del año siguiente, cuando el interventor militar norteamericano nombró a Perfecto Lacoste.

Alí Babá con espejuelos

El primer alcalde que se dio La Habana por sufragio universal (16 de junio de 1900) lo fue el espirituano Alejandro Rodríguez, mayor general del Ejército Libertador. Pero Rodríguez, a quien se erigió un monumento espléndido en Paseo y Línea, en el Vedado, no calentó la alcaldía. Volvió a las fuerzas armadas y fue el primer jefe de la Guardia Rural, cuerpo que antecedió al ejército, creado en 1909.

Desde entonces, y hasta la Revolución, hubo de todo en la alcaldía habanera. Desde un hombre como don Carlos de la Torre, el sabio de los caracoles, hasta un ladrón notorio como Antonio Fernández Macho, que si bien no llegó a robarse los clavos del ayuntamiento, se apropió de todo lo que pudo, incluida la madera con la que se fabricaban las cajas de muerto de los pobres de

solemnidad y que empleó en la confección de sus pasquines electorales. Hubo, desde luego, hombres honestos, como el también espirituario Miguel Mariano Gómez, que construyó el Hospital Infantil de la calle G y la llamada Maternidad de Línea, institución que todavía lleva el nombre de su madre, América Arias, y que al cesar en el cargo dejó más de cuatro millones de pesos en las arcas municipales. Manuel Fernández Supervielle merece igualmente ser recordado por su decencia. Hombre de honor, se pegó un tiro cuando se convenció de que le sería imposible cumplir su promesa de construir el nuevo acueducto que debía solucionar el problema del agua en La Habana.

El pinareño Justo Luis del Pozo fue el último mayor capitalino. Militó en el partido Unión Nacionalista y fundó luego el Partido Social Demócrata, que pasó sin pena y sin gloria. En 1936, a la sombra del entonces coronel Batista, escaló la presidencia del Senado, y desde ese momento se convirtió en su cúmbila incondicional. Batista lo llevó a la alcaldía en 1952 y en ella, aunque se empeñó en lucir de manera invariable una corbata azul, el color de la probidad, se reveló como una especie de Alí Babá con espejuelos, mientras sus hijos Rolando y Luisito hacían y deshacían en las direcciones de Salubridad y Educación del municipio.

Un chisme. Viene de buena fuente. Justo Luis estuvo en la Ciudad Militar de Columbia en la noche del 31 de diciembre de 1958. Fue a felicitar al dictador y beber con él una copa y, de paso, tomarle el pulso a la situación nacional. Pese a ser un hombre que no tenía un pelo de bobo, cuando abandonó la casa presidencial del campamento nada le hacía presagiar que el fin estaba cerca.

Se fue a su casa. No compartía ya con su esposa Emelina Jiménez la residencia familiar de la calle 47 esquina a Ulloa, en las Alturas del Vedado. Se hallaba separado, aunque no divorciado, y, con una amante, había sentado nueva tienda en el piso 9 del edificio de Línea y O. Una llamada telefónica interrumpió su sueño. Alguien le aseguró que Batista había huido del país. Ya con la certeza del desplome de la dictadura, Justo Luis hizo su maleta y tomó el ascensor. Fue un periplo corto. Detuvo el aparato en la segunda planta y se asiló en la embajada paraguaya.

Biblioteca fantasma

A Antonio Beruff Mendieta, que desempeñó la alcaldía entre 1936 y 1942, se asocia una de las anécdotas más recurridas de la Cuba republicana.

Se halla el parque de Trillo en Centro Habana, concretamente en el barrio de Cayo Hueso, y debe su nombre al del vecino que cedió a la comunidad el terreno para que se emplazara. Fue allí donde decidió Beruff Mendieta construir una biblioteca municipal para disfrute y superación de los habaneros.

Un acta del ayuntamiento da cuenta de la determinación del alcalde y del presupuesto que se destinaría para la obra. Pero –¡horror!– una vez construido el edificio, los vecinos no estuvieron de acuerdo con la biblioteca y reclamaron su parque. Se imponía demoler la edificación y construir el parque otra vez. Y el ayuntamiento votó sendos presupuestos para acometer esas

acciones. Lo interesante del asunto es que la biblioteca no se edificó nunca y, por lo tanto, no hubo necesidad de demolerla. El parque, en todo ese tiempo, había sido el mismo de siempre. Un fraude colosal que el pueblo bautizó como el de la biblioteca fantasma del parque de Trillo.

Beruff Mendieta, sin embargo, acogió calurosamente las iniciativas de Emilio Roig que se desempeñaba, desde el 1 de junio de 1935, como Historiador de La Habana. Hasta entonces Roig se veía obligado a trabajar en un exiguo espacio del archivo general del ayuntamiento, radicado en el Palacio de los Capitanes Generales. Beruff Mendieta hizo que le adaptaran un local en la planta baja del edificio y fue ahí donde en propiedad surgió la Oficina del Historiador, con sus secciones iniciales de Publicaciones, Archivo Histórico Municipal y Biblioteca Histórica Cubana y Americana. Roig pudo disponer de todos los tomos de las actas capitulares que, por disposición del alcalde, quedaron entonces a su cargo.

Trabajaba el docto historiador en el ayuntamiento desde 1927, cuando Miguel Mariano le confió el examen y estudio de las actas capitulares. Por sus campañas periodísticas contra la dictadura machadista lo cesantearon en 1931. Ya para entonces Roig había conseguido que se mecanografiaran los siete primeros tomos que contenían aquellos documentos y había publicado en libro los correspondientes a la dominación inglesa en La Habana. Lo repusieron en 1933, a la caída de Machado.

El mercado único

Aunque hemos hablado únicamente de los alcaldes, hubo concejales que no se quedaban atrás.

Como concejal comenzó Alfredo Hornedo y Suárez una aprovechada carrera política que lo llevó primero a la Cámara de Representantes y luego, en varias oportunidades, al Senado de la República y en 1940 a la Convención Constituyente. Lo eligieron concejal en 1914 y se integró al llamado Cenáculo, un grupo de políticos liberales que llegó a dominar el municipio. Apoyaba el Cenáculo al general Machado y también al alcalde de turno, Varona Suárez. Ya en 1916 era Hornedo el presidente del ayuntamiento. Posición que le permitió obtener en 1918, a través de un testaferro, la concesión del Mercado General de Abasto y Consumo, que se inauguraría en 1920 en la manzana enmarcada por las calles Monte, Cristina, Arroyo y Matadero; el Mercado Único de La Habana, destinado a la venta de productos agropecuarios, verdadero monopolio pues su concesión prohibía la existencia de cualquier otro establecimiento similar en un radio de dos y medio kilómetros y la apertura de casillas de expendio en un radio de setecientos metros.

La construcción del Mercado Único requirió una inversión de un millón ciento setenta y cinco mil pesos, y Hornedo recibió licencia para operarlo por treinta años. Cuando estaba a punto de vencerse el plazo, el astuto político se gastó una fortuna en el intento de hacer elegir a su sobrino, Alfredo Izaguirre, alcalde de La Habana, lo que le aseguraría la prórroga de la concesión.

No consiguió que fuese elegido, pero la concesión, con algunas variantes, fue prorrogada. Solo en 1957 comenzó a romperse el monopolio con la inauguración del Mercado Público, edificado en la manzana comprendida entre Carlos III, Árbol Seco, Estrella y Pajarito, curiosamente casi frente por frente a la casa (Carlos III y Castillejo) donde Hornedo vivió durante años.

Con todo, el alcalde más inefable fue un personaje que nunca llegó a serlo. Antonio Prío. Su hermano Carlos, entonces en la presidencia de la República, quiso imponerlo en las elecciones de 1950 y fue derrotado por Nicolás Castellanos. Pocas horas después de los comicios, alguien preguntó a Antonio cómo le había ido en la votación.

—Muy bien —respondió el aludido—. Quedé en segundo lugar.
22 de junio de 2008

LA CONSPIRACIÓN DEL CEPILLO DE DIENTES

Tres conspiraciones que no desechaban el magnicidio enfrentó el presidente Ramón Grau San Martín durante sus tres primeros años de gobierno. La prensa, en su momento, puso en duda su existencia, las ridiculizó, las tiró a choteo y a eso se debe en gran parte el nombre despectivo con que se les conoce: “El cepillo de dientes”, “El mulo muerto” y “La capa negra”. Pero no hay duda de que esas conspiraciones existieron. Los batistianos, desalojados del poder por la aplastante victoria electoral que llevó a Grau a la presidencia el 10 de

octubre de 1944, ansiaban la vuelta al pasado. Y trataban de allanar el camino. Muchos de los civiles y militares que se vieron involucrados en esos complots (Tabernilla, Pilar García, Ernesto de la Fe, Ramón Vasconcelos, Carrera Jústiz...) ocuparían cargos prominentes con el retorno de Batista al poder, en 1952. Para el propio Batista, entonces en el exilio, esas conspiraciones eran “la demostración de la descomposición, la ausencia de orden y la falta de autoridad responsable prevalecientes en Cuba”. Esto es, los mismos argumentos con los que pretendió justificar el golpe de Estado del 10 de marzo. En una de esas conjuras llegó a planearse el asesinato de una figura prominente de la oposición a fin de propiciar un clima de conmoción nacional. Así lo hicieron en 1952 cuando Ernesto de la Fe consiguió convencer a elementos de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) de que atentaran contra la vida de Alejo Cossío del Pino, ex ministro de Gobernación y propietario entonces de Radio Cadena Habana, muerto a balazos en el café Strand de la calzada de Belascoaín. De la Fe, ya ministro de Información del gobierno batistiano, llegó a visitar a los asesinos de Cossío en el Castillo del Príncipe y Batista no tardó en indultarlos.

Pedraza con tres estrellas

En la mañana del 16 de marzo de 1945 ingresaban en La Cabaña, en calidad de detenidos, el ex coronel José Eleuterio Pedraza, varios ex oficiales del ejército y de la Policía Nacional y algunos civiles acusados de conspirar para el derrocamiento del gobierno.

Pedraza había sido uno de los sargentos del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933 y se convirtió en el hombre más odiado de la capital cuando asumió la jefatura de la Policía y, en virtud de la ley marcial vigente, mandó a dormir a los habaneros a las nueve de la noche, mientras instauraba la práctica de conducir a los detenidos a parajes oscuros y solitarios y hacerles ingerir, a punta de pistola, un litro del purgante conocido como palmacristi o, en su defecto, un litro de aceite de aeroplano. Luego sustituyó a Batista en la jefatura del ejército, pero fue destituido, en 1941, cuando intentó darle un golpe de Estado. Entonces le dedicaron una guaracha que decía en una de sus partes: “Pedraza, con tres estrellas / no pudo ser general...”

Con el propósito de llevar adelante su asonada golpista contra Grau, Pedraza había llegado de México, por el cabo de San Antonio, dos semanas antes y envió emisarios a La Habana a fin de que contactaran con altos oficiales de las Fuerzas Armadas.

La noticia de su presencia en Cuba se supo a través del general Abelardo Gómez Gómez a quien el ex comandante José Manuel Fajardo comunicó que Fredesvindo Bosque, negociante de máquinas traganíqueles buscado en Estados Unidos, quería verlo porque tenía para él un recado del ex coronel. Gómez expresó extrañeza por el interés de Pedraza en su persona, pero dijo que si Bosque quería verlo, estaba dispuesto a recibirlo. Fajardo dijo que no, que fuera a visitarlo porque tenía escondido al conspirador. Entonces Gómez llevó al ex comandante a presencia del mayor general Genovevo Pérez, jefe del Estado Mayor, y el sujeto,

angustiado por su situación, terminó reconociendo que él no era más que un mensajero.

Inmediatamente, Genovevo se puso en contacto con el subsecretario de Defensa, Luis A. Collado, y acompañado por este, Gómez Gómez, Fajardo y treinta números, se dirigió a la casa de Bosque. La residencia fue rodeada aparatosamente y registrada. Genovevo llevó a Bosque a terrenos colindantes y, pistola en mano, amenazó con matarlo si no confesaba el escondite del jefe conspirador. Bosque no habló.

Eso ocurrió el día 12 de marzo. Grau, enterado ya de la situación, salió a un viaje previsto a Isla de Pinos, pero aseguró que adelantaría su regreso. Pedraza contactó con el coronel Ruperto Cabrera y lo invitó a sumarse al complot. Cabrera se lo comunicó al jefe del Estado Mayor y este a Grau. El presidente tomó juramento de lealtad a Cabrera y lo autorizó a entrevistarse con Pedraza.

Lo hicieron y Pedraza, luego de explicarle en detalles sus propósitos, le dijo, en presencia del teniente Epifanio Hernández Gil, que acompañaba a Cabrera, que Genovevo sería asesinado y los complotados se apoderarían de los mandos en la Ciudad Militar de Columbia. Añadió que de allí saldría un emisario que, con el pretexto de informar a Grau acerca la situación, asesinaría al mandatario. Le notificó que Belisario Hernández, otro de los artífices de la práctica del palmacristi y ex ayudante de Batista, ocuparía la jefatura de la Aviación, y Pilar García la de la Policía Nacional. El propio Cabrera, aseveró, sería tal vez el elegido para dar muerte al presidente de la República.

¡Caballeros, aquí está el guapo!

Las autoridades ignoraban la fecha exacta del golpe y temían ser sorprendidas. Por eso decidieron adelantarse y arrestar al principal protagonista y a sus más cercanos colaboradores. Esa actuación anticipada impidió conocer el plan en su verdadera magnitud y la identidad de todos los militares y civiles involucrados. Un aparato dispositivo se orquestó para la captura de Pedraza en la finca Santa Rosalía, en San Antonio de las Vegas, mientras que en La Habana se detenía a otros presuntos implicados.

Fueron detenidos junto al ex coronel, su ayudante, el soldado Julio Rodríguez (alias El Mulato) el colono de la finca, Hilario Pedregal y sus dos hijos y un motorista de apellido Rodríguez. Mientras tanto, en La Habana, el coronel Carreño Fiallo, jefe de la Policía Nacional, en compañía de los comandantes Meoqui Lezama y Mario Salabarría, con treinta perseguidoras, efectuaba la detención de numerosos ex oficiales del ejército, y un servicio semejante realizaba el cuerpo de la Policía Secreta.

Tropas al mando del general Abelardo Gómez rodearon la finca Santa Rosalía el jueves 15 de marzo, a las 11:30 de la noche. Pedraza y El Mulato se ocultaron bajo un montón de pencas secas. El sargento Mena, de la escolta del coronel Carreño Fiallo, notó que las hojas secas se movían y apuntó hacia ellas con una ametralladora. Con asombro vio levantarse al ex coronel con una pistola en la mano, que dejó caer al suelo. Un soldado que presencié la escena y la docilidad de Pedraza, advirtió a sus compañeros diciendo: “¡Caballeros, aquí está el guapo!”.

El día 16, tras la detención de Pedraza, se llevó a cabo en la Plaza del Pueblo, frente al Palacio presidencial, una gigantesca manifestación de apoyo al Gobierno. Grau apareció en la terraza norte rodeado de sus principales colaboradores civiles y el alto mando militar. Dijo: “Aquí están los jefes de un Ejército plenamente identificado con el Gobierno. Los otros están en la Cabaña”.

Ese mismo día el presidente declaró a la prensa que no se trataba de un complot de fecha reciente, sino un movimiento organizado desde antes de su toma de posesión. Añadió que el Gobierno había actuado con serenidad y no suspendió las garantías ni declaró el estado de guerra. Anunció que el detonante de la conspiración había sido la campaña de prensa desatada por varios periodistas para incitar la revuelta y violentar las instituciones. Así, aludía en primer término al periodista y senador liberal Ramón Vasconcelos que se había destacado por sus ataques mordaces al Gobierno. Preguntado sobre la posible participación de Batista en los hechos, Grau respondió que no tenía noticia alguna de ello, pero que tampoco la tenía en contrario. Batista, desde San Francisco, California, desmintió cualquier implicación.

Habla Chibás

Chibás, en charla radial de 1 de abril, dejó entrever que los tres puntales de la conspiración eran Batista, Vasconcelos y Pedraza, quienes urdieron el cuartelazo durante un encuentro que tuvieron en México. En esa ocasión Batista fue partidario de es-

perar a que se creara la atmósfera propicia para el golpe, pero Pedraza, considerando que el momento había llegado, partió para Cuba en una goleta. A Vasconcelos, dijo Chibás, lo comprometen dos notas encontradas en la cartera del ex coronel.

El juicio de Pedraza y sus cómplices concluyó el 13 de abril de 1945. Se les condenó a un año de prisión. ¿Se había cerrado el capítulo?

El 25 de noviembre de 1945, *Bohemia* dio a conocer que el día 18 de ese mes había sido la fecha prevista para acometer un golpe de Estado. La acción principal consistía en eliminar a Grau cuando acudiera a presenciar el desfile militar por el aniversario del natalicio de Máximo Gómez que tendría lugar en la Cabaña, donde el mandatario inauguraría un parque y una glorieta. Se abriría fuego contra el presidente desde uno o dos tanques y al mismo tiempo se atacarían los cuarteles del Regimiento 7, donde oficiales comprometidos asumirían el mando. Se ocuparían el Palacio presidencial y otros edificios públicos, y el poder quedaría en manos de Pedraza, quien desde la prisión, según *Bohemia*, habría ultimado todos los detalles e incluso había mandado a confeccionar el uniforme, con grados de general, que vestiría en la ocasión. *Bohemia* añadía que no todos los oficiales comprometidos con Pedraza fueron arrestados en marzo, y que las ventajosas consideraciones que el ex coronel disfrutaba en la prisión –celda espaciosa, refrigerador, radio, muebles cómodos, dieta variada, salidas a la calle– habían permitido que se restablecieran los contactos y prosiguiera la conspiración. Decía *Bohemia* que el Gobierno tuvo conocimiento del plan y suspendió el desfile con

el pretexto de la visita a Cuba del presidente de Chile. El desfile se trasladó para el 25 y Grau estuvo en la Cabaña. Visitó a los presos y conversó con Pedraza. El día 27 el general Genovevo Pérez desmintió ese supuesto golpe. Pero *Bohemia* insistió en su veracidad. Nada ha podido comprobarse en un sentido ni en otro.

El de Pedraza fue el primer intento de derrocamiento que reconoció el Gobierno de Grau. Las contradicciones, la escasez de pruebas por parte del Gobierno y los puntos que quedaron sin esclarecer en las investigaciones provocaron desconfianza y recelo en la opinión pública e hicieron que algunas publicaciones lo tiraran a broma. A lo que contribuyeron los sarcasmos de Vasconcelos, la llamada Pluma de Oro del periodismo cubano, que fue quien le dio nombre a la conspiración porque un inocuo cepillo de dientes fue de las pocas cosas que se le incautaron al ex coronel José Eleuterio Pedraza.

Faltaban aún la batalla de “El mulo muerto” y la conspiración de “La capa negra” y también un intento de bombardear el Palacio presidencial y asesinar al presidente.

*(Con documentación de Enrique de la Osa
y Humberto Vázquez García.)*

2 de noviembre de 2008

EL MULO MUERTO

En la madrugada del 17 de mayo de 1946 el ruido de una balacera atronadora sembró la alarma en la familia militar. La

noche anterior, a las veintitrés horas, tocaron llamada general en el campamento de Columbia, sin que la tropa llegara a conocer los motivos. Tres horas más tarde, luego de la explosión de varias granadas, se generalizó el tiroteo que provocó que el campamento, donde se hallaba la sede del Estado Mayor General, se pusiera de inmediato en zafarrancho de combate. Pero ahí acabó la cosa. Sobrevino una quietud absoluta, solo turbada por los numerosos vehículos que arribaban a la instalación. En efecto, tan pronto se supo la noticia, no demoraron en hacerse presentes en Columbia altos oficiales, ministros y parlamentarios, entre ellos, el senador Eduardo Chibás que llegó acompañado por el titular interino de Gobernación y del periodista Enrique de la Osa, que se encargaría de reportar el hecho.

Genovevo en camiseta

—¡Hemos frustrado el movimiento! ¡Tomamos todos los caminos! —vociferaba, en camiseta, el mayor general Genovevo Pérez Cámara, jefe del ejército, mientras repartía copas de coñac Felipe II y tabacos Montecristi número 1 entre los visitantes, generales y ayudantes de guardia que lo rodeaban. Lucía sudoroso y jadeante, descompuesto, como si aún se hallara bajo la impresión del terrible combate. Hablaba como si hubiera acabado de librar la batalla de las Ardenas, recordaría De la Osa. No se reportaban sin embargo muertos, heridos ni prisioneros y, desde las ventanas del Estado Mayor, solo se veían en el polígono del

campamento un pequeño tanque de guerra y los vehículos de los recién llegados.

¿Qué había sucedido? De la Osa confesó que sintió menos temor en el campamento que en el auto conducido por Chibás, que era un pésimo y temerario chofer. El ministro de Agricultura, Germán Álvarez Fuentes, “El hombre de la Ipecacuana”, tan pronto se enteró de que algo ocurría en Columbia, telefoneó a un colega y juntos acudieron a las oficinas del Ministerio de Defensa, donde suponían que su titular estuviese recibiendo los partes de guerra. Pero el comandante Menéndez Villoch dormía a esa hora a piernas sueltas en su casa de La Víbora. El canciller Alberto Inocente Álvarez tuvo que recurrir a la prensa para enterarse de lo que estaba pasando. El presidente Grau, en el teatro Auditórium, fue abordado en la noche siguiente por varios periodistas que le reprocharon su silencio. La culpa no era suya, aseguró el mandatario, sino de los reporteros que nada le preguntaron. De haberlo hecho, les habría dicho lo mismo que declaró, por teléfono, al diario norteamericano *The New York Sun*.

Grau dio su versión. Llegaron noticias de que un “líder revolucionario” arribaría por el aeropuerto militar y se pusieron guardias especiales en Columbia. El avión no llegó, pero sí un automóvil que se acercó a los muros del campamento y desde el que se lanzaron varias granadas. El vehículo en cuestión escapó a toda velocidad y fue infructuoso el intento de darle alcance. El primer ministro Carlos Prío, en sus declaraciones al mismo periódico, fue más parco que su jefe y mentor. Aseveró: “El movimiento ha sido sofocado. Tomamos precauciones especiales y todo ha terminado”.

Mientras que el general Pérez Dámera hablaba de “conspiración abortada” y Chibás calificaba los hechos como un “conato frustrado de rebelión”, Enrique de la Osa titulaba su reportaje para la sección En Cuba de la revista *Bohemia* como “El ‘show’ de Columbia”. Para muchos no había sido más que un ardid de Genovevo para ganar méritos, y para otros, una estratagema del gobierno “para cerrar filas, levantar su popularidad y desviar la atención de la opinión pública sobre los problemas del país”.

De nuevo la fatalidad

El caso es que el cubano de a pie empezó a aludir al suceso con un tono entre dramático y humorístico. Porque así como en la conspiración de José Eleuterio Pedraza, de marzo de 1945, a la que ya nos referimos, se atravesó el inofensivo cepillo de dientes que se ocupó al ex coronel, lo que sirvió para dar nombre a la conjura y, de paso, restarle seriedad, la fatalidad volvía a cebarse en el alto mando castrense.

Escribía Enrique de la Osa: “En la balacera de la noche del frustrado golpe había perecido un miembro humilde de la impedimenta del ejército, un mulo, agujereado por las balas de una ametralladora. Y ello sirvió para bautizar el brote sedicioso con el nombre de La batalla del mulo muerto y la nueva conspiración cayó también en el descrédito...”

La cosa, sin embargo, no es tan simple. No faltan hoy especialistas y concedores que aseguren que la conspiración de “El

mulo muerto” fue más grave que la que protagonizó Pedraza. Porque a diferencia de esta, que involucró solo a civiles y militares retirados, la otra incluyó mayormente a militares en activo, aunque a la postre solo un humilde cabo resultara apresado. Se ha dicho, por una parte, que la sedición comenzó en un regimiento cuando se comunicó a sus jefes la orden de traslado para la base militar de San Antonio de los Baños. Y también que el comandante Mario Salabarría, de la Policía Nacional, no fue ajeno a esa conjura fraguada a la sombra del profesor Pablo Carrera Jústiz, que ocuparía la primera magistratura de la nación en caso de triunfar el movimiento. Este sujeto sería uno de los “tanques pensantes” del golpe de Estado del 10 de marzo y ministro de Comunicaciones de Batista en su gabinete de 1952.

Preguntado por la prensa, en su exilio neoyorquino, el presidente Batista se negó a comentar los sucesos. Dijo a los periodistas: “No conozco el origen de los acontecimientos. Nada puedo informar”.

Pero el general Manuel Benítez, en Miami, aseguró a la prensa que “el abortado levantamiento militar es solamente el prelude de una ‘gran revolución’.”

Es precisamente con ese personaje siniestro con quien se asocia el otro conato de golpe de Estado que, el 24 de octubre de 1946, debió sufrir el gobierno del doctor Ramón Grau San Martín. La llamada conspiración de “La capa negra”.

Benítez, muchacho listo

El golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933, protagonizado por cabos y sargentos, privó de sus mandos a la oficialidad

del ejército, que terminó concentrándose en el Hotel Nacional de Cuba en torno a su caudillo natural, el general Julio Sanguily, convaleciente entonces de una delicada intervención quirúrgica.

Muy pocos fueron los oficiales que entonces permanecieron en la filas, dispuestos a apoyar y a reconocer la autoridad de aquel oscuro sargento llamado Batista que encabezó la asonada militar y los despojaba de sus fueros. Uno de ellos fue el primer teniente Francisco Tabernilla. El otro, el capitán Manuel Benítez.

Tabernilla acompañó a Batista hasta su final en Cuba, el 31 de diciembre de 1958. A él debió sus estrellas de general de brigada y el mando del regimiento 7 destacado en la Cabaña. Cuando Grau lo sacó del servicio activo, en 1944, acompañó a Batista en su exilio y volvió a la vida de aforado con el 10 de marzo. El dictador lo premió con los grados de mayor general y con la jefatura del Estado Mayor, lo que despertó el descontento de oficiales jóvenes y verdaderamente comprometidos con el movimiento golpista. Batista no solo lo mantuvo en el cargo, sino que en virtud de la Ley Orgánica del Ejército de 1957 lo hizo jefe del creado entonces Estado Mayor Conjunto y lo ascendió sucesivamente a teniente general y a general en jefe. Tantas estrellas –cinco lucía “el viejo Pancho”, dispuestas en forma de rombo, en las charreteras y en las solapas de su guerrera– no lograron impedir el triunfo del Ejército Rebelde. Huyeron hacia el exterior en la misma madrugada. Batista hacia Santo Domingo. Tabernilla y su clan rumbo a Estados Unidos.

A Benítez le apodaban “El Bonito” desde sus días como actor secundario en Hollywood. Ascendió al generalato en 1942, al

reinstaurarse dicho grado en el ejército cubano. Acumulaba méritos suficientes para ello. No había tenido escrúpulos, en 1933, en recomendar a Batista que bombardeara el Hotel Nacional a fin de desalojar de allí a sus antiguos compañeros, y existen sobrados motivos para suponer que fue él, en 1934, quien ametralló al teniente coronel Mario Alfonso Hernández, jefe del regimiento Rius Rivera, de Pinar del Río, que se atrevió a exigirle a Batista que cumpliera con el compromiso de la jefatura rotativa del ejército, uno de los acuerdos de los sargentos golpistas del 4 de septiembre.

A partir de 1941 Benítez desempeñó la jefatura de la Policía Nacional. Mucho se ha especulado acerca de su complicidad con la quinta columna nazi en Cuba. Al menos fue incapaz de neutralizar la red que conformaban más de cuatrocientos hombres, algunos de ellos figuras muy notables del deporte y la radio, que todos los fines de semana robaba grandes cantidades de combustible de los depósitos de la Shell, en La Habana, y las transportaba, en camiones de una lechería, a Camagüey donde submarinos alemanes permanecían camuflados en la cayería norte. Resulta, desde luego, bastante ingenuo inculpar a un solo hombre, que, por importante que fuera, no debió ser más que una de las piezas de un gran engranaje. En las altas esferas del gobierno batistiano de la época no eran pocos los que simpatizaban con Hitler y su política. Sin ir muy lejos: el canciller José Manuel Cortina tuvo que renunciar a su cargo luego de que en una interpelación parlamentaria se le acusara de antidemócrata y de negociar con los pasaportes de los emigrados judíos.

Batista tendría que quitarse de encima al general Benítez cuando, en junio del 44, amenazó con hacerse del control de las Fuerzas Armadas y convertirse en el hombre fuerte de la nación. Entonces se fue a Estados Unidos. Poco después se le acusó de la malversación de medio millón de pesos en la Policía Nacional y de haberse apropiado de otros cien mil destinados a la construcción de la carretera Pinar del Río-La Palma. Se le formularon además cargos por tráfico de drogas y asesinato. La exportación ilegal de máquinas traganíqueles en sus tiempos de jerarca policial le reportaba no menos de siete mil pesos a la semana, y el control del juego ilícito, desde los garitos hasta las vidrieras de apuntaciones, unos tres mil pesos diarios. Aun así, su afán desorbitado de dinero lo llevó a vender en su provecho quinientas camas de la Policía, a veinte pesos cada una. De eso también se le acusó. Pero no pasó nada.

(Fuentes: Textos de Enrique de la Osa y Eduardo Vázquez García.)

9 de noviembre de 2008

LA CAPA NEGRA

Con la detención en La Habana, Marianao y Pinar del Río de unas cincuenta personas, las autoridades cubanas desarticulaban, el 24 de octubre de 1946, el tercero de los complots que debió enfrentar, y sofocó, el presidente Ramón Grau San Martín.

Sus organizadores proyectaban apoderarse, en los días subsiguientes, del campamento militar de Columbia, luego de pasar a

cuchillo a todas sus postas, y también de la sede del regimiento Rius Rivera, en la capital pinareña, donde, procedente de Miami, habría desembarcado ya el ex general Manuel Benítez, que se trasladaría a la capital a fin de asumir las riendas del gobierno de la nación.

El plan contemplaba el asesinato de las principales figuras del gobierno grausista y de los líderes más connotados de la Alianza Auténtico-Republicana en el poder, e incluía asimismo lo que los conjurados llamaban “Setenta y dos horas de libre matanza” encaminada a sacar del juego a todos los que se oponían a la vuelta del pasado batistiano. Los golpistas estaban equipados con armas de fabricación norteamericana tan modernas que no habían llegado todavía a manos del ejército cubano.

Así como sucedió con “El cepillo de dientes” y “El mulo muerto”, las anteriores conspiraciones antigrausistas, el nombre que recibiría esta cerró a cal y canto su entrada en la historia y la redujo a un episodio tragicómico. Alguien, al conocer que todo lo ocupado por la Policía a uno de los principales encartados fue una capa de agua de color negro, bautizó el golpe como “La capa negra”. Escribía Enrique de la Osa en *Bohemia*: “Y la nueva y brillante acción militar se venía también al suelo, abrumada por el peso del choteo popular. ¡No era posible tomar el campamento de Columbia sin más armas que una capa de agua...! ¡Ni por negra e impermeable que fuera...!”

Sin embargo, a juicio de Blas Roca, secretario general del Partido Socialista Popular (PSP) la conspiración de “La capa negra” había representado “un verdadero peligro”. Era solo una muestra del quehacer que desplegaban grupos aventureros para echar abajo

al gobierno constitucional con el propósito ulterior de desmantelar las conquistas logradas por el pueblo con sangre y sacrificio.

“‘La capa negra’ es una tentativa que no puede subestimarse”, aseveraba el dirigente comunista. Y añadía: “A nosotros nos consta que no era una capa negra el centro de la conspiración, puesto que algunos de nuestros militantes tuvieron la oportunidad de ver, casualmente, algunas armas modernas en manos de algunos conspiradores. Conspiradores que no fueron detenidos –concluía Blas–, ni sus armas ocupadas”.

No era la primera vez que el Partido Socialista Popular alertaba sobre grupos terroristas que pretendían aprovecharse del descontento popular creciente para crear el estado de ánimo en la opinión pública, la disposición en la ciudadanía y el fondo político imprescindible para perpetrar un golpe de Estado. Proyectaban esos grupos una ola de atentados, cuyas víctimas serían, entre otros, dirigentes del PSP. Escribe el historiador Humberto Vázquez: “En el plan tendente a desestabilizar la situación política y crear el ambiente golpista, participaban activamente los agentes y espías norteamericanos diseminados en la Isla y conocidos como G-Men. Esos individuos concentraban su acción en las Fuerzas Armadas, donde urdían intrigas contra el gobierno y esgrimían el pretexto comunista para instigar las tendencias violetas”.

Tiroteo en la coronela

Ciertamente, algo más que una capa de agua ocupaban la Policía y el Ejército en una finca perteneciente a Nena Benítez,

hermana del ex general, ubicada en el reparto residencial de La Coronela, en Marianao. Se encontraron allí diez ametralladoras de mano, cuatro rifles, doce revólveres y pistolas automáticas y otros pertrechos. Militares y agentes policíacos rodearon la finca en cuestión y conminaron a los allí reunidos a rendirse. Lejos de hacerlo, los sitiados respondieron con una cerrada balacera. No demoraron en deponer su actitud y fueron detenidos. Poco después se efectuaban nuevas detenciones en otras zonas de la capital y en Pinar del Río, donde era apresado el periodista Ernesto de la Fe, vinculado a los grupos gangsteriles o “de acción”, como se les llamaba en la época a las bandas del gatillo alegre.

Un informe de la jefatura del ejército reveló que el alto mando castrense conocía de la conspiración, y seguía sus hilos desde un mes antes, cuando un oficial radicado en Pinar del Río hizo saber a sus superiores que elementos cercanos al ex general Benítez le habían invitado a sumarse al movimiento. A la información aportada por el oficial siguieron otras en el mismo sentido. Todos los informantes recibieron la orden de aparentar su acuerdo con la propuesta y fingir que se incorporaban a la conjura con el propósito de conocer su alcance y de qué medios disponía. Decía saber más el ejército. Desde el 7 u 8 de octubre tenía conocimiento de que la acción militar tendría lugar el 24 o en días posteriores.

Se adjudicó al ex general Benítez la jefatura del movimiento. Lo inculpaban informes de la Inteligencia Militar. La finca de La Coronela era propiedad de una hermana suya y entre los detenidos figuraban muchos de sus amigos personales. Uno de ellos, Rafael Montenegro, conducido a presencia de Grau por el

pistolero Orlando León Lemus, *el Colorado*, aseguró al presidente que los conspiradores ejecutarían un atentado contra una figura relevante de la oposición a fin de ganarse las simpatías de sus seguidores políticos y luego tomarían Pinar del Río, adonde llegaría Benítez para dirigirse a La Habana y ocupar el campamento de Columbia.

A esas alturas ya Manuel Benítez se había evaporado de La Habana. El mismo día 24, en que fue asaltada la finca de La Coronela, volaba tranquilamente hacia Miami. Desde su residencia, en la Florida, declaró que nada tenía que ver con el complot. Batista, en su casa de Daytona Beach, negó asimismo su participación en la conjura y advirtió que “las noticias sobre el intento de golpe eran la demostración de la descomposición, la ausencia de orden y la falta de una autoridad responsable prevalecientes en Cuba”.

En las esferas gubernamentales hubo opiniones encontradas en cuanto a la conspiración. El capitán Jorge Agostini, jefe del servicio secreto del Palacio presidencial, aseguró que el movimiento abortado carecía de importancia. En cambio, el primer ministro Carlos Prío opinó que el revuelo político de la oposición estaba dirigido “a crear un clima de violencia adecuado para que unos cuantos locos asaltaran el poder y lo entregaran luego a personas de regímenes caducos”, es decir, batistianos. Acusó a la prensa de intentar confundir a la opinión pública al hacerle creer que la conspiración no existía e informó que los conjurados fueron detenidos cuando ya estaban organizados en grupos y prestos a utilizar un armamento que todavía no se conocía en

Cuba. Fue Prío quien anunció que los golpistas tenían entre sus planes conceder tres días de licencia para matar una vez que se hubieran apoderado del gobierno.

En el proceso de instrucción, Ernesto de la Fe dijo al general Ruperto Cabrera, que lo interrogaba, que le causaba risa escucharle decir que él (De la Fe) aspiraba a la presidencia de la nación pues jamás había tenido tales pretensiones. De todas formas, De la Fe y sus compañeros fueron llevados ante el Tribunal de Urgencia por atentar contra los poderes del Estado y participar en un complot que provocaría un movimiento insurreccional en el país con miras a derrocar al gobierno. Fue un juicio expedito. El 7 de enero de 1947, el tribunal absolvía a veintiuno de los encartados y condenaba a los otros veintinueve a penas de dos o tres años de prisión. Tres años de privación de libertad correspondieron a Ernesto de la Fe.

Mientras tanto, el cubano de a pie, angustiado por realidades tangibles como la carestía de la vida y el desempleo, seguía, entre incrédulo y burlón, el curso de los acontecimientos. Una caricatura aparecida en la revista *Bohemia* quiso sintetizar lo que esta publicación asumía como un sentimiento generalizado. Se veía en el dibujo a un hombre enmascarado e identificado como Bolsa Negra en el momento en que, a punta de pistola, asaltaba a un campesino. Un cubano asustado conversaba con Grau en un ángulo del dibujo. Le decía: “Doctor, déjese de estar pensando en la capa negra y acabe con la bolsa negra que es mucho más peligrosa”.

Y ellos se juntan

De la Fe recusó al tribunal que lo juzgaría. Uno de sus magistrados era allegado del ex coronel Pedraza, que guardaba prisión desde los días de la conspiración de “El cepillo de dientes”. Ese magistrado, dijo, en connivencia con el gobierno, los condenaría a él y a sus compañeros a cambio de la liberación de su pariente. No valió su protesta. El grupo implicado en “La capa negra” extinguiría su sanción en la Cabaña y se impuso entonces trasladar a Pedraza a una galera interior de la fortaleza para evitar un incidente serio.

Pedraza tuvo que responder por ocho causas que tenía pendientes. No se le quiso ver culpable en ninguna, aunque le sobraban méritos para ello, y, cumplida la sanción por “El cepillo de dientes”, abandonó la Cabaña el 24 de abril del 47. De la Fe salió de prisión antes de lo previsto y, en 1952, Batista lo premió con el Ministerio de Información. Pedraza, que era un hombre rico –poseía más de cuatro mil cabezas de ganado– se ocupó de sus asuntos particulares hasta que a fines de 1958 su compadre Batista, superadas ya las desavenencias de 1941, cuando Pedraza quiso derrocarlo, lo creyó el hombre indicado para acabar con la insurrección en la región central del país. Con grados de general de brigada volvió a las filas y asumió el cargo de inspector general del ejército. Se dio el gusto entonces de abofetear en público al ya general Alberto Ríos Chaviano, al que tachó de cobarde por su fracaso en Las Villas. No hay constancia de que Pedraza llegara a combatir. Ya para esa fecha el ejército batistiano era incapaz de ganar siquiera una escaramuza contra las heroicas huestes rebeldes.

Ernesto de la Fe fue apresado en La Habana en los primeros días de enero de 1959 y, por su complicidad con la dictadura, un tribunal revolucionario lo condenó a quince años de prisión. Pedraza abandonó el país en el último avión que, ya en la mañana del 1ro de enero, salió del aeropuerto militar de Columbia.

En Santo Domingo, donde se radicó, asumió la jefatura de la legión con que Rafael Leónidas Trujillo pensaba invadir la Isla y acabar con la Revolución. Reclamó el sátrapa dominicano el concurso de Batista y este se comprometió a financiar un plan para eliminar físicamente a Fidel. Para ello el ex dictador buscó el concurso de Rolando Masferrer, jefe de los tristemente célebres Tigres, a la sazón en Miami, quien le recomendó a dos sujetos de confianza. Arribaron los asesinos clandestinamente a La Habana y contaron ya dentro con la ayuda de la organización contrarrevolucionaria que De la Fe dirigía desde la cárcel. Un agente de la naciente Seguridad del Estado, infiltrado en la organización contrarrevolucionaria, dio cuenta de la llegada de los personajes, si bien no pudo precisar el fin que los animaba. Se impartió entonces la orden de detenerlos de manera casual en la calle, proceder a su identificación y trasladarlos al mando policial más cercano. Los dos sujetos respondieron con ráfagas de ametralladoras al requerimiento de la Policía y pudieron salir de La Habana en la lancha que los esperaba en un atracadero a la entrada del río Almendares. De más está decir que se fueron como vinieron, sin cumplir su objetivo.

(Fuentes: Textos de Enrique de la Osa, Eduardo Vázquez y Fabián Escalante.)

17 de noviembre de 2008

LA MASACRE DE ORFILA

Ha pasado más de medio siglo de la masacre de Orfila, aquel suceso que conmocionó a Cuba el lunes 15 de septiembre de 1947, cuando la residencia del comandante Antonio Morín Dopico fue asaltada por fuerzas a las órdenes del comandante Mario Salabarría. La agresión, repelida por los sitiados, se prolongó durante casi tres horas y para detenerla se impuso la intervención de tropas del ejército, que acudieron al lugar con veinte tanques y camiones blindados. Una verdadera batalla campal en la que, entre otros, resultaron muertos, después de haberse rendido, y ya fuera de la casa, el comandante Emilio Tro y la señora Aurora Soler de Morín, en estado de gestación. “Siempre creí que la expresión ‘cortina de fuego’ no era más que una frase literaria; ahora sé que es una terrible realidad”, declaró a la prensa un testigo presencial del suceso.

Como otros tantos, Tro y Salabarría emergieron a la luz pública después del ascenso al poder, en 1944, de Ramón Grau San Martín, cuando muchos luchadores antimachadistas pasaron factura al Autenticismo en demanda de compensaciones o le reclamaron el cumplimiento de los postulados políticos por los que lidiaron. Pronto se multiplicaron los llamados “grupos de acción” que dirimían sus diferencias a tiro limpio y barrían a sus adversarios. Grau animó a esos grupos, los armó y, al mismo tiempo, estimuló sus rivalidades. Tro –jefe de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR)– se mostró contrario al grupo de Orlando León Lemus, *el Colorado*, y no acató la autoridad de Salabarría.

Las diferencias se agudizaron cuando el presidente lo nombró director de la Academia de la Policía Nacional y Tro insistió en instalar su despacho en el mismo edificio donde Salabarría, jefe del Servicio de Investigaciones e Informaciones Extraordinarias, tenía sus oficinas. El nombre de Tro se vinculaba al atentado de la calzada de Ayestarán, el 26 de mayo de 1947, del que el Colorado salió milagrosamente ileso. Morín Dopico, por su parte, provenía del “bonche” universitario y, aunque fue absuelto, se le suponía implicado en la muerte del profesor y jefe de la Policía Universitaria Ramiro Valdés Daussá, en 1940. Grau, para que se “regenerara” lo designó jefe de la Policía del municipio de Mariano. Su alianza con Tro era estratégica: ambos eran enemigos de Salabarría. Ya Blas Roca, secretario general del Partido Socialista Popular y a la sazón Representante a la Cámara, había advertido que aquellos nombramientos en los cuerpos policiales de jefes y miembros de las pandillas tendrían consecuencias fatales para la seguridad ciudadana y el desenvolvimiento político de la nación.

Los sucesos

En la noche del 5 de septiembre de 1947, el automóvil de Tro era impactado por más de sesenta disparos. Sus ocupantes resultaron heridos, pero Tro no se hallaba en el interior del vehículo. Los agresores, dijeron las víctimas, eran gente del Colorado, e identificaron entre ellos a uno de sus hombres, el capitán Rafael Ávila. Una semana después, el viernes 12, Ávila era abatido a ba-

lazos en la bodega de 21 y D, en el Vedado. Salabarría, designado como oficial investigador del atentado, logró, luego de riguroso interrogatorio, que los testigos reconocieran a Tro como culpable, lo que en las entrevistas iniciales nadie se había atrevido a hacer. El sábado 13 se libraba orden de detención contra Tro, y Salabarría recibió la misión de ejecutarla.

El 15, al filo del mediodía, Tro y tres de sus hombres acudieron a un almuerzo en la casa de Morín Dopico, en 8 esquina a D, reparto Benítez, en Marianao, una barriada conocida por Orfila, a causa de la farmacia situada en la zona. Hacia las tres de la tarde desde un auto patrullero se hicieron disparos contra la residencia y se generalizó el tiroteo. Entre los agresores, que eran unos doscientos, estaban Salabarría y el Colorado. También el comandante Roberto Meoqui, Rogelio Hernández Vega, *Cucú*, segundo jefe de la Policía Secreta, José Fallat, alias El Turquito...

Cuando Tro y sus acompañantes decidieron rendirse ya habían arribado al lugar las tropas del ejército, con las que venía el general Gregorio Querejeta y el teniente coronel Lázaro Landeira, jefe de los tanques. El primero en salir de la casa fue Morín Dopico que llevaba en brazos, herida a sedal, a su hija Miriam, de apenas diez meses de nacida. Luego, salió Aurora Soler y, detrás, Emilio Tro. Todo parecía haber terminado cuando se escuchó de nuevo el tableteo de una ametralladora y la esposa de Morín, herida de muerte, cayó al suelo. Un policía la tomó por los brazos para levantarla y Tro trató de alcanzarla por los tobillos. Una ráfaga más y Tro se desplomó cocido a balazos. Trató de asirse, tal vez para incorporarse, a las piernas del capitán De la Osa,

ayudante del general Genovevo Pérez, jefe del ejército, que también resultó herido por la misma ráfaga. Fue inútil. Tenía quince perforaciones en el tórax, dos en la región escapular, otras seis a flor de piel, tres en el hombro, otra en el muslo y otra más en la cara que le destrozó el maxilar superior y le vació el ojo derecho.

Imágenes que el camarógrafo Guayo, del *Noticiero Nacional*, captó en ese momento muestran a El Turquito cuando disparaba contra Aurora Soler y Emilio Tro. Sus disparos, de pasada, hirieron al chofer de este y fulminaron a Luis Padierno, otro de los hombres de Tro. El ejército impidió que continuara la matanza, que arrojó seis muertos por parte de los sitiados y muertos y heridos por la parte contraria. Morín Dopico fue conducido al Hospital Militar en calidad de detenido, y el teniente coronel Landeira arrestó a Salabarría. Eran más de las seis de la tarde y una lluvia intensa caía sobre La Habana. La sangre de las víctimas, impulsada por el agua, cubría de rojo el pavimento.

La madre de Tro fue la primera en acusar al presidente Grau como el responsable de la tragedia. Lo mismo hicieron muchos de los líderes políticos de la época que tacharon al Gobierno de “irresponsable, inepto e indisciplinado”. “Bajo el régimen actual no hay garantías para las mujeres ni los niños, respetados aun en las etapas peores del terror en Cuba”, dijo el senador Eduardo Chibás, en tanto que otros tildaron al Ejecutivo de fomentador de desórdenes y violencia, y algunos más, de manera clara y terminante, identificaron al presidente como “el gran culpable, el gran defraudador, el gran asesino, el gran simulador”.

Lo cierto es que Grau, refugiado en sus habitaciones privadas del Palacio presidencial, se negó a atender a los que acudieron a la mansión del ejecutivo a fin de que dispusiera la intervención del ejército en la refriega, toda vez que era sabido que Tro y sus hombres jamás se entregarían a las fuerzas de Salabarría. Se ha especulado mucho sobre esa actitud de Grau. Muchos años después Salabarría revelaría un detalle desconocido. El mandatario sufría de repentinas pérdidas de memoria y mientras transcurría lo de Orfila estaba en una de sus crisis, lo que impidió que se le diera participación de los sucesos. Alguien avisó al general Genovevo Pérez, de visita en Washington, de lo que sucedía y el obeso y bien vitaminado militar dispuso desde allá el empleo de los blindados para poner fin a la matanza.

El Gobierno requisó las copias del documental que el *Noticiero Nacional* filmó minuto a minuto durante el combate. El estudiante Fidel Castro acusaría al presidente Grau, a su ministro de Gobernación y al jefe de la Policía de ese secuestro encaminado a borrar pruebas acusatorias.

Final

Morín Dopico falleció en La Habana a fines de los 80, y por la misma época su hija Miriam abandonó el país y se radicó en Estados Unidos, donde falleció. Cucú Hernández Vega fue ultimado en julio del 48 en el consulado cubano de Ciudad de México. Roberto Meoqui murió en el sanatorio antituberculoso de

La Esperanza, en 1950. El Turquito, en 1951, escapó del Castillo del Príncipe, donde guardaba prisión, en una fuga espectacular protagonizada por Policarpo Soler y dirigida, desde fuera, por el Colorado. En febrero de 1955, fuerzas comandadas por el teniente coronel Lutgardo Martín Pérez abatieron al Colorado en la casa marcada con el número 211 de la calle Durege, en la barriada habanera de Santos Suárez. El general Querejeta murió, ya nonagenario, en La Habana, en 1984. Mario Salabarría, sentenciado a treinta años de prisión, salió del Presidio Modelo de Isla de Pinos después del triunfo de la Revolución, sin que llegara a cumplir íntegramente su condena. En 1963 fue detenido de nuevo por su participación probada en un atentado frustrado contra la vida del Comandante en Jefe Fidel Castro, y que llevaría a cabo en la Plaza de la Revolución, el 26 de julio de ese año. Consiguió otra vez su excarcelación anticipada y salió del país. Falleció en Estados Unidos en abril del 2004. Emilio Tro es una leyenda.

15 de septiembre de 2002

EL BRILLANTE DEL CAPITOLIO

Esta es una historia tremenda. El lunes 25 de marzo de 1946 se esfumaba misteriosamente el brillante de veinticinco quilates que en el Capitolio Nacional marcaba el kilómetro cero de todas las distancias de la Isla. A las siete de la mañana de ese día, tras el cambio de guardia, el vigilante Enrique Mena, de la Policía del Senado, de ronda por el Salón de los Pasos Perdidos, advirtió

su falta y dio cuenta a sus superiores. La joya se consideraba uno de los tesoros mejor protegidos de la República. La habían engarzado en ágata y platino antes de introducirla en un bloque de andesita, el granito más fuerte del mundo, y este a su vez fue recubierto por otro, de concreto, al empotrarse en el piso, en el centro del Salón. Un cristal tallado, tan sólido que se estimaba irrompible, reforzaba su resguardo. Pero solo treinta minutos, al parecer, bastaron a los ladrones para sustraer el brillante, que quince meses después reaparecería en el despacho oficial del presidente de la nación. ¿Quién lo robó? ¿Quién lo devolvió? No hay respuestas para esas preguntas. Como otros muchos hechos delictivos ocurridos en el período de los gobiernos auténticos (1944-1952) el robo del brillante del Capitolio quedó sin esclarecer.

Los romanos medían sus distancias a partir de un hito situado en el Capitolio. Los franceses, desde el célebre Arco de Triunfo parisino, y en Estados Unidos el sistema vial del Este arranca desde la aguja del Capitolio de Washington. Cuba no podía ser menos. En La Habana, el brillante, empotrado bajo la aguja de la cúpula, no solo marcaría el punto inicial de la carretera Central, sino que dividiría en dos ese lujoso espacio, una especie de túnel inspirado en la galería cilíndrica de la basílica de San Pedro, en el Vaticano. El ala izquierda correspondería al Senado; la derecha, a la Cámara de Representantes. Pronto se convirtió en una de las grandes atracciones turísticas de la capital. En catálogos de agencias de viajes norteamericanas se atribuían poderes mágicos a la joya, que, decían, curaba a los enfermos e irradiaba buena suerte.

Pero lejos de esparcir buena suerte, el brillante del Capitolio tenía mala sombra. Llevaba la desgracia a todo el que lo tocaba.

El fulgor amarillo

Isaac Estéfano, un joyero turco o libanés radicado en La Habana y que hizo aquí buenos negocios con joyas de la aristocracia rusa, logró interesar a María Jaén, esposa del presidente Alfredo Zayas, en uno de los cinco brillantes que conformaban una de las coronas del último zar de Rusia. Viajó el joyero a París para traérselo, pero ya con el brillante en la mano a la primera dama le parecieron excesivos los diecisiete mil pesos que debía pagar y se arrepintió de comprarlo, lo que puso a Estéfano entre la espada y la pared.

A los antiguos propietarios del brillante no les había ido mejor. El zar a quien perteneció fue derrocado y asesinado junto con toda su familia. La duquesa, de quien Estéfano lo adquirió en París, murió diez días después de la venta, y el ruso que sirvió de intermediario en el negocio quedó ciego a causa de una agresión. El mismo Estéfano no levantaba cabeza desde que lo tenía. Los negocios le iban de mal en peor y llegó el momento en que se vio obligado a empeñar la gema por solo cuatro mil pesos. Para remate, había sido objeto de varios asaltos y de un intento de secuestro orquestados por gente que quería apoderarse de la joya.

Fue así que vio los cielos abiertos cuando Carlos Miguel de Céspedes, ministro de Obras Públicas del gobierno de Machado,

se interesó en adquirirla para colocarla en el Capitolio, todavía en construcción. A esa altura el joyero se conformaba con doce mil pesos. Obreros, técnicos, ingenieros y arquitectos que participaban en la edificación de la majestuosa obra y hasta la propia firma contratista allegaron nueve mil pesos. Los tres mil restantes los puso Carlos Miguel de su bolsillo. Cuando el Capitolio se inauguró el 20 de mayo de 1929, el brillante estaba ya en su sitio y por su engarce suntuoso, el tallado y su sorprendente fulgor amarillo fue el centro de la atención de las personalidades nacionales y los dignatarios extranjeros que ese día asistieron a la toma de posesión del presidente Machado, empeñado en prorrogarse en el poder en contra de la opinión de los sectores más responsables del país. Dos años después, el 24 de febrero de 1931, cuando el Estado, de manera oficial, traspasó el edificio al Congreso de la República, la joya continuó siendo el punto máximo de atracción de los visitantes cubanos y de otros países.

Llegó así la mañana del 25 de marzo de 1946. La víspera se había clausurado una gran muestra de pintura cubana en el Salón de los Pasos Perdidos, que atrajo a miles de visitantes durante los días en que se mantuvo abierta bajo los auspicios del Ministerio de Educación. Pese a eso no hubo en el Capitolio una vigilancia especial y de todos era sabido que la guardia nocturna del Palacio de las Leyes eludía en sus rondas el Salón por temor a toparse con el fantasma del senador machadista Clemente Vázquez Bello, ultimado por un comando revolucionario en 1932, que, se decía, vagaba por allí en las noches. Por eso no debió haber sido difícil para el ladrón o los ladrones, antes de que cerraran el edificio, esconderse tras los cua-

dros de la exposición o en la parte trasera de la monumental Estatua de la República, y aguardar la hora oportuna.

Junto al lecho vacío del brillante, los peritos del Gabinete Nacional de Identificación encontraron el forro de un sombrero manchado de sangre, varios fósforos usados y una curiosa inscripción a lápiz en el piso. Decía: “2:45 a 3:15 – 24 kilates”. Lo que indicaba, al parecer, la hora en que los ladrones comenzaron su faena y el tiempo que les demoró. Ninguna huella digital. Aseguraron los peritos que el robo fue cometido por expertos. Miguel Suárez Fernández, presidente del Senado, suspendió de empleo y sueldo al pelotón de la Policía que esa noche custodió el edificio y sus integrantes quedaron sujetos a investigación.

En forma anónima

Pasaron los meses; el robo del brillante parecía haber caído en la categoría de los crímenes perfectos cuando, el 2 de junio del 47, el presidente Grau llamó a su despacho a algunas de las más conspicuas figuras del régimen. Allí estaban el presidente del Senado, el senador Carlos Prío, el senador Cañías Milanés, Guillermo Alonso Pujol, senador y presidente del Partido Republicano, los ministros de Justicia y Salubridad, Alejo Cossío del Pino, recién estrenado como ministro de Gobernación (Interior)... El doctor Arturo Hevia atraía las miradas de todos los presentes. Era el juez instructor de la causa incoada por el robo de la joya. Grau rompió el silencio.

—Señores, les he citado para que presencien la entrega que voy a hacer de un brillante que he recibido en forma anónima y que, según parece, es el mismo que fue sustraído hace algún tiempo del Capitolio Nacional. Lo entrego al doctor Hevia...

El brillante estaba dentro de un pequeño y ajado sobre amarillo. Un periodista se interesó en saber cómo había llegado a manos del presidente. “En forma anónima...” reiteró Grau. Y ante otra pregunta en ese sentido, expresó:

—Ya dije que lo he recibido en forma anónima, y eso es todo. Es como si a uno le dijeran levante ese papel, que va a encontrar algo debajo. Y efectivamente, aparece el brillante.

La pieza pasó de mano en mano. Caíñas Milanés aseveró que parecía más clara que la del Capitolio, a lo que Grau respondió que si no se trataba del brillante robado había que devolvérselo “porque fue a mí a quien se lo enviaron”. Pero Suárez Fernández, temeroso de perderlo por segunda vez, aseveró, categórico, que era el brillante perdido.

Lo demás es lo de menos

Poco antes del mediodía de aquel 2 de junio, Grau sostuvo una larga entrevista con José Manuel Alemán, el amillonado ministro de Educación y protegido de Palacio. Se dice que fue él quien puso la joya en poder del presidente, luego de pagar cinco mil pesos por su devolución. Y lo confirmó el propio Grau al declarar: “No me importa lo que digan sobre la aparición del brillante.

Lo cierto es que apareció. Lo demás es lo de menos. Alemán me consultó antes de traerlo. Yo le dije que sí y que eso era buena publicidad”.

Pero de ahí a afirmar, como se ha hecho, que fue Alemán el autor intelectual del robo, va un largo trecho. Se dice, para completar esta historia, que el aventajado ministro quería regalar la joya a Paulina Alsina, cuñadísima del presidente y primera dama de la nación. ¿Dónde y en qué circunstancias hubiera podido ella lucir la gema robada? Sin contar que un hombre tan cercano al mandatario no podía cometer un acto así sin poner en grave aprieto y hasta en ridículo a su ilustre amigo y protector.

No descarto que el robo haya sido obra de la oposición. Los ánimos estaban ya muy inflamados y el presidente, en definitiva, no tenía mayoría en el Congreso. Humberto Vázquez García, en su documentadísimo libro *El gobierno de la kubanidad* (2005) dice que en el momento muchos consideraron que había que buscar a los ladrones entre las esferas del poder. Y añade enseguida que motivos había por montones: pugnas, envidias, venganzas. Cita lo que muchos años después del suceso le contó Segundo Curti, alto cargo en el gobierno grausista: “Pablito Suárez fue el que lo llevó [el brillante] a la mesa de Grau”. Estaba casado con Tatita Grau, una de las sobrinas del presidente; matrimonio que le valió avecindarse en Palacio y el grado de comandante en la Policía Nacional. Él fue el intermediario en la devolución del brillante, decía Curti, operación en la que contó con la ayuda de Abelardo Fernández, *el manquito*, jefe de la Policía del Ministerio de Educación.

El historiador Rolando Aniceto aseguró a este escritor que un antiguo recluso le contó que El manquito, que guardaba prisión por la muerte del hijo de Martínez Sáenz, le aseguró en la cárcel que él fue el autor del robo del brillante. Como jefe de la Policía de Educación había tenido a su cargo la vigilancia de la exposición de pintura cubana en el Capitolio. Hay otra versión. “No le dé más vueltas al asunto. El brillante se lo robó Pablo Suárez”, me dijo hace años un familiar cercano suyo.

Periódicos de la época parecen confirmarlo. En aquel mes de junio del 47, Grau prohibió terminantemente la entrada de Pablo en Palacio y fue víctima de una golpiza que lo dejó mal parado. Dice Vázquez García: “Era lícito pensar que su presencia en el Palacio presidencial —ya fuera culpable, sospechoso o simplemente chivo expiatorio— resultaba muy incómoda... En cuanto a su deplorable estado, no podía descartarse que hubiera sido consecuencia de un ajuste de cuenta o de una advertencia para disuadirlo de intentar algún chantaje o formular declaraciones a la prensa”.

25 de noviembre de 2007

GENOVEVO

Genovevo Pérez Dámara, jefe del Estado Mayor del Ejército, estaba desorbitado y se extralimitaba por día. Grau, sobre todo tras los sucesos del reparto Orfila (15 de septiembre de 1947) lo malcrió y al finalizar su mandato dejó en herencia a su sucesor

Carlos Prío Socarrás a ese “estratega de los avances prodigiosos” que, sin méritos de guerra ni servicios excepcionales, había ascendido de comandante que era en octubre del 44 a general de tres estrellas en febrero del año siguiente, y que desde entonces no se cansaba de repetir que tenía a las Fuerzas Armadas en su muñeca y amasaba una fortuna cuantiosa, incrementada sospechosamente en marzo del 46 cuando le tocó el segundo premio (cincuenta mil pesos) de la Lotería Nacional. La prensa, sin ningún embozo, le llamaba Genovivo.

Por su soberbia y deshonestidad, soldados y oficiales no soportaban al gordísimo militar a quien Prío veía como un problema creciente y al parecer sin solución. Genovevo había internado en las prisiones de la Cabaña al general Abelardo Gómez Gómez cuando este lo acusó de irregularidades en el manejo de los fondos del retiro militar y sacó de su cargo como jefe del Regimiento 6, destacado en Columbia, al coronel Quirino Uría por haberse negado a ceder soldados bajo su mando a fin de que trabajasen como peones en fincas de personeros civiles y militares del régimen. Por atreverse a sancionar a un aforado que gozaba de los favores del jefe del Estado Mayor, Soca Llanes, jefe del Regimiento Plácido, de Matanzas, fue objeto de una severa reprimenda por parte de Genovevo, que llegó a gritar delante de un grupo de altos oficiales que el ejército era cosa suya y ni el presidente podía interferir en sus órdenes y determinaciones.

El astuto Prío observaba el peligro creciente que entrañaba Genovevo y, en silencio, llevaba su expediente. El mandatario pasó por alto el llamado incidente del sombrero, cuando en Co-

lumbia, en diciembre del 48, en ocasión de la celebración del Día del Soldado, tuvo que presenciar la revista militar con su sombrero en el suelo, debajo del asiento, pero obligó a Genovevo a disculparse por el bofetón que en público propinó ese día al periodista Guillermo Gener, del diario *Prensa Libre*, que comentó con el general la descortesía evidente con que se trató al jefe del Estado en la mayor fortaleza del país.

Genovevo, al parecer, le había cogido la baja a Prío y había quienes hablaban de la existencia de un doble poder en la nación. El comandante Trujillo, su ayudante, sin respeto alguno por la investidura presidencial, aludía a Prío como “el presi” y, con desfachatez, preguntaba en Palacio si había algo importante que comunicar a su jefe. Este, sin embargo, se sintió amenazado con el nombramiento de Segundo Curti como ministro de Defensa y su preocupación se acrecentó al saber que el nuevo titular se proponía ejercer a plenitud las funciones inherentes a su cartera por más que el presidente le recomendara que no lo metiera en líos con Genovevo. A fin de apuntalarse, Genovevo buscó un aliado y creyó encontrarlo en Orlando Puente, muy cercano al mandatario en virtud de su cargo de secretario de la presidencia. Sin pensarlo mucho, le anunció que le tenía reservada una sorpresa y lo condujo hasta un yate de no menos de cincuenta mil dólares. Era su regalo a Puente. Aceptó este el obsequio, pero al llegar a su casa comunicó a Genovevo que lo declinaba. Lo hizo por escrito y entregó a Prío una copia de la nota. Aquello fue para el presidente la señal definitiva. El mayor general Genovevo Pérez Dámera estaba en alguna maniobra, escribe el historiador

Newton Briones Montoto, pero aún se desconocía cuál era su objetivo.

La próxima víctima

El 19 de julio de 1949, *La Voz del Yuna*, radioemisora de la República Dominicana, dejó escuchar un mensaje para Genovevo: “General Pérez Dámera, general Pérez Dámera, ¡tenga cuidado! ¡La próxima víctima será usted! ¡Hay un complot organizado para matarlo!”

La víspera había muerto en un atentado, que hasta hoy no se ha esclarecido, el coronel Francisco Javier Arana, jefe del ejército guatemalteco, para quien la emisora, instrumento dócil del sátrapa Rafael Leónidas Trujillo, transmitió también un mensaje de muerte. La reiteración del recado en el transcurso de los días causó inquietud honda en Genovevo que, pese a las recomendaciones del presidente Prío de que lo desechara por calumnioso, decidió enviar a Santo Domingo, a espaldas del mandatario, dos emisarios a fin de que buscaran más información y escucharan lo que Trujillo quería decirle. A partir del regreso a Cuba del segundo de esos comisionados la desconfianza de Genovevo se hizo ostensible, se dice en la revista *Bohemia*. No se movía si no era acompañado de un grupo de ayudantes, aparte de hombres armados de ametralladoras. El espectáculo era insólito, particularmente cuando se trasladaba en compañía de Prío Socarrás, que miraba toda esa custodia con alarma creciente y hacía que la tensión aumentara entre ambos.

Fue el 22 de agosto cuando el presidente comprendió las razones de tal actitud. Ese día se enteró de que el coronel González Chávez, jefe de la Aviación militar cubana, por instrucciones de Genovevo, se había entrevistado con Trujillo, enemigo de Prío desde los días de la expedición de Cayo Confites, con la que el gobierno cubano había querido derrocarlo y a la que Genovevo había ayudado a frustrar. Al día siguiente tenía en su poder el informe detallado que sobre ese encuentro le había remitido el movimiento clandestino antitrujillista. De la desconfianza, Genovevo pasaba a la deslealtad y por ese camino, puntualiza Enrique de la Osa, nadie era capaz de concretar a dónde sería capaz de llegar el acaudalado y ventrudo general, y Prío, jugándose todo a una sola carta, decidió proceder de inmediato. Dijo a sus allegados: “El ejército es una institución o un cuerpo político. Si es lo primero, mi sola presencia en Columbia resolverá el problema. Si es lo segundo, el país está perdido y yo correré su suerte”.

En casa de mamá

En la mañana de ese día, el ministro Curti instaba a Prío a que actuara con energía y sin demora. “Si no destituye hoy a ese hombre, mañana no es usted presidente”, le dijo. A las cinco de la tarde, el mandatario, sin explicar los motivos, dispuso el acuartelamiento de los efectivos de la Policía Nacional. A las siete se reunió de nuevo con Curti y se llamó a Palacio al general Ruperto Cabrera, segundo jefe del Estado Mayor para comunicarle

que reemplazaría a Genovevo y preguntarle si estaba dispuesto a aceptar. “A sus órdenes, Señor Presidente”, respondió Cabrera en posición de firme.

Surgió un problema imprevisto, de mero formulismo. El decreto con el que se cesanteaba a Genovevo y se daba posesión a Cabrera tenía que ir firmado por el primer ministro además del presidente, y el primer ministro se hallaba fuera de Cuba. El trámite se allanó con el nombramiento de Curti como premier interino.

De inmediato Prío subió al tercer piso de Palacio donde se ubicaban las habitaciones privadas del presidente de la República, y pidió a su esposa, Mary Tarrero, que saliera cuanto antes del edificio. “Voy a dar un paso muy serio, aseveró. He resuelto destituir esta noche a Genovevo y como toda la guardia de Palacio fue designada por él, quiero que me esperes en casa de mamá”. Para los Prío, la casa de mamá era la de Malecón, 605, donde Regla Socarrás vivió durante años.

A las 11:10 el mandatario salió hacia Columbia. Lo acompañaban únicamente el general Ruperto Cabrera y el coronel Rafael Izquierdo y el capitán Vicente León, sus ayudantes militares. Ya en el campamento, pasó por la casa del coronel Uría que, en guayabera, jugaba dominó en el portal con el coronel Horta, y los invitó a que lo acompañaran. En la sede del Estado Mayor no había un alma, y Genovevo se había llevado la llave de su despacho. Algunos afirman que Prío ordenó entonces que rompieran la puerta, pero otros aseguran que el capitán León saltó por una ventana y franqueó el acceso del presidente. Prío mandó a convo-

car a los oficiales y una vez que explicó las razones de su visita pidió que le comunicaran con Genovevo. Había un nuevo jefe en el Estado Mayor y la autoridad civil estaba restaurada.

En la larga

En su finca La Larga, en Camagüey, Genovevo vio una película después de la cena y jugaba lotería con familiares e invitados. Sonó el timbre del teléfono y el ayudante de guardia, el capitán Fajardo, le comunicó que lo requería el general Cabrera, pero bien pronto los jugadores, que captaban solo una parte del diálogo, se percataron de que el dueño de la casa hablaba con el presidente de la República y que acusaba una palidez de muerte. “Si usted lo ordena, Presidente”, se le escuchó decir, y enseguida, como un chiquillo sorprendido con una reprimenda, añadió: “Pero ¿por qué?” Cuando colgó el auricular dijo a los reunidos: “Prepárense, que nos vamos para La Habana” y guardó un nervioso silencio. Nadie se atrevió a interrogarlo. Quince minutos después se dejó escuchar de nuevo el timbre del teléfono y esa vez fue el propio Genovevo quien se precipitó sobre el aparato. Era el jefe de sus ayudantes para decirle lo que ya sabía. La situación se hacía insostenible en la sala de estar de la casa de La Larga, y Genovevo, como única explicación, anunció: “Están hablando con el ex jefe del Ejército”.

En el diálogo breve y tirante, pero respetuoso y en el que el mandatario siguió tratándolo de general, Prío le dijo: “Lo desti-

tuyo porque usted perdió la confianza en mí y la cosa no anda bien cuando un subordinado pierde la confianza en su jefe”. No necesitaba decir más. Dos plumazos le habían bastado para destituir al hombre fuerte.

19 de mayo de 2006

¡SE ACABARON LAS PISTOLAS!

Alejo Cossío del Pino, propietario de Radio Cadena Habana y del restaurante campestre Topeka, tenía razones para sentirse deprimido. Hacía rato que había olvidado la amenaza de muerte que pendía sobre él desde que, en los días de la masacre de Orfila (septiembre de 1947), los seguidores de Emilio Tro lo acusaron de favorecer a los adictos de Mario Salabarría y colocaron su nombre en la lápida de la tumba del jefe de la Unión Insurreccional Revolucionaria para advertir que la UIR había puesto precio a su cabeza.

Algo más inmediato lo aplastaba. A sus desavenencias recientes con el alcalde habanero Nicolás Castellanos se sumaba la comunicación recibida aquella mañana. Pese a haber quedado como primer suplente, con más de diez mil votos, en las elecciones legislativas de 1950, el Tribunal Superior Electoral reconocía a José Basterrechea, que solo alcanzó dos mil sufragios, el derecho a ocupar la curul dejada vacía por Benito Remedios en la Cámara de Representantes. Aducía el Tribunal que Cossío no pertenecía ya al Partido Republicano, por el que había aspirado.

Si bien el documento expresaba que la decisión final del asunto debía tomarla la comisión de actas de la Cámara, Cossío comprendió que no volvería, al menos esta vez, al ala derecha del Capitolio.

—Todo me está saliendo mal —se dijo e hizo varias llamadas telefónicas para compartir la noticia adversa con sus amigos. Con uno de ellos, el parlamentario Radio Cremata quedó en verse esa noche en la puerta de la emisora. Llegó Cremata a la hora convenida y, junto con José R. Mérida, presidente del Partido Nacional Cubano en el barrio de Arsenal, cruzaron la calzada de Belascoaín y caminaron hasta la calle San José. Allí en el café-restaurant Strand, aguardaban Ceferino Duque y un hermano de Cossío.

Nada presagiaba la tragedia. Había pocos clientes en el Strand a esa hora y todo parecía tranquilo aquella noche del 11 de febrero de 1952. Tomó asiento el grupo alrededor de una mesa y solo cuando el dependiente trajo el pedido, Cossío, de espaldas a la calle San José, comenzó a leer en voz alta el dictamen del Tribunal Superior Electoral.

Seguían los cinco amigos los rutinarios y aburridos argumentos judiciales cuando un Oldsmobile rojo hizo una parada momentánea cerca del café para dejar salir a cuatro sujetos. Continuó el vehículo la marcha, dobló por San José y, con el motor encendido, aparcó a medianía de cuadra, mientras los cuatro individuos, sin premura, caminaron por la acera, bordearon el Strand y abrieron fuego sobre el grupo. Cossío cayó hacia fuera y en su caída arrastró a Mérida, gravemente herido. Corrieron

los agresores hacia el vehículo disparando al aire para sembrar el pánico. A la altura de la calle Marqués González, el policía de ronda, con riesgo de su vida, intercambió disparos con los ocupantes del automóvil, sin llegar a detenerlo. En el Strand, Cremata, Duque y el hermano de Cossío, repuestos del desconcierto del atentado, quisieron ayudar a las víctimas que se agitaban en sus charcos de sangre. Fue entonces que se percataron de que Duque y Cremata estaban heridos también. Alejo Cossío del Pino, con dieciséis perforaciones de bala en sus espaldas, no llegó vivo al hospital de Emergencias.

Las señas y el santo

Por la destacada personalidad de la víctima, la muerte de Cossío provocó en el país una ola de justificada indignación. Para muchos, la UIR había cumplido el juramento de eliminarlo que hizo en el sepelio de Emilio Tro. Para otros, por la frecuencia e impunidad de hechos como ese, el máximo responsable era el gobierno de Carlos Prío, incapaz de controlar el gangsterismo pese al llamado “pacto de los grupos” que, auspiciado por el Ejecutivo, pretendía poner fin a la actividad de los caballeros del gatillo alegre. Otros iban más lejos y acusaban al ex presidente Grau como responsable máximo del asesinato. En ese sentido recordaban que “ese viejo hipócrita” se había empeñado en hacerle la vida imposible durante los cinco meses y medio que lo mantuvo como su ministro de Gobernación (Interior). Al asumir

esa cartera, Cossío había declarado: “¡Se acabaron las pistolas!” y enunciaba un vasto plan para cortar de raíz el crimen político organizado. Vana ilusión pues mientras el ministro tomaba las medidas que creía oportunas para acabar con el pistolero, Grau seguía recibiendo en el despacho presidencial a los más connotados pistoleros.

Por lo pronto, las tres personas detenidas de inmediato tras la perpetración del atentado, tuvieron que ser dejadas en libertad. Los dos miembros de la UIR apresados por la Policía tenían una coartada perfecta. A la hora de los hechos bebían tranquilamente en el Bodegón de Toyo con el comandante Luis Varona, del Buró de Investigaciones. El tercer detenido era el propio Basterrechea que celebraba en su casa la decisión que a su favor emitiera el Tribunal Superior Electoral. Había sido la suya una detención gratuita pues nada lo vinculaba con el incidente.

Alguien conocía, sin embargo, el camino a seguir para llegar a los culpables. Tan pronto recibió, en su residencia del reparto Miramar, la noticia de la muerte de Cossío, el vicepresidente de la República, Guillermo Alonso Pujol, recordó las conversaciones que, casi un año antes y con la mayor reserva, sostuviera con el general Fulgencio Batista, en su finca Kuquine. El militar trató entonces de sumar a Alonso Pujol, pese a su posición en el gobierno, al golpe de Estado que tramaba contra Prío. Justo es decir que el hábil político no secundó los planes golpistas, pero prefirió guardar silencio y no ponerlos en conocimiento del gobierno al que pertenecía.

En aquellas conversaciones matinales, mientras desayunaban, Batista exponía las razones que, a su juicio, justificaban el golpe de Estado. El gangsterismo era una de ellas. “Es un mal que nos lleva a la anarquía y el Ejército y nosotros estamos en el deber de salvar la sociedad cubana”, dijo. En efecto, repuso Alonso Pujol, es una deshonra nacional, y un mal que debe extirparse. Añadió: “Pero sus víctimas hasta ahora carecen de relieve, en su mayor parte son miembros de clanes pseudo revolucionarios, y tales sucesos no han logrado herir en lo profundo la sensibilidad pública. No creo que estos hechos de sangre y la censurable conducta de las autoridades dejándolos sin castigo sean bastantes para justificar históricamente un alzamiento militar... Aún no ha ocurrido un hecho de tanta resonancia como fue en España la muerte de Calvo Sotelo, preludio de la sublevación de los generales Sanjurjo, Franco y Mola”.

Creía Alonso Pujol haber influido lo suficiente en el ánimo de Batista para disuadirlo de sus planes conspirativos cuando el atentado a Alejo Cossío del Pino lo sacó de su error. No se trataba de una víctima más, sino de un hombre que había ganado relieve gracias a sus arrestos cívicos y que podía convertirse en el Calvo Sotelo que Batista buscaba. Por eso decidió no esperar y a las once de la noche apremió una conferencia telefónica con el primer mandatario. A esa altura, las diferencias entre el presidente y el vice eran ya notorias e insalvables, al punto de que Prío había privado de su escolta a Alonso Pujol y le había retirado la custodia de su casa. No obstante, en aquella conversación tele-

fónica, si bien no disimuló su vehemencia, habló con cuidadosa consideración para la autoridad del jefe del Estado. Le dijo:

—Como integrante del régimen que presides, me creo autorizado a exhortarte, con todo respeto, para que actúes de modo inmediato y con suprema energía. Te sugiero la urgente sustitución del jefe de la Policía, la suspensión de las garantías constitucionales, que asumas personalmente la jefatura de las Fuerzas Armadas y dictes las otras medidas que sean procedentes para dar una batida en firme a los criminales que, con todos sus desmanes, están a punto de provocar una catástrofe.

Contaría después Alonso Pujol que Prío compartió su criterio y, tras agradecerle sus observaciones, le dijo que salía de inmediato para Palacio, donde reuniría al consejo de ministros. Alonso Pujol debió sentir tranquila su conciencia. Con lo dicho, quedaba bien con Prío y, con su silencio, seguía quedando bien con Batista. Había dado las señas al presidente, sin mencionarle el santo.

Camino de Columbia

Pero informes del Servicio de Inteligencia Militar ponían en conocimiento del alto mando del ejército los trajines conspirativos de Batista. Como sabía que no llegaría al poder por la vía electoral, se proponía conseguirlo por la fuerza.

En las reuniones que sostenía con un nutrido grupo de militares en retiro en las oficinas de su Partido Acción Unitaria, en

17 no. 306, en el Vedado, y en su propia residencia campestre, se insistía en la necesidad de crear un clima de agitación nacional tendente a demostrar que el gobierno de Prío carecía de fuerza para controlar el orden, mantener la paz pública y garantizar los derechos de la propiedad y la libre empresa. Se quería llevar a la opinión pública el criterio de que solo Batista podía restablecer el equilibrio. Por eso se orientaba estimular a los militantes del PAU a realizar atentados personales y promover alteraciones que colocarían a la República en un estado de inquietud y alarma que justificarían las aspiraciones batistianas.

Después de la conversación telefónica con Alonso Pujol, Prío salió de su finca La Chata, en Arroyo Naranjo, decidido a suspender las garantías constitucionales y dar una batida a las pandillas gangsteriles con el nombramiento de un nuevo jefe de la Policía Nacional. Ya en Palacio, convocó a sus más cercanos colaboradores. Pronto en torno al presidente se reunieron el primer ministro, Oscar Gans, y los titulares de Gobernación y Defensa, Segundo Curti y Rubén de León, respectivamente. Acudieron también los jefes del Ejército y la Marina, el fiscal del Tribunal Supremo y Orlando Puente, secretario de la presidencia y artífice del “pacto de los grupos”.

Cuando el decreto que suspendía las garantías, redactado y mecanografiado por Puente, estuvo listo, el presidente lo sometió a la consideración de los reunidos. El primer ministro, los jefes militares, Rubén de León y el fiscal del Supremo votaron porque no se tomara esa medida. Adujeron que la oposición acusaría al presidente de valerse de la muerte de Cossío del Pino para favo-

recer la posición electoral del candidato gubernamental, el auténtico Carlos Hevia. Prío y Curti, por el contrario, pensaban que la suspensión de las garantías constitucionales frenaría, al menos de momento, a los conspiradores. Anota el historiador Newton Briones Montoto: “Prevaleció la opinión de la mayoría y no se suspendieron las garantías”.

Se nombró, sí, al teniente coronel Juan Consuegra, del ejército, como jefe de la División Central de la Policía Nacional. El nuevo titular, hombre enérgico y hasta rudo, según calificativos de la prensa de la época, había ingresado en las Fuerzas Armadas en 1937 y a partir de 1944, a la sombra del general Genovevo Pérez, prosperó rápidamente en la jerarquía castrense. Con su nombramiento se militarizaba la Policía. Miembros de la llamada Compañía Especial que, para otros fines, el teniente José Ramón Fernández y Álvarez había contribuido a entrenar con esmero en Columbia, prestarían servicio en su sección radiomotorizada. Consuegra ordenó la detención de más de treinta pistoleros. Ocurrió lo de siempre: los tribunales, alegando falta de pruebas, los dejaron en libertad.

Se dice que existen elementos que confirman que Batista pagó a los asesinos de Alejo Cossío del Pino. Se dice que, ya siendo presidente, los indultó. La muerte del propietario de Radio Cadena Habana le allanó el camino hacia Columbia, el 10 de marzo de 1952.

*(Fuentes: Textos de Enrique de la Osa,
Alonso Pujol y Newton Briones Montoto.)*

30 de noviembre de 2008

VIDA, PRISIÓN Y MUERTE DE POLICARPO SOLER

Los que lo conocieron personalmente aseguran que no parecía un sujeto agresivo, sino más bien un político profesional, un hombre de éxito, pródigo en el abrazo y en la convidada, que enfundaba su imponente humanidad en la guayabera de hilo finísimo y el pantalón impecable, siempre con los cabellos y el bigote cuidados y la cara rasurada con esmero... Su semblante apacible y jovial no era el del clásico matón, pero Policarpo Soler lo era y de los peores.

Un largo rosario de crímenes jalonó su existencia desde que a comienzos de los años 40 se le acusó de un homicidio en su natal Camagüey. Pero lejos de condenársele por ello, Policarpo, con el nombre supuesto de Domingo Herrera, empezó a lucir un buen día los galones de teniente de la Policía Nacional. Y en la Policía estuvo hasta el fin del primer gobierno de Batista, en 1944. Dos años después, otro hecho de sangre lo obligaba a salir del país. Es entonces que, en México, estrecha amistad con Orlando León Lemus, *el Colorado*, y otros adversarios de la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) el grupo del extinto Emilio Tro que permanecían exiliados a causa de los sucesos del reparto Orfila, el 15 de septiembre de 1947. Regresa a Cuba y en septiembre del 48 se ve implicado en el asesinato de Noel Salazar, jefe de la Policía del Ministerio de Educación, y en abril del año siguiente en la muerte de Justo Fuentes Clavel, vicepresidente de la Federación Estudiantil Universitaria y miembro de la UIR. Es en ese mismo

mes, el día 19, que Policarpo ejecuta su primer atentado contra Wichy Salazar, vinculado también a la UIR, que lo buscaba para vengar la muerte de su hermano. A partir de ahí Wichy vivió como un condenado a la última pena sin plazo fijo. Policarpo lo acechaba y en la calle Ayestarán esquina a 20 de Mayo lo fulminó a quemarropa con una ametralladora. En julio del 50, en la esquina de San Rafael y San Francisco, ocurre otro atentado contra miembros de la UIR; deja un saldo de dos muertos y varios heridos. Testigos del incidente vieron a Policarpo disparar su ametralladora a través de la ventanilla de un automóvil en marcha.

El pacto de los grupos

A mediados de 1951 los muchachos del gatillo alegre que dirimían sus diferencias en una *vendetta* interminable, son convocados por el gobierno del presidente Carlos Prío a un acuerdo de paz. Se darían facilidades a los miembros de los grupos de acción para que se reintegraran a la vida normal y se “resolvería” su permanencia en el exterior si decidían abandonar el país. Es al calor de ese pacto de unidad, del que no quedó constancia escrita, que Policarpo Soler, siguiendo instrucciones de Orlando Puente, secretario de la presidencia de la República, se instala en la ciudad de Matanzas, con las garantías de que no sería molestado, y comienza a preparar su postulación como Representante a la Cámara en las elecciones de primero de junio de 1952.

Pero Policarpo es apresado en Matanzas, por la Guardia Rural, luego del atentado que sus partidarios perpetran contra un grupo de la UIR que se dedicaba a arrancar los carteles que anunciaban la candidatura del pistolero al Parlamento. Más que como a un detenido, en la cárcel matancera se le trató como un huésped de honor. Se le alojó en el salón de recreo de la jefatura del penal y se le permitió recibir a cuantos visitantes quisieron saludarlo. Algunos visitantes llegaban directamente desde el Palacio presidencial y a la vuelta transmitían al Ejecutivo los recados amenazadores del gángster: Policarpo haría revelaciones sensacionales en caso de que fuera presentado ante un tribunal.

Por tu madre no te vayas

Una noche, luego de conversar en la jefatura con amigos que fueron a visitarlo, se quitó la chaqueta y dijo:

—Déjenme colgarla aquí porque hoy no pienso salir.

Todos rieron, hasta los custodios, y Policarpo añadió:

—Tengo sueño. Hace seis años que no duermo bien. Estoy cansado de esta vida agitada. La gente me cree lo que no soy.

Poco antes, con la mayor insolencia, declaraba a la prensa:

—He sido víctima de las maquinaciones de mis enemigos que hacen creer que soy un monstruo para hacerme cargar con la culpa de todos los hechos que se han registrado durante los seis años en que aparezco como prófugo de la justicia. Pero tengo la seguridad de que la verdad se abrirá paso.

En esa ocasión expresó además su preocupación por el destino de las doscientas o trescientas familias que recibían su apoyo económico y que podían verse perjudicadas por su detención –el grupo de Policarpo, según una denuncia del abogado Fidel Castro ante el Tribunal de Cuentas (4 de marzo, 1952) disfrutaba de unas seiscientas “botellas” o sinecuras en diferentes ministerios– y aseveró que persistiría en sus aspiraciones políticas. Dijo que había dado su palabra a Prío de que no participaría en actos de violencia, y recalcó:

—El presidente de la República es mi amigo. Yo le prometí gestionar la terminación de la guerra de grupos. Hevia es mi candidato presidencial; es un cubano serio y honesto. Aspiro a Representante por el Partido Auténtico y soy uno de los “dieguitos”... (Es decir, partidario del senador Diego Vicente Tejera).

Una tarde Policarpo comunica a Florencio Saíenz que lo visitarían Tony Varona, senador y primer ministro del gobierno, y un oficial del ejército. Pero otros serían sus visitantes de ese día. Carlos Gil, dirigente obrero de la fábrica de jarcias, y varias personas más piden permiso para saludar a su “amigo Policarpo”. Se les niega la entrada, insisten en medio de un escándalo tremendo, y se lo conceden. De manera simultánea, Gil entra en la prisión y Policarpo avanza hacia la reja exterior, que permanece abierta, mientras que una mujer que también había pedido autorización para verlo, se le acerca y le entrega una pistola calibre 45. Ya armado, Policarpo empuja al oficial que lo conduce y sale de la cárcel. En la calle los acompañantes de Gil lo protegen con sus ametralladoras. Sucede entonces lo increíble. Una escena

grotesca. Florencio Saínz, jefe de la prisión, se abraza al fugitivo al tiempo que le dice:

—¡Policarpo, por tu madre, no te vayas! Mira que me perjudicas...

Policarpo sin embargo se mantiene en sus trece, sordo a las súplicas.

—Chico, no soy yo quien se quiere ir; son mis amigos los que me llevan.

Soy el colorado

Policarpo se instala tranquilamente en La Habana. En su casa del reparto La Sierra lo visitan los ministros Sergio Megía y Ramón Zaydín, más conocido como Mongo Pillería. Todas las noches sale a la calle con una ametralladora oculta en una jaba. Alguien increpa al Director General de Aduanas por permitirle acceder a drogas y granadas de mano, pero el hombre niega la imputación y afirma que solo le ha hecho llegar materiales de propaganda para su campaña política.

Es entonces que se produce una revelación impresionante. Policarpo, del brazo del secretario de la presidencia y ante la tolerancia de funcionarios judiciales y agentes del orden que custodiaban el local acude a la Junta Municipal Electoral del Este para obtener su cédula. Dice llamarse Policarpo Soler Cué y tener cuarenta y un años de edad. Ofrece además su dirección: calle Santa Clara, no. 14, en el barrio habanero de San Francisco.

Miembros de la UIR facilitan al Servicio de Inteligencia Militar (SIM) la localización de Policarpo, que la Policía decía desconocer. Las autoridades, luego de pensarlo mucho, lo detienen y lo internan en el Castillo del Príncipe. De ahí también se fugaría el día en que el custodio de una de las garitas que da a la calle G se vio rodeado de pronto y como por arte de magia por tres hombres, que lo hicieron al suelo, y uno de ellos, alto, flaco, pelirrojo, le dijo:

—¿No me conoces? Soy el Colorado, y vengo a buscar a mi hermano. No te muevas porque te mato...

Certificados médicos

A Policarpo se le recluyó en el Castillo del Príncipe bajo severas medidas de seguridad; se le prohibieron las visitas y no se le permitía tomar el sol en la azotea del presidio. Pero bien pronto su aislamiento se vio quebrado por las largas conversaciones que sostenía en la prisión con el ministro Megía, el senador Diego Vicente Tejera y otros representantes del gobierno. En cuanto a la prohibición de salir a la azotea, el propio Policarpo reclamó ese derecho que asistía a todos los reclusos, y se le pudo ver en ella todos los días, por las mañanas.

Los amigos no lo abandonaban a su suerte. Desde las alturas se presionaba a los magistrados del Tribunal de Urgencia a fin de que no lo condenaran por las dos causas que tenía pendientes ante esa instancia judicial, y como los jueces no se plegaron y

resistieron el asedio, se varió la conducta a seguir: un certificado médico tras otro obstruía la presentación de Policarpo a la justicia. Los dos primeros se expidieron a causa de un supuesto cólico hepático; el tercero, por un pólipo nasal. Se adujo que debía ser intervenido quirúrgicamente a causa de esa dolencia y se le internó en la enfermería del penal. Era un requisito táctico indispensable para la fuga. La enfermería se hallaba en la azotea, y cerca de ella se ubicaba la galera 21, donde, desde 1947, guardaban prisión algunos de los implicados en la masacre de Orfila, que acompañarían a Policarpo en la huida.

Apúrate, gordo

Fugarse del Castillo del Príncipe resultaba imposible sin la complicidad de los custodios, o su negligencia. Se imponía ganar primero las dependencias interiores de la prisión y bajar luego un muro de cien pies bajo la mirada de un centinela. Seguidamente debía atravesarse el foso, subir el elevado muro exterior que contaba en cada ángulo con una garita de vigilancia y, por último, descender los otros cien pies que separan la base de la fortaleza de la calle. Tan complicada y riesgosa operación la realizaron Policarpo y sus compañeros en cuestión de minutos en aquella ya lejana mañana del 25 de noviembre de 1951.

Luego de que el Colorado y sus hombres inmovilizaron al custodio de las garitas 5 y 6 que daban a la calle G –anótese: un solo custodio para dos garitas– el grupo de Policarpo, que seguía la

escena desde la azotea, entró en acción. Alcanzó la plataforma que da al foso y allí ató a una ventana la escala enorme por la que descenderían sin molestia alguna. Ya en el foso, los fugitivos lo atraviesan a todo correr. Les falta franquear el último muro, la contraescarpa que se alza sobre la calle, pero lo hacen con relativa facilidad gracias a la escalera de mano que el Colorado y sus amigos tenían situada ya allí. Policarpo, a causa de su voluminosa anatomía, resbala una y otra vez en el ascenso.

—¡Apúrate, gordo! —le grita el Colorado, y el aludido responde que no puede hacerlo más rápido porque la gordura se lo impide. Añade: ¡Es la buena vida!

Lo demás fue más fácil todavía. El grupo se escurrió por el ángulo de la fortaleza que da a la calle C, atravesó los patios de algunas de las casas colindantes y abordó los vehículos que aguardaban a pocos pasos de la Novena Estación de Policía.

¡Esto es una traición!

Segundo Curti, ministro de Gobernación en el gabinete del presidente Prío, no tardó en hacerse presente en El Príncipe. Aparatoso, gesticulante, soberbio, exclama una y otra vez: ¡Esto es una traición! Y agregaba:

—Esta gente no podía haber salido sin complicidad interior. Nunca se había producido una fuga tan escandalosa, tan absurda, a la luz del día. Las medidas de seguridad que habíamos tomado eran fantásticas.

Pero más que medidas fantásticas, decía Enrique de la Osa en su reportaje de la sección En Cuba –de donde tomo estos datos– se requería de medidas reales para impedir la fuga. Lo cierto es que la guarnición del castillo se hallaba deprimida en aquellos días. Acababan de decretarse más de quince cesantías entre los custodios y de los veintitrés soldados que conformaban la guarnición, solo dos estaban de servicio. De los más de cien vigilantes que conformaban la nómina de la fortaleza, muchos estaban en comisión y otros no lucían en las mejores condiciones para su tarea, en lo esencial por cuestiones de edad.

El ministro Curti acusó directamente al comandante Ismail, jefe de la Policía del penal, de complicidad en la fuga. La misma opinión exteriorizó Federico de Córdoba, director del Príncipe y recordó que días antes Ismail le había comunicado que le ofrecieron quince mil pesos si dejaba escapar a Policarpo, lo que dijo no haber aceptado. Yo creo que fue una coartada de Ismail, que estaba preparando el terreno para justificarse *a posteriori*, recalcó Córdoba. Hubo complicidad y soborno, repetía Segundo Curti, y el comandante Ismail, sin darse por implicado, afirmaba lo mismo. Curti y Córdoba presentaron de inmediato sus renunciaciones, pero el presidente Prío no se las aceptó.

Con Policarpo huyeron José Fallat, alias El Turquito, asesino de Emilio Tro y de Aurora Soler en los sucesos de Orfila. Además El Guajiro Salgado y Luis Matos Silbes que, a las órdenes de Mario Salabarría, participaron también en la agresión contra la casa de Morín Dopico. Se fugó asimismo Wilfredo Lara García, sentenciado a treinta años de cárcel por el asesinato del estudiante

Justo Fuentes Clavel y para quien se solicitaba otra condena por la muerte de Wichy Salazar. Huyó además Juan Díaz Acanda, un preso común. Del grupo, solo José Ríos Vence, implicado asimismo en lo de Orfila, no logró su propósito al fracturarse ambas piernas durante la aventura.

En declaraciones a la prensa, el Colorado negó de inmediato su participación en los sucesos del Príncipe, pero no ocultó la alegría que le causaba saber libre a su amigo Policarpo. Policarpo conversó también con los periodistas. Dijo que la fuga había sido obra de un grupo de sus activistas políticos y que hubiera sido poco delicado de su parte rehusar acompañarlos. Aseveró: “Esto me obliga a aplazar la liquidación y esclarecimiento de mi situación con la justicia. Ahora vuelvo al combate...”

Muerte

Luego de su fuga, Policarpo que, como un Houdini criollo, tenía el don de aparecer y desaparecer a su antojo, se esfuma. Depuesto el presidente Prío, reaparece en España. Escribe al respecto Raúl Aguiar en su libro *El bonchismo y el gangsterismo en Cuba*: “... El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 no pareció afectar la buena estrella de Policarpo Soler. Cuando se le suponía acosado, perseguido, y con los talones atropellados, en el esfuerzo por presentar su captura como un trofeo, su amplio círculo de amistades le facilitó el traslado a España a mediados de 1952. Los viajeros llegados de Madrid comentaban que el gángster se

paseaba, como un turista, por la Puerta del Sol”. En un artículo titulado “Frente a todos”, publicado en *Bohemia*, el 8 de enero de 1956, Fidel Castro afirmaba: “El régimen de Batista embarcó a Policarpo Soler para España repleto de dinero”.

De España, Policarpo pasó a Venezuela y de ahí a Santo Domingo, donde actuó como matón a sueldo del generalísimo Trujillo. A partir de enero de 1959 las versiones se confunden. Se dice que Trujillo no vio con buenos ojos las relaciones entre Batista y Policarpo. Otros afirman, sin embargo, que el cubano quiso darle la mala al sátrapa dominicano con el dinero –un millón de dólares de los tres exigidos por Trujillo– que Batista entregó en pago de la estancia suya y de sus hombres en la República Dominicana.

Sobrevinieron las desavenencias y Policarpo, sabiéndose en desgracia, quiso poner tierra por medio. Trujillo no le dio tiempo. Un día llegó a la casa de Policarpo sin escolta y con un pañuelo blanco en la mano, en señal de paz. Charlaron y bebieron como en los viejos tiempos y se despidieron con un abrazo. Entonces sus hombres, que se habían apostado convenientemente durante la visita, abrieron fuego contra Policarpo y los suyos.

Los acribillaron a balazos. Solo quedó viva Caridad, la mujer de Policarpo, para contar la historia.

En ese punto las versiones vuelven a confundirse. Porque Dello Gómez Ochoa, expedicionario de *Constanza* y Comandante del Ejército Rebelde, asegura que vio cómo fusilaban a Policarpo Soler en la cárcel de La Cuarenta.

(Inédito)

OTRA VEZ EL GOLPE

En varias ocasiones he hablado sobre los dos golpes de Estado del 10 de marzo de 1952. Uno, que orquestaron jóvenes oficiales, encabezados por el capitán Jorge García Tuñón, que derrocó al presidente Prío, y el otro, que propinó Batista a esos militares.

Cité al respecto, entre otras fuentes, un documento de Guillermo Alonso Pujol, que publicó en aquellos días la revista *Bohemia*, donde contaba como en marzo de 1951, es decir, un año antes del cuartelazo, Batista, con sus técnicas graduales y envolventes y su prudencia y reservas naturales, le preguntó cuál sería su actitud “si el Dr. Prío sufriera un percance, por ejemplo, un fatal accidente de aviación”. Alonso, lógicamente, respondió lo que debía. Como vicepresidente de la República que era cumpliría con los deberes que le asignaba la Constitución y asumiría el poder. Recalcó: “Salvo que el Ejército me lo impida materialmente”. Batista le dijo que había que prepararse para esa eventualidad “y mirar desde ahora a las Fuerzas Armadas”. Continuaron discuriendo y Alonso comprendió que su interlocutor lo llamaba a un plan que suponía, mediante el desplazamiento por la fuerza del presidente, su exaltación a la Primera Magistratura en un gobierno en que Batista se aseguraría plenos controles militares y políticos.

Al día siguiente volvieron a encontrarse y Batista, en la medida que lo creyó conveniente, reveló a Alonso su secreto. “En el Ejército hay un movimiento de jóvenes oficiales que se encamina a la destitución del presidente Prío y a su sustitución por el vicepresidente de la República. Me tienen por la figura que debe darle tonalidad

histórica al movimiento. Si los desoímos se corre el riesgo de que lo hagan por su cuenta y esto es muy peligroso dado la ausencia que tienen los militares del sentido de orientación política”. Alonso adujo que el alto mando secundaría a Prío, y Batista aseveró que esos oficiales serían destituidos fácilmente. “En mis planes no cuentan. Lo importante son los mandos en las unidades, y esos estarán a nuestro lado”. En esa segunda conversación Batista le pidió que le extendiese de inmediato el nombramiento como ministro de Defensa que haría valer en el campamento de Columbia en el momento preciso. “Aunque no lo decía claramente, me hablaba como si se tratara de un golpe a ejecutar en horas inmediatas”. Pese a la insistencia, Alonso se negó a secundarlo en la aventura. Salió de La Habana y no respondió a los llamados telefónicos del general. Cuando volvieron a conversar, Batista comentó: “El enfermo ha mejorado y se ha suspendido la operación. Nos sentimos alarmados al no localizarte ayer. Pasamos unos ratos muy malos para detener el golpe pues todo estaba dispuesto. Las órdenes en contrario tuve que darlas con dificultad...”

Transcurrió todo un año antes de que aquellos jóvenes oficiales en activo –unos cincuenta– con el concurso de uno grupo de militares retirados dieran el golpe de Estado.

General regreso

Me leí de un tirón el libro más reciente de Newton Briones Montoto, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales. Se titula

General Regreso y estudia, en sus más de cuatrocientas páginas, el gobierno de Prío, en sus aspectos políticos, económicos y sociales, para adentrarse en las causas que motivaron el golpe del 10 de marzo. Un libro ameno y altamente disfrutable, como todos los de ese autor, y calzado, al igual que los anteriores, con una indagación documental pasmosa y numerosas fuentes orales.

Uno de los informantes de Briones Montoto es el periodista Luis Ortega, cubano radicado en Miami y a quien Batista, en aquel ya lejano año de 1952 ofreció primero un cargo de ministro, que Ortega no aceptó, para insertarlo después en el llamado Consejo Consultivo, con el que el dictador suplantó al Congreso de la República, suspendido en sus funciones por el cuartelazo.

Ortega, avisado en su casa de Arroyo Arenas de que algo sucedía, pudo llegar esa madrugada a Columbia. No se atrevió o no pudo entrar –dice que un tanque se encimó amenazante sobre su automóvil– y se dirigió a la casa de Sergio Carbó, director del periódico *Prensa Libre*. Desde allí llamaron al mayor general Ruperto Cabrera, jefe del ejército. Atendió la llamada su esposa, Arminda Burnes. Estaba presa en el baño de la casa. Una hora antes, el ex comandante Manuel Larrubia Panque, retirado en 1944, había irrumpido, ametralladora en mano, en la habitación donde dormía Cabrera para llevárselo detenido. Antes de conducirlo a la casa de la suegra de Batista, en 86 y 5ta. B, en Miramar, los hombres que acompañaban a Larrubia arrancaron todos los teléfonos de la vivienda, pero no repararon en el del baño. Por ese aparato Arminda comu-

nicó lo que sucedía al teniente coronel Vicente León, jefe de la Casa Militar del Palacio presidencial, para que a su vez avisara a Prío, a la sazón en su finca La Chata, en Arroyo Naranjo. Aunque ella no lo sabía, a esa hora también estaban presos los generales Otilio Soca Llanes, ayudante general, y Quirino Uría, inspector general, detenidos asimismo en sus casas dentro del campamento, por el capitán Hernando Hernández, y el teniente Victorino Díaz, respectivamente. Al capitán Pilar García se le dio la misión de apresar al coronel Eulogio Cantillo, pero este huyó por una ventana y se refugió en la jefatura de la Aviación, que tenía bajo su mando.

Una hora después volvía Luis Ortega a Columbia. Vio de casualidad a su amigo “Silito” Tabernilla, hijo del “viejo Pancho” y secretario de Batista, que lo dejó entrar y en un jeep lo condujeron a la jefatura.

Cuenta Briones Montoto lo que Ortega le relató: “... Batista estaba muy nervioso, aunque lo recibió bien. Estaban allí algunos de los que iban a ser ministros. El que estaba dando las órdenes era Jorge García Tuñón... Estaba dando órdenes por teléfono y controlando la situación. Allí se encontraban Andrés Rivero Agüero, Ramón Hermida, Colacho Pérez y Oscar de la Torre. Luis se acercó a Batista y le preguntó qué era lo que estaba pasando.

—Chico, hemos tenido que asumir el poder...

“El ambiente era de temor, porque todavía el golpe no había cuajado y el mando estaba en manos de los oficiales principales. Batista estaba en un rincón y no daba órdenes, las daba García Tuñón...”

Antecedentes

En mayo de 1959, cuando se juzgó en La Habana a los culpables del golpe de Estado del 10 de marzo, al menos dos de los acusados aludieron con pelos y señales a la complicidad en el cuartelazo de Ruperto Cabrera, presente en la Causa no. 50 como testigo. Eso, en definitiva, no se ha probado. Segundo Curti, ministro de Gobernación en el gobierno de Prío, que falleció en Cuba en el 2001, tildaba a Cabrera de “incapaz” y hablaba de su “manifiesta negligencia que a ratos parece complicidad o aceptación cómplice” ante el golpe de Estado. Pero preguntado directamente por Briones Montoto sobre la actitud del ex jefe del ejército, respondió que consideraba que no hubo traición de su parte. Sin embargo, añadió con malicia: “Recuerda que Cabrera surgió el 4 de septiembre de 1933”.

El caso es que durante el gobierno de Prío algunos militares retirados y en activo vieron a Cabrera, como una ficha de recambio para asumir el gobierno. Apunta Briones Montoto: “La única dificultad estaba en que Cabrera se negaba a encabezar el movimiento. Entonces surgió Batista como alternativa”.

Batista, electo en la boleta del Partido Liberal como senador por Las Villas, estaba de nuevo en La Habana luego de su autoexilio (“el invierno largo”) en la Florida a partir de 1944, y había fundado su propia organización política, el Partido de Acción Unitaria (PAU) por el que pensaba aspirar a la presidencia en los comicios del 1 de junio de 1952.

Ajenos a Batista y al grupo de militares ya aludido, conspiraba otro grupo de oficiales. Esta conjura había surgido en la Escuela Superior de Guerra, donde tres profesores, Roberto Agramonte, Herminio Portell Vilá y Rafael García Bárcenas, todos civiles y vinculados políticamente al líder ortodoxo Eduardo René Chibás, propugnaban un golpe de Estado en connivencia con un puñado de militares entre los que sobresalía el capitán García Tuñón.

Luis Ortega, que obtuvo esa información de García Bárcenas y del propio García Tuñón, dijo a Briones Montoto, y así lo consigna este en su libro, que esos profesores llegaron a convencer a Chibás de que encabezara el movimiento. Chibás, amargado por su derrota en las elecciones presidenciales de 1948, se dejó seducir por la idea. No intervino directamente en nada, puntualiza Ortega, pero dio su asentimiento.

Sin un líder presentable

Se retractaría cuando, en las elecciones parciales de 1950, volvió a ser elegido senador. Con posibilidades reales de lograr la presidencia en el 52 concluyó que quería alcanzar el poder por la vía electoral. Así lo hizo saber a los profesores Roberto Agramonte, Portell Vilá y García Bárcenas que en la Escuela Superior de Guerra alentaban ese propósito con un grupo de oficiales entre los que sobresalía el capitán Jorge García Tuñón.

“Para los tres profesores y para los militares comprometidos, la retirada de Chibás fue un duro golpe. Se quedaron sin un líder presentable... Los tres profesores se abstuvieron de seguir promocionando la rebelión. Pero los militares ya estaban obsesionados con la idea de salvar a la República del caos...” –escribe el historiador Newton Briones Montoto, siguiendo el testimonio del periodista Luis Ortega, en su libro *General Regreso*. Continuaron pues sus reuniones conspirativas y, a la caza de un líder, se toparon frente a frente con Batista.

¿Batista? El hombre ha cambiado, insistieron algunos de los conspiradores y comisionaron a García Tuñón, el más antibatistiano del grupo, para que lo contactara. Apunta Ortega: “Era un excelente oficial, poco ducho en trajines políticos, pero de una alta moral profesional... Lamentablemente era un hombre muy influenciable y siempre dispuesto a tomar las cosas en serio. La entrevista de Batista con Tuñón fue desastrosa. Batista, muy hábil, lo convenció de que él era ya un hombre nuevo, renovado, y que solamente aspiraba al bien de la nación. Le describió un plan de gobierno maravilloso. Cuando Tuñón salió de la entrevista era otro hombre. Estaba entusiasmado. La descripción que le hizo a sus compañeros fue muy optimista. Batista era el hombre. Ya no le interesaba el dinero sino la gloria. Tenía arraigo en los cuarteles. Tenía influencia en la política nacional. Tenía buenas relaciones en Estados Unidos. En conclusión, los militares golpistas decidieron escoger a Batista como el líder del movimiento de regeneración”. Porque a todas estas, esos militares jóvenes querían deponer a Prío para

instaurar un régimen de honestidad administrativa absoluta, en el que imperara el respeto a la sucesión constitucional y se eliminara el pandillerismo que infestaba el país. Al menos, eso decían aquellos oficiales que, aun con Batista, pensaban ocupar, gracias del golpe, los cuadros principales del ejército. Veremos después qué les pasó.

El tercer hombre

En 1951, durante el proceso afiliatorio previo a los comicios, el Partido de Acción Unitaria batistiano alcanzó el tercer lugar con 227 457 afiliaciones. Lo superaban los partidos Auténtico (689 894) y Ortodoxo (358 118) pero quedó por encima de partidos tradicionales como el Liberal, el Demócrata y el Republicano. Y también por encima de los comunistas, el Partido Nacional Cubano, del alcalde Castellanos, y el Partido de la Cubanidad, del ex presidente Grau. La intención de votos confería asimismo a Batista el tercer lugar (14,21%) mientras que el ingeniero Hevia (Auténtico) con 17,53 y Agramonte (Ortodoxo) con 29,29 eran punteros en la lista. Con una opinión favorable a la gestión del Autenticismo se manifestaba más del 33% de los encuestados, mientras que en su contra lo hacía el 50, 54%. Medio millón de posibles electores –lo que los sociólogos llaman “la espiral del silencio”– no estaba afiliado a partido alguno.

Las posibilidades de Batista de alcanzar el poder en 1952 por la vía electoral eran remotísimas. Pensaba, sin embargo, que, en-

tre otras agrupaciones políticas, el Partido de la Cubanidad, con Grau distanciado de Prío, apoyaría su candidatura, y lo mismo haría el Partido Nacional Cubano. Cuando constató que esas dos organizaciones respaldarían a Hevia, candidato del gobierno, y que el Republicano, de Alonso Pujol, tampoco lo postularía, se supo en el aire y comentó con sus íntimos que no concurriría a los comicios. Determinación que intranquilizó a Prío ya que con Batista en el juego electoral el voto de la oposición se dividiría, en tanto que al quedarse fuera, todos sus votos, muchos o pocos, irían a parar a la boleta ortodoxa.

Antes, Batista y Prío, en una de las residencias particulares del presidente, se habían reunido en secreto, pero no tan en secreto como para que la Ortodoxia no se enterara, a fin de pactar la presencia de Batista en los comicios. En ese encuentro Batista ofreció a Prío su cooperación más decidida en su empeño de escindir la oposición. Cuando anunció su retirada, los consejeros palatinos pensaron que tal vez fuera poco lo que le ofrecieron por aquel pacto y acordaron añadir otros dos millones de pesos y cantidades considerables para algunos de sus allegados con tal de que mantuviera la candidatura.

“Este hecho, cierto o no, ha servido para que mucho tiempo después... periodistas e investigadores lo trataran equivocadamente. El supuesto ofrecimiento de Prío a Batista se interpretó de una manera diferente, y dio lugar a que se dijera que Prío había negociado un golpe de Estado con Batista”, escribe Briones Montoto en su libro *General Regreso*.

Vestidos de paisano

Las elecciones se acercaban y la conspiración seguía su curso en los institutos armados. El Servicio de Inteligencia Militar en cumplimiento de instrucciones superiores, mantenía una constante y discreta vigilancia sobre los movimientos del general Batista “por haberse tenido noticias de que mantenía relaciones políticas con miembros del Ejército en servicio activo”. El SIM recomendaba a la superioridad que obtuviera de “los Jefes de los Regimientos 5, 6 y 7 una atención de vigilancia especial sobre la entrada a sus respectivos perímetros de los retirados de las fuerzas armadas, restringiéndose en lo posible estos contactos, así como las visitas de civiles a zonas militares”.

La Policía Secreta vigilaba también a los complotados, en específico, sus contactos con familiares de militares en activo, y el periodista Mario Kuchilán, en su columna “Babel”, de *Prensa Libre*, escribía el 30 de enero del 52: “Con fecha 9 de enero recibimos un informe que ahora nos llega por otros conductos: He oído una conversación en que se daba por seguro una conspiración entre militares vestidos de paisano. La fecha, mayo o junio...”

En realidad, el SIM ni la Secreta tuvieron nunca una evidencia concreta de la conspiración, recalca Briones Montoto en su libro. En un documento que sobre los conspiradores elaboró el SIM se dice explícitamente: “...la forma hábil en que se desenvuelven... no ha permitido adquirir una prueba demostrativa”. Los informes preparados por ambos cuerpos llegaron al presidente, pero este no sistematizó el asunto y cometió el error de delegar la

investigación en el general Ruperto Cabrera, jefe del ejército. Al comandante Jorge Agostini, jefe del Servicio Secreto de Palacio, que le habló de la posibilidad real de un golpe de Estado, le dijo: “Estás nervioso. Vete para las competencias de tiro a ver si te serenas un poco”. Pero en un almuerzo que sostuvo con oficiales del ejército, Prío manifestó tener conocimiento de que algo anormal sucedía. Añadió que Batista conspiraba y que los militares se estaban poniendo en ridículo. Los oficiales replicaron que no querían verse de nuevo a las órdenes de Batista, totalmente desprestigiado, y que en el ejército nadie lo secundaría. Conoció además los nombres de los civiles que conspiraban –Colacho Pérez, Hermida, Carrera Jústiz...– personas a las que juzgó de tan escaso crédito que ni siquiera los tomó en consideración. “El presidente, concluye Briones Montoto, oyó lo que quería oír y, por lo tanto, una vez más no hizo nada”.

Actuar o no actuar

Prío se hallaba en una disyuntiva. Actuaba contra Batista o no. No es que le faltara acometividad. Tampoco conocía las dimensiones del movimiento que se tramaba en su contra y que terminaría sacándolo del poder. Su prioridad en ese momento eran las elecciones y, más aún, la derrota del candidato ortodoxo. Pero proceder contra Batista a esas alturas a causa de la conspiración equivalía a sacarlo del proceso electoral y su retirada, voluntaria o forzada, de la escena pública haría que la oposición

cerrara filas en torno a Agramonte. No tenía alternativa. Dice Briones Montoto en *General Regreso*: “La política y la seguridad se disputaban la atención del presidente y de las dos, la primera iba en punta. Prío entendía mejor la política que la conspiración”.

¿Un acuerdo tácito?

¿Existió realmente un acuerdo entre el presidente Prío y el general Batista que facilitó a este el camino del golpe de Estado?

El historiador Newton Briones Montoto, en su libro *General Regreso*, lo niega. Sin embargo, Martín Díaz Tamayo, uno de los protagonistas del 10 de marzo –ex capitán, empleado de la Terminal de Ómnibus de La Habana, a quien el cuartelazo colocó sobre los hombros las estrellas de general– murió convencido de que existió entre ambos al menos un arreglo tácito y que Prío “dejó hacer y dejó pasar, sin dar un solo paso ante la posibilidad de un golpe militar”. Los que sostienen esa tesis arguyen que tras la derrota de Antonio Prío, hermano del presidente, en sus aspiraciones a la alcaldía habanera –“Ya lo dice hasta Pomponio, nuestro alcalde será Antonio”, fue el lema de los Auténticos entonces– se veía a las claras que el candidato gubernamental sería arrollado por la marea ortodoxa en los comicios del 1 de junio del 52, y como los Ortodoxos habían prometido confiscar lo que estimaban bienes malversados por los Auténticos y juzgarlos como ladrones, Prío prefería la seguridad que le daría un gobierno encabezado por Batista. Agregan que Prío llegó a decir

que antes que de ver en la presidencia a Roberto Agramonte prefería forzar de alguna manera el resultado de las elecciones a fin de beneficiar a otro candidato opositor, tal vez a Batista. Pero alguien muy cercano a este, su cuñado Roberto Fernández Miranda –otro de los grandes favorecidos por el cuartelazo– escribe en su libro *Mis relaciones con el general Batista* (1999): “Claro que mucha gente... afirmará que jamás Prío hubiese entrado en ese tipo de componenda. Están en su derecho. En cuanto a mí solo puedo decir que jamás Batista dejó traslucir nada al respecto, ni entonces ni después. Todo esto es solo una suposición”.

El pretexto

El clima político se enrarecía por día en la República. Conspiraba Batista con un puñado de oficiales retirados y conspiraba el capitán Jorge García Tuñón a la cabeza de un grupo de militares en activo. El insulto soez se hacía norma en la vida pública y se entronizaban la confusión y la anarquía. Los rumores sobre la posible renuncia del presidente parecían ser falsos, pero era cierto que Prío, caso inédito en la política cubana, ansiaba la llegada de la fecha en la que traspasaría el poder. Lo agobiaban y lo mantenían en jaque los problemas dentro de su propio partido y los ataques sin tregua de que era víctima por parte de sus opositores. La libertad de expresión, que insistía en mantener, se utilizaba en su contra. Reinaba el desorden en la nación. Pistoleros y terroristas aparecían como candidatos a cargos electivos en las boletas del

Partido Auténtico y de sus organizaciones aliadas, y “los muchachos del gatillo alegre”, mancomunados en los llamados “grupos de acción” hacían de las suyas en las calles. “El gobierno carga las pistolas, los delincuentes las disparan”, declaraba Batista con olvido de que al alentar en años anteriores el “bonche” universitario, fue él uno de los propiciadores del gangsterismo que tanto auge cobraría durante los gobiernos Auténticos. La mitad de la población estaba desempleada y el crecimiento de la economía cubana no guardaba proporción con las necesidades....

El atentado a Alejo Cossío del Pino, que provocó una ola de indignación, se atribuyó a la Unión Insurreccional Revolucionaria (UIR) empeñada en castigarlo por sus declaraciones a favor de Mario Salabarría en los días de la masacre de Orfila (septiembre de 1947) aunque no faltaron los que responsabilizaron a los seguidores de Batista que habían acordado apenas unos días antes, el 7 de febrero, exhortar a jóvenes militantes del Partido de Acción Unitaria a realizar atentados personales y provocar toda clase de alteraciones del orden público a fin de justificar el golpe de Estado.

Añade el destacado historiador Briones Montoto que Batista ponía énfasis en el tema de la anarquía y se presentaba como un cancerbero del orden. Anunciaba que a su llegada al poder su primer empeño sería el de tomar acción enérgica y definitiva contra los pandilleros, a fin de erradicar “de una vez y para siempre la acción perturbadora de esos enemigos de la tranquilidad pública”. Aunque machacaba al gobierno en ese sentido, sabía, dice Briones, que ese no era pretexto suficiente para justificar un golpe de Estado, un acto que, una vez consumado, no agradaría

políticamente. Y como no encontraba la justificación plausible, la inventó: Prío protagonizaría un autogolpe.

El 13 de abril de 1952 declaraba Batista a *Bohemia*: “Tenemos pruebas muy ciertas de que meditaban el golpe de estado para alrededor del 15 de abril... Una conversación casual de Carlos Prío con Anselmo Alliegro nos puso sobre la pista...”

Las cosas, según Batista, sucedieron así. El presidente presenciaba un juego de pelota en el Gran Stadium del Cerro, y Alliegro, conmitón de Batista antes y después del 10 de marzo, fue a saludarlo. Siguiendo siempre la versión de Batista, Prío le dijo: “... he decidido que a menos que la posición electoral no haya mejorado para el 15 de abril, tomaré todas las decisiones que sean necesarias, te lo juro... de modo que no se les permita que suban al poder”.

Prío negó haber dicho esas palabras e incluso la veracidad de ese encuentro, aunque parece que utilizó a Alliegro para mandar un mensaje a Batista: Temía un golpe de Estado, estaba sobre aviso y vigilaba a cierto jefe militar. Pero Batista interpretó el recado a su antojo y encontró en él la justificación deseada.

“Esta era la nueva historia... Prío se proponía dar un golpe para el 15 de abril, el ex general se adelantó y salvó a la República del peligro Auténtico”, señala Briones.

La víspera

El 9 de marzo Batista asistió a un mitin electoral en Matanzas. Regresó a La Habana de noche y en una casa del reparto Kohly

se entrevistó con varios de los complotados antes de proseguir rumbo a Kuquine, donde lo esperaban otros conspiradores. Prío, que había pasado el fin de semana en La Chata, disfrutó ese día de los carnavales y paseó por el Prado, en un automóvil descapotable, en compañía de sus dos pequeñas hijas. El hermano Antonio bailó durante toda la noche en el cabaret Sans Souci, y Segundo Curti, ministro de Gobernación cenó en el restaurante Río Mar. Al día siguiente, el presidente haría el anuncio de su nuevo gabinete con Curti como primer ministro. No tendría chance de hacerlo.

Sin disparar un tiro

En Columbia, el capitán Dámaso Sogo, oficial superior de guardia, esperaba a los golpistas para flanquearles la entrada por la posta 6, pero a última hora Batista, desconfiado, decidió entrar por la posta 4, frente al monumento a Finlay, lo que motivó que llegara al campamento un minuto después de la hora prevista. El centinela, ajeno al complot, dio el alto a aquella caravana de cinco automóviles a los que escoltaban otras tantas perseguidoras, pero el capitán García Tuñón, pistola en mano, descendió de uno de los vehículos y retiró la cadena que impedía el acceso. Sogo, presente ya en el lugar, indicó a Batista que en un camión blindado se trasladara a la jefatura del Regimiento 6, donde lo esperaban los demás oficiales de la “junta militar revolucionaria”. Antes, el primer teniente Rodríguez Ávila, el hombre más

audaz del golpe a juicio de muchos, había puesto los tanques en zafarrancho de combate.

Detenidos los jefes principales, Columbia quedó en manos de los golpistas sin que fuera necesario hacer un solo disparo. Tampoco hubo resistencia en La Cabaña, sede del Regimiento 7, de Artillería, ni en La Punta, donde radicaba el Estado Mayor de la Marina de Guerra. La jefatura de la Policía Nacional cayó mansita en manos del teniente Salas Cañizares que dispuso de inmediato la ocupación del Palacio de los Trabajadores y de las oficinas del Partido Socialista Popular, de la central telefónica, en la calle Águila, y de la planta eléctrica de Tallapiedra y las plantas auxiliares de Melones, así como de las estaciones de radio. En el interior, los jefes de regimientos, salvo el coronel Fernández Rey, de Pinar del Río, se mostraban contrarios al golpe, pero a la larga ninguno se le opuso y acabaron por resignar el mando.

Cuando el coronel Vicente León, jefe de la Casa Militar de Palacio llamó a La Chata para informar a Prío de que Batista se había metido en Columbia, ya el presidente conocía la noticia y luego de comentarle sobre sus intentos por conjurar el golpe, le ordenó que, mientras él llegaba, hiciera fuego contra cualquier fuerza que intentara apoderarse de la mansión del Ejecutivo. Ya a esas alturas, actuando por su cuenta, León mantenía detenido al capitán Juan V. Mendive, dentista de la familia presidencial, que, al frente de un grupo de marineros, había intentado ocupar el edificio.

Somos la ley

A las 4:30 de la mañana, casi dos horas después de la entrada de Batista en Columbia, llegó Prío al Palacio presidencial. Lo acompañaban su esposa, sus hermanos Paco y Antonio, y Rafael Izquierdo, uno de sus ayudantes. Allí, entre otros colaboradores civiles, estaban Segundo Curti y Félix Lancís, ministros de Gobernación y Educación, respectivamente, el jefe de la Marina de Guerra, oficiales de la guarnición y edecanes militares. Alguien le sugirió que se trasladara a alguna de las provincias donde la guarnición se mantuviera todavía leal y el presidente se comunicó por teléfono con los jefes de algunos de los regimientos del interior. Habló con el coronel Eduardo Martín Elena, jefe del regimiento 4, de Matanzas. Le preguntó cuál era su posición respecto al golpe y el oficial respondió que permanecería en su puesto mientras pudiera cumplir con su obligación de defender la Constitución y las leyes de la República. Con anterioridad, en respuesta a un mensaje recibido de Columbia, el alto oficial había expresado que no acataría órdenes ilegales cualquiera que fuera su procedencia y que se concretaría a cumplir con las obligaciones que le imponía su juramento, palabras que sacaron de quicio a Batista, que ripostó: “¡Somos la ley. Cumpla órdenes o resigne el mando!”

Dice el historiador Newton Briones Montoto en su libro *General Regreso* que Martín Elena reunió a los oficiales principales de su Regimiento, como antes hizo con la tropa. Si encontraba ambiente, “formularía un plan para oponerse con las armas a la

consolidación del golpe”. Solo un oficial se manifestó dispuesto a secundarlo, aunque la mayoría de los reunidos no estaba a favor ni en contra del cuartelazo. “Por ello consideró que no valía la pena resistirlo”, puntualiza Briones.

El coronel Cantillo, jefe de la Aviación, sumado a Batista cuando todos esperaban que hiciera justamente lo contrario, había asumido el cargo de ayudante general del ejército. Con él se comunicó el coronel Martín Elena para reiterar que estaba en desacuerdo con el golpe. Sostuvieron este diálogo.

Cantillo: Yo pensaba igual que tú, pero me han convencido de lo contrario.

Martín Elena: Lamento mucho que te hayan podido convencer...

Cantillo: Mira que Columbia y La Cabaña ya se han sumado y te vas a quedar solo.

Martín Elena: Nunca me consideraré solo mientras esté al lado de la razón y la justicia.

Cantillo: Allá tú.

Martín Elena: Allá ustedes y la historia.

Mucho se ha repetido que Prío salió del Palacio presidencial con destino a Matanzas a fin de encabezar la resistencia y que ya en esa provincia se enteró de la destitución del coronel. En el juicio que en mayo del 59 se siguió a los militares golpistas, Martín Elena declaró como testigo que no recordaba que en ningún momento el presidente le hablara de la posibilidad de trasladarse a Matanzas. “No era para Matanzas para donde debía ir, sino para Columbia. Y si me necesitaba yo lo acompañaba. No se lo dije porque él no me lo preguntó”, afirmó entonces.

En la víbora

En el tercer piso de Palacio, Paco y Antonio Prío eran el pesimismo disfrazado de personas. Otros conminaban al mandatario a resistir. El jefe de una tropa de cincuenta soldados llegada para defender al presidente fue puesto bajo arresto cuando se comprobó que sus intenciones eran las de hacer justamente lo contrario. Dos miembros de la escolta de Prío se batieron a tiros con los tripulantes de una persecuidora que arribó al edificio por la puerta de la calle Monserrate; encuentro que arrojó muertos de ambas partes. Álvaro Barba llegó para ofrecer su solidaridad al gobierno en nombre de la FEU. Reclamó órdenes y armas. Pensaba erróneamente que ya el Ejecutivo había elaborado un plan para defenderse. Prío dispuso el envío a la universidad de las armas solicitadas. Nunca llegaron. Había que sacarlas del cuartel de San Ambrosio y ya esa instalación estaba en manos de los golpistas.

Sobre las ocho de la mañana, Prío salió de Palacio en un auto marca Buick con chapa particular. Por decisión propia lo acompañaba una escolta reducida que se le separó a pocas cuadras de Palacio. El vehículo que transportaba al todavía presidente de la República siguió solo. Briones Montoto duda de que el mandatario se trasladara a Matanzas. Una información apareció en esos días en el periódico *El Crisol* dando cuenta de que, en compañía de su esposa, buscó refugio en la casa del ingeniero Jarro, en la Víbora, y que a la una de la mañana del día siguiente, manejando su propio automóvil, los recogió allí el embajador de México a fin de conducirlos a la sede

diplomática de ese país, en Línea y A. Prío saldría del país sin haber renunciado a la primera magistratura.

Expresa Briones Montoto: “Con la rendición del Palacio presidencial y de los cuarteles militares y el asilo posterior de Prío, todo quedaba concluido. En la carrera imaginaria que se había iniciado entre Chibás y Aureliano... el vencedor era Fulgencio Batista”. Dice además: “El acontecimiento que se acababa de producir era el resultado de la capacidad de análisis de Batista, no de su valor”.

Recordemos que aludimos antes a un Batista arrinconado en el Estado Mayor mientras que el capitán García Tuñón daba las órdenes en los primeros momentos del golpe. Los papeles cambiaron al mediodía cuando numerosos civiles entraron en Columbia dando vivas al ex general. Los oficiales del golpe, incluso García Tuñón, terminaron arrinconados entonces. “A partir de ese momento, Batista es el que controla el golpe. Fue una maniobra muy bien realizada y con mucho sentido porque lo que había comenzado como un golpe de unos militares insatisfechos con un jefe civil, Batista lo convirtió en un golpe de Batista. Y a partir de ese momento empezó a decidirlo todo”, escribe Briones. Designó al viejo Tabernilla como jefe del Estado Mayor y se la dejó en la uña a García Tuñón, verdadero artífice del cuartelazo, que tendría que conformarse con las estrellas de coronel y con la jefatura de Columbia. Ciertamente es que meses después, ante el reclamo de sus parciales, lo ascendió a general, pero sus días en el ejército estaban contados.

15, 22 y 29 de enero y 5 de febrero de 2006

LOS PUROS

Hace más de cincuenta años, un grupo de oficiales del ejército quiso derrocar a Fulgencio Batista. El movimiento, al que el pueblo bautizó como “Conspiración de los Puros”, fue develado, pero demostró que no existía en las Fuerzas Armadas la “unidad monolítica” de la que tanto alardeaba el dictador. La oposición a Batista había comenzado en los institutos militares el mismo 10 de marzo de 1952. Cuatro años después, más de ciento veinte oficiales profesionales, de los quinientos con que contaba el ejército (no incluye esa cifra los oficiales designados “de dedo” tras el golpe de Estado) estaban comprometidos directamente en la conspiración. La cobardía de uno de los implicados frustró el movimiento y sus dirigentes principales fueron juzgados y condenados a prisión.

Así fueron los hechos aquel 4 de abril de 1956.

Desalojar a Batista

El movimiento surgió y se estructuró espontáneamente. Había oficiales descontentos en la Ciudad Militar de Columbia, sede del Estado Mayor General, en la fortaleza de la Cabaña, en la Aviación, en la Escuela de Artillería de Atarés, y en la Escuela de Cadetes de Managua, y los inconformes en cada una de esas dependencias desconocían que en las otras había gente que pensaba como ellos. El comandante Enrique Borbonet, jefe, pri-

mero, de un pelotón y luego de una compañía de paracaidistas, se encargaría de contactarlos y nuclearlos. Él sería el alma de la conspiración.

Antes del 10 de marzo, la oficialidad joven y no corrompida tenía puestos los ojos en los coroneles Eduardo Martín Elena, Eulogio Cantillo Porras y Ramón Barquín López. De ascender cualquiera de ellos a la jefatura del ejército, procuraría una institución más profesional, ajena a intereses políticos espurios y al servicio de la Constitución y la República. Pero Martín Elena salió de las filas el mismo día del golpe de Estado y Cantillo, plegado a Batista, que le dio las estrellas de general, ayudó, con su nombre, su prestigio y su autoridad, a consolidar la asonada. Así, de aquellos tres coroneles quedaba solo Barquín. Se desempeñaba como agregado militar de la embajada de Cuba en Washington y vicepresidente de la Junta Interamericana de Defensa. No era batistiano. No debía sus grados al 10 de marzo. No disfrutaba de prebendas y mostraba la misma inconformidad con la situación del país que los conspiradores, con algunos de los cuales mantenía contacto y estaba en connivencia. La idea de que el movimiento, para tener éxito, debía ser encabezado por una figura de grado y nombre, conocida públicamente y con aceptación internacional, llevó a los conjurados, con el asentimiento de Borbonet, a ofrecer su jefatura al coronel Barquín.

No había en el grupo una mentalidad homogénea. La mayoría evidenciaba un comportamiento prudente y un pensamiento conservador. Poco o nada quedó escrito sobre las proyecciones sociales de ese movimiento. Todos estaban de acuerdo en la necesidad

de desalojar a Batista del poder y restablecer la Constitución de 1940. Ahí terminaba prácticamente la unanimidad porque unos consideraban que con expulsarlo del país era suficiente, mientras que otros querían que fuese juzgado. Asesinos y esbirros y los grandes ladrones del erario público serían también llevados ante los tribunales. Se abogaba por la depuración y reorganización del ejército, cuyas plantillas se habían hipertrofiado con el 10 de marzo, y por la creación de la carrera administrativa, que, entre otros males, evitaría que el funcionario público estuviese a merced de los cambios de gobierno, cuando veía revolotear el fantasma de la cesantía. Había disparidades en cuanto a la aplicación de la reforma agraria. Unos pretendían que contemplase todas las tierras; otros, solo las baldías y las estatales. La propuesta de confiscación de los bienes mal habidos, también encontraba opositores. Se coincidía en que las elecciones se convocaran lo antes posible. Esos eran los lineamientos generales. Si bien todos los comprometidos estaban dispuestos a actuar, no había coincidencias en cuanto a la forma de resolver el drama de Cuba.

Los oficiales conspiradores, de apoderarse del mando, designarían como presidente provisional de la República al doctor Clemente Inclán, Rector de la Universidad de La Habana, y el doctor Herminio Portel Vilá, hombre con fama de incorruptible entonces, sería el Fiscal General. Ninguno de los dos llegó a enterarse en su momento de esa designación. Barquín, a juicio de muchos, debía asumir como ministro de Defensa, y Borbonet como jefe del ejército. Pronto se supo que el coronel quería ese último cargo, sobre lo que no se llegó a una decisión definitiva. Se acordó

que ninguno de los complotados fuera ascendido y que una vez que el gobierno provisional convocara a las elecciones generales, debían presentar la solicitud de retiro y abandonar la vida militar.

¡Revolución! ¡Revolución! ¡Revolución!

Pasaban los meses. Fracasaban los esfuerzos antibatistianos de Aureliano Sánchez Arango, ministro de Educación y canciller en el gobierno del presidente Prío, y los del ex senador ortodoxo Emilio, *Millo*, Ochoa, así como los de la Sociedad de Amigos de la República, encabezada por Cosme de la Torriente, que desembocaron en el llamado Diálogo Cívico, que reunió en la Casa Continental de la Cultura (actual Casa de las Américas) a representantes de la oposición y el gobierno. Esas conversaciones retardaron los propósitos de los militares, que creyeron que todavía era posible encontrar una solución política. Pero los gritos de “¡Revolución! ¡Revolución! ¡Revolución!” que la ciudadanía dejó escuchar en el mitin que convocó la oposición política, “atomizada y pedigüeña”, en la plazoleta de Luz, en La Habana Vieja, en diciembre del 55, no dejaban lugar a duda sobre la verdadera salida del problema cubano.

Llegó así el mes de marzo de 1956. Los conspiradores en el ejército creyeron que todas las condiciones estaban creadas para desencadenar el movimiento y determinaron no desaprovechar

la oportunidad de la inminente venida a La Habana del coronel Barquín. El mayor general Francisco Tabernilla, jefe del Estado Mayor, lo citaba para comunicarle que formaría parte de la delegación cubana que participaría en una conferencia sobre la plataforma submarina que tendría lugar en Santo Domingo, y le pidió que, al margen de ese evento internacional, averiguara, si Trujillo lo creía implicado (a Tabernilla) en el supuesto contrabando de armas destinadas a los enemigos de la satrapía quisqueyana o si, por el contrario, se trataba de una cortina de humo para encubrir otros planes.

Eso lo cuenta Barquín en una entrevista que concedió a la revista *Bohemia*, el 8 de febrero de 1959. Añadió que en ocasión de su estancia en Cuba, Batista lo invitó a almorzar y le anunció su ascenso inmediato a general de brigada y su designación como cuartel maestro general del ejército, en sustitución del general Díaz Tamayo, que pasaba a retiro. Siguiendo siempre esa entrevista, Barquín regresó de la República Dominicana convencido de la peligrosidad de la conspiración trujillista contra Cuba, en la que se involucraban los elementos peores del batistato.

Domingo 1, por la noche

Ya con Barquín de regreso en La Habana se hicieron las coordinaciones finales para el levantamiento, y se comunicó a los conjurados que se les avisaría con veinticuatro o cuarenta y ocho horas de antelación para que se prepararan.

El domingo 1 de abril, por la noche, un grupo de los conspiradores se reunió en la residencia de Barquín, en la playa de Tarará. Acudieron al encuentro, entre otros, el comandante Borbonet, el teniente coronel Manuel Varela Castro, de la División de Tanques de Columbia, los comandantes Orihuela Torra, director de la Escuela de Artillería y Enrique D. Ríos Morejón, de la Cabaña, el capitán Hugo Vázquez...

Se ultimaron allí los detalles del movimiento y la fecha, que sería en la noche del 3-4 de abril; detalles que Borbonet transmitió a cada uno de los implicados principales para que los implementaran en sus mandos y tomaran las medidas pertinentes en cada uno de ellos.

Según esos planes, el teniente coronel Varela y el comandante Borbonet ocuparían la División de Infantería y asumirían el mando de Columbia, en tanto que Barquín, con dos oficiales, se haría cargo del Estado Mayor General. Con esas acciones quedaría decapitado el mando batistiano. El teniente Manuel Villafaña se encargaría de la Aviación y con un grupo de oficiales neutralizaría las pistas y utilizaría los aviones en caso necesario. Tropas de Columbia, por orden de Borbonet, ocuparían el Palacio presidencial y Kuquine, la finca de Batista, en Arroyo Arenas. El comandante Ríos Morejón consolidaría la Cabaña.

Con aquella fuerza formidable y disciplinada que eran los cadetes, el primer teniente José Ramón Fernández Álvarez, actual vicepresidente del Consejo de Ministros, aseguraría el mando de la Escuela y del campamento de Managua y se dirigirían luego a Columbia, donde el oficial superior de guardia u oficial de día, les

franquearía la entrada. Los cadetes, divididos en grupos mandados por oficiales de la Escuela comprometidos con el movimiento y a bordo de un transportador blindado, procederían a detener en sus casas, situadas en la propia Ciudad Militar, a los jefes del ejército. Una vez efectuadas esas detenciones, los complotados reunirían a la tropa a fin de darle a conocer los sucesos. No contemplaron los militares valerse de las estructuras del movimiento obrero, controlado por el batistiano Eusebio Mujal, pero sí, una vez que se consumara el movimiento, llamar a los estudiantes, convocar a la universidad y dar a conocer una proclama al pueblo para explicar el papel que empezaba a jugar el ejército.

El traidor

Por el número de conjurados y los mandos que desempeñaban, la conspiración del 4 de abril tenía grandes posibilidades de éxito. Pero entre Los Puros había un traidor.

Todo parecía marchar viento en popa cuando el comandante Ríos Morejón acudió a la enfermería de la fortaleza de la Cabaña y pidió al primer teniente médico Jordán Desquirón que le administrara un sedante porque se encontraba muy alterado y no había conseguido conciliar el sueño durante la noche. El médico, como es lógico, lo interrogó para conocer la causa de su perturbación y el Ríos le espetó:

—Es que mañana vamos a tumbar a Batista. Preparamos un golpe...

El primer teniente médico Jordán Desquirón apenas reprimió su sorpresa ante la revelación de que al día siguiente estallaría un movimiento para derrocar a Batista, que acaba de hacerle en la enfermería de la Cabaña el comandante Ríos Morejón. El médico no estaba entre los conspiradores, pero como tampoco era batistiano, decidió tragarse el secreto y despidió a su interlocutor no sin recomendarle que no repitiera lo dicho a nadie. Ya fuera de la consulta, Ríos Morejón se topó con el primer teniente Bienvenido Fuentes y volvió con el cuento. Fuentes debía sus grados al 10 de marzo y no guardó la misma reserva. Corrió a encontrarse con el coronel Julio Sánchez Gómez, jefe del Regimiento no. 7, destacado en la fortaleza. No lo encontró y pasó el soplo al segundo de este, el teniente coronel José de la Campa Méndez, que de inmediato se trasladó a Columbia y transmitió la información al general Cantillo Porras, ayudante general del ejército. Cantillo, sin perder tiempo, citó a Ríos Morejón al Estado Mayor. Allí lo esperaban oficiales del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) que lo detuvieron y condujeron a la sede de esa dependencia.

En esos momentos, el comandante Borbonet y el segundo teniente Reynaldo Pérez Figueiras estaban en la Escuela de Cadetes de Managua. Borbonet ajustaba con el primer teniente José Ramón Fernández Álvarez, subdirector del centro, los detalles de la misión que se asignó a este cuando al desencadenarse el movimiento, al frente de otros oficiales de la Escuela comprometidos y los cadetes seleccionados, procedería a la detención, en Columbia, del alto mando militar. Esos y otros oficiales probaban

además las ametralladoras Thompson que la oficialidad utilizaría en esa acción, a la que los cadetes acudirían con fusiles.

En el SIM, Ríos Morejón hablaba hasta por los codos. Tanto que casi hubo que mandarlo a callar. Expresó de entrada que, engañado, fue arrastrado a incorporarse a un movimiento que perseguía el fin, dijo que le dijeron, de consolidar a Batista en el poder, y que ahora lo denunciaba porque estaba seguro de que se proponía justamente lo contrario. Pronto se sabría de su detención y de cómo embarraba con sus declaraciones a los oficiales que conocía. Se supo porque un oficial del SIM, que estaba entre los conspiradores, se comunicó desde un teléfono público con un oficial de Columbia que formaba parte también del grupo de Los Puros.

Uno de los acuerdos que se tomaron en la residencia de Barquín, en Tarará, el 1 de abril, fue que si alguno de los conspiradores era detenido aguantaría los interrogatorios e incluso los maltratos porque los que estaban fuera entonces adelantarían las acciones previstas para la noche del 3-4 siguiente. Ríos Morejón fue detenido el día 2. Barquín refirió que a él lo detuvieron el 3. Había acudido al Hospital Militar a recibir un tratamiento de diatermia, hizo después algunas gestiones, y, al regresar a su casa, le informaron que el coronel Ramón Cruz Vidal lo citaba en el Estado Mayor. Compareció al llamado y Cruz Vidal lo recibió en el vestíbulo.

—Coronel, hay una denuncia contra usted por conspiración y debe acompañarme al SIM –le dijo.

Más tarde, desde su celda, Barquín escuchó la estentórea voz de Borbonet y después la del teniente coronel Varela Castro que también fueron detenidos. Al conocer de las detenciones de esos y otros oficiales, el teniente Pérez Figueiras se presentaría ante su jefe. Le dijo que aunque él no estaba conspirando, se sentía solidario con los conspiradores y que, por tanto, pedía la baja del ejército. Lo metieron preso.

¡Saca los tanques!

Cuando Borbonet supo de las detenciones de Ríos Morejón y Barquín quiso, en consonancia con el acuerdo de Tarará, anticipar el movimiento. A las dos o tres de la tarde del día 3 instó a Varela Castro, a que actuara. Varela era el jefe del Regimiento Mixto de Tanques que radicaba en Columbia, Regimiento que era en el país la fuerza principal por su capacidad de impacto y movilidad. Varela vaciló y se negó en definitiva a sacar los tanques. Dijo que proceder a esa hora equivalía a cometer una carnicería y que lo más conveniente era aguardar la noche, cuando él asumiera como Oficial Superior de Guardia en el campamento.

A todas estas, el general Batista, que estaba en Isla de Pinos, de pesquería, se entera de la conspiración, regresa de inmediato a La Habana y se instala con el alto mando militar en el Estado Mayor de la División de Infantería, donde radicaba la jefatura de Columbia.

Ya con Batista en la Ciudad Militar, Borbonet insiste en precipitar la acción. Insta otra vez a Varela a que saque los tanques, rodee con ellos la jefatura de la División, y obligue al dictador y a los jefes a salir con las manos en alto. Varela volvió a negarse. Era mejor, reiteró, esperar la noche. Pero ya no habría otra oportunidad para los conspiradores.

Borbonet sería detenido en el propio campamento. Tenía en su casa, en Buenavista, documentos comprometedores, incluso un escalafón del ejército donde había marcado uno por uno los nombres de los ciento veinte conjurados. Pidió permiso entonces para ir a su casa, con la promesa, bajo palabra de honor, de regresar en dos horas para que lo detuvieran. Lo autorizaron y quemó aquellos papeles.

La noticia de que algo extraño ocurría en Columbia llegó a la Escuela de Cadetes como un rumor. De manera confusa se hablaba de las detenciones en la Ciudad Militar. El primer teniente Fernández Álvarez con la intención de esclarecer lo que ocurría, si en verdad ocurría algo, decidió no esperar más y a bordo de su automóvil, un Ford azul, modelo 1954, se fue a su casa en la calle Novena, en el reparto Almendares. Había allí tranquilidad absoluta. Quiso cerciorarse y, como el teléfono le pareció peligroso, siguió rumbo a la Ciudad Militar. Cerca del obelisco avistó a un viejo soldado conocido. Fingiendo un encuentro casual, le preguntó a dónde se dirigía y el aforado respondió que en Columbia habían ordenado el acuartelamiento de la tropa, añadió que se hablaba de varios oficiales detenidos y mencionó en específico los nombres de Borbonet y Barquín entre los arrestados.

En la escuela de cadetes

Fernández puso en movimiento otra vez su automóvil. Recogió a dos o tres oficiales que vivían en los alrededores de Columbia y que estaban también en la conspiración y les participó lo que sabía. Les dijo que era en la Escuela de Cadetes donde debían esperar el reflujó de los sucesos porque, pese a las detenciones, el movimiento podría desencadenarse de todas maneras e incluso anticiparse.

Tomó la Calzada de Boyeros para llegar a Managua por Santiago de las Vegas. Más allá del Hospital de Dementes de Mazorra, antes de entrar al pueblecito de Boyeros, en la misma carretera, yendo desde La Habana hacia el aeropuerto, a la derecha, detuvo el Ford en una de las casas de la zona poblada. Allí vivía el segundo teniente Ángel Sánchez Mosquera, su compañero en el Departamento Docente de la Escuela de Cadetes, donde se desempeñaba además como profesor de Táctica. También conspiraba. Fue el primer expediente de su curso y se le asumía como un oficial honrado y leal, sin compromiso alguno con el 10 de marzo. Cambiaría mucho con el tiempo y en los días de la lucha en la Sierra Maestra, ya como teniente coronel, Che Guevara lo calificó como “el más valiente, asesino y ladrón” de todos los jefes militares que tenía Batista.

Sánchez Mosquera, sin camisa y cubierto solo con el pantalón del pijama, salió a recibir a Fernández. Este conocía a su esposa y a los suyos y los tenía como personas decentes y a Sánchez Mosquera, en particular, como un hombre pulcro. Le contó lo que pasaba y le

pidió que llevara para la Escuela a todos los oficiales comprometidos que logara reunir. Alrededor de dieciocho oficiales conspiraban, junto a Fernández, en la Escuela de Cadetes.

4 de abril: 6 a.m.

Todo era normal aquella medianoche en Managua. Hasta ese momento las noticias sobre la conspiración no se habían filtrado fuera del ámbito militar y, al parecer, los detenidos, en sus declaraciones, no involucraban a la Escuela. En la habitación que ocupaba como subdirector del centro, el primer teniente José Ramón Fernández pensaba en la posibilidad de que lo mataran. Pensaba asimismo en la posibilidad de que lo detuvieran. Esa tarde había tenido tiempo suficiente para buscar asilo en una embajada. Hubiera podido hacerlo de haberlo querido, pero rechazó esa alternativa. Quizás no pasara nada... Y todavía quedaba la posibilidad de que no abortara el movimiento. Con esos pensamientos se fue a la cama. Era ya el 4 de abril de 1956.

A las seis de la mañana tocaron rudamente a la puerta de su habitación. Eran el director de la Escuela, el entonces comandante Pedro Foyo, y el primer teniente José de Jesús Castaño, del Buró de Represión de Actividades Comunistas (BRAC) que venía a detenerlo con instrucciones de conducirlo al SIM. Registró la habitación, ocupó las armas personales del detenido y dos granadas que encontró en el escaparate. Nadie más fue arrestado en la Escuela, pese al alto número de oficiales que allí conspiraban.

Ya en el SIM lo interrogaron el teniente coronel Antonio Blanco Rico, jefe del Servicio de Inteligencia Militar, y el coronel Orlando Eleno Piedra Negueruela, jefe del Buró de Investigaciones de la Policía Nacional. Fernández dijo no saber nada de la conspiración ni conocer a nadie. Asumió esa actitud porque lo importante era salvar en lo posible lo que quedaba del movimiento, que no todos los conjurados fueran detenidos. No le ocuparon nada comprometedor. Ningún documento lo incriminaba. Podían echarle en cara la prueba de las ametralladoras, pero él tenía autoridad para hacerlo y carecían de importancia las granadas que le requisaron.

Muy inquisitivo, pero profesional, apacible y diplomático, se mostró Blanco Rico en el interrogatorio. Lo acribilló a preguntas durante una hora. Sentado a su lado, aguardaba Orlando Piedra. Cuando le tocó el turno de preguntar, dijo a Fernández que varios de los oficiales detenidos se habían declarado culpables y que lo hiciera él también porque ellos lo involucraban en sus declaraciones.

Fernández se mantuvo en sus trece: No sé nada, no conozco a nadie, no sé de lo que usted me habla... Piedra Negueruela pareció perder la paciencia y dijo al detenido que se vería obligado a recurrir a otros métodos para refrescarle la memoria y hacerlo hablar.

—Bueno, utilice los métodos que usted quiera —dijo a su vez Fernández.

El jefe del Buró de Investigaciones de la Policía Nacional no pasó de la amenaza. En realidad, ninguno de los oficiales detenidos por su implicación en la conspiración de Los Puros fue

torturado ni maltratado. La Inteligencia Militar investigó a más de cien oficiales. Muchos de ellos nada tenían que ver con el movimiento del 4 de abril, pero bastaba una simple sospecha para que los pusieran en la mirilla. De aquellos más de cien oficiales investigados, unos setenta, conspiradores y no, fueron apresados. Quedaron más de treinta conjurados contra los que no se tomó medida alguna, bien porque no se les detectó o porque no convenía hacerlo. De los arrestados, solo trece serían juzgados. Al resto se les reintegró a sus unidades o se les trasladó a otras de menor importancia; se les dio de baja o pasaron a retiro. Una “limpieza” que privó al ejército de muchos de sus mejores cuadros. De aquellos conspiradores que se mantuvieron en servicio activo después del fracaso, algunos estuvieron dispuestos a involucrarse en cualquier intento antibatistiano; otros jamás se mezclaron en movimiento alguno y hubo quien, como el teniente coronel Sánchez Mosquera, renegó de su actitud digna del 4 de abril de 1956 y se convirtió en criminal de guerra.

De todas formas, Batista, astuto como era, no iba a reconocer las dimensiones de una conspiración que se ramificaba por la artillería, los tanques, la aviación, Columbia, la Escuela de Cadetes... y que involucraba a más de ciento veinte oficiales, la quinta parte de la oficialidad profesional del ejército.

La conspiración, aun develada, fue un golpe tremendo asestado al batistato, y el propio Batista llegó a aceptarlo así en alguno de los libros que publicó fuera de Cuba. Originó una fisura en las fuerzas armadas y evidenció la existencia de un grupo de oficiales que quiso rescatar la decencia y el prestigio del ejército,

desvincularlo de la politiquería, los crímenes y la corrupción, restaurar el ritmo institucional del país y llegar adelante, aunque quizás no llegaran a consolidarse, ciertas transformaciones en el orden social.

Un juicio aberrado

El Consejo de Guerra Sumarísimo se celebraría en la sede del Tribunal Superior de la Jurisdicción de Guerra para juzgar un delito de conspiración para la rebelión. Lo presidiría el coronel Dámaso Sogo, aquel capitán que abrió a Batista las puertas de Columbia en 1952. El fiscal sería el comandante Fernando Neugart y la defensa estaría a cargo de los doctores José Miró Cardona, Segismundo Paret, José J. Fernández y José Emilio Ferrer, en tanto que el comandante Aníbal Ortega, de la Marina, actuaría como defensor de oficio. Los trece oficiales acusados, a través de sus defensores, se habían puesto de acuerdo en la actitud a seguir durante la vista: solo se declararían culpables los que no podían eludir sus compromisos, y aprovecharían la ocasión para exponer las razones de la conspiración.

A las ocho de la mañana del 11 de abril penetraron en la sala los acusados. Encabezaba la fila, como oficial de mayor graduación, el coronel Barquín y lo seguían el teniente coronel Varela Castro y los comandantes Borbonet, Ríos Morejón y Orihuela Torra. Detrás, los capitanes Travieso, Vázquez y Despaigne y los primeros tenientes Planas, Villafaña, Travieso y Fernández Álva-

rez. Cerraba el grupo el segundo teniente Pérez Figueiras. No se permitió la entrada de la prensa ni tampoco de los familiares de los implicados. Llenaban el lunetario soldados, cabos y sargentos en actitud hostil.

No más comenzó la vista, Miró Cardona puso la primera “podrida”. Neugart no podía actuar como fiscal porque había intervenido en el proceso de instrucción. Era una situación anómala y un vicio de procedimiento, opuesto a principios procesales del Derecho Penal. Neugart alegó ampararse en el Código de la Jurisdicción de Guerra. Los otros defensores protestaron igualmente y el presidente del Consejo, sin saber qué hacer, dispuso un receso para dirimir la cuestión. Nada se resolvió. Cuando el tribunal volvió a la sala, el fiscal conservó su puesto.

Siguió la prueba de confesión. La declaración del comandante Borbonet hizo que subiera la temperatura de la sala. El coronel Sogo tuvo que llamarlo al orden varias veces: “Hable en voz baja”, “Límitese a contestar”, “No engole la voz”, “No puede realizar aquí labor subversiva”, “Tiene usted que respetar al tribunal o me verá obligado a aplicarle el reglamento”. En definitiva, Borbonet, sin reconocer las especificaciones del fiscal, se declaró culpable del delito de conspiración. Dijo que los conspiradores no se plantearon matar al presidente Batista, sino que se proponían exclusivamente restablecer las instituciones democráticas, entregar el poder a un grupo de cubanos idóneos y celebrar elecciones. Añadió:

—Nuestros planes eran de defensa de la patria y el ejército. Queríamos devolver a las Fuerzas Armadas su función en los cuarteles y sustraerlas a su intervención en la dirección política

del país. Queríamos evitar para siempre las pandillas de turno que asaltan el poder...

Aquello era demasiado para la soldadesca que presenciaba el juicio. Desde el fondo de la sala se dejó escuchar el grito furioso de “¡Viva Batista!”. Sogo pidió que arrestaran al que de esa forma faltó el respeto al tribunal y desalojaran el local. El fiscal se opuso. Mintió: “El que gritó, señor presidente, ya abandonó el recinto”. Y añadió con voz meliflua: “Que no paguen justos por pecadores. No prive a estos soldados de su derecho a estar aquí”.

Confuso y contradictorio

Ríos Morejón, el traidor del 4 de abril, se mostró confuso y contradictorio en su declaración. Admitió su participación en la reunión de Tarará, y repitió su pintoresca versión de los hechos: se involucró en la conspiración porque le dijeron que perseguía el fin de consolidar a Batista en el poder y tarde comprendió que se encaminaba en sentido contrario. Reiteró la acusación contra todos los indiciados, incriminó a otros que fueron exonerados e inculpó a no pocos militares en retiro. En este punto, Sogo pidió que se librase testimonio de sus palabras. Miró Cardona se opuso: Según sentencia del Supremo, los militares en situación pasiva son civiles a los efectos jurídicos. Este tribunal, entonces, debe abstenerse de proseguir la vista y remitirla a la jurisdicción civil. El fiscal Neugart –enjuto, la cara larga y angulosa– saltó como una fiera.

—Se trata de recurrir a leguleyismos para entorpecer al tribunal. Este es un consejo de guerra sumarísimo y la cuestión de competencia está fuera de lugar –adujo.

—Pues yo insisto en que el tribunal lo resuelva ahora –ripostó Miró Cardona.

—Ustedes, los abogados civiles debían estudiarse primero el procedimiento militar para no hacer el ridículo con posiciones absurdas...

Miró contestó, indignado: “¡Reclamo respeto para la toga que visto!”

Como Sogo no sabía qué hacer, recurrió a su técnica habitual: declaró un receso. La sesión se reanudaría sin que se resolviera la incompetencia de jurisdicción.

Cuba en el banquillo

Varios puntos insistió en precisar el tribunal. ¿Constituirían los conspiradores una junta militar? ¿Eliminarían físicamente a Batista? ¿Hubiera corrido peligro la familia presidencial? ¿Habrían desencadenado Los Puros un baño de sangre?

Varela Castro negó esas inculpaciones. “No intentábamos atacar contra la vida del presidente de la República ni de nuestros compañeros de armas ni establecer una junta militar. Solo nos movía un pensamiento idealista”. El coronel Barquín reafirmó, a su turno, las palabras de su compañero: “Nuestro propósito era producir una transformación sin violencia... Queríamos restituir la democracia en el país”. Añadió: “En la citada reunión

de Tarará, mis compañeros me ofrecieron la jefatura política y militar del movimiento. Me decidí a participar en esos propósitos porque se trataba de figuras de prestigio en las Fuerzas Armadas... Acepté el ofrecimiento de mis compañeros. Allí se tomó el acuerdo de evitar todo derramamiento de sangre. Era requisito indispensable. No pretendíamos escalar posiciones...”

Oídas las declaraciones de los acusados, el tribunal escuchó a los testigos de cargo. Rindió informe el fiscal y hablaron los defensores. Fue brillante el alegato de Miró Cardona, presidente del Colegio de Abogados y maestro de penalistas, que aunque concurría en representación del comandante Orihuela Torra, su sobrino político, abogó por todos los implicados. Descartó la existencia del delito de conspiración porque la conspiración tiene que salir de la mente de los encartados para que se convierta en delito, y añadió que resultaba fundamental el acuerdo concreto respecto a los medios de ejecutar la rebelión. Como faltó ese acuerdo, aseveró, no se tipifica el delito. Y remachó:

“Esos hombres, señores jueces, no son en definitiva autores de delito alguno contra la soberanía del Estado ni contra la seguridad de sus Poderes ni contra el orden público. Querían y quieren con limpieza, como soldados de la patria, una Cuba amorosa para todos sus hijos. No iban contra nadie ni a favor de nadie, sino por la República. Contra el abuso de poder, contra la prepotencia del encumbrado, para que cesara la carrera loca del enriquecimiento, para que el pueblo, como depositario único de la soberanía, determinara su destino histórico. Por eso yo pido a los hombres del Consejo, caballerosos oficiales del Ejército de Cuba,

que a la hora de ejercer el imponente magisterio punitivo con sus paraiguales, no sustituyáis los principios racionales de la justicia por el tétrico aspecto del terror, valorando el carácter ejemplarizante de la sanción porque el pueblo cree en estos momentos que Cuba está en el banquillo de los acusados”.

La condena

Ni modo. Al día siguiente se notificó a los acusados sus condenas por el delito de conspiración para la rebelión. Seis años para Barquín, Varela Castro, Borbonet, Orihuela, Ríos Morejón, Despaigne y Vázquez. Y cuatro años y dos meses para el capitán Travieso, y los tenientes Planas, Villafaña, Travieso, Fernández Álvarez y Pérez Figueiras. El castigo contemplaba la privación del grado militar y la expulsión de las filas. A Ríos Morejón, el delator, lo indultaron casi de inmediato. Cumplirían su sanción en la Cárcel de La Habana, en el Castillo del Príncipe. Pero allí estarían muy pocos días pues fueron trasladados al reclusorio de la Isla de Pinos, donde los esperaba el jefe del penal, comandante Capote Fiallo, un soldado ascendido a oficial en 1933 y que se vanagloriaba de mandar en la Isla más que Batista en Cuba. Y no le faltaba razón pues a su cargo de director de la penitenciaría sumaba el de jefe del escuadrón 43 de la Guardia Rural que cubría el territorio, y era además delegado de los ministros de Gobernación y Obras Públicas y alcalde de facto.

En la isla

Los trasladarían a Isla de Pinos en dos grupos. En el primero, esposados y con fuerte custodia, viajaron Barquín, Varela Castro, Orihuela Torra, Borbonet, Despaigne, Vázquez, Villafaña y Fernández Álvarez. En la jefatura del penal los esperaba el comandante Capote. Con hipocresía y falsedad, les dijo:

—¡Qué pena tengo con ustedes! ¡Cómo lamento lo que les ha sucedido con lo que yo los quiero y respeto! No saben, amigos míos, la tristeza que eso me causa... Aunque con el tiempo podré mejorarles las condiciones de internamiento, debo ahora velar por su seguridad. Sucede que aquí los custodios y los presos son batistianos, y como temo que puedan agredirlos, debo enviarlos a lugares donde estén protegidos.

Así lo hizo. A Barquín lo internó en una celda solitaria a la entrada del pabellón no. 1. A Borbonet y a Despaigne, en sendas celdas de castigo, a la entrada del salón de los locos en el pabellón no. 2. A otros, cada uno en una celda, en el edificio de “Selección”. A Fernández Álvarez, en un salón del mismo pabellón, donde pasó cuatro o cinco meses sin poder conversar con nadie, sin derecho a disponer de un receptor de radio ni tener acceso a la prensa escrita, sin horas de “recreo”. Al fin trasladaron para allí a Vázquez y lo sustituyeron después por Varela Castro. Un buen día sacaron a Fernández y lo llevaron para la celda donde estaban tres de sus compañeros. Desde ella, a unos sesenta o setenta metros, veían la celda donde permanecían Vázquez y Barquín, con los que Fernández, que había aprendido el código

de señales marinas, se comunicaba por las noches, antes de que apagarán las luces: se encaramaba en una cama y transmitía los mensajes letra a letra. Comunicar de ese modo veinte palabras podía demorar una hora, pero era algo. Para que el aislamiento fuese completo, Capote organizó la visita familiar de manera siniestra. Jamás los allegados de uno de Los Puros coincidían con los de otro, y aunque las familias tenían contacto entre sí y a través de ellas se comunicaban los oficiales presos, un recado podía tardar medio año en llegar a su destino.

Carta de Fidel

A Capote lo sustituyó en la jefatura del Reclusorio el coronel Ugalde Carrillo, que tiempo después, acusado de maltrato por Fernández Álvarez, sería procesado, lo que constituyó un escándalo tremendo que puso al coronel en crisis ante la opinión pública. Batista terminó sacándolo de la dirección del penal, pero antes Ugalde trasladó a los oficiales del 4 de abril para la circular no. 4, ubicación compleja pues coincidirían allí con presos comunes. Le siguió el coronel, y luego brigadier, Dámaso Sogo, el mismo que presidió el Consejo de Guerra de Los Puros, y apenas estuvo un mes en el cargo.

Asumió entonces la jefatura el comandante Juárez Rueda, un hombre sin miedo que recorría todo el reclusorio desarmado y sin escolta, pero a quien hicieron saltar en cuanto se empeñó en establecer los derechos de los presos. Llegó así el 6 de enero de

1958 y el teniente coronel Casillas Lumpuy, el asesino de Jesús Menéndez, ocupó la dirección del penal. Fue el regalo que por el Día de Reyes hizo Batista a los presos. Bajo su mando, sin embargo, no se cometieron allí crímenes ni hubo maltratos ni golpizas. Los presos comunes fueron sacados de la circular. Había ya en ella unos cien militares recluidos, y militantes de todas las organizaciones que se oponían a la dictadura conformaban el resto de los presos políticos. Borbonet asumió como mayor de la circular y Fernández lo sustituyó. Renunció luego de una violenta discusión con Casillas, y le sucedió Hugo Vázquez.

Los largos meses de encierro terminaron por sacar a flote la verdad de cada uno de los militares del 4 de abril. Algunos negaban al Ejército Rebelde cualquier derecho a reestructurar las fuerzas armadas y depurarlas. Otros expresaban su simpatía con la guerrilla, pero solo de dientes para fuera y había quien no entendía que, una vez derrotado Batista, tuviera que subordinarse a los mandos de la Sierra Maestra. Se evidenciaba en unos su carácter imperativo y en otros, las inclinaciones conservadoras, mientras que unos pocos comprendían que se gestaba una revolución a la que había que apoyar. Los miembros del Movimiento 26 de Julio se organizaron militarmente en la prisión. Formaron un batallón y su jefe fue José Ponce, asaltante del Moncada y expedicionario del *Granma*. El 26 designó a Fernández Álvarez instructor de esa fuerza. En clases teóricas casi diarias enseñó a apuntar, a tenderse, la mecánica del disparo. Impartió clases sobre estructura organizativa y de táctica y los instruyó sobre la forma de cavar una trinchera y enmascararse. Un día los reclusos

recibieron, a través de la familia de Jesús Montané, una carta de Fidel. La acompañaban cinco mil pesos. Aunque el dinero resolvió cuestiones apremiantes y mejoró las condiciones de vida en la prisión, vieron en ese gesto que la Sierra no los olvidada y los tenía presentes.

El principio del fin

Batista se tambaleaba y el descontento permeaba las fuerzas armadas. Se conspiraba en las filas del ejército. Hubo una Conspiración de los Borrachos, nombre que le dio el régimen. Conspiraba asimismo el general retirado Martín Díaz Tamayo, con quien llegó a entrevistarse el comandante Camacho Aguilera, de la Comandancia General del Ejército Rebelde, complot que se aplazó, fue descubierto y dejó el saldo de cincuenta y cinco oficiales presos. Conspiraba en Las Villas el general Ríos Chaviano en un plan que hacía suyo el jefe del Estado Mayor Conjunto. En diciembre del 58 llegó a Los Puros la información de que habría una acción conjunta entre militares y el 26 de Julio. El mayor general Cantillo se alzaría en Oriente y, junto con los rebeldes, avanzaría hacia La Habana. Se le sumarían las tropas del ejército dislocadas en Las Villas y uniría sus efectivos el brigadier Carlos Cantillo, jefe del regimiento Plácido, de Matanzas. El mensajero que llevó la información al presidio de Isla de Pinos pidió que los militares presos se sumaran, y que en prueba de su compromiso mandaran el anillo de graduado del coronel Barquín. Este

no tenía a mano su prenda y se envió en definitiva el anillo de Varela. Añadió el mensajero que los conspiradores disponían de una fragata que los sacaría del territorio pinero y los conduciría a Manzanillo a fin de que se incorporasen a las fuerzas anti-batistianas. Entre los remitentes del mensaje estaba el coronel Florentino Rosell, jefe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército y del tren blindado, que debió comandar y no lo hizo y que caería en manos del Che en Santa Clara. Fue al frente del tren el comandante Calderón, segundo de Rosell, mientras que este, cargado de dinero, escapaba en un yate días antes de la caída de Batista. Nunca apareció la fragata prometida.

A la circular llegaban noticias de que Batista se desplomaba en el campo militar y que el apoyo ciudadano le era cada vez más esquivo. Se supo así del fracaso de la Ofensiva de Primavera, que dejó al ejército con la espina dorsal rota. De las victorias rebeldes en El Jigüe, San Lorenzo y Las Mercedes. Del ataque a Guisa y a Maffo. De las victorias de Camilo y Che Las Villas. Armando Hart, que encabezaba en la cárcel el grupo del 26 de Julio, comentó con Barquín la hazaña de la Invasión. “No es posible. No es militarmente factible”, respondió Barquín, a lo que Hart replicó: “Coronel, lo hicieron porque no sabían que era imposible”.

El 25 de diciembre, coincidiendo con la salida del penal del ya coronel Casillas a fin de asumir la jefatura del regimiento Leoncio Vidal, de Santa Clara, los presos se enteraron de que la localidad central de Cruces había caído en manos de los rebeldes. El primer teniente José Ramón Fernández Álvarez valoró la infor-

mación y tomó conciencia del derrumbe inminente del batistato. “El hombre, —dijo a sus compañeros—, no llega al 6 de enero”.

Asegurar la isla

Se dice que antes de salir del país, Batista advirtió a Cantillo que no liberara a los militares del 4 de abril, y este en la mañana del 1 de enero comunicó a los oficiales presos que serían indultados en su momento. Lo habían dejado al frente de un ejército desarticulado, incapaz de ganar ya una escaramuza, pero todavía fuertemente armado, y debía organizar un gobierno civil que encabezaría el magistrado Carlos M. Piedra y Piedra. El Tribunal Supremo se negó a tomar juramento al quimérico mandatario y Cantillo quedó desarmado. Fidel no aceptaba el alto al fuego, denunciaba la maniobra golpista y llamaba a la huelga general revolucionaria. No habría gobierno civil con Piedra al frente, y Columbia, la primera fortaleza de la nación, era un verdadero caos. En medio de esa compleja situación un grupo de oficiales pidió a Cantillo que liberara a Los Puros. Únicamente ellos, decían, tenían prestigio para resolver el problema del ejército. Y fueron a buscarlos.

Dejar en libertad solo a los oficiales del 4 de abril equivalía a que quedaran presos los miembros de las otras organizaciones. Algunos de esos militares lo comprendieron así y Hart, a nombre del 26, propuso a Barquín que designase a un jefe militar para la Isla. Hizo el coronel su propuesta, Hart no la aceptó y propuso a

su vez para el cargo al primer teniente Fernández Álvarez, que dijo asumir la responsabilidad con el compromiso de liberar de inmediato a los presos políticos y acatar únicamente las órdenes del 26 de Julio. Hart quedaría como jefe político del territorio.

De inmediato Fernández salió del penal y tomó posesión de la jefatura del escuadrón de la Guardia Rural. Regresó al presidio y ordenó que el batallón que conformaban los militantes del 26 saliera de la circular en perfecta formación. Todo parecía transcurrir en paz cuando de la circular no. 3, cuyo rastrillo alguien dejó abierto, empezaron a escapar en masa los presos comunes allí reclusos y corrieron hacia la puerta exterior de la prisión. Un soldado disparó contra ellos con una ametralladora calibre treinta. Fernández le ordenó que se detuviera, el soldado no obedeció y el oficial no tuvo otra alternativa que aproximársele, abrir la cubierta del arma y sacar la cinta. No hubo muertos ni heridos, pero trescientos reclusos escaparon de la penitenciaría. Todos, menos tres o cuatro, serían capturados.

Hombres de la Revolución asumieron el control de las instalaciones militares. Para Fernández era importante asegurar la Isla, que contaba con aeropuerto, puerto, estación de radio y podía convertirse en un baluarte de los batistianos en fuga. Dispuso la detención del ex comandante Capote y de los guardias complicados en crímenes y abusos y procedió él mismo contra los confabulados en negocios turbios con Batista. Detuvo además al capitán Patrocinio Bravo Moreno, segundo jefe del penal. Era un hombre tosco, muy fiel al dictador, a quien dio escolta en su entrada en Columbia el 10 de marzo, pero se preocupó después

de ayudarlo a que esclareciera su situación y quedara en libertad. Ya detenido, Capote le dijo:

—Usted me conoce y sabe que yo soy antibatistiano.

—El problema no es ese. El problema es que la gente en la Isla lo tiene a usted como batistiano y como ahora todos los custodios y los presos son revolucionarios, yo debo protegerlo —respondió Fernández y lo envió para la misma sala donde él estuvo recluido al comienzo de su prisión.

8, 15, 22 y 29 de abril de 2007

LAS ARMAS SECRETAS

Las últimas armas que recibió Fulgencio Batista para apuntalar su ya tambaleante dictadura le vinieron de la República Dominicana y de la Nicaragua de Somoza. Lo primero es bastante conocido: fueron aquellas carabinas San Cristóbal que, en el fragor de la lucha, a veces funcionaban y otras no. Lo segundo se supo no hace mucho tiempo, cuando se revelaron documentos que obran en los fondos de Cuban Heritage Collection, de la Universidad de Miami.

El ex dictador estaba indignado. Había llegado a sus oídos el rumor de que el general Francisco Tabernilla Palmero, *Silito*, a quien había visto nacer y que se desempeñó, hasta el 31 de diciembre de 1958, como su secretario privado y jefe de la División de Infantería destacada en el campamento de Columbia, se había atrevido a escribir a Anastasio Somoza Debayle, jefe de la Guardia

Nacional de Nicaragua, para aconsejarle acerca de la actitud a asumir sobre la invasión de Olama y Mejillones protagonizada por Pedro Joaquín Chamorro al frente de un centenar de hombres, en junio de 1959. Batista se había enterado que Tabernilla Palmero sugirió a Somoza que cortara el flujo de víveres, ropas y medicamentos hacia la zona insurgente y le había dicho, como si Somoza tuviese necesidad de que se lo dijeran, que “la represión contra los involucrados en hechos conspirativos deberá ser tan imparcial y tan severa como las circunstancias lo requieran”.

No era, sin embargo, un rumor lo que al ex mandatario cubano llegaba hasta la lejana Funchal, en las islas Madeiras. El mismo Tabernilla Palmero se encargaría de rectificarlo. “La carta a Somoza no es rumor. Le acompaño la copia. Se la hice al contemplar a su país invadido, para que no fuera a incurrir en los mismos errores que nosotros cometimos”, le aclara el secretario respondón a Batista en una misiva fechada el 8 de noviembre de 1959. Dice además: “Usted sabe que yo mantenía amistad con él [con Somoza Debayle] y no podía olvidar que cooperó decididamente con nuestro Ejército...”

Tabernilla Palmero refresca la memoria de su antiguo jefe. Le dice que, cuando ya en los meses finales del gobierno batistiano, solo quedaban dos mil balas de 37 mm, llamó a Somoza Debayle y “al día siguiente aterrizaba en Ciudad Militar un avión de la NICA con cuatro mil balas para los tanques”. Añade: “Por cierto que usted dio un crédito de cuarenta mil pesos para ese pedido, pero no se pagó oportunamente”.

En resumen, Somoza, que fue derrotado por los sandinistas en julio de 1979, envió a su colega en desgracia treinta tanques T-17 con noventa ametralladoras, dieciséis mil balas para cañón de 37 mm, un millón de balas calibre .30, bombas de napalm y bombas de fragmentación de quinientas y mil libras. Una bonita remesa.

Silito era uno de los miembros más conspicuos del clan de los Tabernilla. Su padre era el jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas cubanas. Uno de sus hermanos, jefe de la Fuerza Aérea del Ejército, mientras que otro desempeñaba también un importante cargo. Tío político suyo era el general Alberto Ríos Chaviano, el carnicero del cuartel Moncada, en 1953. Estaba al frente del Regimiento Mixto de Tanques de Columbia cuando, al ocurrir el asalto al Palacio presidencial el 13 de marzo de 1957, acudió en auxilio del dictador, lo que le valió el ascenso a general de brigada y la jefatura de la División de Infantería, aunque aquel día los blindados, girando sobre su propio eje desde Columbia, llegaron mucho después de que el combate había cesado. A mediados de 1959 los tiempos eran otros. Batista y los Tabernilla se hallaban en el exilio y el ex dictador los acusaba de traición y los responsabilizaba en gran parte con el fracaso militar frente a la guerrilla. Y ellos, a su vez, acusaban a Batista y, para demostrarlo, pidieron (y pagaron) al periodista José Suárez Núñez, batistiano hasta la víspera, que escribiera el libro *El gran culpable*.

De ahí la carta que sobre la actitud de Tabernilla Palmero remite Batista, desde Funchal, a dos misteriosos “R y P” (¿Irenaldo García Báez y Orlando Piedra?). La califica como una injerencia

en los asuntos internos de Nicaragua. “Las expresiones y lo que trata de afirmar, como la carta enviada a los Somoza, encierran tales degeneraciones, que lo mejor es ignorarlo totalmente”, recomienda en ella a sus ex colaboradores y les dice que tiene noticias de que el documento de Silito fue recibido con “asco” por sus destinatarios.

“Tuve que barrer mi habitación”

Se desconoce si Batista llegó a saldar la deuda con Somoza. A Rafael Leónidas Trujillo, el sátrapa dominicano, sí tuvo que pagarle la suya. Ese fue uno de sus mayores contratiempos en la República Dominicana.

Batista llegó a Santo Domingo en la mañana del 1ro de enero. En la base militar donde aterrizó su avión lo esperaba, para darle la bienvenida oficial, Ranfis Trujillo, hijo predilecto del generalísimo (aunque las malas lenguas decían que era hijo de un cubano) a quien su padre otorgó los grados de coronel cuando tenía tres de edad y lo promovió a general a los nueve. Declararon a Batista huésped de honor de la República Dominicana y lo alojaron en un palacete, cercano al Palacio Nacional, que se destinaba a visitantes ilustres. Pensó que el Benefactor lo recibiría de inmediato, pero debió esperar más de cuarenta y ocho horas para que le concediera la audiencia. Ese mismo día, 3 de enero, se le acabó la jactancia cuando Trujillo le comunicó que pondría a su disposición veinticinco mil hombres y los barcos y aviones

necesarios para que encabezara una expedición a Cuba. Batista se negó, pero se brindó para promover y costear un atentado contra el jefe de la Revolución Cubana.

Meses después Trujillo lo llamaba nuevamente a Palacio. En la entrevista anterior había apelado a su valor y hombría. Ahora apelaba a su bolsillo. Batista tenía una cuenta pendiente con el Estado dominicano: no había pagado el último envío de armas y le exigía el saldo de la deuda, ascendente a novecientos mil dólares.

Batista respondió que no se trataba de un asunto personal, sino que aquellas armas eran una deuda del Estado cubano. Trujillo lo miró con sorna.

—Usted no pretenderá que yo le cobre a Castro unas armas que se usaron contra él —dijo—. Añadió: Piénselo, general Batista. Yo tengo que cobrar. Son armas del ejército dominicano y ese dinero es de la República. Se las envié para ayudarlo...

—Yo no poseo ese dinero. Apenas tengo para vivir. Soy un hombre pobre...—balbuceó Batista.

El generalísimo, por supuesto, no se lo creyó y al día siguiente le envió a su *suite* del hotel Jaragua, donde se había instalado después de la primera entrevista, al jefe de sus ayudantes, un coronel del ejército que, con respeto y siempre en atención, le transmitió saludos del Benefactor y le recordó la deuda. Batista volvió a esgrimir los mismos argumentos y los reiteró en cada una de las visitas del militar, visitas que llegaron a hacerse diarias hasta que ocurrió lo inesperado.

Otro coronel se presentó en el hotel Jaragua junto con dos soldados y conminó a Batista a seguirlo. Trujillo quería verlo inmediatamente. Batista accedió. El tono de la voz y la rudeza de los gestos del coronel y la mirada torva de los dos soldados dejaron sin alternativa al ex dictador. Al salir, pidió al almirante Rodríguez Calderón que lo acompañara. El ex jefe de la Marina de Guerra cubana pasaba casi todo el tiempo junto a Batista desde que su esposa Marta viajara a Nueva York.

Batista y Calderón fueron “paseados” por Ciudad Trujillo y oscurecía ya cuando el carro en que viajaban salió de la capital. En definitiva, irían a dar a la cárcel de La Cuarenta.

Allí, en celdas separadas, pasaron la noche y parte del día siguiente y, diría Batista en una carta que meses después y ya desde Funchal remitió a Rivero Agüero y que firmó con el seudónimo de Mateo, “me obligaron a barrer mi habitación”.

A La Cuarenta fue a rescatarlo el jefe de los ayudantes de Trujillo, el que siempre le hablaba con respeto y en posición de firme. Le pidió disculpas. Le dijo que se trataba de una extralimitación por no haber concurrido Batista a registrarse como extranjero y que el generalísimo estaba apenadísimo. Pero aquel paseito y la breve estancia en la cárcel lo ablandaron para siempre y ya en el hotel, bañado y vestido de limpio, abonó el importe de la deuda. El ex hombre fuerte de Cuba, el otrora hijo predilecto de Washington, el dictador a quién, en la Conferencia Panamericana de 1956, el presidente Eisenhower llamó “mi amigo”, había sido puesto en ridículo para siempre. Días después Trujillo lo convocaba de nuevo. Quería un millón de dólares para sufra-

gar las actividades anticubanas. Batista le extendió el cheque sin decir media palabra.

Su futuro en la República Dominicana era incierto. A finales de junio del 59, el influyente periodista norteamericano Drew Pearson, muy ligado al Departamento de Estado, escribía en su columna: “[...] Lo que le sucederá a manos de los ex oficiales de su ejército o de Trujillo, queda por ver”.

El 17 de julio un despacho cablegráfico de la AP informaba que el ex dictador había sido detenido en el aeropuerto cuando intentaba salir de Ciudad Trujillo a bordo de un avión privado. El mismo día, otra noticia, fechada en Washington, decía que Batista acudió al consulado norteamericano de Santo Domingo a fin de pedir la entrada en Estados Unidos. La información no precisaba si le concederían el permiso.

El gobierno norteamericano parecía haberlo abandonado a su suerte. La esposa del ex dictador no lograba hacerse recibir por la señora de Eisenhower y apelaba a ella a través de una carta pública. Mientras tanto, Gonzalo Güell, ex ministro de Estado cubano, recorría las cancillerías europeas tratando de que algún país concediera asilo al dictador. Su abogado neoyorquino ponía el grito en el cielo: la vida del ex general corría peligro en la República Dominicana.

Al fin, el Departamento de Estado decidió actuar y pidió a la cancillería brasileña que gestionase el asilo en Portugal. Antes de abandonar la República Dominicana, Batista debió entregar otros dos millones de dólares a Trujillo por el permiso de salida. Corría el mes de octubre de 1959 y una foto lo captó a su llegada

al aeropuerto madrileño de Barajas. Había perdido el pelo en la República Dominicana.

Debe decirse que lo que costaron a Batista los meses que pasó en el Santo Domingo del Benefactor, es un asunto no esclarecido del todo y del que se ofrecen cifras diferentes. Dos hombres muy cercanos al ex mandatario, Orlando Piedra y Roberto Fernández Miranda, aseguran que lo entregado no pasó del millón de dólares de los tres que exigió Trujillo, cantidad que evidentemente no incluye el pago de las carabinas San Cristóbal. Pero en la ya aludida carta a Rivero Agüero y que firmó como Mateo, Batista se queja de su estancia en la República Dominicana, donde Trujillo “me robó cuatro millones de dólares y tuve que barrer mi habitación”.

Misterio chino

Rodemos hacia atrás ahora la máquina del tiempo. Es el 31 de diciembre de 1958 y en Columbia espera por Batista una delegación dominicana. La manda Trujillo para que coordine el envío de tropas que apuntalarían a un ejército incapaz ya de ganar siquiera una escaramuza contra los rebeldes. El grupo lo integran el coronel Johnny Abbes García, jefe de la tenebrosa Inteligencia trujillista y altos oficiales del ejército y la Marina. Acompañan a la comitiva un yugoslavo y un chino que vienen a resolver el problema de las carabinas San Cristóbal que a veces disparaban y otras no. Batista se negó a recibirlos y los dejó embarcados en

Cuba. Escribe Orlando Piedra en sus memorias que hombres a su mando los buscaron por toda La Habana para sacarlos de la Isla, y no les fue posible dar con ellos, pero que Abbes García no perdonó lo sucedido y de ahí el trato que dispensó a los batistianos que arribaron a Santo Domingo. A uno de ellos, el capitán Juan Castellanos, del Buró de Investigaciones, lo mantuvo secuestrado durante un par de días y lo sometió a torturas con choques eléctricos luego de haberlo mantenido sumergido en tanques de agua pestilente.

Cómo salieron de Cuba aquellos trujillistas es algo no aclarado del todo. Se dice que solo el chino no pudo hacerlo y que, apresado, pasó su temporada en una cárcel cubana donde mató el tiempo enseñando su idioma a otros reclusos. Hay otra versión. A las siete de la mañana del 1ro de enero, Porfirio Rubirosa, *play boy* devenido embajador del generalísimo en La Habana, tocó a la puerta de un distinguido abogado, vecino suyo en el reparto Biltmore. Pidió que le consiguiera una avioneta para sacar de Cuba, con destino a Miami, al coronel Abbes García, al yugoslavo y al chino. Abbes y el yugoslavo podían entrar en Estados Unidos; no así el otro. Era, sin embargo, un obstáculo superable y lo consiguieron cuando desde la avioneta en vuelo arrojaron al chino al Estrecho de la Florida.

Dos dictaduras, la de Trujillo y la de Somoza, trataron, en los meses finales de 1958, salvar a otra dictadura. Las tres cayeron.

18 de enero de 2009

ÚLTIMA NOCHE DE BATISTA

Apenas seis años después del ataque al cuartel Moncada es derrocada la tiranía de Fulgencio Batista y triunfa la Revolución en Cuba. Récord de tiempo impresionante si se tiene en cuenta que durante ese período Fidel sufrió casi dos años de cárcel y año y medio de exilio antes de iniciar una guerra que duró veinticinco meses.

Tras el desembarco del *Granma* las huestes revolucionarias sufrieron el revés de Alegría de Pío. El futuro Ejército Rebelde quedó diezmado y disperso: de aquellos ochenta y dos hombres llegados a emprender la guerra en las montañas, solo unos pocos pudieron reagruparse.

Ya el 14 de enero de 1957 la guerrilla se anota su primera victoria: el combate de La Plata atrae la atención del país hacia el foco guerrillero, demuestra su disposición de lucha y confirma a los propios combatientes sus posibilidades de éxito. Esas posibilidades se ratificarían en el siguiente mes de mayo cuando los rebeldes atacan, a plena luz del día, una plaza tan significativa como el cuartel de Uvero. Este combate y el ataque posterior al poblado de Estrada Palma marcan la mayoría de edad del Ejército Rebelde y el fin de lo que Che Guevara denominó su fase “nómada” para dar paso a otra en que la guerrilla se asienta en su territorio y aumenta su capacidad de maniobra.

De la Columna 1, comandada por Fidel, se desprenden entonces las columnas de Che, Raúl y Almeida. Raúl establecerá el II Frente Oriental, en la Sierra Cristal, y Almeida abrirá el III Frente, mientras que en las ciudades se recrudecen las acciones del clandestinaje.

Línea de la sierra

Un hecho importante en la estrategia revolucionaria tiene lugar en la Sierra el 3 de mayo de 1958: la dirección del Movimiento 26 de Julio ratifica a Fidel como Comandante en Jefe del Ejército Rebelde y secretario general de la organización y le confía la conducción política y militar de la guerra tanto en las montañas como en las ciudades. A partir de ahí la lucha seguirá la línea de la Sierra Maestra que llamaba a la confrontación armada directa que debía extenderse a otras regiones y alcanzar la victoria.

La huelga del 9 de abril del 58 había fracasado y, lejos de afectar la estabilidad de Batista, dio la oportunidad al gobierno de movilizar grandes contingentes militares hacia la Sierra. Se llevaba a cabo así la llamada Ofensiva de Primavera: diez mil soldados de la tiranía atenazarían la zona del I frente guerrillero comandando por Fidel.

Con solo trescientos hombres, cien de ellos desarmados, el jefe rebelde opuso una resistencia frontal al enemigo y en treinta combates y seis batallas de envergadura lo aniquiló o puso en fuga. El régimen batistiano quedó con la columna vertebral rota, pero no vencido, y Fidel ordenó entonces la contraofensiva rebelde en la que tendrían un papel decisivo los comandantes Ernesto *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos a quienes confió la misión de sacar la guerra de los límites de la provincia de Oriente, mientras que el propio Fidel y el resto de los comandantes estrecharían de manera paulatina un cerco elástico en torno a Santiago de Cuba.

Último mes

Ya para esa fecha Oriente estaba casi totalmente controlado por el Ejército Rebelde. En Las Villas dos mil efectivos militares no pudieron contener el empuje de las columnas invasoras de Che y Camilo, y se combatía también en las provincias de Camagüey y Pinar del Río. Crecía la impopularidad de Batista y el desencanto permeaba a sectores que hasta poco antes le dieron su apoyo. En La Habana, donde la represión se sentía con saña, la ciudadanía acataba la orientación del Movimiento 26 de Julio que, bajo la consigna de “0 3 C” —cero compras, cero cines, cero cabarets—llamaba al retraimiento durante las celebraciones pascales. Las calles de la capital lucían tristes y desiertas.

La batalla de Guisa, dirigida por Fidel entre el 20 y el 30 de noviembre de 1958, había tenido lugar prácticamente a la vista de la ciudad de Bayamo, sede del puesto de operaciones antiguerrilleras en la región oriental. El 10 de diciembre los pueblos de Baire y Jiguaní pasaban a ser territorio libre, y el 11 comenzaba la batalla de Mafo, que se extendió hasta el 30. La ciudad de Palma Soriano se rindió a las tropas rebeldes, y en Las Villas, Che y Camilo mantenían la iniciativa.

En la región central las columnas invasoras lograron interrumpir el tránsito hacia la ciudad de Santa Clara desde el occidente de la Isla, tanto por carretera como por ferrocarril. Che puso sitio a Fomento, lo tomó y después atacó Guayos y Cabaiguán con igual éxito. Posteriormente Placetas, Remedios, Caibarién y Camajuani se rendían ante sus tropas, en tanto que Camilo atacaba las guarniciones de los pueblos del norte de la provincia y ponía sitio a

Yaguajay, donde el ejército batistiano resistió el asedio durante once días. Tropas del Directorio Revolucionario y del Partido Socialista Popular, que habían acatado la jefatura de Che Guevara, combatían asimismo en la zona.

La estrategia del Che era la de reducir las guarniciones de las ciudades y pueblos situados alrededor de Santa Clara, fuerte plaza militar, a fin de privarla de refuerzos.

En tanto Fidel se proponía el ataque a Santiago, Che da la orden de combate contra las guarniciones destacadas en Santa Clara, que caería en sus manos casi al mediodía del 1ro de enero. Ya para esa fecha el legendario Comandante había descarrilado y capturado el tren blindado.

La paga del diablo

Mientras esto sucedía Washington trataba de maniobrar para salvar al batistato sin Batista. Dice Earl Smith, embajador norteamericano en La Habana hasta 1959, en su libro *El cuarto piso*: “Los representantes de los monopolios estaban de acuerdo en que ya era muy tarde para ayudar a Batista y que la mejor alternativa era promover una junta cívico-militar. Esos caballeros coincidían en que una junta lograría un apoyo general del pueblo de Cuba y debilitaría a Castro si incluía a figuras representativas de la oposición política de los grupos civiles y algunos de los mejores elementos del gobierno. Batista sería excluido”.

Agobiado por las continuas derrotas de su ejército Batista recibió el 9 de diciembre a un curioso personaje, William D. Pawley.

Eran viejos conocidos. Se entrevistaron en Kuquine, la finca de recreo del tirano, y el visitante recalcó que hablaba a título personal cuando en realidad cumplía el encargo de la administración norteamericana de persuadir a Batista de que renunciara a la presidencia. Todo lo que ofrecía a cambio de la dimisión tendría que ratificarse en Washington, puntualizó. Si Batista renunciaba, podría irse a vivir a Estados Unidos y sus amigos y partidarios no serían molestados. Le dio a conocer los nombres de los integrantes de la junta que habría de sustituirlo. “Nosotros haremos un esfuerzo para que Fidel Castro no llegue al poder”, aseveró. En septiembre de 1960 cuando testificó ante un comité del Senado norteamericano, Pawley dijo: “Yo fui seleccionado para ir a Cuba a hablar con Batista y tratar de persuadirlo de que renunciara. No tuve resultado en mis esfuerzos, pero si Rubotton (secretario auxiliar del Departamento de Estado) me hubiera autorizado a decir siquiera ‘lo que estoy diciendo tiene la aprobación tácita y el respaldo del gobierno’ creo que Batista habría aceptado”.

La misión de Pawley se llevó a cabo a espaldas del embajador Smith. Washington lo reservaba para la gestión oficial en caso de que Batista no escuchara la voz amistosa del emisario, como en verdad ocurrió.

Un animal herido

Mientras Pawley se hallaba en La Habana, el embajador Earl Smith fue llamado a Washington. Allí le dieron a conocer los

nombres de la junta que sustituiría a Batista y que no coincidían del todo, se sabría después, con los que el emisario dio al dictador.

No más regresó, el embajador pasó un cable cifrado al Departamento de Estado. Quería que le informaran sobre el resultado de la misión de Pawley. No obtuvo respuesta. Días después cursó otro mensaje; la zafra azucarera se veía seriamente amenazada porque la mitad oriental de la Isla era controlada ya por los rebeldes. Esta vez le contestaron y rápido. Dice en su libro *El cuarto piso*: “En las primeras horas de la mañana del día 14 de diciembre recibí instrucciones. Era evidente que Batista conservaba la esperanza de que Estados Unidos lo apoyaría. Mi misión consistía en desengañarlo”.

Cuando se reunieron, el día 17, Smith aclaró que cumplía su misión con desagrado, pero que su gobierno veía con escepticismo la permanencia de Batista en Cuba hasta el 24 de febrero del 59, cuando traspasaría la presidencia a Rivero Agüero, “electo” en noviembre. Pese al escaso tiempo transcurrido, los términos de Smith eran diferentes a los de Pawley: no podría, al menos de inmediato, entrar en Estados Unidos ni se le permitiría pronunciarse sobre la composición de la junta. “Le sugerí que pasara un año o más en España u otro país y que no demorara su partida de Cuba más del tiempo necesario para una ordenada trasmisión de mandos”. Al resumir su encuentro con el mandatario, precisa Smith en su libro: “Batista respiraba como un animal herido...”.

El 28 de diciembre Fidel se reúne con el mayor general Eulogio Cantillo. El oficial, que era el gran derrotado de la ofensiva

de primavera, librada bajo su conducción, le había solicitado la entrevista y el Comandante rebelde aceptó recibirlo por lo que el encuentro podía influir en el acortamiento de la guerra. Cantillo, que se desempeñaba entonces como jefe de operaciones antiguerrilleras, se comprometió a encabezar un pronunciamiento militar el 31 de diciembre en el cuartel Moncada y desde allí exigir la renuncia del gobierno y la captura de Batista y de los grandes culpables. No cumplió nada de lo pactado.

Dice Batista en sus memorias que Cantillo actuó por orden del general Tabernilla, jefe del Estado Mayor Conjunto. Se muestra en su libro muy crítico con aquella entrevista. “El mero hecho de que se hubiera efectuado significaba algo más que una actitud derrotista. Era la derrota en sí”, escribe.

Por encima de frases hechas para la historia, Batista estaba detrás de todas las gestiones de Cantillo: este le pediría la renuncia y asumiría el mando de las fuerzas armadas. Dicho de otro modo: Un golpe de Estado contra Batista pensado por el propio Batista.

Minutos finales

El 31 de diciembre de 1958 es el día final del régimen batistiano. A las diez de la noche Cantillo se reúne con Batista y lo insta a una decisión rápida. Resulta inminente la rendición de Santa Clara y nada podría evitar la caída de Santiago de Cuba cercada por las tropas de Fidel, Raúl y Almeida.

En la Ciudad Militar de Columbia esperaron el año nuevo, junto al dictador, los jefes militares y civiles del batistato. A muchos de ellos los citaron con premura los ayudantes presidenciales. Otros se valieron del pretexto de la fecha para comprobar por sí mismos lo que había de cierto en los rumores sobre la renuncia de Batista. Aunque muchos aseguraban que el tirano daría su batalla decisiva y acaso postrera en La Habana, existía entre sus íntimos una inquietud que crecía por momentos. A pesar de la celebración del año nuevo, el ambiente en la mansión ejecutiva de Columbia no era precisamente de fiesta, y los continuos apartes entre el dictador y Cantillo, que evidenciaban perfecto entendimiento entre ambos, acrecentaban la tensión.

Poco antes de las doce los invitados pasaron al comedor y Batista, con una copa de champán en la mano, deseó a todos un feliz año nuevo. Treinta minutos después, sin embargo, en el despacho presidencial y rodeado de los más altos jefes militares, Cantillo le dijo: “Señor presidente: los jefes y oficiales del Ejército, en aras del restablecimiento de la paz pública que tanto necesita el país, apelamos a su patriotismo y a su amor al pueblo, y solicitamos que usted renuncie a su cargo”. Habló Batista después, pidió papel y pluma y escribió de su puño y letra la renuncia.

A esa hora solo quedaban en Columbia los colaboradores más allegados y algunos esbirros. A la una de la mañana las jefaturas de la Policía Nacional y del Buró de Investigaciones ordenaban la presentación de todos sus vehículos y encomendaban a sus choferes que recogieran en sus casas a jefes y oficiales policíacos.

¡Salud! ¡Salud!

A las 2:10 llegó Batista al aeropuerto. Vestía de casimir oscuro y parecía sereno en medio de la tensión de sus acompañantes. Con él venían su esposa Marta, cuatro de sus hijos y algunos de sus colaboradores y asesinos a sueldo; unas quince personas en total.

Antes de subir al avión hizo un nuevo aparte con Cantillo.

—Ya sabes lo que te he dicho y lo que tienes que hacer. Llama a las personalidades que te he mencionado: doctores Núñez Portuondo, Raúl de Cárdenas y Cuervo Rubio, y diles cuáles son mis propósitos.

—Muy bien, general.

—Trata de que esas personas te ayuden. Son representativas de grandes zonas de opinión y su colaboración es necesaria en estos instantes.

—Así lo creo, general.

—En fin, Cantillo, no olvides mis instrucciones. De ti depende el éxito de las gestiones que realices a partir de ahora.

Batista subió por la escalerilla del avión, se volvió hacia Cantillo y repitió la frase con la que terminaba invariablemente sus discursos y alocuciones: “¡Salud! ¡Salud! ¡Salud!”

Cantillo se comunicó entonces con el embajador Smith y lo impuso de los acontecimientos. Decretó el alto al fuego y de inmediato aunque sin éxito procedió a constituir la junta cívico-militar que encabezaría Carlos M. Piedra, supuestamente el magistrado más antiguo del Tribunal Supremo. Piedra no llegó

a ocupar la presidencia pues cuando el más alto tribunal de la nación se negó a tomarle juramento, desistió de ese propósito.

La gestión de Cantillo en Columbia, al frente de un ejército totalmente desarticulado, resultó efímera. A las nueve de la noche del propio 1ro de enero el coronel Ramón Barquín, recién llegado de Isla de Pinos donde cumplía prisión por la conspiración del 4 de abril de 1956, le exigió el mando de las fuerzas armadas. El día 3, el primer teniente José Ramón Fernández, que había cumplido prisión por los mismos sucesos, lo detenía en su residencia de la Ciudad Militar.

Mientras tanto Fidel, desde la ciudad de Palma Soriano y a través de las ondas de Radio Rebelde, no acataba el cese de las hostilidades, negaba reconocimiento a la junta de Columbia – tampoco reconocería a Barquín– y llamaba al pueblo a la huelga general revolucionaria que impediría que la Revolución se viera frustrada en sus propósitos, y advertía: “¡Revolución sí; golpe militar, no!”.

26 de diciembre de 2004 y 2 de enero de 2005

FUGA

El C-54, de cuatro motores, cobró altura con destino a Estados Unidos llevando a bordo a Fulgencio Batista y a otras treinta y cinco personas y empezaba a tomar velocidad de crucero cuando el coronel Cosme Varas, ayudante del tirano, se acercó al piloto, teniente coronel Antonio Soto, para decirle que el general recla-

maba su presencia. Batista se interesó por conocer si la aeronave tenía combustible suficiente para llegar a la República Dominicana y ante la respuesta afirmativa del aviador dispuso que pusiera rumbo a Santo Domingo. Volvía Soto a la cabina cuando recordó que otros cuatro aviones debían seguir al suyo y se acercó de nuevo al asiento de Batista para preguntarle si les avisaba.

—No —respondió este—. Que vayan con suerte.

Días antes, en la noche del 22 de diciembre de 1958, el tirano dictó a su secretario privado los nombres de los que lo acompañarían en la fuga y cómo se distribuirían en los tres primeros aviones. En el suyo viajarían Marta, su esposa, y su hijo Jorge, varios ministros, los esbirros Esteban Ventura Novo y Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones, y cuatro o cinco guardaespaldas... Entre los cincuenta y un pasajeros de la segunda aeronave, que llegaría a Jacksonville, irían el clan de los Tabernilla y algunos de los otros hijos de Batista, y en el tercero, un C-47 ejecutivo, el avión presidencial que llevaba el nombre de *Guáimaro*, trece personas más. Aunque la ubicación de los fugitivos en los aviones sufrió cambios de última hora, la lista la conformaban cien nombres en total. El resto de los batistianos quedaban abandonados a su suerte.

¡Esto se acabó!

A la una de la mañana del 1ro de enero de 1959 el sargento Joaquín Tasis, del Buró de Investigaciones, escuchó por la radio

que esa jefatura llamaba a presentarse a todos sus automóviles. Cuando llegó le ordenaron que recogiera a dos personas en sus casas. De regreso a la instalación policíaca con su encargo, lo mandaron a sumarse a una caravana de treinta vehículos que no demoró en ponerse en marcha hacia el aeropuerto militar de Columbia. En el primero de los automóviles viajaba el coronel Piedra. Había comenzado la Operación Fuga.

Al arribar a su destino, Piedra pidió que solo lo acompañaran los hombres “previamente citados”. Entre ellos se hallaba la flor y nata de los criminales batistianos: Medina y Sarmiento, Calzadilla y Rodríguez, Margoza y Macagüero, Antolín Falcón y Mariano Faget... sin contar los que estaban ya dentro. Aunque parezca increíble, algunos pensaron que los habían llevado porque allí tendría lugar una entrevista con Fidel Castro, pero Piedra los sacó de toda posible confusión al gritarles: “Señores, ¡esto se acabó!”.

Pese a que Tasis no era de los “previamente citados”, el ya aludido comandante Medina, segundo jefe del Buró, le ordenó que entrase y aunque su nombre no figuraba en lista alguna, se coló y alcanzó asiento en la segunda aeronave mientras que otros, como los esbirros Peñate y Carratalá, que parecía haber envejecido veinte años en cuestión de minutos, no lograban conseguir ninguno.

El capitán del avión advirtió que todos debían viajar sentados, y Tasis, que no sabía si irse o quedarse y que en definitiva se fue para volver días más tarde, el 16 de enero, se puso de pie para que alguno ocupara su sitio. Peñate y Carratalá se apresuraron a hacerlo, pero alguien se les adelantó.

Tasis pensó entonces en regresar a su casa, pero la posta le impidió abandonar el campo de aviación. Saldría del país horas después en el avión que transportaría a José Eleuterio Pedraza, un compadre de Batista recién designado inspector general del ejército, a la República Dominicana. En esa nave se irían Peñate y Carratalá, convertido en la sombra de Pedraza, y también la esposa de Ventura con sus hijas.

El teniente coronel Rolando García Báez, hijo de Pilar y hermano de Irenaldo, tampoco era de los incluidos en la lista, pero al igual que Tasis logró irse. Era el jefe de Operaciones de la Fuerza Aérea del ejército y vivía prácticamente en el edificio del Estado Mayor de ese cuerpo. Despertó a las siete de la mañana y vio desde su ventana personas extrañas en el aeropuerto. Preguntó qué sucedía, alguien le dijo, y sin zapatos y cubierto solo con el pantalón del uniforme bajó las escaleras a todo correr. Tropezó, cayó al piso, se incorporó y, como si hubiese olvidado algo, volvió a subir tan de prisa como había bajado. Los que lo observaban pensaron que iría a vestirse, pero no; se dirigió al club de oficiales y agarró el dinero depositado en la caja contadora del bar: treinta y seis pesos. Logró colarse en uno de los últimos aviones. Su hermano salió por ese mismo aeropuerto horas antes y no se molestó en avisarle.

A la cañona

El teniente coronel José María Salas Cañizares, asesino de Frank País, se fue a la cañona. Conocedor de la huida de Batista,

llegó al aeropuerto de Holguín en busca de una vía de escape y allí se encontró al coronel Manuel Ugalde Carrillo que aguardaba por un avión del ejército para hacerlo. Para quitárselo de arriba, Ugalde le dijo que él se trasladaría a La Habana. Salas no se tragó el cuento y abordó la aeronave de todas maneras, encañonó al piloto y así lo llevó, apuntándole directamente a la cabeza con una ametralladora, hasta que arribaron a Santo Domingo.

Otro, como el comandante Pérez Chaumont, uno de los carniceros del cuartel Moncada en 1953, secuestró para su fuga una goleta en Manzanillo.

Un serio incidente diplomático con Chile provocó el asilo en su sede habanera de Línea esquina a G de algunos de los más connotados personeros civiles del batistiano. Cuba les otorgó el salvoconducto correspondiente y se les trasladó al aeropuerto bajo una fuerte escolta al mando del comandante Camilo Cienfuegos. Abordaron el Constellation que los conduciría al país sudamericano, pero a los veinticinco minutos de vuelo y cuando ya el avión había traspasado los límites jurisdiccionales, tuvo que regresar a causa de una avería y los fugitivos abandonaron la nave abanderada con el pabellón chileno.

A toda prisa regresaron al aeropuerto Camilo y el embajador. Con toda razón el jefe del Ejército Rebelde expresó al diplomático que aquellos malversadores no estaban ya bajo el amparo del asilo pues salieron de la Isla y volvieron a ella. Protestó el chileno y ambos conferenciaron por teléfono con las más altas figuras del Gobierno. Se acordó al fin que retornaran a la embajada en espera de la decisión oportuna. Cuba no negaba el derecho de

asilo. Aducía que los batistianos asilados en esa y otras sedes diplomáticas eran, en verdad, delincuentes comunes, y que como la Convención de Caracas otorgaba al país asilante la potestad de decidir sobre la condición del asilado, detendría la entrega de salvoconductos hasta que todas las embajadas acreditadas en La Habana formalizaran esa calificación por escrito. Cumplido ese trámite salieron del país esos y otros asilados, incluso alguien tan repulsivo como Manuel Calviño Insua, asesino a las órdenes de Ventura, que cometería, sin embargo, el error de venir de mercenario en Girón y pagó sus crímenes.

El capitán Orlando Tato Rodríguez no encontró escape. Hombre cercano en Matanzas al coronel Pilar García, el inventor del método que llevaba su apellido –“Ni heridos ni prisioneros; no interrogado detenidos”– hizo de las suyas en la región yumurina. Se le suponía fuera de la Isla, aunque no constaba que la hubiese abandonado ni que arribara a país alguno, lo mismo que el esbirro holguinero Agustín Labastida, que parece habérselo tragado la tierra. Pero una mujer reconoció a la esposa de Tato en la avenida de Santa Catalina, la siguió y en el portal de una casa de la calle Lagueruela, en La Víbora, vio al odiado militar convertido entonces en un apacible limpiador de zapatos e inválido por añadidura. Dio cuenta a la Policía y las autoridades se ocuparon del caso. Era Tato y simulaba su minusvalía. Habían transcurrido trece años de la fuga de Batista.

28 de noviembre de 2004.

FIDEL EN LA HABANA

La Habana vivió una semana de espera apasionada. Desde el 2 de enero careció de día y hora fijos la entrada de Fidel a la capital. Parecía que su arribo ocurriría en cualquier momento y las agencias de prensa contribuían no poco a la confusión pues las noticias que trasmitían lo daban indistintamente a bordo de un avión que haría inminente su llegada o, al frente de la Caravana de la Libertad, lo situaban a las puertas mismas de la ciudad. El héroe de la Sierra Maestra, que había sido capaz de derrotar a las fuerzas armadas de la tiranía, quedaba ahora, en su avance desde Santiago de Cuba hacia el occidente de la Isla, prisionero de una marejada desbordante que quería demostrarle su cariño.

Se rompían los horarios. No valían las rutas trazadas. Apenas podían hacerse predicciones. En Bayamo, donde estuvo el puesto de mando contra la guerrilla, dos mil soldados y oficiales de la tropa derrotada se sumaban a las huestes de la victoria. Hitos obligados del recorrido eran las capitales de provincia a lo largo de la Carretera Central. En dos ocasiones, sin embargo, Fidel insistió en salirse de esa vía. En Las Villas, puso rumbo al sur a fin de saludar al pueblo de Cienfuegos, escenario del alzamiento del 5 de septiembre de 1957; en Matanzas buscaba el norte y en el Cementerio de la ciudad de Cárdenas depositaba una ofrenda floral en la tumba del líder estudiantil José Antonio Echeverría, muerto cuando los sucesos del asalto al Palacio presidencial. En Camagüey, Santa Clara, Catalina de Güines, San José de las Lajas... el cálido abrazo popular atascaba el avance rebelde. Ciudades y

villas reclamaban el derecho de ver y escuchar al jefe de la Revolución.

En sus discursos, Fidel apenas aludió al pasado; a los años de sacrificio que empezaban a quedar atrás. Sino que montado en la cresta palpitante de los acontecimientos se proyectó hacia el futuro y previno contra un optimismo fácil. La guerra, ciertamente, había acabado, aseveraba, pero empezaba la Revolución y un difícil camino de progreso y reformas se abría para el país. El destino de la patria no podía ser escamoteado nuevamente, advertía. En cada encuentro con su pueblo, el Comandante en Jefe echaba las bases de la nueva organización administrativa, llamaba al orden a las Milicias, apelaba a los mandos militares. Cuba entraba en una fase de reconstrucción y se imponía asumir la tarea con sentido de la responsabilidad. A la caída de la tiranía, había llamado a la huelga general revolucionaria a fin de dar al traste a las pretensiones de continuar el batistato sin Batista. Llegaba la hora de retornar al trabajo, de que los comercios abrieran de nuevo sus puertas, de que el país se normalizara.

Visita al Granma

Llegó así el 8 de enero. Los habaneros, inmovilizados frente a los televisores, esperaban el momento de volcarse a la calle para saludar a los rebeldes. De balcones y ventanas colgaban banderas cubanas y la enseña roja y negra del Movimiento 26 de Julio. Las mujeres lucían en su vestuario los mismos colores,

perseguidos hasta poco antes. El Cotorro, a unos treinta minutos del centro de la ciudad, depara a Fidel una sorpresa enorme. Allí está su hijo Fidelito, vestido de verde olivo, y el comandante Juan Almeida lo alza hasta el vehículo militar en que viaja el Comandante para que padre e hijo se fundan en un abrazo.

En un automóvil va Fidel desde el Cotorro hasta la Virgen del Camino. Aborda allí un jeep para internarse en la ciudad. Lo acompaña el comandante Camilo Cienfuegos y en rastras, autos, camiones y vehículos militares de todo tipo lo sigue su tropa. Son gente joven en su mayoría. Muchachos del campo que nunca antes estuvieron en La Habana y que contemplan rascacielos y avenidas con ojos de asombro como cohibidos, con una sonrisa tímida esbozada tras las barbas legendarias.

Fidel está en la ciudad y repican las campanas de las iglesias, suenan los cláxones de los vehículos, los barcos surtos en puertos dejan escuchar sus sirenas. A todo lo largo del camino, a un lado y otro de la calle el pueblo se agolpa para saludarlo. Toma la caravana victoriosa la Avenida del Puerto. Frente al Estado Mayor de la Marina de Guerra permanece fondeado el yate Granma y el jefe de la Revolución ordena un alto y aborda la embarcación. Disparan las fragatas Máximo Gómez y José Martí sus salvas. La comitiva se pone de nuevo en movimiento. A la altura de la Avenida de las Misiones dobla a la derecha. Hará una segunda parada frente al Palacio presidencial para saludar al presidente Manuel Urrutia, que, junto a todos sus ministros, lo espera en la puerta de la mansión.

Suben a la segunda planta. Desde la terraza norte Fidel saluda a los que se han congregado frente a Palacio. Es una multitud compacta que se extiende desde los bordes mismos del edificio hasta el Malecón y el Castillo de la Punta.

Urrutia lo presenta. Dice:

“Cubanos: El Gobierno de la República, en el Palacio presidencial, ha abierto los brazos para recibir al gran líder de América, Fidel Castro Ruz. La democracia cubana se considera honrada con la presencia en el Palacio presidencial del gran héroe en la lucha contra la tiranía. Nuestro pueblo debe sentirse profundamente orgulloso de contarle entre sus hijos. Es, sin lugar a dudas, el líder combatiente más abnegado de la historia... Después de derrocar la dictadura con su esfuerzo admirable no ha tomado el poder en sus manos, sino que lo ha puesto en manos de un hombre en quien él tiene fe.

“Cubanos: Nosotros juramos que sabremos hacernos dignos de ese gesto del gran líder de los cubanos. Con ustedes Fidel Castro Ruz”.

Nuestras montañas invictas

Tiene Fidel que esperar a que se acallaran los clamores de júbilo para empezar a hablar. Como lo había hecho desde Santiago de Cuba y a lo largo de todo el recorrido, no quiere hacer un discurso sino, sin gestos ampulosos ni teatrales, conversar con el pueblo de tú a tú en un diálogo de amigo a amigo, de compañero a compañero.

“Este edificio nunca me gustó y me parece que no le gustaba a nadie”, dijo Fidel, risueño. “Lo que más yo había subido fue ahí a ese muro, cuando era estudiante”, añadió y señaló hacia el lienzo de muralla cercano a la mansión del Ejecutivo que en cierta ocasión le sirvió de tribuna para denunciar la corrupción oficial.

Prosiguió:

“Ustedes quisieran saber cuál es la emoción que siento al entrar en Palacio. Les voy a confesar mi emoción: exactamente igual que en cualquier otro lugar de la República. No me despierta ninguna emoción especial. Es un edificio que para mí, en este instante, tiene todo el valor de que en él se alberga el Gobierno Revolucionario de la República.

”Si por el cariño fuera, el lugar donde por motivo de hondo sentimiento yo quisiera vivir, sería el Pico Turquino. Porque frente a la fortaleza de la tiranía opusimos la fortaleza de nuestras montañas invictas...”

Enseguida invitó al pueblo a que se trasladara al campamento de Columbia, sede del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la tiranía y centro, hasta poco antes, del poder en Cuba. Añadió: “... ahora Columbia es del pueblo. Y que los tanques, que ahora son del pueblo, vayan a la vanguardia del pueblo, abran el camino. Nadie le impedirá la entrada y nos reuniremos allá”.

Comentó el Comandante en Jefe que alguien, al ver aquella multitud concentrada frente a Palacio, había dicho que se requeriría de la protección de mil soldados para atravesarla.

“... Y yo digo que no. Yo solo voy a pasar por donde está el pueblo. Dicen eso porque han visto tanta emoción y tanto entusiasmo

que tienen miedo que nos vayan a dañar. Sin embargo, el pueblo tiene que cuidar de los revolucionarios.

”Voy a demostrar una vez más que conozco al pueblo. Sin que vaya un soldado delante le voy a pedir al pueblo que abra una fila. Yo voy a atravesar solo por esa senda, junto al Presidente de la República. Así, compatriotas, le vamos a demostrar al mundo entero, a los periodistas que están aquí presentes, la disciplina y el civismo del pueblo de Cuba. Abran una fila y por ahí marcharemos para que vean que no hace falta un solo soldado para pasar por entre el pueblo”.

Salen Fidel y Urrutia a la calle y la multitud, en un gesto espontáneo, refluye hacia la línea de los edificios, se apretuja, se funde en una masa enorme. Avanzan el Comandante y el Presidente y detrás de ellos vuelve a cerrarse el cuadro.

Lluvia de papel

La Caravana de la Libertad se pone otra vez en movimiento. Alcanza el Malecón y tuerce por la Avenida 23, camino de la Ciudad Militar de Columbia. Cada vez son más los que siguen al líder rebelde pues la gente, lejos de conformarse con verlo pasar, se incorpora al impresionante desfile. Los turistas norteamericanos que se alojan en el hotel Habana Hilton destrozan las páginas de los directorios telefónicos y, a la manera de Broadway, hacen caer sobre Fidel los finos pedazos.

Los corresponsales extranjeros acreditados en Cuba no salen de su asombro. Pese a que hay entre ellos gente muy avezada, que ha caminado mucho, ninguno recuerda haber visto nada similar en el ejercicio de su vida profesional. El reportero de la Columbia Broadcasting System lo reconoce explícitamente y eso que él presenció la bienvenida a los generales Eisenhower y Mc Arthur al finalizar la II Guerra Mundial, muy inferior en público y en calor humano. Jules Dubois, que le tocó “cubrir” los derrocamientos de Juan Domingo Perón, en la Argentina, Gustavo Rojas Pinillas, en Colombia, y Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela, está estupefacto. “Es el espectáculo más extraordinario que he visto en mis treinta años de periodista” asegura, y otro periodista norteamericano expresa que lo que está viendo es muy superior al recibimiento al general De Gaulle en París tras la liberación.

No había en Columbia soldados que impidieran la entrada del pueblo. La masa enorme, adueñada del polígono militar, daba fe de la magnitud de la victoria. Asisten también soldados y oficiales del ejército derrotado.

Comenzó Fidel sus palabras. En su hombro izquierdo se posaba una paloma blanca. Es un instante de emoción. El héroe de la guerra se desdoblaba en conductor de pueblo.

“El pueblo, el pueblo ganó la guerra. Esta guerra no la ganó nadie más que el pueblo... Y por tanto, antes que nada está el pueblo”.

En su histórica alocución, el Comandante en Jefe señaló los deberes de los revolucionarios, hizo un llamado a favor de la paz y recalcó la necesidad de que todas las fuerzas que lucharon

contra la tiranía se unan para trabajar juntas a favor del pueblo cubano.

En medio de una ovación frenética concluyó Fidel sus palabras. Era ya de madrugada y le pidieron que se quedara a dormir en lo que hasta días antes había sido la residencia de Batista. No aceptó la propuesta y fue a descansar a un modesto hotel de la calle Monserrate, en la Habana Vieja, donde solía alojarse en sus días de estudiante universitario.

1959

Los periódicos no salían ese día –era primero de año– y las emisoras de radio y televisión guardaban un inquietante silencio, solo roto por vagos *flashes* que aludían a “trascendentales acontecimientos”, pero desde horas antes la noticia, como un rumor confuso, corría de puerta en puerta. Nadie sabía de dónde procedía, ninguno tenía detalles precisos, pero todos estaban convencidos de que el ansiado momento había llegado.

Pese a la censura de prensa se sabía que el ejército de la tiranía se desmoronaba a pasos agigantados, que Camilo Cienfuegos operaba en el norte de Las Villas, que Santa Clara era asediada por Che Guevara y que las columnas de Fidel, Raúl y Almeida se aprestaban para poner sitio a Santiago de Cuba, y de todos era conocido que la represión, que alcanzaba en las ciudades un ribete dantesco, lejos de paralizarla, acrecentaba la rebeldía e inflamaba el patriotismo. La Habana y las urbes del interior del

país eran ciudades muertas. Aun en navidades, las calles lucieron vacías, la gente se refugiaba en el último rincón de las casas para escuchar las transmisiones de Radio Rebelde y el pueblo cumplía la consigna de las “0 3 C”, es decir, cero compras, cero cine, cero cabarets.

A espaldas de la ciudadanía, que empezaba a sentir en los labios el sabor de su victoria, se tejía la traición en la Ciudad Militar de Columbia, baluarte principal de la tiranía. A fin de escamotearle el triunfo a la Revolución, se constituía allí, en conubernio con el tirano en fuga, una junta de aforados y civiles que no tardaría en asfixiarse en su propia atmósfera mientras la calle se llenaba, poco a poco, de calor popular.

Huelga general

Los militantes del Movimiento 26 de Julio, que hasta horas antes ocultaron su filiación celosamente, salieron a la calle con sus brazaletes y sus armas; repicaron las campanas en las iglesias, y ventanas y balcones exhibieron la bandera cubana y la enseña rojinegra del 26. Ya a las siete de la mañana, el periodista Carlos Lechuga, del noticiero *Tele-Mundo*, había roto con la circunspección de las informaciones dadas a conocer hasta entonces y que hablaban todavía del “Honorable Señor Presidente de la República” y llamaba a Batista ladrón y asesino, y poco después el noticiero del Canal 12, dirigido por Lisandro Otero, iniciaba un servicio informativo trascendental.

En una hilera interminable desfilaron ante las cámaras de la televisión madres que clamaban por sus hijos desaparecidos, muchachas que portaban retratos de sus hermanos adolescentes asesinados, hombres destruidos por la tortura y el encierro que referían una historia espeluznante y acusaban públicamente a sus verdugos.

Desde Palma Soriano, el Comandante en Jefe, a través de las ondas de Radio Rebelde, expresaba su determinación de no aceptar el alto al fuego decretado en Columbia, negaba reconocimiento a la junta cívico-militar y llamaba al pueblo a la huelga general revolucionaria. Horas después, ya en Santiago de Cuba, decía a los miles de santiagueros congregados frente al palacio municipal: “Si hay golpe militar de espaldas al pueblo, nuestra Revolución seguirá adelante. Esta vez no se frustrará la Revolución. Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad a su término”.

Las columnas de Camilo y Che entraron en La Habana. La huelga revolucionaria fue una realidad y frustró el intento de los militares de controlar el poder. El 8 de enero la capital tributaba a Fidel un recibimiento apoteósico.

La noche vieja de 1958, a las 12, muchos cubanos tiraron a la calle el tradicional cubo de agua para que el año que se iba arrastrase consigo lo malo... El año se había llevado al tirano Fulgencio Batista y, junto con él y su camarilla, a todo un régimen social. Por primera vez en la historia la frase “año nuevo, vida nueva” era una realidad para los cubanos.

Un protagonista: el pueblo

En su ya aludido discurso de Santiago de Cuba, el 2 de enero, Fidel anunció con claridad suficiente sus propósitos. Afirmó: “En todo, el tiempo es un factor importante. La Revolución no se podrá hacer en un día, pero tengan la seguridad de que la Revolución la haremos, tengan la seguridad de que por primera vez, de verdad, la República será enteramente libre y el pueblo tendrá lo que merece...”

1959 fue el Año de la Liberación. Es un período en que comienzan a quebrarse las estructuras del viejo poder y se esboza la transformación económica y social del país. Reciben su merecido los culpables del régimen anterior y se recuperan los bienes malversados al tesoro de la nación. Y se hace evidente, desde fecha tan temprana, que Washington no ve con buenos ojos la Revolución naciente.

En ese año se dictan leyes de carácter popular que son acogidas con júbilo: se rebajan el importe de los alquileres y las tarifas eléctricas, los precios de los medicamentos y de los libros de texto. Los cuarteles de la tiranía pasan a ser propiedad del Ministerio de Educación, que instala en ellos ciudades escolares. Diez mil nuevas aulas se habilitan en toda la Isla y, al mismo tiempo, se fomentan centros turísticos y se construyen viviendas para campesinos y obreros.

Un personaje entra definitivamente en la historia de Cuba: el pueblo, a partir de ese momento centro de todas las preocupaciones del Gobierno Revolucionario y también su más firme sostén.

Un pueblo hambreado, analfabeto, carente de atención médica, enajenado de su tierra y las riquezas del país, que comienza a ser dueño de su propio destino y a conocer la dignidad plena.

Sacude la mata

Era ese mismo pueblo sobre el que Fidel habló en *La historia me absolverá*, el mismo que el 21 de enero, en una gigantesca concentración frente al Palacio presidencial, pedía al líder de la Revolución que “sacudiera la mata” como forma de manifestar su respaldo al proceso revolucionario.

Es un año en que, prácticamente, todo está por hacer en el país. Una época romántica, si se quiere, pero cuajada de definiciones y que exigió a veces decisiones drásticas y terminantes.

El enemigo asomó su verdadera cara desde el primer momento. Intentó desprestigiar en el extranjero la imagen de la Revolución cuando los tribunales dispusieron el castigo de asesinos y torturadores que en siete años de batistato ocasionaron la muerte de miles de compatriotas.

Comienzan las maniobras y presiones de Estados Unidos sobre Cuba y el Congreso norteamericano por un lado y la Organización de Estados Americanos, por otro, pretenden arrogarse el derecho de supervisar los asuntos internos de la nación, inquietos ante el sesgo inusitado que toman los acontecimientos y preocupados por “el ejercicio efectivo de la democracia en el Caribe”.

Se ve amenazada la vida de los líderes revolucionarios. Hay secuestros de aviones y barcos cubanos, agresiones dinamiteras y sabotajes a objetivos económicos. En agosto, una expedición contrarrevolucionaria patrocinada por Rafael Leónidas Trujillo, el sátrapa dominicano, es capturada al desembarcar en la ciudad de Trinidad. En octubre se produce la traición del jefe militar de Camagüey y un avión procedente de Estados Unidos ametralla cobardemente La Habana, con un saldo de dos muertos y cincuenta heridos.

La Revolución se ve en la obligación de defenderse de sus adversarios internos y externos. Debe velar por su supervivencia. Surgen así, el 26 de octubre, las Milicias Nacionales Revolucionarias, fuerza invencible, como no tardarían en demostrarlo, en la lucha contra los bandidos implantados en las montañas del Escambray por obra y gracia de Estados Unidos, y en las arenas de Playa Girón, contra un ejército mercenario financiado y entrenado también por Washington.

Ocurre además en ese año de 1959 un suceso doloroso. En un viaje entre Camagüey y La Habana, el comandante Camilo Cienfuegos, señor de la vanguardia y héroe de cien combates, perece en un accidente aéreo.

Dualidad de poder

Desde los días iniciales de 1959 se hizo evidente de que existía en Cuba una dualidad de poder.

Por un lado estaba Fidel Castro, líder indiscutible de la Revolución, a quien el pueblo, en la concentración del 8 de enero en Columbia, ratificó en su condición de Comandante en Jefe. Por otra parte, estaba el Gobierno. Contaba con figuras honestas, surgidas en la lucha contra la tiranía y caracterizada por su intransigencia de principios, pero también albergaba en su seno a personajes que, por su origen de clase e intereses, se dieron bien pronto a la tarea de frenar el avance de la Revolución. El pueblo les llamó los “ministros retrancas”.

La presidencia de la República se hallaba en manos del doctor Manuel Urrutia Lleó, un ex magistrado de la Audiencia de Oriente que había tenido la honestidad y el valor de emitir un voto particular absolutorio en el juicio por los sucesos del 30 de noviembre de 1956, fecha en que los revolucionarios santiagueros, capitaneados por Frank País, se echaron a las calles de la ciudad y la controlaron durante casi todo el día, como una forma de dar apoyo al desembarco del *Granma*. El Movimiento 26 de Julio lo nombró presidente de la República meses antes del triunfo de la Revolución. En las postrimerías de la lucha, Urrutia se trasladó a las inmediaciones de la Sierra Maestra y, en los primeros días de 1959, juró su cargo en Santiago de Cuba.

Hay un detalle que da idea de la personalidad de ese hombre: mientras la ciudadanía clamaba por un gobierno honesto y austero, él mantuvo para sí el sueldo devengado por Batista: \$12 500 mensuales, y no alteró en un solo centavo el presupuesto que durante la tiranía cubría los gastos del Palacio presidencial: \$2 433 650 anuales.

La suerte está echada

Con Urrutia y los “ministros retrancas”, la contrarrevolución se emboscaba en el gobierno. A medida que transcurrían las semanas de aquel 1959, el presidente arreciaba su campaña pública anticomunista y se sumaba así a la insidiosa propaganda de Washington encaminada a confundir y dividir a los cubanos.

Aunque Urrutia se mantuvo en la presidencia hasta julio, la dualidad de poder cesó el 16 de febrero cuando Fidel asumió el cargo de primer ministro. Bajo su conducción, el gabinete “comienza a disparar leyes, decretos y acuerdos que socavan hasta los cimientos el régimen de los explotadores que trataba de sobrevivir, a veces disfrazado de revolucionario”.

La Revolución no removió de golpe a los “ministros retrancas”. Usó una técnica más eficaz: duplicó en el Instituto Nacional de la Reforma Agraria, que presidía Fidel, las más importantes funciones del gobierno. El INRA tuvo, entre otros, un Departamento de Industrialización, dirigido por el Che, y otro de Comercialización, que asumió poderes inherentes hasta entonces al Ministerio de Comercio. Después, cuando algunos de esos departamentos pasaron a ser ministerios, se incluyeron nuevas Carteras en el gabinete y se produjeron algunas remociones. El consejo de ministros quedó entonces en manos de figuras de bien ganado prestigio y que gozaban de toda la confianza de la Revolución.

Pero la actitud del presidente se hacía cada vez más negativa. Fidel procedió entonces con un tacto político encomiable. Apoyado por el pueblo, que hubiese respaldado su determinación,

podría haber barrido a Urrutia de un plumazo. Prefirió no hacerlo. Una noche manifestó al entonces capitán Antonio Núñez Jiménez: *Alea lacta est*. Es decir, la suerte está echada. Entonces renunció al Premierato.

Que vuelva Fidel

Se acercaba el sexto aniversario del asalto al cuartel Moncada, el primero que se celebraría en Cuba libre, y miles de campesinos se presentaban a trasladarse a La Habana a fin de participar en la concentración popular convocada para el 26 de julio en la Plaza de la Revolución.

Urrutia se mantenía en la presidencia, intransigente. Fidel Castro conservaba su condición de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. El ánimo se inflamaba en la calle, se reunían los obreros y los estudiantes y en los muros se pintaban frases de solidaridad y apoyo al premier renunciante.

El 17 de julio, el mismo día en que el periódico *Revolución* con un gran titular anunció su renuncia, Fidel compareció ante las cámaras de la televisión para explicar al pueblo el porqué de su determinación. Mientras hablaba, un nutrido grupo de ciudadanos rodeaba el Palacio presidencial y dejaba escuchar su grito unánime: “¡Que se vaya Urrutia!” El presidente quedó sin alternativa. Esa misma noche presentó su dimisión ante el consejo de ministros, que designó en la presidencia al doctor Osvaldo Dorticós Torrado, un abogado cienfueguero que se había desempeñado hasta entonces como ministro de Leyes Revolucionarias.

El cambio solucionó la crisis. Fidel, sin embargo, no reasumió el premierato. Quería que fuese el pueblo el que decidiera si debía hacerlo o no. En su opinión el asunto se dirimiría en la Plaza, durante la concentración del 26 de julio.

Pero las presiones para que reasumiera el cargo crecían por momentos, tanto que la Confederación de Trabajadores de Cuba dispuso un paro laboral de una hora para demandar su retorno. Cuba entera se paralizó entonces de una punta a la otra. Pararon no solo la industria, el comercio y los servicios; también se detuvieron en la calle los transeúntes y los vehículos, detenida la marcha, hicieron sonar sus bocinas.

El 26 de julio, en magno plebiscito popular, Fidel volvió al premierato. El júbilo en la Plaza de la Revolución se hizo indescriptible. Miles de sombreros de yarey, típicos de los campesinos cubanos, se lanzaron al aire, y se levantaron enhiestos los machetes que todos llevaban en la cintura.

Se acabó el latifundio

La promulgación de la Ley de la Reforma Agraria, el 17 de mayo, es el hecho que da la tónica del año 59. En *La historia me absolverá*, Fidel abordó “el problema de la tierra”. Medidas a favor del campesinado, que no vaciló en incorporarse a las huestes rebeldes, se aplicaron desde el primer momento en territorios liberados de la Sierra Maestra. El Congreso Campesino en Armas, presidido por Raúl en el II Frente, analizó la situación

y aspiraciones de los hombres del campo. Ya el 10 de octubre de 1958, la Ley no. 3 del Ejército Rebelde concedió la propiedad de la tierra al que la trabajaba, en tanto que en las zonas de las antiguas provincias de Oriente y Las Villas en poder de los revolucionarios desaparecieron las rentas y la aparcería que agobiaban a los campesinos.

Así, era perfectamente lógico que desde los primeros días del triunfo de la Revolución la cuestión agraria tuviera atención preferente. La Ley de 17 de mayo de 1959 terminaría por entregar la tierra, de manera gratuita, a más de cien mil campesinos. Una ley antimperialista y antifeudal que concitó contra la Revolución el odio de los monopolios norteamericanos que no perdonaron que el Gobierno Revolucionario rescatara para la nación la tierra que durante años y años usurparon.

Fue esa ley la que determinó que poco tiempo después el gobierno de Estados Unidos suprimiera la cuota de azúcar que Cuba tenía asignada en el mercado norteamericano y el suministro de petróleo, y la causa fundamental de la invasión de Playa Girón y el bloqueo económico, comercial y financiero que hasta el momento de escribir estas líneas ha ocasionado a la Isla pérdidas por más de ochenta y dos mil millones de dólares. “Esta ley, dijo Fidel, fue la que enfrentó directamente al imperialismo contra Cuba”.

La presencia de aquellos campesinos en La Habana, el 26 de julio de 1959, fue más que un acto simbólico. Fidel viajaba continuamente por el interior del país; convivía con campesinos pina-reños, alternaba con carboneros de la Ciénaga de Zapata; sobre

el terreno, diseñaba el futuro de un remoto paraje de la Isla de Pinos, regresaba a la Sierra Maestra...

Siguiéndolo, en sus recorridos e inquietudes, un país que hasta 1959 vivió con los ojos hacia fuera, comenzaba también a mirar hacia dentro, empezaba a conocerse a sí mismo, a calibrar fuerzas y a saber de su arrojo sin límites: a fraguar, entre el campo y la ciudad, entre pueblo y gobierno, una unión indestructible que le permitiría alcanzar nuevas y más rotundas victorias.

1 y 8 de enero de 2006



Ciro Bianchi Ross (La Habana, 1948)

Escritor y periodista. Ha publicado entre otros títulos, *Las palabras de otro* (1983), *Voces de América Latina* (1988), *Tras los pasos de Hemingway* (1993), *García Lorca/ Pasaje a La Habana* (1997), *Oficio de intruso* (1999), *Así como lo cuento* (2004), *Memoria oculta de La Habana* (2005), *Yo tengo la historia* (2008), *Vida de café* (2008) y *Asedio a*

Lezama Lima y otras entrevistas (2009). Obtuvo el Premio Latinoamericano de Periodismo “José Martí” y el Premio Nacional de Periodismo Cultural “José Antonio Fernández de Castro”. Libros suyos están traducidos al japonés, inglés y portugués.